



SUSURROS DE LA VERDAD

Cuando el amor se cansa
de permanecer oculto

Leticia Quiñones Pons

Una historia cargada de sensualidad, vértigo y misterio

SUSURROS DE LA VERDAD

Por: Leticia Quiñones Pons

...

Nota del autor.

Te estoy muy agradecida por comprar mi libro "Susurros de la Verdad".

Espero que su lectura represente para ti una muy grata experiencia.

Estaré muy gustosa de responder tus comentarios a través de mi correo: leticiaqp24@yahoo.es

Leticia.

Reseña legal.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Foto de portada: Nicolás José Quiñones Pons

RESUMEN

Luego de dejarnos cautivados con su novela "Espinac de Papel"; la ingeniosa escritora Leticia Quiñones Pons nos sorprende con "Susurros de la Verdad". En esta obra, Leticia incorpora nuevos temas y recursos literarios, empleados hábilmente para capturar al lector desde el inicio, y mantenerlo ávido hasta el sorprendente desenlace.

Marcela, una periodista en la cuarta década de su vida, transita una desolada vía en la noche, y atropella a un pordiosero (Lisandro), quien muestra, además de los traumas provocados por el accidente, otros previos, que hacen sospechar un intento de asesinato. Al entrar en un prolongado estado de inconsciencia, Marcela decide investigar la identidad del desconocido, a partir de una débil pista hallada entre sus andrajos. Así se devela el drama familiar que desencadenó en Lisandro una dependencia al alcohol, drogas, y su consecuente vida errante, con gran responsabilidad en Regina, su hermana menor, cuya personalidad irreverente y pensamientos viles, la hace capaz de actuar en contra de sus seres más cercanos.

Marcela maneja entonces la culpabilidad del accidente, con los acosos morales de un romance infiel con un periodista (David). A pesar de sus dilemas, se deja conducir por un amor cautivante. Con David, se ve involucrada en un caso de chantaje a un gerente de banco (Máximo), quien teme la publicación de comprometedoras imágenes de índole sexual. Marcela descubre en la extorsión, una extraña conexión con el caso de Lisandro.

Se trata de una novela que desliza entre el romance y erotismo, con ratos de lujuria. El amor es el bálsamo eterno para quienes deciden incorporarlo a sus vidas, pero a veces el precio a pagar es la propia integridad. El misterio se mantiene constante, mientras las tramas hablan de caminos sórdidos como el de la homofobia, la traición o la culpa. Los sentimientos debaten internamente; la tentación coloca enrevesadas trampas. Todos mantienen una verdad oculta, pero hay quienes habitan mundos internos dantescos. Al final la verdad siempre se escucha, así sea a través de los susurros.

TRÁNSITO EN LA OSCURIDAD

Marcela conducía de noche por una vía solitaria. Horas antes participó en una conferencia regional de periodistas hacia las afueras de la ciudad. La cena se prolongó más tiempo del convenido. Recorría de vuelta la misma senda de la mañana, pero ahora las sombras la estrechaban; por fortuna el cielo se mostraba despejado; la luna guiaba diáfana y dejaba ver planicies abiertas, interrumpidas a ratos por cerros que se encimaban imprudentes sobre el vehículo en movimiento. Las luces de los autos contrarios irrumpían y le dejaban una ceguera fugaz que hacía invocar el camino de la memoria. El cansancio le punzaba la frente y presionaba sus párpados; tal vez eso aderezó el efecto del reciente altercado telefónico con su esposo Rubén. Marcela controlaba sus lágrimas con inhalaciones profundas y éstas se mezclaban con las armonías musicales de la radio. Miró la hora iluminada del tablero; eran las diez y cincuenta. Estimaba diez minutos más de camino. Recordó algunas escenas del día y encontró en ellas motivos para reconfortarse. Estaba satisfecha por su intervención sobre el estrado, en representación de la revista para la cual trabajaba. Su exposición había resultado fluida e impecable, merecedora de elogios. Era ella una mujer admirada por la combinación de atributos intelectuales y físicos, exaltados en una personalidad afable. La cena de cierre promovió el acercamiento a varios colegas con quien mantuvo largas conversaciones; ahora se reprochaba por la demora. “Debí haber buscado compañía de regreso”, se repetía en voz baja. Marcela se sobresaltó al advertir una sombra difusa en la vía; enseguida percibió un golpe seco y contundente hacia el lado derecho del vehículo. Un súbito resuello le saltó de la garganta. Liberó el acelerador, sin decidirse aún a frenar. Avanzó unos metros y se orilló en la vía; necesitaba controlar el temblor en sus rodillas y la opresión asfixiante en el pecho. Buscó en el espejo retrovisor alguna figura en movimiento, pero nada vulneró la soledad del paraje. Tal vez había sido un animal, pero la posibilidad de haber arrollado a un humano la aterraba. Decidió cerciorarse. Lentamente avanzó en retroceso, hasta distinguir un bulto en la mitad de la vía. Se detuvo a unos metros de él. Las luces rojas del auto realzaban ahora la silueta de una persona. Abandonó su carro en sollozos sin detenerse a cerrar la puerta; dentro de la cabina quedaron iluminados algunos objetos personales: su cartera, una carpeta y el teléfono móvil. Se acercó al cuerpo; no se atrevió a tocarlo. Se arrodilló para averiguar si el individuo permanecía con vida, pero no identificó indicio alguno. Le colocó la mano sobre el pecho, buscando sin éxito el ritmo

de la respiración. El olor le resultó repugnante: era una mezcla de sudor, alcohol y suciedad. La escasa luz ocultaba los detalles. Temía la arremetida de otro vehículo en la vía, pero también rogaba por la aparición de ayuda. Con frustración, recordó la batería descargada de su teléfono móvil; así, las posibilidades de recibir auxilio se reducían a la llegada de otro noctámbulo. Al cabo de unos minutos vio el reflejo de unos faros acercándose y se interpuso en la vía agitando sus brazos. Era una camioneta de carga color claro. El conductor advirtió la delgada figura deshaciéndose en señas y redujo su marcha. Marcela se acercó y palmeó el vidrio implorando ayuda. El piloto abrió la ventanilla y encendió la luz interna; así dejó ver sus toscas facciones y aspecto descuidado. Marcela dio una explicación expedita del evento; él escuchaba decidiendo si la asistía o no. El maquillaje regado, los ojos recrecidos por el llanto, sus frases dislocadas, y por último la postura poco natural del hombre en el suelo, reflejaban el drama de la escena. El desconocido resolvió quedarse.

—Espere un momento —dijo él. Se alejó un poco, hizo un viraje en U, y se detuvo detrás de la víctima con las luces encendidas, incluidas las de emergencia. Abandonó el vehículo provisto de una linterna y un triángulo de seguridad; se alejó en la oscuridad para colocar la señal de alerta a una distancia prudencial. Cuando el hombre al fin regresó, Marcela repitió su versión; buscaba un poco de solidaridad y consuelo, pero no obtuvo ni lo uno ni lo otro; no reparó en el aspecto del individuo, poco merecedor de confianza, ni en el arma oculta a la altura de su cintura. Él se aproximó al arrollado, le palpó la muñeca y tanteó su aliento.

—Aún está vivo —dictaminó.

Marcela respiró aliviada, aunque reconocía la condición delicada de la víctima.

—Tiene heridas, pero no parecen recientes —le hizo ver el hombre—; la sangre en su ropa está seca.

—Hay que llamar a una ambulancia rápido —declaró Marcela nerviosa—. Mi teléfono se descargó. ¿Puede prestarme uno?

—Sí, en la camioneta —respondió él con aridez.

El extraño se asomó por la ventanilla de su vehículo y alcanzó su móvil. Llamó a un número para declarar la emergencia en forma anónima.

—Está usted en graves problemas, señora, y no quiero involucrarme en ellos —dijo al culminar la llamada, entrecerrando su ojo derecho.

—Yo sé, pero no me deje aquí sola.

—No puedo quedarme, y le recomiendo irse a usted también.

Marcela lo miró con sorpresa.

—¿Cómo voy a irme, si lo atropellé? Puedo ser culpable de eso, pero no de abandonarlo casi muerto.

—La ayuda viene en camino señora, podemos dejar la linterna y el triángulo de seguridad como señal. Debe actuar rápido, pues si no se zafa ahora, no podrá hacerlo después. Este hombre parece un indigente y le querrán cargar toda su desgracia.

—Si de verdad es un indigente, entonces las circunstancias se ponen a mi favor —concluyó ella.

—No lo creo, pero al final es su decisión... yo sí me voy —declaró el extraño.

—Por favor, permítame hacer una llamada más.

—Está bien, pero hágalo rápido —solicitó él mientras le extendía el artefacto.

Marcela marcó el número de su esposo Rubén, y con un llanto controlado le narró lo acontecido. Apenas recuperó el teléfono, el extraño partió, mascullando una excusa que Marcela no comprendió del todo. La oscuridad la engulló, nada escuchaba más que los árboles murmulando. El ululo fantasmal de un ave la sobresaltó, y enseguida escuchó su aleteo sacudiendo una rama muy cerca. Los labios y el pecho le temblaban. Aspiraba aire con sonora dificultad. Miró el cuerpo, a medio metro de ella, y percibió su reclamo silencioso.

—No quise hacerle daño, señor —se excusó.

El desespero crecía. Marcela escrutaba la amenazante oscuridad. Los minutos transcurridos desde el accidente tenían el peso de horas. Cuatro vehículos pasaron sin detenerse, y uno más se aproximó con cautela.

—¡Rubén! ¿Eres tú? —gritó ella.

La luz de los faros la acribilló; un instante después reconoció la voz de su marido.

—Sí Marcela, soy yo. ¿Estás bien? —preguntó ansioso, asomándose por la ventanilla.

—Sí... sí, sí, Rubén; gracias a Dios que llegaste —expresó con alivio.

Rubén detuvo su carro; dejó encendidas las luces y abandonó su carro. Era él un hombre alto y fornido. Sus brazos arrojaron a Marcela y ella descargó un nuevo llanto.

—Casi lo mato Rubén, no sé de dónde salió... apenas vi una sombra y enseguida escuché el golpe.

—¿Pero cómo no lo viste? —preguntó Rubén buscando sus ojos—.¿Fue cuando venías hablando conmigo?

—No... no sé cómo pasó... ya había dejado el teléfono —respondió confundida—. Sólo recuerdo el golpe, y cuando miré por el espejo, estaba él en medio de la carretera.

Rubén se acercó a observarlo.

—¿Y si hubiese sido una trampa para asaltarte?¿Qué riesgo Marcela!

—No pensé en nada de eso. Lo vi y me detuve a mirar.

—Parece un mendigo—dedujo Rubén apenas se acercó a él—. Mira su ropa y su aspecto. Y huele a demonios. Lo más seguro es que sea un borracho.

Marcela narró la intervención del ignoto sujeto en la camioneta.

—Él dijo que las heridas no parecían recientes —recordó ella.

Rubén inspeccionó, y apoyó el comentario.

—Igual debemos esperar —dijo él.

—No estoy pensando en hacer lo contrario.

Un sonido de sirenas irrumpió el lugar; luces rojas y azules burlaron la oscuridad y se entremetieron en las irregulares pantallas formadas por las copas de los árboles. Marcela se apresuró a recibir a la ambulancia, los paramédicos se ocuparon de la víctima, y hacían preguntas sobre el accidente, incluyendo la hora exacta. Marcela recordaba haber mirado su reloj a las diez y cincuenta. Habían transcurrido más de cuarenta minutos desde entonces.

—Las heridas parecen de varias horas atrás. ¿Por qué no nos llamó antes? —preguntó uno de los paramédicos

—Llamé apenas tuve un teléfono disponible, unos diez minutos después del accidente. No más de eso —calculó ella.

—No parece... pero mejor guarde sus explicaciones para el interrogatorio, ahora debemos estabilizar a este hombre para trasladarlo; está a punto de perder la vida.

A los minutos se incorporaron dos unidades de la policía. Dos agentes formularon un cuestionario. Una vez culminado el protocolo, Marcela fue trasladada a una sede policial en el centro de la ciudad.

Marcela permaneció un día detenida en una celda particular, mientras se cumplían las averiguaciones pertinentes. Presenció la entrada y salida de personas con aspectos diversos y circunstancias tan distintas, que el lugar fungía como un colector de infortunios. Marcela recibió amparo jurídico de parte de sus empleadores, mientras Rubén resolvía por ella algunos asuntos personales. De la víctima no se halló identificación alguna; fue trasladada a un hospital público donde logró estabilizarse, sin pisar un escenario optimista. El informe médico atribuyó al impacto del vehículo las fracturas en la pierna, brazo, y una contusión cerebral; las heridas abiertas en el resto del cuerpo aludían elementos cortantes no presentes en la escena del suceso, y dada la cronología de los hechos, concluyeron que eran previas al accidente. Por otro lado, la coloración amarillenta de unos hematomas en la cara acusaban su antigüedad; los exámenes de laboratorio revelaron la ingesta de alcohol y narcóticos. Tal combinación condujo

a un estado de coma con pocas expectativas de vida. Por un lado, el reporte aminoró la culpa de Marcela, pues en semejantes condiciones, la probabilidad de ser arrollado era significativa, pero la exigua posibilidad de recuperación, esquilma su tranquilidad.

Eran las tres de la tarde cuando una funcionaria se acercó a Marcela y le anunció su libertad. Luego de firmar unos formularios, salió acompañada de su abogado, condicionada a no abandonar la ciudad por unos días; su vehículo continuaría retenido hasta culminar la pesquisa. Apenas abandonó el cautiverio, Marcela pidió a Rubén acompañarla al hospital donde permanecía el desconocido.

—Es mejor mantenerse al margen —recomendó él—. Podría aparecer un familiar, y seguro querrán sacar provecho de la situación. No tienes las circunstancias.

—Necesito verlo, Rubén. Fueran cuales fueran las condiciones, se interpuso en mi camino. No puedo desligarme de eso.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan terca? Deja a los médicos hacer su trabajo, ya lograste salir, no propiciemos una nueva detención.

—No puedo sacarme a ese hombre de la cabeza, Rubén, y su situación me parece muy extraña.

—¿Qué tiene de extraño? —indagó Rubén molesto por la insistencia.

—Esas heridas secas... ¿qué hacía a esa hora por una vía tan desolada? ¿De dónde podía venir caminando ese hombre, tan lejos de la ciudad?

—¿Cómo saberlo Marcela? Tal vez es un mendigo ebrio sin remedio, y la vida de ellos es así: llega un momento en que pierden noción de su cuerpo y las calles los van llevando; se encuentran con otros como ellos, y se enredan en peleas, pero en la borrachera ni se dan cuenta del dolor, ni del hambre; llega un momento en que pierden la conciencia y deambulan por kilómetros ¿Quién puede saber cómo llegó allí? Tuviste la mala suerte de pasar en el momento justo para arrollarlo.

—Rubén, primero necesito ir a casa, pero luego quiero que me lleves a donde está él —le imploró Marcela, como si en esas palabras hubiese encontrado más razones para verlo.

—Siempre haces lo mismo: me llevas la contraria y no quieres atender mis razones, como si mi opinión no valiera nada para ti. Y después dices que yo me molesto por todo... ¡más terca no puedes ser! —reclamó Rubén.

—No es terquedad Rubén. Es que tengo un presentimiento —se justificó ella, ignorando el tono áspero de su esposo.

RASTROS DÉBILES

Luego de superar el tránsito vespertino, Marcela y Rubén llegaron al hospital público de la ciudad. Ante el escritorio gris de la austera recepción, preguntaron por el paciente anónimo ingresado dos noches antes. Para llegar a él, debieron recorrer un largo pasillo impregnado de vapores medicinales; el aroma de pino dejado por el desinfectante para pisos no podía liberar el acento fétido atrapado en la atmósfera. A los lados y contra las paredes, docenas de personas esperaban ser atendidas. Marcela y Rubén esquivaron algunas camillas con pacientes; evitaban mirarlos para no hacerlos sentir más vulnerables. Tras recorrer unos cincuenta metros, ingresaron al pabellón 34; buscaron al arrollado entre las seis camas alineadas, una al lado de la otra. Escucharon lamentos débiles, susurros y hasta ronquidos. Sondearon cada paciente y Marcela reconoció a su víctima en la última cama; su aspecto abandonado se enmarcaba por sábanas, otrora blancas; la cabeza se hundía en una mullida almohada, de aspecto privilegiado ante las precarias condiciones del recinto; el vasto cálculo de su edad, rondaba los treinta y cinco años. El hombre era de cabello liso y oscuro, su nariz perfilada emergía entre pómulos altos, y las cejas pobladas formaban dos pronunciados arcos. Junto a él, desde un pedestal, una botella marcaba el paso del tiempo con un preciso goteo; el líquido turbio viajaba por un tubo plástico hasta desembocar en una vena que sombreaba de azul la frágil mano. El hombre estaba aseado y con pijama limpio; en su cara recién rasurada, se había despejado la piel resguardada antes por la densa barba y el bigote; aparecía entonces una huella blanca y tersa, ajena al resto de su rostro tostado. Los labios agrietados parecían musitar frases extraídas de eventos transitados. La respiración se aceleraba con silbidos rítmicos, y por un instante se suspendía en un intervalo de expectativa que Marcela percibía con angustia.

—Perdóneme señor; no quise hacerle daño — le dijo ella, tal como había hecho en la escena del accidente.

—No te castigues Marcela; ya te lo he dicho, lo que le sucedió casi era inevitable. No fuiste tú quien le causó todos esos daños. Al menos ahora está bajo cuidados médicos —trató de animarla Rubén.

—Luce tan frágil y desvalido. No creo que aquí le den los cuidados necesarios. Este hospital está en condiciones precarias. Debería estar en una sala de cuidados intensivos, o algo así.

—Deja a los médicos hacer su trabajo. Si lo han mantenido aquí, será porque no amerita nada

más por el momento —supuso Rubén

—¿Es usted su familiar? —se le escuchó preguntar a una joven sentada junto a la cama vecina. Había seguido la conversación desde el principio y observaba a detalle la apariencia de Marcela: su blusa floreada, los botines de cuero, el cabello ondulado que se extendía sobre sus hombros desprendiendo aún el aroma de su champú, y las facciones armoniosas de su rostro preocupado

—No —respondió Rubén—; sólo supimos de su caso y vinimos a verlo.

La muchacha miró con incredulidad.

—Nadie ha venido a acompañarlo, pobre hombre. Le di esa pijama que era de mi papá, pues el muy infeliz sólo tenía una bata clínica que apenas le tapaba las piernas. Debajo de la cama hay una bolsa con sus pertenencias... si a eso se le pueden llamar pertenencias, pero es lo que trajeron hoy unos policías. Yo he estado pendiente del señor, porque me da lástima. Si necesitan mi ayuda, estoy a sus órdenes. Yo soy Lucía —informó la muchacha.

—¿Vio alguna identificación en sus cosas? —indagó Marcela, luego de responder al saludo.

—Creo que no hay nada de eso. De todas maneras revise usted —sugirió ella.

Marcela miró debajo de la cama y allí encontró una bolsa plástica anudada. La abrió con dificultad, y el olor le golpeó el olfato. Lo pensó unos segundos antes de atreverse a sacar las piezas, y cuando se disponía para hacerlo, Lucía la detuvo.

—Espere; use esto —recomendó Lucía extendiendo unos guantes clínicos—. No sabe qué asquerosidad estará pegada allí.

Marcela agradeció, y con las manos protegidas, procedió a revisar: desplegó una camisa andrajosa y tiesa por la suciedad. Cuando quiso hurgar en el bolsillo, Rubén le entregó un bolígrafo para que lo empleara como instrumento de inspección. Allí se alojaba el envoltorio comprimido de un caramelo, partículas de tabaco y un chicle masticado que se había fundido entre las fibras de la tela. El aspecto del pantalón era aun más dantesco: las tramas del tejido casi habían desaparecido bajo las capas de mugre; era imposible determinar su color original. Marcela lo revisó; halló una cajetilla con un único cigarrillo y un trozo de papel desgastado con difusos dígitos apuntados a mano. Marcela lo guardó en su cartera, regresó los otros objetos a la bolsa y la ató de nuevo.

—Creo que el mejor sitio para esto es un basurero —declaró; sin embargo colocó el fardo bajo la cama.

El paciente tenía amoratadas las uñas de las manos. Un puñado de surcos cruzaba su frente; la línea de los labios se extendía en las comisuras con una curva de aspecto dramático. Las

extensas pestañas parecían temblar con los tropiezos de sus pesadillas. Marcela habría querido adentrarse en ellas para descubrir los motivos de tal abandono. Aproximó su rostro al del hombre y quedó absorta, hipnotizada por su propia imaginación; saltó del susto cuando él giró de súbito la cabeza y mostró sus ojos desorbitados. Marcela retrocedió impactada, pero mantuvo la línea de miradas.

—¡Despertó! —anunció ella exaltada—. Quédese tranquilo, no voy a hacerle daño, sólo intento ayudarlo —le calmó.

La mirada inexpresiva del extraño tornó a penetrante y alerta. Tomó el brazo de Marcela e intentó incorporarse.

—Vienen por mí, ayúdeme... ¡ayúdeme por favor!

El efímero enlace acabó cuando su cabeza regresó a la almohada y sus párpados lo sumieron de nuevo en la oscuridad.

Marcela no podía apartar de su memoria el rostro aterrado implorando ayuda. Ya de nuevo en la inconsciencia, la expresión del hombre prodigaba sufrimiento. Pese a las recomendaciones de no acercarse más al hospital, ella sentía una adhesión inexplicable a ese individuo incógnito y frágil. Proveía ayuda económica directamente a la administración del hospital, para promover una atención adecuada, y entregaba artículos personales a una diligente enfermera de nombre Telma, quien se comprometió a darles el uso adecuado. En adición, se propuso atenuar la soledad del paciente con visitas frecuentes, y sentada junto él, velaba su sueño. Las suposiciones sobre su vida, agitaban las emociones propias, y sin percatarse, fue revistiéndolo de características particulares, hasta crear a un personaje ficticio con quien podía conversar, al punto de imaginar de él consejos y opiniones. La extraña alianza le hizo concertar un acuerdo de rescate mutuo, y ella se esmeró en cumplirlo. En momentos lo percibía tan ausente y quieto, que presentía su muerte; en tales ocasiones invocaba ansiosa algún indicio de vida, y al obtenerlo suspiraba aliviada. Al evaluar esa parada forzada, su mente le dictaba pensamientos que ella registraba en una libreta de notas.

¿Será esta una pausa antes de morir o un tiempo de renovación para replantear tu futuro? Tal vez se trata de una manera temporal, y menos terminal, de soltar el ancla terrenal para disfrutar de un rato de libertad, lejos de tu infierno. O tal vez es ése el fondo con el cual te reimpulsarás hacia la superficie, y encontrarte así con universos individuales distintos, más placenteros. ¿Habrá notado el mundo tu ausencia; te extrañará en cualquiera de tus versiones? Estoy aquí para ofrecerte mi mano, sea cual sea la dirección de tu rumbo; decide hacia dónde quieres ir. Sólo quiero recordarte que abrir los ojos debe valer la pena.

NÚMERO ESCONDIDO

Hurgando en su bolso por un bolígrafo, Marcela se topó con el desgastado papel hallado en el pantalón del paciente. Había transcurrido una semana desde el suceso, y se recriminó haber olvidado ese detalle, aunque no le apostaba mucho provecho. De nuevo analizó la cifra escrita. ¿Sería un número telefónico? En su libreta anotó las posibles combinaciones que le ofrecían los datos dudosos; se tomó la tarea de llamar a cada combinación con la esperanza de hallar pistas. Debía abordar a su interlocutor con cautela: para nadie sería fácil escuchar sobre un indigente a quien tal vez conociera, arrollado en medio de la noche con muestras de maltrato físico previo y afectado por alcohol y narcóticos. Su estrategia consistió en preguntar primero si había una persona cercana de quien extrañara noticias recientes o se hubiera declarado desaparecida; en la siguiente fase hablaría del individuo bajo cuidados especializados, debido a una condición frágil y pérdida de memoria, hasta ofrecer la versión completa. Pese a la precaución, alarmó a una madre preocupada por su hijo adolescente, fugado dos semanas atrás; también llenó de ira a una mujer cuyo padre con mal de Alzheimer solía burlar la custodia en un hogar de cuidados, y casi alegró a una señora divorciada de un marido borracho y abusador, porque al fin pagaría por todas sus fechorías. Marcela debió dotarse de paciencia para dar detalles adicionales, como características físicas, edad aproximada, y tiempo en el centro hospitalario, con lo cual quedaron descartados todos los candidatos. Contó a Rubén su fracaso, y sin esfuerzo alguno, él distinguió en el arruinado trozo de papel, una combinación numérica no considerada hasta el momento. Marcela discó varias veces al teléfono apuntado, y sólo en el séptimo intento le respondió una voz femenina con respiración agitada, quien atendió el cuestionario.

—Ah, ese debe ser Lisandro —respondió con desgano.

—¿Es familiar suyo? —indagó Marcela.

—¡No, gracias a Dios! En mi familia esas cosas no pasan. Yo soy vecina de su hermana.

—¿Pudiera darme el nombre y teléfono de ella? — preguntó Marcela.

—No tiene teléfono, se lo cortaron hace meses y no lo ha reconectado. Será porque no tiene dinero —supuso la mujer.

Ya inquieta, Marcela pidió algún dato para ubicar a quien pudiera darle más información. Fue así como obtuvo una dirección y dos nombres con los cuales comenzar: Lisandro y Giovanna. Con una fotografía del paciente, se dirigió a un vecindario de clase media, donde ubicó una casa de tan descuidada apariencia, que acusaba abandono. Al frente, un amplio jardín se rendía ante

el poder de la maleza que se escurría entre los tramos de una despintada reja y estrechaba el camino de acceso a la puerta principal; una densa enredadera arropaba las paredes frontales y acariciaba un cartel con la frase “Se cuidan niños, cupo limitado”, sujeto a un tubo con oxidados alambres. Marcela empujó la desvencijada puerta de metal que alguna vez había ofrecido resguardo firme a la vivienda; un crujido la hizo detenerse y esperar con prudencia, pero nadie se manifestó. Avanzó hacia el porche, advirtió unos vidrios rotos de la ventana, y detrás una cortina desteñida de dejaba empujar por la brisa. Un farol encendido en la pared era ridiculizado por la luz intensa del sol vespertino, pero al menos sugería la existencia de un ocupante. Presionó el timbre una vez, pero no lo escuchó replicar desde el interior; pulsó de nuevo y dedujo que el aparato estaba averiado. Golpeó la puerta y en la espera se distrajo con una fila de hormigas trasladando trozos de verdes hojas. Al retornar su mirada a la ventana, se asustó por el pálido e inexpresivo semblante de una mujer.

—¿Qué desea? —preguntó la extraña con tono más gentil que su expresión.

—¿Es usted la señora Giovanna?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Me permitiría unos minutos? Su vecina, la señora Julia, me habló de usted y necesito hablarle de algo importante.

Después de examinarla de arriba a abajo, Giovanna le abrió la puerta y la invitó a entrar. La mujer, de facciones europeas, llevaba cabello corto y desordenado; aunque parecía joven, el descuido le adosaba años. Sobre su cadera apoyaba a un bebé de más o menos un año, tan lindo y gracioso que parecía ajeno al contexto. Ambos miraban a la visitante con curiosidad, y en un movimiento sorpresivo, el niño se lanzó a los brazos de Marcela, quien lo sujetó instintivamente.

—¡Míralo... tan sinvergüenza! —exclamó Giovanna con evidente enojo—, cualquiera pensaría que te estamos maltratando aquí —y lo tomó de nuevo en brazos.

Giovanna hablaba con voz muy baja, y dibujaba un rictus en su boca que pretendía ser una sonrisa. Su vestimenta era austera; llevaba un delantal cundido de manchas donde dominaban salpicaduras rojas de la salsa cuyo olor inundaba el ambiente. Giovanna invitó a Marcela a tomar asiento. La sala lucía más agraciada que el jardín, aun así, la decoración era simple y descolorida. Las paredes estaban pintadas con burdos brochazos blancos que no pudieron ocultar el friso descascarado ni las roturas en los cantos. Los muebles y alfombra eran de anticuados diseños y lucían desgastados. En la mesa de centro, decenas de figuritas en cristal tallado se disputaban el espacio, sin esperanza alguna de sobresalir entre la cerrada

competencia. En la pared, tres bebés con rostros angelicales sonreían desde retratos amarillentos. Eran Giovanna y sus hermanos.

—Espéreme un momento —pidió ella.

Salió de la sala, y en minutos regresó sin el niño en brazos; se había retirado el delantal y lucía mas peinada. A su alrededor saltaba un pequeño perro de horrible aspecto y Giovanna le ordenó regresar al patio. Marcela pudo detallar el cuerpo del animal cubierto de cicatrices rojizas, manchas moradas de lo que parecía un medicamento, un ojo cerrado y una pata vendada que hacían aun más retorcidos sus brincos espasmódicos.

—Lo rescaté de una perrera —explicó Giovanna cuando leyó asombro en el rostro de su visitante.

El animal abandonó la sala dejando el rastro de sus chillidos, y Giovanna se sentó por fin para escuchar a Marcela; ella le habló sobre el hombre en la cama del hospital, y reforzó su relato con una fotografía. Giovanna examinó la imagen por escasos segundos.

—Es Lisandro —aseguró, y enseguida desvió la mirada.

Marcela debió disimular el desconcierto por la indiferencia de Giovanna, pues había imaginado un asalto de nervios o tristes lamentos. Ante la parca reacción, consideró imprudente narrar los detalles del suceso. Aclaró sin embargo que la delicada condición de Lisandro, precisaba de una persona cercana para sus cuidados.

—Si está buscando usted es a una hermana amorosa dispuesta a pasar sus horas junto a la cama de un hospital, hablando sobre los días felices de un pasado común, esa no soy yo —le aclaró.

Marcela insistió.

—Pero debe haber alguien que se pueda encargar de él. Está tan desvalido...

—¿Desvalido? —le interrumpió Giovanna—; ahora está desvalido, pero él se lo buscó.

—Pero su hermano necesita un poco de caridad —insistió Marcela.

—Si también vino a darme lecciones de humanidad, nuevamente le digo que está en el lugar equivocado —rebató ella.

—Claro que no deseo hacer eso, señora —se apresuró Marcela en explicar—, pero quisiera encontrar una manera de ayudar, tal vez si pudiera decirme dónde vivía él, si tiene más familia, hijos... ¡alguien a quien le importe!

—Señora, sospecho lo que está pasando por su mente en este momento, y no pretendo dar explicaciones para cambiar lo que piensa de mí.

—Yo no la estoy juzgando, señora, es sólo...

—¡Escúcheme! —le interrumpió Giovanna haciendo un ademán con su mano para detener su disculpa—. Entiendo cómo luce mi actitud, pero usted no sabe nada; y para serle sincera: no me importa lo que crea... ni siquiera voy a gastar mi tiempo hablándole de él: ni bien, ni mal. Sólo entienda que no me haré cargo... no puedo hacerlo.

Entendido el mensaje, Marcela se puso de pie. Ofreció información sobre la ubicación exacta de Lisandro y se despidió, asumiendo como propia la misión de protegerlo. A su salida, escuchó los ladridos chillones e insistentes de la rara mascota.

Capítulo 4

CUARENTA EN DULCE

Marcela comenzaba a recorrer los cuarenta años de edad; según su experiencia personal, las edades con el número cuatro contenían cambios importantes, sin juzgarlos como buenos ni malos. A los cuatro años la abandonó su padre, en los trece decidió su profesión: el periodismo; con veinticuatro se convirtió en madre, a los treinta y cuatro perdió su segundo hijo con ocho meses de gestación. Además de todo el enigma y temor asociado históricamente al número cuatro, su cábala personal le hacía asomarse con expectativa a la cuarta década de vida.

Marcela era una mujer inteligente, curiosa y con especial habilidad de fijarse en los detalles ignorados por el común de las personas: dádivas del paisaje, pequeños eventos de las concurridas calles de la ciudad o sentimientos escondidos tras las expresiones ajenas. Era extrovertida, ocurrente y muchas veces indiscreta, si intuía que alguien necesitaba ayuda. En su vida adulta se había esmerado por mantenerse delgada, huyendo al recuerdo de una infancia con tendencia a la obesidad; ello había precisado controles estrictos en su alimentación, aunque a veces se permitía un encuentro cercano con los dulces. Prestaba especial atención al cuidado a su cabello, por considerarlo uno de sus principales atributos, aunque llevaba una lucha férrea contra las canas; en los momentos más prolíferos de escritura, masajeara su cabeza y se mostraba satisfecha en medio de una graciosa maraña. Gustaba de ropas livianas con colores alegres y era poco dada a usar accesorios llamativos, aunque nunca prescindía de ellos. Cuidaba de su cuerpo con caminatas matutinas y sesiones de yoga, que además de mantener su figura a tono, le ayudaba a relajarse. Se sentía satisfecha por su apariencia, pero se quejaba de tener ojos pequeños y hundidos, aunque eso no limitaba su amplia visión del mundo, según decía con frecuencia.

Marcela ejercía el periodismo en una reconocida revista de difusión nacional; allí dirigía una sección dedicada a temas históricos del país, y sus enrevesadas conexiones con el resto del universo. Analizaba particularidades de las sociedades predecesoras, personajes poco difundidos y anécdotas curiosas de otros que, a pesar de ser más populares, sólo eran mencionados dentro de estereotipos acartonados y carentes de ciertas emociones humanas. Descubrió que las zonas más antiguas de las ciudades, epicentros del desarrollo urbano, escondían historias fascinantes que clamaban ser rescatadas. Recorría las calles, ahora

inundadas de gente y vehículos; para buscar indicios del ayer. Los abuelos le regalaban fascinados sus testimonios y oreaban los recuerdos, a veces más vigentes que sus propias realidades. Debía escarbar entre los mitos urbanos, peregrinar por edificaciones coloniales y escuchar cuentos de fantasmas traspasando los velos temporales para cuidar las morocotas de oro escondidas en los patios.

Marcela disfrutaba su trabajo; lo consideraba diseñado a su medida: se regocijaba en sus cabalgatas por el pasado; se figuraba caminando en calles de la historia, teñida con el sepia de las remembranzas. Leía sobre el pasado con avidez, como si de ello dependiera su propia identidad. Solía visitar bibliotecas con la esperanza de hallar datos curiosos de ciudades, desastres geográficos, poblados, héroes pequeños o grandes que se resistían a perderse entre las páginas amarillentas, y los hacía resurgir en pintorescos párrafos para devolverles algo de su lustre original.

La tendencia natural de indagar los fragmentos de la historia y emocionarse con ellos, la hacía también sensible a los eventos de su entorno hasta hacerlos parte de sí misma. Parecía contar con poderes hipnóticos en sus escuchas; su cadencia melodiosa y excelente dicción, invitaban a saborear sus frases. La personalidad extrovertida de Marcela estaba aderezada por una calidez humana inspiradora de confianza en conocidos y extraños. Su historia personal no representaba para ella un tema especialmente interesante, aunque reconocía que algunos trazos difuminaban un poco la monotonía. De su primera infancia, el evento más resaltante era la huida de su padre, de quien no tuvo más noticias. Su madre, Martha, unida a él en concubinato desde los quince años, mantuvo densa la esperanza de su retorno durante cinco años, hasta que el enamoramiento por un adinerado ganadero doce años mayor, le llevó a sepultar sus anhelos; mudó sus gustos ciudadanos a una hacienda arrocera en los llanos venezolanos, y se afanó en adaptarse a los nuevos hábitos de vida. El sustituto padre de Marcela había sido declarado estéril a los treinta años, tal vez por efecto del comprometido encuentro con la rama de un tamarindo, al que solía subir de niño para cosechar los frutos. El hombre quedó fascinado por la idea de retomar sus pretensiones paternales; se casó con Martha y vació en la niña todos los derechos de un hijo legítimo. Su aporte más significativo, fue el afán por escudriñar el pasado a través de la lectura, y puso a disposición de su hija una extensa biblioteca que la pequeña aprendió a disfrutar desde su primer encuentro.

Al momento de iniciar sus estudios universitarios, Marcela debió separarse de sus padres para mudarse a la ciudad, y asumió gallarda la nueva condición de mujer independiente. Con dificultad conducía los asuntos personales y domésticos, hasta que aprendió a alinearlos según

prioridades y los atendía uno a uno. También se entrenó para acallar las urgencias de los trances sentimentales, y aunque en las noches era embestida por la soledad, la luz del día le cargaba bríos. Martha se ufanaba del aplomo de su hija y fue mermando la inquietud de saberla sola.

En una visita sorpresa, los padres de Marcela se toparon una mañana con un hombre desconocido que abandonaba el apartamento de su hija; su cabello aún goteaba y la almohada permanecía estampada en la mejilla. El episodio apresuró en Marcela la presentación de su novio y una confesión adicional: esperaban un hijo y estaban decididos a vivir juntos. Cuatro años de convivencia, condujeron al libro de actas en la prefectura, donde Marcela y Rubén formalizaron su unión ante su testigo principal: una niña de tres años llamada Adriana.

Rubén superaba en ocho años la edad de Marcela; era un hombre agradable y generoso, modales un tanto toscos y lenguaje coloquial que disfrazaba con labia policiaca cuando la ocasión ameritaba formalidad. No era de exaltada inteligencia, pero con esfuerzo logró aprobar algunos semestres universitarios que sirvieron de base para obtener un empleo de ingresos moderados. Era innegable su capacidad para relacionarse con otras personas, mantenía un amplio sentido de la amistad y solidaridad, del cual muchos sacaban utilidad. Se distinguía su disposición para realizar favores, entre ellos préstamos monetarios otorgados por una simple incapacidad a negarse, aunque el dinero le hiciera más falta a él que a sus propios deudores. Marcela afinaba su buen ojo y reconocía a quienes eran sinceros o descarados, buscando aprovecharse de cuanto él tuviera disponible: dinero, contactos, tiempo o disposición para hacer favores. Ésta fue la causa de acaloradas discusiones, hasta que ella comenzó a evitarlas por considerarlas inútiles y contraproducentes.

Marcela sentía amor por Rubén, su afecto se nutría de compañerismo y solidaridad, lo que pareció suficiente cuando asumió la convivencia una veintena de años atrás. Para entonces le atraía la seguridad aportada por la diferencia de edad, pero con los años ese encanto se diluyó. Rubén, en cambio, se mantenía enamorado de Marcela y aseguraba que era la mujer de sus sueños, sin embargo, no le resultaba fácil demostrárselo. A pesar de ser un buen hombre, tenía un carácter explosivo y paciencia frágil; no podía afrontar un desacuerdo sin enojarse. Al tomar conciencia de sus reacciones exageradas, debía dedicar buena porción de su tiempo para atenuar el disgusto de Marcela, quien terminaba disculpando la volatilidad de su marido.

Para Marcela su matrimonio había sido siempre “feliz y estable”. Pero el paso del tiempo le hizo cuestionar esa etiqueta, y en una revisión interna, hurgó los inicios de su relación hasta recordar que nunca había sentido un amor desbocado por Rubén; advirtió sin embargo, que en

el pasado se le hacía más fácil aceptar las diferencias y reconocer sus atributos. Con frecuencia lo observaba cuidadosa; al detallar su físico y ademanes actuales, parecía estar en presencia de un extraño; su apariencia se mantenía similar, unos cuantos kilogramos de más, el cabello canoso y ciertas líneas alrededor de los ojos modificaban al hombre que posaba en la foto nupcial de la habitación; aún así, Marcela percibía un cambio más profundo. Concluyó que no se debía a su apariencia, sino a una profunda frustración adosada a él, en respuesta a los éxitos y prosperidad no alcanzados.

Acostumbrada ya a analizar los eventos ajenos con su visión de periodista, Marcela quiso mirarse con lente más objetivo. Se encontró enumerando las razones por las cuales se habían mantenido junto a su esposo: una hija común, veintiún años de convivencia y amor, lealtad, respeto, un matrimonio sin tropiezos graves y una situación económica aliviada; juntos estructuraban el andamiaje para continuar en pie. Por mucho que se esmeró en incorporarlos en su fórmula de matrimonio efectivo, no pudo incluir la pasión ni el enamoramiento. Pero le resultaba obvio; eso sólo existía en los amores jóvenes. Pero... ¿habían existido en el suyo?

Capítulo 5

AJUSTE DE CUENTAS

Los severos conflictos familiares destilaban culpa y dolor en Giovanna; llevaba su vida con forzada naturalidad y se había propuesto mantenerse al margen de sus hermanos. Pero tras la visita de Marcela, su mente traicionaba tal propósito; pretendía en vano desechar la imagen de Lisandro: ausente, frágil y asistido por un artefacto. Una y otra vez declaró cuán merecido se lo tenía, hasta reconocer lo demandante de la situación; decidió entonces comprometer a Regina, su hermana menor. Caminó hasta el teléfono público situado a dos cuadras de su casa, mientras su rara mascota la acompañaba ladrando y agitándose. Durante el camino escogía y ordenaba las palabras adecuadas. Pasó unos segundos con el auricular en la mano antes de atreverse a marcar. Tenía meses sin saber de su hermana, y promover un encuentro le resultaba inquietante.

Era Regina una mujer de gustos y apariencia extravagantes. De su tez pálida resaltaban los grandes ojos, siempre enmarcados con gruesos trazos oscuros y pestañas postizas. Sus pómulos se realzaban con coloretos rosados y el carmín encendido de sus labiales evitaba a su boca perderse entre una delgada línea. El color castaño de su cabello había desaparecido ante el azote de tintes naranjas que refulgían bajo la luz del sol. Vestía ropas de diseños vistosos, especialmente motivos étnicos, con predominio de manchas de leopardo, repetidos en pantalones, blusas o en los pañuelos atados a su cuello. El busto se asomaba copioso por atrevidos escotes, gracias al trabajo de eficientes sujetadores; era clara su predilección por pantalones adheridos como una segunda piel a su delgado cuerpo, exento de curvas. Retaba su escasa estatura con zapatos de grandes tacones, y copetes que emergían cinco centímetros por encima de su frente, luego de darles volumen con un peinecillo; la misma técnica, aprendida de su peluquera, funcionaba para el resto de su melena y la dejaba como un agitado mar sobre sus hombros. Como no le resultaba suficiente el recargado aspecto, lo condimentaba con un extrovertido comportamiento, tono de voz elevado, risas sonoras, y picante vocabulario. Regina no pasaba inadvertida; era imposible obviar la cantidad de elementos mezclados en su apariencia, pero las miradas acuciosas de las personas, en alianza con los comentarios lascivos de los hombres en las calles, eran interpretadas por ella como pruebas irrefutables de su elegancia y belleza.

Para recibir a Regina, Giovanna se arregló más de lo acostumbrado en los últimos tiempos;

llevaba algo de maquillaje y una camisa color melón le alegraba el semblante. Amarró su cabello en la nuca y se roció con su mejor fragancia. Al percibir la llegada de su hermana, caminó a la puerta y la recibió con un abrazo, que ella apenas respondió. Regina caminó hasta la sala con actitud arrogante; su perfume invadió el espacio; miraba a su alrededor, y Giovanna recibía las críticas tácitas, pero se contuvo de excusarse por el descuido de la casa.

—No puedo quedarme mucho tiempo; tengo que asistir a un evento. No creas que me vestí así solo para venir a verte —aclaró Regina mientras se arreglaba unas plumas de su cabello.

—Supongo que no soy tan afortunada —respondió Giovanna, luego de observar el derroche de accesorios sobre el vestuario naranja.

Giovanna preparó un servicio de café con galletas; ocupó el asiento junto a su hermana en el sofá y promovió una conversación superficial. Luego de unos minutos, le contó sobre la visita de Marcela.

—¿Y te diste el trabajo de servirme una taza de café con mantelito bordado y demás, solamente para marearme? —reprochó Regina.

—¿Marearte? De ninguna manera. Teníamos tiempo sin vernos, y quise tener un detalle agradable contigo.

—Pero ya veo que el cafecito me va a salir caro —acotó Regina con voz aguda—. Ya imaginaba yo que te traías algo entre manos, pues de otra manera ni te acuerdas de mí. Deja de actuar como la hermana amorosa y termíname de decir qué es lo que quieres.

Giovanna se desprendió entonces de su risa y se propuso a descargar una década de insatisfacciones.

—Ok, te complazco pues —dijo al colocarse de pie frente a Regina, quien aun sostenía el plato con una mano, y con la otra mantenía la taza suspendida—. Sigues hartándome con tu aire sobrado y tu permanente actitud mandona con la que haces creer a todo el mundo que eres la única merecedora de una vida digna.

—Pues miren: está hablando la niña buena. ¿Me hiciste venir para recordarme que yo era la problemática y conflictiva? Ya bastante tuve viviendo con ustedes, sintiéndome como una extraña en mi propia casa, siempre criticada y excluida. ¿Qué querías? ¡Tenía que defenderme!

—¿Defenderte? ¿De quién: de mamá que no hacía más que preocuparse por ti? ¿O de Lisandro: siempre buscando la manera de ayudarte? Sería entonces de mí.

—Pues no eras tú la persona más amable conmigo en casa. No soportabas verme tan distinta a ti. Eso no me hace responsable por las tragedias de la casa. Si Lisandro está ahora tirado en una cama, no es mi culpa.

—Ya Regina: deja de sacudirte tu responsabilidad. Tú lo empujaste hacia la calle para desprenderse del dolor y la culpa agobiantes que tú misma le descargaste.

—¡Ya lo sabía! —gritó Regina indignada, saltando desde su asiento —podía jurar que algún día me sacarías todo eso en cara. Pude advertirlo muchas veces en tus tonitos irónicos.

—No era en mis “tonitos” donde podías percibir tu culpa, sino frente a tu espejo —refutó Giovanna.

—No es así, yo no tengo ni siento culpa de nada. Lisandro se metió en problemas por su propia voluntad. Nadie lo forzó —aclaró Regina ya gritando.

—Ah; pero cuando tú estabas metida en tus problemas, no eran tuyos solamente: eran de todos. ¿Verdad? —recordó Giovanna—. Especialmente de Lisandro que terminaba saliendo como un loco a socorrerte; porque eso sí: nadie como tú para demandar atención. Además, si alguien tenía claro el sentido de solidaridad familiar en casa: ése era Lisandro. ¿Qué cosa no? Y mientras él andaba por allí de indigente, tú estabas en tu casa viviendo muy tranquila, ignorando su desgracia.

—Yo no me imaginaba que él estuviera tan sensible y se tomaría las cosas tan a pecho —se lamentó Regina—. Tenía que seguir en lo mío, con mi familia. Nada hacía lanzándome a la calle para perseguirlo.

—¿Cómo no iba a estar sensible? ¡Acababa de morir mamá! ¿Cómo querías que estuviera? Y luego llegaste tú a aumentarle la desolación —puntualizó Giovanna—. Fue demasiado dolor para él.

Por primera vez durante su visita, Regina bajó la guardia y mostró actitud de rendición.

—Es verdad... no puedes recordarme algo que ya está en mi mente cada día —confesó.

—Si de verdad lo tuvieras presente no estarías pensándolo tanto para ayudarlo —refutó Giovanna levantando las cejas.

—¿Y por qué me mandas a mí? ¿Por qué no vas tú misma a socorrerlo?

—Porque no estoy aun lista aún para enfrentarlo de nuevo —respondió con voz queda—. Te estoy pidiendo ayuda, no me la niegues esta vez.

Regina la miró de reojo, se mordió los labios, y aceptó su encomienda.

—Está bien: iré, pero no diré quién soy, solo veré qué necesita.

— Eres una cobarde —la acusó Giovanna.

—No: soy precavida. Ya con un loco en la familia tenemos. No sabemos qué hay detrás de todo esto.

—¿A qué te refieres? Está en el hospital porque fue atropellado. ¿Qué te hace pensar que hay

algo más detrás? —respondió Giovanna molesta.

—¿Quién sabe? Así como te robó a ti, puede haber hecho otras cosas para buscar dinero y droga. No sabemos si tiene enemigos, o si lo andan persiguiendo para matarlo —se defendió Regina—. Yo voy para allá encubierta, eso es lo que haré. Si no te parece, entonces ni me acerco.

—¡Esta bien pues! Anda, y deja de buscar más excusas —aceptó Giovanna con resignación.

Regina resolvía algunos detalles para acudir al lugar donde permanecía Lisandro. Precisaba mantener su anonimato, y segura de que su belleza jamás pasaría desapercibida, decidió adoptar un perfil más anónimo: el de su hermana; esto le resultaba sencillo, sólo tenía que omitir el exceso de accesorios, suprimir su maquillaje, cubrir el naranja de su melena con una pañoleta, y llevar su extravagante vestuario a la expresión más simple: un jean desteñido y una franela de aspecto ya caduco empleada en las algunas labores hogareñas. Sin sus habituales subterfugios, Regina era una mujer simple y neutral, pero de aspecto más agradable. En esas condiciones, el parecido con Giovanna era innegable. Regina sentía la incomodidad de la simpleza y la desazón de su nueva versión, pero decidió asumirla como una divertida caracterización provisional. Se enrumbo hacia el hospital, y en el camino repasaba algunas pautas: no identificarse por su nombre ni como familiar de Lisandro, dejar de lado sentimentalismos y lloriqueos, permanecer en sitio apenas lo necesario y buscar una manera discreta de dejar algo de dinero. Apenas se bajó de su auto, Regina fue tentada por la idea de abandonar la misión, pero la sorprendió una preocupación genuina por conocer el estado de su hermano. Atravesó pasillos atestados de gente, en una galería de rostros que expresaban dolencias, miedos, resignación y enojo. Regina apretaba el bolso contra su pecho y se contorneaba evitando cualquier contacto humano. En dos ocasiones, unas manos se extendieron hacia ella buscando un poco de humanidad, y lejos de compadecerse, Regina las palmeó para alejarlas. Una a una fue inspeccionando las salas, buscando el rostro de su hermano. Así se topó con niños, ancianos, hombres y mujeres, en cuyas expresiones afloraba la fragilidad humana. Ya al fondo de un largo corredor, halló un cuarto, más pequeño que los restantes, y un poco menos iluminado. Allí estaba Lisandro. Regina lo miró y lo descartó, pues su luctuoso semblante no respondía ni siquiera a la deprimente imagen dejada en casa de Giovanna, tras su último encuentro; aún así, buscó bajo las capas de abandono y cicatrices en la piel, hasta ver aparecer a su hermano. Enfrentó una mezcla de remordimientos, tristeza, compasión y rabia; respiró profundo, irguió su cuello, y retuvo la caricia que sugirió su mano. La distancia entre ambos parecía abismal, a pesar de la cercanía física. La mente de Regina lanzaba

reclamos; quería gritarle a Lisandro por su desidia, restregarle los efectos de su debilidad. Pero recordó a su madre y la imaginó llorando al hijo. Regina buscó en la herencia materna, algún rastro de caridad con la que debió haber nacido, pero los reproches salían adelante.

—¡Qué idiota has sido! —murmuró—. No sólo te destruyes tú... nos arrastras a todos.

Desde un costado de la habitación observaba Lucía, con tal expresión de terror que parecía presenciar un asesinato. Algo sabía Regina de una joven que cuidaba a una enferma de la cama vecina; Giovanna le había sugerido dirigirse a ella si precisaba ayuda. Regina la miró, y sin dejar de amabilidad le habló.

—¿Y qué es lo que te pasa a ti niña? ¿Por qué esa cara de terror? Cualquiera piensa que algo malo le estoy haciendo a este hombre.

— No me llamo “niña”, me llamo Lucía. No me pasa nada —respondió asustada—. Es que no la había visto antes por aquí. La única que viene es la señora Marcela, y creí que él no tenía familia.

—De hecho no soy familiar —aclaró Regina—. Ni conozco a este hombre, pero alguien me pidió ayuda. Tú sabes: un poco de caridad.

Lucía la miró con duda, y con paso lento se acercó a Lisandro.

— ¿Pero qué te pasa muchachita? —cuestionó Regina al advertir la intención protectora de la joven—. ¿Crees que lo voy a lastimar? ¿Me ves acaso cara de maleante?

Antes de que la discusión tornara a embrollo, recapituló y modificó el tono.

—Mira Lucía, entiendo tu preocupación, pero no tienes nada que temer. Supongo que has cuidado a este hombre, y seguro su familia te lo agradecerá algún día. En último caso: Dios te lo pagará —aseguró con hipocresía—. Por lo pronto dime algo: además de esa tal señora Marcela, ¿has notado alguna cosa extraña, unos visitantes sospechosos, con intenciones dudosas que hayan venido aquí buscando información?

La joven la miró comprobando que ella respondía a esa descripción, sin embargo se limitó a negar con la cabeza, mientras observaba con curiosidad el rostro pálido en extremo de la visitante. Regina entregó a la joven un sobre con dinero, que ella aceptó con renuencia.

—No me parece apropiado aceptar dinero de extraños—explicó Lucía sosteniéndolo como si se tratara de un fruto envenenado.

—No es para ti —aclaró Regina con hostilidad—. Úsalo para el enfermo; no sé: compra unas sábanas, medicinas, afeitadoras, o lo que a ti te dé la gana. Y les entregas algo a las enfermeras para su cuidado. Yo estaré dando vueltas por aquí para ver si necesita algo más.

—Puede darme un teléfono por si surge alguna cosa —sugirió la joven.

—¡Tú sí que eres entrometida! —respondió Regina con una risa burlesca—. ¿Crees que te voy a dar mi número para que comiences a volverme loca pidiéndome dinero? Olvídate de eso muchacha. Ya te dije que este enfermo no es mío; no tengo nada que ver con este asunto, sólo estoy aquí por caridad.

—¡Sí, seguro...! —se atrevió a refutar Lucía.

A Regina le hirvió el rostro, se acercó tanto a la muchacha, que casi la tocaba con la punta de su nariz.

—¿Quién carajo te crees tú para venir a dudar de lo que yo digo? Si digo que no lo conozco es porque no lo conozco, y punto —cerró ella.

—Mire doña, yo seré ignorante y todo lo que a usted se le ocurra, pero tonta no. Algún interés la trae por aquí, pues de todos los enfermos que hay en este hospital, no se le ocurrió venir a ayudar sino al que está más escondido. ¿No le parece como raro? —retó Lucía.

—En definitiva: ése no es tú problema —le dijo Regina con voz alta, batiendo las manos.

—¿Y cuál es el escándalo? —interrumpió una voz desde la cama vecina. Era la tía de Lucía, paciente diabética, quien había despertado en medio de la trifulca —. ¿No se dan cuenta de que están en un hospital y no en un gallinero? Aquí hay gente intentando descansar, y ni te cuento del pobre que está muriéndose solo —agregó, señalando a Lisandro con la boca.

El desconcierto dejó sin palabras a Regina. Entendió que había perdido la cordura y que una reacción tan irracional, rebatía cualquier intento por pasar inadvertida.

—Disculpe doña —respondió Regina—. Todo está bien.

Lucía decidió detener su interpelación, y se retiró unos pasos. En ese momento, una enfermera gorda, morena y muy risueña entró a la habitación, contoneando sus prominentes caderas.

—Buenas, buenas —saludó casi cantando—. Soy Telma. Estoy tomando mi turno, así que si necesitan algo, aguántense un poquito a que termine mi ronda. Por lo pronto déjenme revisar a mi paciente preferido —y rió con descaro—. Es el único que no me pide nadita ni me vuelve loca.

La enfermera se acercó a Lisandro y le revisó el pulso.

—Sigue vivo—diagnosticó. Luego le retiró la sábana para dejar el delgado cuerpo expuesto. Llevaba puesto un pijama blanco de pantalón corto y aspecto curtido. Su piel tenía aspecto escamoso, y copiaba la forma de sus huesos. Regina lo observó con lástima, y se retiró para respetar su escasa privacidad.

—Me tengo que ir —declaró de pronto Regina, como si le urgiera escapar—. Creo que ya hice lo que tenía que hacer.

—¿Y qué era eso que tenía que hacer? —la interpeló Telma—. ¿No se venía a ocupar de este pobre hombre?

—No. Sólo hice una visita humanitaria. No tengo nada que ver con él —insistió de mala gana y luego salió de la habitación, asqueada por anticipar el recorrido de retorno.

La visita a Lisandro agitó en Regina sedimentos emocionales. No podía alejarse de la habitación del hospital ni de la cama que contenía la triste versión de su hermano. Su mente retrocedió hasta la sala de cuidados intensivos donde murió su padre, y encontró una gran similitud entre ambos hombres. La conciencia la asaltó con dolorosos manotazos que Regina se esmeró en esquivar.

—Yo no soy su mamá —se disculpaba cada vez.

Elías, el esposo de Regina, notó extrañado su expresión inquieta, e intentó indagar la causa. La encontró sentada en el sofá, se sentó junto a ella y la abrazó.

—¿Qué te pasa mi reinita; te preocupa algo?

Regina miró fijo a Elías, decidiendo si contarle o no lo sucedido. Le había prometido no involucrarse más en los conflictos fraternales, pero consideraba pertinente compartir con su esposo las novedades.

—Nada amor. Sólo estoy un poco cansada —resolvió contestar.

Regina sabía que su hermana esperaba por novedades, pero también predecía molestas dosis de reclamos; así posponía el encuentro una y otra vez. “Mañana llamo”, era la frase con que se liberaba temporalmente, hasta que Giovanna se cansó de esperar y fue ella misma por las noticias no recibidas. El timbre anunció su llegada. Regina se asomó discretamente por la mirilla de la puerta; cuando divisó a Giovanna, estuvo tentada a no responder, pero la idea fue acallada de inmediato.

—Ya sé que estás allí, Regina, no se te ocurra esconderte.

—Por qué crees que pensaba esconderme —preguntó luego de hacerla pasar.

—No sé, se me ocurrió. ¿Me equivoqué? —rió Giovanna con ironía.

—Tan mala hermana parezco acaso.

—¿Pretendes que te convenza de lo contrario? En eso no puedo ayudarte mucho.

—Qué noble tu sinceridad, Giovanna.

—Valora al menos mi falta de hipocresía. Pero no vine a hacer un debate, quiero saber de Lisandro.

—Pues fui a ese hospital horrible lleno de gente grimosa sólo para hacerte caso.

—No fue para hacerme caso a mí sino a tu poca conciencia restante —rectificó Giovanna.

Regina hizo una detallada síntesis que permitió a Giovanna un traslado mental hasta el lugar. Tamizó las quejas incorporadas por su hermana, y se enfocó en la condición de su hermano.

—Pobre Lisandro —se lamentó Giovanna—. Es impresionante cómo una vida puede cambiar de forma tan extrema. Debemos ocuparnos de él.

—A mí me sigue dando mucho miedo —confesó Regina.

—¿Pero miedo a qué? —cuestionó Giovanna.

—A que alguien lo ande buscando y se meta con nosotras por ser sus hermanas.

—No seas tan cobarde. Quién querrá meterse con un hombre que tiene semanas recluido en un hospital. Si alguien lo busca, ya hasta debe haberlo dado por muerto.

—¿Y esa señora Marcela tendrá algo que ver?

—No. Creo que sólo quiere ayudarlo. Quién sabe cuáles serán sus razones.

—Pues a mí tampoco me corresponde —concluyó Regina—. Conmigo no cuentes, porque yo tengo mi vida ya bien complicada, y no quiero que Elías se vuelva a molestar conmigo.

—¿Molestarse por qué: por estar pendiente de tu familia? —preguntó Giovanna con asombro.

—No empieces —pidió Regina—. Déjame vivir mi vida como la llevo, y tú ocúpate de la tuya, que por lo visto no anda muy próspera que digamos. Vas de mal en peor.

Giovanna omitió comentarios. Sabía que su hermana tenía razón. Había perdido el interés por los asuntos cotidianos y se dedicaba apenas a las funciones necesarias del día a día.

—No sé por qué te has entregado —continuó Regina—. Parece que ya no te importa la vida. Hasta has arrastrado a Andrés en tu descuido. Tu casa luce tan abandonada como tú. Tienes encima veinte años más de los que te corresponden. Mírate ese pelo, mira tu ropa...

—¿Vas a criticarme ahora? —respondió Regina, al notar que su esmero por lucir mejor ante su hermana había resultado inútil.

—No. No es esa mi intención. De verdad me preocupas.

—¡Vaya! —supongo que debo darte las gracias.

—¿Necesitas dinero? —se atrevió a preguntarle Regina.

—No necesito tú dinero. Ya nos las arreglaremos.

—Creo que no es sólo cuestión de dinero. Estás en bancarrota emocional.

—Buena manera de decirlo. Creo que sí: he perdido hasta el ánimo de levantarme en la mañana; tal vez mi ilusión de vivir está en la misma cama de Lisandro.

—Pues levántate tú hermana, no permitas que la vida se te escurra también —le dijo con sinceridad.

Capítulo 6

LA GUARIDA LITERARIA

El deseo de Marcela por investigar el pasado, le había despertado una fascinación por las bibliotecas. En su ciudad conocía desde archivos de libros en olvidadas casas, hasta solemnes edificaciones respaldadas por largos senderos culturales. Su breve tránsito a través de los pueblos y ciudades, incluía plazas, museos y lugares turísticos clásicos, pero nunca faltaba el encuentro obligado con una biblioteca. Era ése un lugar sagrado, colmado de información añeja que compartía estantes con letras contemporáneas; cientos de libros aguardaban la llegada de acuciosos exploradores. Los espacios de una biblioteca eran ideales para meditar, planear o relajarse, pues aun sin emprender una lectura, Marcela sucumbía ante el silencio hipnótico de la sala de lectura, rasguñado apenas por el susurro de un lector, una silla deslizándose, o el ronroneo de aspas ventilando el sopor del recinto. Cada espacio ejercía un magnetismo distinto, resultante de una mezcla única: vivencias galopantes, personajes de historia y de ficción, los relatos del ayer atraídos por el presente. Todo solía fundirse para crear una fiesta silenciosa, percibida sólo por mentes curiosas como la de Marcela. Luego de atravesar el umbral de una biblioteca, esperaba unos minutos de pie; no se trataba sólo de abordar el lugar, era un acto místico que requería de un ritual especial: una apertura... una invitación a traspasar el denso manto de las letras. Sus bibliotecas preferidas eran las de anaqueles abiertos pues ofrecían más libertad para investigar. Luego de una breve inspección de los catálogos y andenes de su interés, caminaba sus dedos por los lomos alineados de los ejemplares, leía las epígrafes que revelaban títulos y autores; cuando alguno le atraía, lo tomaba con cautela para colocarlo como a un recién nacido sobre alguna de las mesas. Abrirlo era una experiencia sensorial más allá de la simple lectura: levantar la solapa de un viejo libro, activaba la volatilidad de moléculas en reposo, y con su acento peculiar penetraban el olfato para anunciar un encuentro con escritores extintos. El dedo índice acariciaba la textura del papel y sellaba el lazo con otros lectores, que como ella, escogieron esas páginas para convertirlas en su aventura. Era ése un momento de veneración a mentes prodigiosas, inmortales por sus obras; en él se rompía el claustro indefinido para ofrecer instantes mágicos de libertad, descomprimir monólogos, dar volumen a figuras achatadas, y hacer surgir las voces de un pasado, tal vez cercano o muy lejano, ansioso de abordar el presente con una exposición silenciosa. La historia convive con los textos contemporáneos, todos evitan transgredir los espacios y tiempos ajenos, aunque a veces

resulte inevitable; las imágenes antiguas sobre fondos amarillos comparten las mesas con tintas coloridas impresas en papeles aún blancos, y la acuciosa mente del lector es el mágico enlace. Esta sensación no puede ser sustituida por los regalos de la tecnología, por la pantalla luminosa de un ordenador o el rápido desplazamiento por el infinito espacio cibernético, al que inevitablemente acudiría Marcela para rendirse ante a otro tipo de encantamiento.

“La Guarida Literaria” era la biblioteca favorita de Marcela. Había sido creada cincuenta años atrás por un profesor universitario: Hilario de La Cruz. Después de haber almacenado centenares de libros en los estantes de su casa, el hombre fue forzado por su esposa a darles un fin más noble que servir de guarida para los ratones en el salón, donde las rumas de libros se erigían desde el suelo acumulando polvo. Hilario decidió comprar una vieja casa a unos cien metros de la suya, en la cual halló los atributos adecuados para alojar su propósito. Habilitó diversas áreas decoradas con temáticas varias, y en ellas dispuso mesas y cómodas sillas. Creó un salón especial para reuniones, imaginando allí jugosas tertulias sobre temas infinitos. Obtuvo el auspicio de la universidad para los gastos de mantenimiento, y de allí le proveían los empleados. Luego de su jubilación, “La Guarida Literaria” se convirtió en el refugio de Hilario, junto a la compañía de su esposa Ludmila y los fieles usuarios que la hicieron un grato lugar de reunión y enriquecimiento intelectual. Hilario permanecía el día entero comprobando el uso correcto de sus apreciados libros; controlaba el volumen de las conversaciones, y daba asesoría a quien la precisara. Mientras tanto, Ludmila hacía funciones de bibliotecaria, y tres veces al día colaba un café aromatizado con canela para cargar los grandes termos del cafetín; el olor impregnaba los salones de lectura e invitaba a un descanso delicioso. Ludmila le llevaba una taza a su esposo haciendo honor a un ritual de amor iniciado años atrás en otros espacios, y él saboreaba ese café en las pausas de sus conversaciones. La ancianidad obligó el retiro de Hilario, y decidieron entregar el mando de la biblioteca a la institución universitaria, bajo un justo acuerdo de arrendamiento. Un viernes Hilario percibió el llamado de la muerte; se levantó temprano con la idea de pasar el día en su “Guarida”, y marchó lento desde su casa, mientras Ludmila lo sujetaba del brazo. Transcurrió una mañana plena de melancolía: hojeó algunos de sus libros favoritos, detalló las fotografías de las paredes, conversó con unos jóvenes, y pasado el medio día se sentó en su sillón a dormir una siesta eterna. Había vivido ochenta y ocho años. Como parte del duelo, Ludmila siguió frecuentando la biblioteca, pues aseguraba que allí permanecía de Hilario; ella perdió su semblante alegre, pero no la dulzura hacia sus visitantes, aunque ellos notaban cómo la amable dama se apocaba por efecto de la tristeza y por los años de vida que ahora se hacían más pesados. Trece meses después, Ludmila cayó en cama; en la

vigilia y en el sueño, imploraba a su esposo llevarla con él; un día anunció a su enfermera que había llegado el momento de su partida, y más tarde murió con una suave sonrisa en sus labios. Los usuarios de la “Guarida Literaria” afirmaban que Hilario nunca había abandonado el lugar, y daba leves castigos a quienes osaban maltratar algún libro. Hubo quien mostró un moretón en la pierna y aseguró que había sido ocasionado por un pellizco de su dueño, luego de remover una página a un viejo ejemplar de historia venezolana. También rumoreaban que los pasillos de los libreros hechizaban a las parejas, y eran comunes los encuentros entre enamorados para confesiones amorosas y besos exaltados, aún ante el riesgo de ser interrumpidas por las bibliotecarias en acecho.

Marcela conoció el lugar por casualidad, y la atrajo el dejo de cálida añoranza mezclado con aroma de canela. Cuando conoció la historia de sus fundadores, justificó su afinidad hacia el lugar y lo convirtió en su centro de investigación predilecto. Podía pasar allí el día, subyugada por los misterios del recinto. Escribía sus notas, investigaba en alguna de las computadoras o realizaba consultas en los textos. Con frecuencia participaba en charlas y talleres, cuyas ofertas se ajustaban a intereses personales. Los diversos tópicos se perfilaban como oportunidades para afinar sus indagaciones laborales.

Era un día jueves. Marcela llegó a la Guarida Literaria para participar en un seminario sobre periodismo de vanguardia. Llevaba quince minutos de retraso. La convocatoria era para las ocho de la mañana, pero el seminario aun no se había iniciado. Algunas personas se alineaban frente a la mesa de registro para ubicar sus nombres entre la lista impresa, y recibían luego un sobre con material de trabajo.

—Buenas tardes. Soy Marcela Otaizola —indicó a la joven anfitriona.

Cuando ingresó al salón de lectura, la recibió un murmullo amenizado con música instrumental. El rango de edades entre los asistentes era amplio; la informalidad predominaba en las vestimentas, e iba en línea con su atuendo: pantalones ajustados color negro, botines marrones, camisa de franjas y una colorida banda atada en su cintura. Su cabellera suelta y un maquillaje ligero la hacían lucir fresca y atractiva.

Los asistentes se mezclaban en un grato cotilleo esperando el estreno de la actividad, mientras la angustia por el retraso se apoderaba de los organizadores.

—Vayan sentándose por favor; en pocos minutos comenzamos —solicitó una de las chicas del protocolo, mientras se equilibraba en altos tacones.

Marcela ocupó un puesto vacante, entre las sillas acomodadas frente al pódium. Una vez instalada, observó con disimulo a algunos de los participantes, deteniéndose en sus expresiones

e imaginando sus oficios. El apuro de minutos atrás había dado paso a una sensación de alivio; ahora podía sintonizarse con el resto de la audiencia

Minutos más tarde, un caballero de vestimenta impecable y desbordante energía, abrió la presentación con un discurso diseñado para sustraer al público de su retraimiento inicial; en él incluía algunos chistes y anécdotas que bien cumplieron su misión. Después de la ensayada apertura, introdujo al primer orador y se desprendió de su jubiloso personaje, para sentarse en la parte trasera de la sala, donde mutó a un ser transparente.

La expectativa rondaba a Marcela; un bolígrafo danzaba entre sus dedos, esperando romper la impoluta superficie de su libreta. El primer expositor era un veterano en el arte de la actuación, y salpicaba su discurso con ademanes histriónicos para dar resonancia a sus palabras. Marcela seguía una a una las frases y se deslizaba por las inflexiones de la voz que daban movimiento a las estáticas imágenes proyectadas sobre la pantalla. Cuarenta y tres minutos fueron escasos para repasar la evolución del hombre en sus diversas expresiones artísticas; siglos de historia se redujeron a unas cuantas diapositivas, pero de alguna manera quedó claro el potencial cultural de la especie humana, manifestado de inusitadas maneras; todas ellas mostraban tanto su vulnerabilidad como el apremiante deseo por ocultarla.

En la fase culminante, y antes de ceder el estrado al próximo participante, el orador decidió agradecer la presencia de uno de los asistentes: David Gambardi, joven emergente en el campo periodístico, de quien Marcela no recordaba haber escuchado hasta ese momento. Sintió especial interés por identificarlo cuando habló desde uno de los costados de la sala, mientras su voz ronca y peculiar se alzaba para vencer la falta de un micrófono. Marcela sorteaba las cabezas que entorpecían su visión y halló por fin al apuesto joven que con humildad y aplomo, agradeció la reverencia y elogió la iniciativa de llevar a cabo tal evento. El hombre era alto; su cabello rizado y oscuro complementaba el atuendo gris. Los gestos de manos apoyaban el carácter de la expresión facial; sus cejas se elevaban para acentuar los vaivenes de los ojos negros, mientras las palabras se desprendían de su boca con marcada articulación. Marcela admiró la resolución del personaje y analizó curiosa su lenguaje elaborado. Advirtió en él la interesante semblanza de quienes están dotados por un intelecto brillante y espíritu de batalla. Luego de varias horas de pódium compartido, se abrieron las puertas del salón para un convite, excusa perfecta para dejar de lado la timidez y establecer enlaces estratégicos. También era la oportunidad de recolectar datos personales: cifras telefónicas, creativos nombres de empresas, correos electrónicos, algunos de ellos con intrincadas combinaciones de caracteres. El momento se perfilaba como una ocasión única para iniciar nuevas amistades.

Mientras los minutos de receso se extinguían, cada quien buscaba abono para su interés particular. Así lo hacía Marcela mientras se paseaba por el salón.

—Disculpe: soy Marcela Otaizola. ¿Podiera darme su número telefónico y correo para mis registros, por favor?

Con reserva o sin ella, cada uno de los aludidos cedió a la solicitud, y unos cuantos le solicitaron sus datos a cambio. Sin proponérselo de manera especial, llegó hasta David Gambardi, quien conversaba con uno de los expositores. Al escuchar la solicitud de Marcela, él la miró con extrañeza y respondió con un gesto amable.

—¡Claro!

Tomó el bolígrafo y en inusual postura de mano sobre la libreta, anotó sus datos con una caligrafía tan particular como su voz, sin que él entendiera en qué podían ser de utilidad; ella leyó el nombre; verificó su resonancia y solidez, en franca correspondencia a la apariencia de su portador.

A los ojos de Marcela, David lucía como un hombre reservado, interesante y un tanto misterioso. En el desarrollo de la conferencia, tuvo oportunidad de analizarlo a distancia, y en ciertas ocasiones él interceptó su mirada. Cada uno se iba inventando un perfil del otro, y con las horas, la curiosidad de validar los rasgos imaginados se hacía mayor. Sin embargo, ninguno hizo ademán alguno para propiciar una conversación.

A la mañana siguiente, cuando se iniciaba la segunda jornada de la actividad, se dio una oportunidad para que Marcela y David se conocieran. Él llegó con apuro a unos minutos de iniciada la ponencia; ocupó el asiento libre junto a ella y le dejó sentir un aroma agradable. Entre dientes él confesó no haber escuchado el reloj despertador.

—No te has perdido de mucho, casi acabamos de comenzar —le tranquilizó ella.

Ni las palabras de los expositores, ni las tareas de grupo fueron impedimento para que Marcela y David conversaran en susurros. Con frecuencia David hacía algún chiste, y Marcela lo reía con disimulo. Ambos descubrieron un oficio común: el periodismo en medios impresos; y cada uno reseñó el campo de su preferencia. Fue allí cuando Marcela recordó haber leído el nombre en los medios de comunicación y se interesó por descubrir más sobre su trabajo. Marcela dedujo que David podría conectarla con un grupo de empresarios, de quienes pretendía obtener patrocinio para un proyecto de la revista. Así se lo hizo saber, y David no dudó en ponerse a disposición para fungir de enlace. Los recesos se hicieron insuficientes para las charlas; los intersticios entre las actividades grupales permitían breves contactos y las intervenciones de uno eran observadas por el otro con sagacidad. El tiempo se extinguía, y para ambos, el interés

no satisfecho por conocerse dejaba filtrar un poco de ansiedad.

—Quisiera ayudarte en tu proyecto —expresó él durante la clausura, cuando la despedida era inminente—. Podemos tomarnos un café mañana temprano.

—¡Sí! Te lo agradezco mucho —aceptó ella animada.

Tal como lo acordaron, y fuera de la “Guarida Literaria”, David y Marcela se encontraron en un café, para una breve reunión que permitió a David ofrecer algunas recomendaciones sobre la manera de abordar a sus contactos; él se encargaría antes de abrirle camino. Poco tiempo tuvieron para revelarse aspectos privados y proyectos en curso. Entre otros temas, quedó expreso que David era divorciado, y Marcela estaba casada. La posibilidad de una amistad lucía lejana, a pesar de lo grato que les resultara la compañía mutua. Sin embargo, los nuevos recursos ofrecidos por la tecnología, se propusieron como una manera prudente de comunicarse. Comenzaron escribiéndose correos electrónicos esporádicos, que en un principio contenían mensajes cordiales y superficiales. Ambos dejaban colar algunas inquietudes de sus profesiones y abordaban tópicos particulares, con poder para alentar la confianza mutua. Optaron por emplear otros medios electrónicos para conversar en tiempo real y la nueva plataforma favoreció un incremento en la frecuencia de contacto, hasta llegar a una o dos conversaciones cada semana. Persistía la posibilidad de compartir nuevamente la mesa de un café, y a pesar de sonar poco probable, disfrutaban el mantener esa discreta esperanza. Era grato para ambos recibir noticias en sus correos virtuales; en ellos, las palabras escritas parecía proyectar sonidos y la gregaria caligrafía iba revelando sinuosas personalidades.

Capítulo 7

ARISTAS COTIDIANAS

Marcela llegó a casa cerca de las siete de la noche con su hija Adriana, luego de surtirse de víveres en el supermercado. Madre e hija se dispusieron a desempacar y preparar la cena planificada: sopa de espinacas, carne asada, arroz blanco y una ensalada de vegetales variados. A pesar del elaborado menú nocturno, ambas se limitarían a comer de la ensalada, acompañada con pan integral; el resto estaba destinado a Rubén, en respuesta a su exigencia de cenar una “comida fuerte y no recalentada”, lo cual no siempre era fácil de complacer. Poco antes de la cena, Rubén llegó a casa. Colocó su maletín junto al mueble de la sala, y se acercó a la cocina donde Marcela terminaba de organizar la mesa para comer.

—Estoy agotado —expresó él con desgano.

—Me imagino —respondió Marcela impasible—. Ya a esta hora todos estamos deshechos. ¿Quieres que te sirva algo de tomar?

—Un té frío estaría bien —aceptó él, y se dirigió al salón de la televisión.

—Pero no te vayas —le detuvo Marcela—. Quédate aquí conmigo un rato. Además, la comida ya casi está lista. Cuéntame cómo estuvo todo hoy en la oficina, mientras te tomas tu té.

—Lo de siempre: parece un manicomio —expresó él restregándose los ojos, ya sentado junto a la mesa de la cocina—. Estoy harto. Ojalá pudiera irme de allí y decirle lo que se merece a mi jefe antes de cerrarle la puerta en su cara.

—No te quejes Rubén, allí al menos estás más tranquilo que en tu otro trabajo. Nada es perfecto en ningún lugar.

—Claro, es fácil decirlo porque no eres tú quien debe soportarlo —respondió él con falsa risa—. Yo debería ser el jefe allí, ese tipo no sabe nada. Si no fuese por mí, esa empresa se va para el carajo, pero no se dan cuenta de eso.

—Bueno Rubén, reconoce también todas las oportunidades que ellos te han brindado. Debes tener un poco de paciencia, seguro vas a seguir avanzando. Trata de ser más generoso contigo mismo; yo sí creo que allí te valoran.

—¿Viste? —respondió él exaltado—. Por eso es que no me gusta hablar contigo. Tú siempre terminas llevándome la contraria. Parece que estás de parte de todo el que no sea yo.

—Claro que no —se defendió Marcela—. Más bien estoy intentando darte ánimos. No todo se da como queremos, pero al menos debemos ser agradecidos por las cosas que nos han hecho

avanzar. Hace poco hablabas de cómo te tomaban en cuenta allí. Hasta te dieron un aumento sorpresa. ¿Te acuerdas?

—¿Y de qué tengo que estar tan agradecido? ¿De un empleo promedio incapaz de llevarme a donde quiero? ¿De que los demás me estén montando siempre el pie y termine siendo un lacayo? —reclamó él.

—Estás siendo injusto. ¿Por qué te castigas así? No te va mal, como dices, tal vez no de la forma espléndida que quisieras, pero en eso andas ¿verdad?, buscando la manera...

—¡Ya Marcela, déjalo así! Tú siempre encuentras la forma de reclamarme —protestó antes de salir de la cocina.

—Pero Rubén: ¿qué fue lo que sonó tan ofensivo? —dijo ella caminando tras él. ¿Por qué siempre las conversaciones tienen que terminar de esta manera? Ven acá por favor: estamos hablando, no hay por qué molestarse —le pidió ella.

—Ya Marcela. Déjame tranquilo. Se me olvidaba que tú siempre tienes la razón.

—Eso no es verdad —negó ella con un suspiro, sin que Rubén la mirara —. Ahora estás siendo injusto conmigo.

—Ya Marcela, no sigas. Apúrate por favor con la cena que tengo hambre —dijo antes de encender el televisor y enfocarse en él.

Marcela quedó en medio de la sala estudiando la reciente conversación, para detectar cuál fragmento había detonado el mal humor de su marido. Ese intercambio respondía a un esquema habitual del cual era difícil desprenderse, aunque más tarde la molestia de Rubén decantaría y buscaría arrimo en su esposa con mirada arrepentida, forzando una nueva perorata.

Poco después, Marcela, Adriana y Rubén compartían la cena en la mesa de la cocina. Rubén había superado ya su molestia, y mantenía una actitud más paciente con su esposa, consciente de su exagerada reacción. Marcela había superado el momento con estoicismo; lo consideraba “uno más”. Adriana animaba el ambiente relatando anécdotas de la universidad, mientras su madre escuchaba y comentaba con interés.

—Papá: no estás escuchando nada de lo que digo —objetó Adriana.

—Claro que escucho —mintió Rubén, mientras cortaba la carne de su plato.

—Pero es que ni me miras —refutó la hija.

—Yo escucho con los oídos, no con los ojos —se defendió.

Marcela los miró a ambos y soltó una risa.

—Tengo muchos años escuchando eso Adriana, y créeme: sus ojos están directamente

conectados a sus oídos, si no te mira, es porque no tiene ni idea de lo que estás diciendo.

—Eso lo sé —rió Adriana.

El resto de la cena transcurrió en una conversación de dos; Rubén sólo intervenía para pedir algo fuera de su alcance en la mesa, o para emitir algún comentario aislado sobre lo transmitido en la tele.

Hora y media más tarde, el formato de la conversación se repetía de forma similar en la cama de la habitación matrimonial. Marcela y Adriana planificaban una salida al cine con dos compañeras de su hija, mientras Rubén permanecía recostado de la cabecera de la cama con el control remoto del televisor en su mano, recorriendo una retahíla de programas.

—Anda hijita, ve a dormir, ya es tarde, y mañana nos toca madrugar de nuevo —pidió Marcela.

—Si mami, ya voy; y tú papá: ¿vienes mañana con nosotras al cine?

—No nena, vayan ustedes —dijo, dedicándole una mirada rápida—. Esas películas de mujeres me aburren una enormidad.

—¿Y cómo sabes que vamos a ver una película de mujeres? —le retó la muchacha.

—¿Pues qué más pueden ver puras mujeres juntas? —preguntó como si la respuesta fuera obvia.

—Ay papá, eso no tiene nada que ver —objetó Adriana.

—Anda ya hija, de verdad es tarde. Ya van a ser las diez —le hizo notar Marcela —seguro tu papá tiene algo mejor que hacer un viernes en la noche, sin nosotras.

Aunque Rubén no fue capaz de percibir sarcasmo en el comentario, atinó a dar una respuesta liberadora.

—Para mí lo mejor es estar con mis dos mujeres, pero no en el cine llorando por amores que no existen.

—Esos amores de los que hablas sí existen —refutó Adriana con fastidio.

—Existen en la mente de muchachitas como tú que no han tenido tiempo aún de desilusionarse por la vida —explicó Rubén.

Marcela hizo un gesto a Adriana y la muchacha salió de la habitación cerrando la puerta tras ella.

—Buena manera de quitarle la ilusión a una niña de diecinueve años —acotó Marcela—. No tienes que ser tan cruel.

—¿Y para qué engañarla; acaso es mentira?

—Pues sí, es mentira. No todos miramos el mundo a través de tus ojos secos. Además, ¿tú consideras que ni en nuestros mejores tiempos fuimos parte de un romance bonito y tierno?

—Mal no nos fue, pero esas exageraciones de las películas o de las novelas, en verdad son producto de la imaginación de unos escritores cursis —declaró él sin mirar a su esposa.

—Me gusta pensar que nosotros formamos parte de eso alguna vez—murmuró Marcela—. ¿Podrías dejar de mirar un momento la televisión, por favor?

—¿Para hablar de qué, de nuestra vida romántica? —carcajeó Rubén.

—La haces ver más patética de lo que ya es.

Rubén apagó el televisor, y se acomodó para apoyar la cabeza en la almohada de cara a su esposa.

—A ver, ¿qué me quieres decir? ¿O prefieres hacer alguna otra cosa junticos? —y colocó la mano sobre la cadera de Marcela—. ¿Tienes ganas de una batidita?

—¡Qué propuesta tan apetitosa! —suspiró Marcela con frustración.

—Anda pues... tienes tiempo que no te ocupas de mí —murmuró él besándola en el cuello y tocándole los senos por debajo del pijama.

—Quédate tranquilo, Adriana está aún despierta —pidió Marcela.

—Entonces esperemos un rato —cedió él, retomando el aparato del televisor—. Ya regreso contigo —y concluyó con unas palmadas en la pierna de su esposa.

Marcela permaneció sentada contra su almohada, y la mirada fija en el cuadro colgado en la pared frontal: una reproducción del pintor Marc Chagall de título “Los Enamorados de Vence”, obsequio nupcial de su padre. En la colorida y etérea imagen predominaba una pareja compartiendo la cercanía de sus rostros, y entre ellos, un ramillete de flores sugería un obsequio de amor. Detrás, un refulgente sol naranja hacía resplandecer los verdes y azules del escenario, y realzaba la blancura de un lejano animal, en apariencia silvestre, más interesado en el cielo que en los enamorados. La pintura recordaba a Marcela que alguna vez había confiado en el amor apasionado de pareja. Se fundió en el círculo naranja iluminado hacia la esquina de la imagen y durmió dentro de él.

Más tarde, unas caricias la devolvieron a la vigilia; Marcela tomó conciencia de su habitación y de los besos de su esposo recorriéndole la espalda.

—Ya estamos solos —le susurró él en la oreja.

—¿Cómo que solos? —preguntó ella incorporándose.

—Que la muchachita ya se durmió —explicó él con voz ronca—. Podemos seguir con lo que nos quedó pendiente.

Marcela aceptó lo que parecía haber sido un compromiso pre adquirido; cedió a los deseos de su esposo y se esforzó en soslayar el sueño; respondió a los besos ofrecidos, en un intento

sensato por adecuarse a la situación, y a los minutos disponía ya de mayor disposición para entregarse a los placeres carnales con su marido. Se desvistió con gracia y besó a Rubén con picardía mientras le retiraba la ropa de dormir. El cuerpo de Marcela respondía a la convocatoria, pedía ser acariciado; sus manos y piernas promovían nuevos enlaces obedeciendo a los mandatos de su excitación; guiaba a su marido hacia los puntos álgidos, mientras él respondía con premura. Marcela disfrutaba las sensaciones y se sintió agradecida con Rubén por haberla inducido al delicioso intercambio. Disfrutó las caricias recibidas, los dedos palpando su intimidad y a cambio ofreció maneras expertas de complacer con sus manos y boca. La ansiedad de Rubén lo sofocaba; abandonó el preludio, y se apuró en situarse para poseer a su esposa, con una urgencia que traspasó los convenios mutuos; tomó la pendiente del éxtasis en forma acelerada, enrumbado en una carrera alucinante hasta quedar agotado en su cama, mientras Marcela lo miraba con decepción.

—¡Ah! Me hacía falta esto, mi amor —suspiró con los ojos cerrados.

Rubén acomodó la sábana sobre su cuerpo desnudo, pasó su brazo por encima de la cintura vecina, y besó a su esposa en la mejilla, justo antes de dormirse. Marcela quedó inmóvil, respiró profundo, y notificó a su cuerpo la interrupción de la travesía. Regresó al círculo naranja de la pared y recorrió dentro de él una gran espiral en la que sonaban voces incomprensibles, murmullos y bullicios. A su regreso, se fijó en su esposo dormido, retiró de sí el pesado brazo ajeno y analizó su rol en ese espacio conyugal. Había ocurrido un encuentro sexual, sin embargo, la intimidad había estado ausente; no recordaba haber mirado a Rubén a los ojos, ni que alguno de los dos pronunciase palabras amorosas; tampoco se había dado un intercambio de sentimientos ni emociones. Sintió tristeza; no pudo justificarla, pero recordó cuán frecuente se había hecho su compañía.

Capítulo 8

EN EL CENTRO DE LA CIUDAD

Una misión de investigación en el casco histórico de la ciudad representaba para Marcela una experiencia divertida. En sus recorridos caminaba curiosa por las estrechas aceras, insuficientes para contener el tráfico moderno de transeúntes; exploraba los detalles de las casas longevas, y si encontraba abierta la puerta o ventana de alguna habitada, se asomaba con discreción para observar la fusión de épocas. Las paredes exponían el barro de sus entrañas a través de grietas y boquetes. Los barrotes de las rejas mostraban capas superpuestas de pinturas sobre los arabescos del hierro forjado. Había ruinas tras esqueletos de fachadas, con malezas gigantes imponiéndose sobre pisos de adoquines. Árboles centenarios seguían engrosando sus troncos y raíces, sin atender su efecto en las estructuras. El tiempo carcomía los cimientos de la ciudad y Marcela se lamentaba por la pérdida.

Los transeúntes llevaban consigo preocupaciones distintas; otros temas cotidianos conducían sus apremios. Marcela se detenía en sus expresiones y jugaba a adivinar sus pensamientos; percibía los sonidos del ambiente, aun era posible escuchar trinar un pájaro entre las bocinas persistentes de los vehículos. Los colores de la calle y de la gente refulgían bajo el sol. El calor resultaba agobiante.

Al centro de la plaza se elevaba la estatua del libertador Simón Bolívar montando su caballo. Unas coronas de flores marchitas frente a la escalinata, recordaban un acto oficial reciente. En los bancos, algunos ancianos mantenían sombreros de copa, tirantes sobre sus hombros o las tradicionales camisas estilo “guayaberas” planchadas con almidón. El antiguo teatro de la esquina mostraba el olvido a través de los cristales rotos. Ya nada quedaba de las galas con mujeres adornadas y los caballeros desplegando sus buenos modales. Algunas personas afirmaban escuchar aún música y aplausos durante las noches.

El comercio es la actividad principal de la zona. Docenas de locales muestran sus ofertas con anuncios fosforescentes; pilas de mercancía rebosan las mesas a la entrada de las tiendas. Las aceras están ocupadas por tarantines de comerciantes informales que arrebatan la visibilidad de las fachadas y apenas dejan circular a los caminantes. Al paso se observa ropa, golosinas, bisutería, zapatos. Se ofrecen servicios especiales como plomería, lectura de cartas, desrizado de cabello o colocación de uñas postizas. Los productos ofertados a viva voz. Algunos mercadean disfrazados de personajes pintorescos, o adornan sus frases comerciales con

cantinelas para destacarse entre los otros ruidos de la calle. Hay un pasillo misterioso con fotos de mujeres exhibiendo más piel que ropa. Los nombres de los negocios combinan varios idiomas: el inglés, chino o árabe, se enlazan con la lengua criolla y en resulta, las rimbombantes combinaciones son machacadas por la lengua coloquial de la clientela. Al paso se siente olor a naftalina o humedad. Los maniqués exhiben ciegas las ropas de moda en figuras delgadas. Algunos están mutilados o muestran rígidas tetas, cuyas proporciones no corresponden a las de las usuales compradoras. Los comerciantes consideran sus precios demasiados bajos, los compradores exclaman por lo elevado. El eterno trueque de dinero por mercancía mueve a la muchedumbre.

En una esquina, Marcela se detuvo a comprar unas pocas mandarinas de aspecto provocativo; pretendía engañar al apetito hasta tomar su almuerzo. Unos perros escarbaban la basura de un restaurante. El cuerpo veloz de una rata rozó la pierna del mendigo que se decía ciego, pero por obra de milagro, éste logró darle un certero zarpazo. El aire fue azotado por el aroma de carne, asada en una estufa ambulante. El menú culinario era amplio: se podía elegir entre perros calientes, arepas de rellenos surtidos, o frituras cubiertas con azúcar; y para acompañar: refrescos de botella o la tradicional chicha de arroz. Un borracho aun tambaleaba su parranda nocturna, y exhalaba alcohol. Recostado de una pared, un joven cazaba la oportunidad para extraer el monedero a un incauto. Marcela se movía con curiosidad y precaución; el trayecto le causaba risas y sorpresas, mientras iba capturando imágenes con su cámara fotográfica. Rechazó varios ofrecimientos de ansiosos vendedores apostados en las puertas e invitando a mirar "sin compromiso". El tráfico en la calle era imposible de evadir. Los vehículos apenas avanzaban unos metros por minuto. Algunos conductores buscaban sin éxito un lugar donde aparcar. Se regateaba; se intercambiaban chistes y anécdotas. En un día normal, el centro de la ciudad lucía como una fiesta. Los vendedores de música hacían debatir sus canciones; los negocios amenizaban sus espacios con músicaailable. Un guitarrista itinerante se plantó frente a improvisados escuchas para descargar un bolero de su repertorio; algunos lo ignoraron, y otros le dedicaron una pizca de atención antes de soltar algunas monedas en el recipiente plástico amarrado a su cintura. Marcela se mezclaba con la gente; sentía la vibración del pueblo y se sabía parte de él. Deseaba extraer la sustancia de la cultura popular, más allá del bullicio; de la misma manera esperaba penetrar los espacios silentes del ayer, antes de ser engullidos por la vorágine del presente.

Marcela culminó una entrevista con un funcionario público en una oficina de planeamiento urbano; allí solicitó fichas históricas de una edificación antigua a punto de ser demolida. Según

los testimonios escritos, su fecha de construcción era cercana al año 1780. Consideraba cada zona destruida como la muerte de una tradición y se asignó la misión de difundirlo como un evento de relevancia. Buscó una sala de comunicaciones cibernéticas para escribir un informe preliminar y enviarlo a la revista. Encontró un pequeño negocio dotado de seis computadoras y privacidad suficiente para trabajar un rato. El lugar era atendido por un joven moreno de armada melena y brazos tatuados quien le asignó a Marcela la estación número cuatro; durante treinta y cinco minutos se dedicó a redactar un correo electrónico, cuyo contenido afinaría más tarde en su oficina. Ya entregada la encomienda, el apuro cedió. Revisó la lista de sus contactos y observó el nombre de David con la señal “en línea”; decidió contactarlo.

David había salido de la ciudad tres meses atrás para desarrollar un proyecto profesional. Durante esa temporada, había crecido la frecuencia de las comunicaciones virtuales entre ambos. De forma lenta y progresiva las palabras habían mutado su acento y una fascinación recíproca forzó un cambio en la cadencia de las conversaciones; de a poco, ambos se mostraron cada vez más dispuestos a ahondar en sus emociones. La plataforma de comunicación era efectiva a la hora de sortear el pudor, evitar las miradas incómodas, y cubrir las pausas con alguna interjección de dos o tres letras. Marcela reconocía el desacierto de estrechar relaciones con un hombre, quién, además de ser casi un extraño, desencajaba en un formato de mujer casada; sin embargo, con la complicidad de las caretas electrónicas se hizo fácil concederse el permiso para continuar. En ese momento, la sala de chat no se ofrecía como el escenario ideal para conversar con David. Habría preferido la privacidad de su casa, pero la ocasión se perfiló como oportuna para obtener alguna noticia de él. David habló un poco sobre su trabajo y ahondó en algunos detalles. Sus palabras denotaban emoción, y a la vez nostalgia por las bondades de su hogar; ansiaba reiniciar sus rutinas habituales. La charla dio un giro cuando él confesó el interés principal de su retorno: un encuentro entre ambos. Habló sin preámbulos sobre su deseo de llegar a una relación más íntima. Marcela se mantuvo con respuestas parcas que apenas frenaban el tono de la propuesta. Reconocía su atracción hacia David y desde antes había degustado sus declaraciones tácitas. Él había pasado a ser una compañía persistente y placentera, tan significativa como perturbadora; ansiaba noticias de él, se deleitaba con la consistencia de sus palabras y el formato esmerado sobre el cual construía sus ideas. No precisó cuándo las líneas dejaron de ser distantes y formales, para dejar el campo abierto a inquietudes internas, sentimientos y carencias, embebidas en un intercambio cautivador. Cuando se vio ilusionada, entendió que había transgredido un límite: no era sólo amistad lo que circulaba en esa red... se habían incorporado una atracción física, y con ello surgía la recriminación. En las

líneas de David, Marcela percibía la voz ya conocida, colocaba melodía a las frases y gestos al rostro de su memoria.

—Apenas llegue a casa, quiero que nos tomemos ese café que tanto hemos saboreado a distancia.

—Sería muy raro hablar mirándonos directamente las caras. No ha sido lo convencional entre nosotros —respondió Marcela conteniendo la exaltación ante tal posibilidad.

—Nada de lo nuestro ha sido convencional —acotó David para dar espacio a una larga pausa.

—Te quiero hacer una pregunta que me ha causado curiosidad —continuó él.

—¿Cuál?

—¿Te has enamorado alguna vez? —preguntó él golpeando las teclas de su ordenador.

—¡Claro que sí! Si hasta me casé.

—Eso puedo suponerlo. Quiero decir: si te has enamorado después de tu matrimonio.

— ¿De alguien más? No: nunca.

—¿Te consideras conservadora entonces? —intentó apuntalar él.

—Pues sí.

Marcela planteó una pregunta, consciente de ingresar a una zona de cuidado.

—¿Y eso a qué viene?

—Bueno...—comenzó David—; es que nuestras conversaciones han activado ciertos pensamientos hacia ti. Además de atraerme mucho, han venido a mi mente algunas fantasías.

Marcela retuvo un instante la pregunta obvia.

—¿Qué tipo de fantasías?

—Tiene que ver con un sueño que tuve hace dos noches —se atrevió a continuar David—, y entre una cosa y otra, cree una escena en el mar junto a ti ¿Quieres que te la cuente?

Antes de que Marcela le respondiera, David procedió a resumirla.

—En ella, nos encontramos en una playa paradisíaca, y allí hacemos el amor con pasión desmedida, sin prejuicios ni límites, hasta llegar a un éxtasis de placer... que nos deja finalmente tendidos en la arena...

Marcela quedó pasmada por la confesión. Miró su entorno, y rió nerviosa al observar el marcado contraste entre la imagen que David le ofrecía y la realidad.

—Puedo adivinar que maquillaste un poco tu sueño, David, aunque no parece muy propio de ti, quien suele ser tan crítico con la “cursilería” —dijo Marcela buscando mitigar un poco la incomodidad—. De cualquier manera, dejémonos de esto. No me encuentro dispuesta para abordar esos terrenos amorosos ni de darle asidero a semejantes fantasías. Además, ya debo

irme. Estoy fuera de mi trabajo y debo regresar.

—No te vayas Marcela, por favor —replicó él—. Te juro que lo soñé, y mi mente se ha encargado de complementarlo hasta armar toda una escena, que se ha convertido en un pensamiento recurrente desde entonces. Te he imaginado... me he recreado tanto con tu desnudez...

Marcela se mantuvo en silencio, eligiendo palabras para escribir.

—Admiro tu valentía al compartir eso conmigo. Tú mente ha avanzado mucho David. No sé cómo hacerle frente a esa confesión. ¿Puedes entender que no hay café capaz de satisfacer esas expectativas?

—No creas eso Marcela... Me interesas, de cualquier manera. Si lo que tienes disponible para mí es tu amistad, pues con eso me conformo.

—Después de lo que acabas de decir, esa posibilidad queda desarmada —. Está claro que ya no podrás estar conmigo con la simple promesa de una amistad.

—¡Claro que sí! ¿Cómo no voy a poder? El solo hecho de verte y conversar contigo ya significaría mucho —aseguró David.

—Igual me inquieta. Unas imágenes van sustituyendo a otras, y se hace imposible regresar al punto de partida.

—Cuando nos veamos te demostraré que puedo estar contigo de la manera más simple y ortodoxa.

—No David. Me agradas muchísimo, pero de allí a esperar algo contigo, hay un gran trecho. No soy una buena candidata para las fantasías tuyas ni las de nadie.

—Dime al menos que hay una esperanza de recibir un beso tuyo... algún día. La idea me persigue y me agobia.

—Desecha esa posibilidad. Estoy casada.

—Con alguien a quien ya no amas —agregó él.

—Esa es una conclusión tuya. Jamás he dicho semejante cosa. Él es mi esposo, y mi realidad. Claro que lo amo.

—Está bien, lo acepto, pierde cuidado —le pidió David, conteniendo el deseo de continuar en su conquista—. Estoy soltando las cosas sin pensarlas y eso no es bueno. Vamos a dejarlo hasta este punto: pronto nos veremos y podremos conversar.

—Han sido muchas revelaciones en una tarde —aceptó Marcela.

—Tienes razón ... ¡perdóname! No me mal interpretes. Ante todo, cada uno con su vida y sus afectos. En principio somos amigos y colegas.

—Ya no es sencillo retomar tal simplicidad.

—Igual estoy feliz por haberme desahogado. De eso se trata vivir: administrar los afectos, dosificar las oportunidades, paliar los riesgos... tomar decisiones para cada caso. Un árbol puede estar vivo, sin embargo, sus raíces lo mantienen confinado a un espacio, sin posibilidades de aventurarse, moverse, sumarse a la vibración del mundo. La vida es más que latidos del corazón, es pisar terrenos nuevos junto a una persona amada.

—Terrenos no permitidos. Creo que es pertinente dejarlo hasta aquí —escribió Marcela.

Después de dejar titilando el cursor en la pantalla por unos segundos, agregó

—No te contactaré más.

Se despidió y cerró la sesión en la computadora donde escribía. Frente al pequeño mostrador, el encargado le sonrió. Marcela se sintió juzgada, como si el joven hubiese sido testigo del reciente intercambio de palabras. Salió de nuevo a la calle y el ajeteo la absorbió. Ya no sentía la curiosidad de unas horas atrás. Las personas le parecían ahora ajenas. Su determinación de suspender el contacto con David era férrea, pero la sensación de pérdida le resultó dolorosa.

David rehusó la propuesta, e hizo numerosos intentos por contactar a Marcela, todos fallidos. Aunque ella se sintió tentada a buscarlo de nuevo, se contuvo; anticipaba que un simple saludo podría atraer nuevas y más comprometedoras situaciones; pese a su mutismo, se sorprendió al recibir una correspondencia en la que él relataba, sin inhibidores, la mencionada fantasía junto al mar.

MARCELA: TE REGALO MI SUEÑO

A orillas de la ribera, mis ojos siguen el límite sinuoso del mar, esperando toparse a lo lejos con tu grácil figura. Puedo adivinar tu proximidad, imaginar tus pies desnudos comprimiendo la arena. Te percibo emergiendo a lo lejos, difusa, confundida entre los espejismos del sol y los de mi imaginación. Tal vez tú ya me viste; los latidos de mi pecho afectan el oleaje; la ansiedad me paraliza y frena el impulso de correr hacia ti. Se va acortando la brecha que impide nuestro encuentro.

La sensación anticipada de la cercanía es un preludio abrumador; el deseo de encontrarme en tu mirada... de descubrir en ellos el tinte de tu amor, se instala en mí como una obsesión: quiero fijarte en los cristales de mis ojos, y atrapar en ellos tu imagen, vívida y auténtica, para mantenerte allí, intacta, aún después de nuestra separación.

Mido tu acercamiento, adivino tus curvas bajo la ligera vestidura que la brisa cómplice adhiere a tu piel; el trasluz revela el contorno de tus piernas, avanzando a paso lento, como lo has hecho tantas veces en mi mente. Por fin ocurre el encuentro. No hay ya distancia intermedia. Los

mismos seres a los que antes se les había interpuesto la inmensidad, coinciden ahora en el espacio; las largas horas de figuraciones... de susurros imaginarios, se preparan para remozarse con la realidad. En ese instante místico, todo parece lícito; se impone transitoria la libertad, pues acababa de amordazar a la conciencia, pero la razón sabe como desatar los nudos, y ambos sabemos que el tiempo es escaso.

Ambos nos reconocemos: la piel no está afectada por el halo de los sueños, los rostros tienen texturas distintas a las de rígidas fotografías; tu cabello ondea y me atrapa. Tu timidez se ha cubierto con un ropaje de seducción; llevas sobre ti abalorios de sensualidad. Quiero escucharte, en directo, sin mediadores acústicos, sin distancias, sin sonidos ajenos que perturben la musicalidad de tus palabras: tu voz está allí sólo para mí, superando el sonido, cada vez más lejano, de la playa. La mía lleva nuevas confesiones y propuestas. El deseo de hablarnos apenas se transforma en susurros; escasas palabras son suficientes para activar el maravilloso enlace: frases rebosantes de sensualidad, vértigo y misterio.

Al fin estamos juntos, después de tanto ansiarnos desde lejos; estamos exentos de disimulos, más allá de lo convenido... de lo permitido. Tomo tus manos, palpo las líneas azules que traslucen tu piel diáfana; mis palmas recorren tus brazos para atenuar el ardor causado por un calor irreverente. Te bordeo con lentos pasos, trazando mi órbita en el suelo; percibo tu hermosura desde otros ángulos mientras mi sombra ondulante se traslada por la arena y a ratos te resguarda. Cierras los ojos; disfrutas la sensación de ser envuelta por un gran magnetismo: sabes que eres mi centro, mi núcleo; deseas ser contemplada, quieres responder a ese cortejo intenso que te roba la respiración. Me detengo a tus espaldas, rodeo tu cintura con los brazos, te acaricié los hombros y aparté el cabello de tu cuello para despejar el camino a mis besos: húmedos, cálidos, erráticos. Adivinas el rumbo que van tomando; mis labios llegan a tu rostro y abres los ojos para encontrarte con los míos. Un hálito entró veloz a su boca, te urge decir que has esperado ese momento desde siempre, pero no te doy espacio para hablar: cerco tus palabras, tu respiración y suspiros con un beso, que aceptas sin reservas. El contacto, en principio lento y tímido, hace aflorar en ambos la ansiedad retenida, las sensaciones de ensueños fueron desplazadas por otras auténticas... cada vez más fogosas. El calor del uno se suma al del otro; fluye lava de la boca propia a la inmediata; se impregnan, se inundan con los nuevos gustos y exploramos en ellas los rincones; urge un mayor acercamiento; las manos hacen apurados recorridos que envilecen la piel; degustamos al otro en un vicio insaciable, buscamos desesperados nuevos puentes, nuevas formas de fundirnos... y nos rodeamos, y nos recorreremos, y nos aferramos al deseo.

La playa, el calor, el concierto marino... ya desaparecieron. Sólo se percibe la respiración fatigada, un secreteo. Surge una tregua, un momento para retornar a los ojos, para recordar quiénes somos y por qué estamos allí. Uno al otro nos declaramos amor. Tomo tus manos, junto las palmas y dejo en ellas un beso suave. Vuelvo a mirarte y leo tu disposición a la entrega. Libero el vestido que aun se aferra a tu cuello... y cae, desprovisto ya de forma. Un traje de baño azul pincelado de blanco resguarda aun tu torso, y lo deslizo hasta tus pies intercalando besos. Tu cuerpo queda tan expuesto como tu alma. Eres perfecta.

El sol emprende su retirada, comienza a correr una cortina naranja que se entremezcla con azul. En el aire flota una algarabía de aleteos. El prodigio del aire viajero atempera nuestras pieles tostadas, pero no aplaca el clamor hirviente de la sangre: torrentes internos confluyen a un río incandescente que sólo cederá ante la consumación del deseo.

Sabes que estás expuesta a la inmensidad, cada palmo tuyo es sensible al más delicado roce, a las partículas de arena que son proyectadas por la brisa para punzarte, a las miles de gotas disparadas por las olas rompientes y que viajan hasta ti para evaporarse en tu desnudez. Tu sensibilidad se eleva a niveles insospechados; puedes sentir mi mirada zigzagueante recorrierte como hormigas; el más leve toque de mis dedos, pulsa teclas agudas que cantan gemidos. Elevas tus brazos a los lados, cierras los ojos y hasta te sientes aislada del suelo, soy yo quien mantiene su contacto terrenal, y en el éxtasis te desplomas en mis brazos. Te coloco con cuidado en el suelo. Tus ojos se abren y me regalas tu mayor expresión de enamoramiento. Mi sonrisa se refleja en la tuya: ambos somos espejos de nuestro amor. Los murmullos de la pasión están extendidos en todos lados, más allá de nuestras propias palabras e intenciones.

Desabotonas mi camisa con un juego de caricias; retiras de mí la ropa que aun limita el contacto. Cierro los ojos y sigo los deliciosos impulsos que producen tus manos en mi pecho. Ya no son sólo dedos los que buscan, ahora son piernas, labios, pies deslizantes. Es necesario indagar más, verificar lo tantas veces fantaseado; el éxtasis pide la máxima entrega. Los obstáculos de antes han desertado: sólo nos debemos el uno al otro.

Sientes cómo sondeo los límites de tu sensualidad y exalto las plazas erógenas de tu villa; te confunde la ofuscación que provocan mis instrumentos de exploración: tibios, suaves, firmes, húmedos: todos expertos convocadores de placer. Te quema el delirio de ser poseída. Me transitas con tus manos, tanteas los recodos, dibujas líneas ardorosas en mi espalda. Nuestros cuerpos se acoplan, se complementan, se rasgan, se unen a través de las vivas zanjas que abre el amor; se funden pantanos, se cruzan caminos. Y en la premura, la urgencia crece, las pieles se exigen más, la rítmica dinámica mueve torrentes de sangre. Nuestros cuerpos hacen acuerdos

*rápidos para extraer más placer; estoy en ti; me has aceptado y cedes a tu instinto; permites...
expresas... pides; nos arrebatamos lo que aun resta por entregarnos, y los gemidos dicen que ya
no es posible llegar a mayor placer; un silencioso estallido irrumpe en la bruma de la mente,
para dejar un destello que enceguece. La intensa búsqueda nos ha llevado al clímax.*

*Ya satisfechos, yacemos en medio del infinito. Tú reposas extenuada en mi pecho, y yo me
dedico a cuidarte, mientras te admiro, peino tu cabello, y mis dedos alteran el halo satinado que
ha dejado en ti el manto arenisco.*

Y mientras... te miro y susurro:

Mi bella... mi bella durmiente.

Capítulo 9

DESPUÉS DEL YOGA

“Dicen que una imagen habla más que mil palabras, pero: ¿cuál es la imagen que logra con exactitud expresar el amor? Por siglos los poetas se han confabulado con los vocablos para encontrar juntos combinaciones mágicas que provean definiciones certeras, pero ni mil... ni millones de ellos han dado con una definición única, universal, irrefutable; pero los trovadores no se dan por vencido, y las nuevas generaciones heredan la sempiterna búsqueda; los versos surgen desde diversos idiomas, pero el lenguaje persiste en sus limitaciones. Y si los oradores y poetas no han acertado aún, ¿han logrado los de otros bandos, tal vez los pintores o escultores, dar con la imagen adecuada? ¿Han trazado el perfil de la pasión, del deseo, o modelado la sensación que produce estar junto a la persona que amas?...”

Alba, la bella y voluptuosa profesora de yoga, recitaba las frases leídas de hojas color crema. Luego de nutrirse con los beneficios del ejercicio y aún húmedas sus ropas por efecto del sudor, ella y sus alumnas se zambullían en otros temas de interés común, la mayoría de ellos enfocados en exaltar los atributos de su feminidad y fomentar la fe en el amor y la pasión. Alba compartía sus lecturas, y al paso, cientos de imágenes desfilaban por la mente de sus escuchas: rostros, lugares y otros símbolos se combinaban para sus escenarios. En la pared principal, una cartelera exhibía el dibujo considerado por ellas como el símbolo de la sensualidad: la etérea figura de una mujer, con expresión mezclada de delicia, candor y seducción, yacía sobre el retorcido tronco de un árbol milenario, cubierta apenas en su intimidad por un vaporoso pañuelo color rosa; su brazo derecho se extendía por encima de su cabeza buscando las hojas, y parecía enredarse en las ya entorchadas ramas. Una larga y ondulada cabellera cubría uno de sus senos, mientras el otro exhibía orgulloso su abundancia con una mariposa extendida sobre él. El árbol cubría su follaje con hojas acorazonadas; ostentaba enormes flores rojas que colgaban como péndulos, y en su carnosidad emulaban formas femeninas.

Cientos de veces las asistentes habían repasado la inverosímil imagen obsequiada por un pintor aficionado y abogado de profesión, quien un par de años atrás procuró reunir el romance, el erotismo y la feminidad, por una petición especial de Alba. Aparte de esta pintura, eran numerosos los aportes de las “Yoguis Rosas” o “Diosas”, tal como ellas se hacían llamar. Las imágenes con tradicionales corazones defendían su espacio, parejas en medio de sublimes paisajes avivaban los recuerdos de algunas y los sueños de otras; en una fotografía, dos

enamorados parecían intercambiar sus almas en un beso, y estimulaban los anhelos románticos de sus espectadoras.

La estancia de reuniones era un lugar acogedor; estaba justo al lado del salón de los espejos donde desplegaban sus rutinas de ejercicios. La música y los aromas impregnaban la atmósfera; abundaban adornos elaborados con arcilla, madera, rocas y rafia. Los muebles y enormes cojines esparcidos en el suelo, ofrecían la suavidad de sus texturas para las chácharas de sus vivitantes. Para sumarse al grupo, cada quien debía aceptar un juramento de silencio que impedía revelar cuánto allí ocurriera o se dijera. El lugar era perfecto para revelar la pérdida de la atracción hacia la pareja, ventilar las infidelidades de los maridos, o declarar su sospecha. Sólo allí una mujer era capaz de confesar la atracción hacia algún hombre distinto su compañero del altar, o la ausencia de orgasmos en la intimidad. En el primer caso, las “yoguis” compartían maneras para rastrear y recapturar el deseo por su pareja: de seguro algún recodo de la relación mantenía una raíz, aun verde, capaz de hacer resurgir la pasión. Para el tema de la satisfacción sexual, eran asistidas por una sexóloga, asidua asistente de las clases, quien escudriñaba el caso hasta obtener un diagnóstico y probable solución. En sesiones especiales, se realizaban talleres altamente gráficos para instruir a las presentes sobre el amplio tema de la sexualidad en compañía y en solitario; aprendían también ejercicios para controlar y tonificar músculos de su intimidad con el fin de optimizar sus encuentros sexuales y por adición, sus funciones fisiológicas. Las recién incorporadas, tardaban poco en perder el pudor y contagiarse con el tono picaresco de las charlas, hasta exponer sus propias experiencias. El amplio anecdotario revelado en las sesiones, aportaba pistas para resolver casos diversos; allí se concluyó que era exceso de trabajo el responsable por la impotencia de Juancho, marido de Martina, y que las recurrentes visitas al baño del esposo cincuentón de Teresa no se debían al envejecimiento prematuro de su vejiga, sino a una afección de la próstata. Nunca faltaban las recetas con efectos afrodisíacos, los brebajes para aumentar la libido, y hasta unos cócteles de laboriosa preparación, que si no cumplían su propósito de invocar a la lujuria, tenían al menos efectos etílicos suficientes como para corromper el sano juicio de sus consumidores. La solidaridad siempre se hacía presente para escuchar los lamentos de las dolidas, el arrepentimiento de las erradas, o los anhelos de quienes aun no eran favorecidas por un amor correspondido, proviniera este de un hombre o de otra mujer. Entre llantos compartidos, risas exaltadas, anhelos cebados, o decepciones mermadas, trascurrían las horas. La férrea solidaridad lograda entre las “yoguis rosas” confería licencias para traspasar algunos límites y defender causas justas; así surgían los “trabajos de campo”: con ellos montaban ciertas escenas

en sitios estratégicos, que bien podían sorprender a maridos en pecado o dar un empujón a enamorados tímidos. Tretas de ese estilo pusieron al descubierto al novio de Julieta, quien no trabajaba fuera de la ciudad los fines de semana vendiendo legumbres, como decía, sino dirigiendo un prostíbulo para gente adinerada en la finca de su padre, con tal éxito que el hombre ya pensaba instalarse allí la semana completa, con la falsa promesa de casarse pronto con Julieta y llevarla con él. Las eficaces redes de investigación, desenmascararon al prometido de Gisela un mes antes de su boda: el hombre, quien juraba poseer villas y castillas, apenas disponía de una paupérrima cuenta bancaria, tarjetas de crédito más allá de los topes y un apartamento en alquiler con cuatro cuotas vencidas.

Cada asunto era discutido y analizado en amplitud, antes de pasar a un plan de acción liderado por su guía Alba; era ella una atractiva mujer de tez blanca, a punto de cumplir cinco décadas de vida, que se esmeraba en ocultar con arreglo personal esmerado, precisas rutinas de tratamientos faciales y arduos ejercicios físicos. Desbordaba distinción en su metro con ochenta centímetros de estatura, para hacer lucir aún más espléndida su figura de trasero firme, caderas pronunciadas, y busto aumentado por los milagros de la cirugía estética. Dos décadas atrás se había dejado cautivar por el yoga y decidió formarse como instructora para compartir sus beneficios. Pero su deseo de enseñar y ayudar le hizo incorporar elementos adicionales, tan necesarios, según ella, como la flexibilidad del cuerpo o el balance físico, mental y espiritual. La generosa oferta de su cuerpo era codiciada por hombres de todas las edades, pero era selectiva al elegir quienes se sumarían a su nutrida lista de amantes. Aun así, fue víctima de varios desaciertos, y desbastada por idilios fracasados.

Una de las novedades incorporadas a las clases extendidas de yoga, fue la de los “seudónimos”. Alba elegía hombres educados, interesantes y cultos entre su lista de conocidos, y los convencía de compartir con sus alumnas ratos de “sana ilusión”; ellos aceptaban la encomienda por el hecho ganar gratitud, o alimentar sus anhelos de conquistarla. Los caballeros eran presentados con nombres falsos y un historial modificado para hacerlos más apetecibles. Luego de una apertura, se iniciaba un ágil intercambio mediante el cual el personaje de turno se sometía a un picante cuestionario, y debían afrontarlo con la mayor naturalidad posible, lo cual no siempre era fácil; en contraoferta, ellos planteaban preguntas a las damas, y terminaban insertos en una mecánica jocosa capaz de liberar todas las tensiones contenidas. La interacción entre seudónimos y mujeres se limitaba a lo verbal y visual; se vetaba todo tipo de contacto físico, revelar identidades, o intercambiarse datos. Si alguna era descubierta en citas, era excluida inmediatamente del grupo. Alba insistía en señalar el sentido principal de los seudónimos: no

se promovía la infidelidad, la idea era proveer ideas y condimentos para aplicar, con acentos particulares, en sus relaciones personales.

En un principio, los seudónimos solían mostrarse tímidos, las frases de arranque sonaban austeras, pero el fervor del ambiente invocaba succulentas revelaciones disfrutadas en igual magnitud por ambos bandos. Eran válidas las consultas eróticas, demandar secretos de persuasión masculina, o cualquier pregunta íntima con potencial de aportar riqueza de imágenes y alternativas para sus prácticas. Tan variados temas y personajes armaban succulentos banquetes que eran engullidos entre risas, llantos y curiosidad, hasta escucharse la voz de Alba clausurando.

—Hora de cerrar, muchachas.

Y cada una debía romper su embrujo para alinearse con su rutina, pero con un agradable sabor residual; para algunas la sesión había nutrido su fresco romance, en otras producía una sacudida a relaciones aletargadas, y en muchos casos se daba término a un fantasioso viaje donde la posibilidad de amar les había coqueteado brevemente. Pese al estricto reglamento, varios romances encontraron aliento fuera de esos espacios.

Capítulo 10

EL SEUDÓNIMO

Marcela buscaba material para nutrir un trabajo de periodismo histórico; en él, confrontaba el rol social de las mujeres venezolanas y latinoamericanas del siglo XVIII, con los retos asumidos en el siglo XX. En su ensayo, rescataba enigmáticos personajes femeninos de la época colonial, y los hacía parte de una ágil cabalgata, para colocarlos junto a damas contemporáneas; así se contraponían tiempos e ideales, deseos y carencias, visiones y andares. En sus textos revivía la audacia de mujeres al enfrentar con osadía los juicios de la sociedad, y lograr notoriedad por acciones inusuales, tanto en terrenos civiles como de batalla. Muchas otras, forzadas a la sumisión y el mutismo, contenían el deseo de obrar más allá de los espacios domésticos que las confinaban, y mostrar su valía personal en pro de una nación minada con proyectos independentistas. Ansiaban imponer su voluntad, filtrándola entre los intersticios de los mandatos masculinos, dueños de la sociedad. Ya con varios siglos de transformaciones sociales, las luchas de las mujeres latinas habían mutado, pero no mermado: aun eran notorios los espacios donde eran admitidas con reservas, pero confiaban en lograr plenitud de sus derechos. Por fortuna, los tímidos y pequeños pasos de antes, se iban convirtiendo en enormes zancadas, imposibles de detener. Pero en temas sentimentales todavía se reconocían vulnerables y dependientes, lo quisieran o no; aun así, sostenían su empeño por permanecer invictas a como diera lugar. Conquistar corazones seguía demandando esfuerzos individuales y grupales. Las damas contemporáneas, a pesar de sus notorios avances, eran aún hostigadas por paradigmas sociales que las amordazaban sutilmente e impedían su pleno desempeño. Muchas puertas del terreno político y religioso se mantenían clausuradas con candados ideológicos; el contexto social no se mostraba mucho más indulgente; libres ya de la opresión de los corsés, los tiempos modernos incorporaron nuevas, pero igualmente asfixiantes, maneras de controlarles el aliento; ante un abierto sentido de la competencia, las mujeres pasaron a disputarse posiciones importantes con los hombres, sin soltar las mismas obligaciones de antaño; una decisión valiente pero agotadora. Mientras con una mano halaban un vagón con retos profesionales ambiciosos, la otra llevaba con templanza los perennes propósitos femeninos: maternidad, pareja, hogar. Así, peleaban batallas cotidianas, cundidas de detonantes. Enfrentaban ejércitos variopintos con armaduras morales, equipadas principalmente con su ímpetu, sus deseos de surgir, y la necesidad de dejar un legado. Sin

embargo, permanecía intacta su vulnerabilidad ante las pretensiones románticas, el enamoramiento del amor o el apremio de la sensualidad.

Marcela conoció a Alba cuando se apuntó en las clases de Yoga, y al adentrarse en las reuniones ulteriores, halló sorprendida sustancia para enriquecer su investigación. La mezcla de perfiles y personalidades facilitaba un peritaje simultáneo de diversas actitudes y posiciones hacia la cotidianidad moderna, evaluadas desde un estrado familiar, educativo, ético, político o religioso. Las charlas desbordaban información que ella apuntaba discretamente en su condición oculta de periodista y escritora, y al tiempo, aprovechaba para dar orientación a sus propios entuertos emocionales. A tres meses y tanto asistiendo al yoga, Marcela se encontraba en una condición compleja; por un lado, llevaba la responsabilidad del reciente accidente de Lisandro, quien permanecía en estado de inconsciencia; por el otro, la perturbaba el deterioro de su matrimonio, ahora más descolorido, ante la propuesta de David; las carencias conyugales tomaron más cuerpo y las fisuras de la convivencia parecían agravarse. Se trataba de un duelo entre melancolía y alivio: la primera tentaba un nuevo acercamiento a David, el segundo la mantenía resuelta en su distanciamiento. Había transcurrido poco más de un mes desde su última conversación y el pesar insistía en acompañarla.

Las tertulias del pintoresco club de yoguis resultaban altamente divertidas; tanto las confidencias de las expositoras como las respuestas de sus interlocutoras, hacían recorridos inverosímiles capaces de asombrar, conmover o provocar risas. Las charlas eran salpicadas con cursilería, sin que las damas hicieran el más mínimo esfuerzo por zafarse de ella, pues la aceptaban como parte de sí mismas. El intercambio resultaba interesante por su invitación a explorar la compleja telaraña emocional de cada una. Y como exquisito complemento, estaban los seudónimos: esos caballeros dispuestos a someterse a una meticulosa observación, y obsequiar ráfagas de fantasía. Mientras, su elegante guía Alba siempre estaba allí para velar por el cumplimiento cabal de todo el modelo que tan cuidadosamente había diseñado.

La apariencia de Alba no dejaba traslucir su origen humilde, aunque con frecuencia mencionaba un pasado muy austero y difícil. Sus ansias de superación eran asistidas por un temperamento recio, empuñado para confrontar en su adolescencia a un padrastro abusador, mientras la madre se hacía la vista gorda preservando el único ingreso familiar. Apenas tuvo oportunidad, Alba abandonó su hogar; con muchos traspiés culminó su carrera de comunicación social, aunque luego debió replantear sus objetivos y sortear las urgencias económicas. Sus sesiones de yoga, con todo y sus extras, parecían responder a una necesidad de transmitir confianza a otras mujeres, y reforzar la propia, lesionada en traumáticos episodios familiares. Alba era

incansable a la hora de obtener cuanto se proponía. Reconocía ser mandona y autoritaria; confesaba que la convivencia con ella resultaba insoportable, lo cual explicaba su tardía soltería, pese a sus evidentes atributos. En los amenos espacios de su casa, guiaba las tertulias con gracia y temple. Los ánimos fluctuaban, se podía cruzar de la carcajada al llanto en un instante, y retomar el tono alegre sin dificultad; era fácil contagiarse con la alegría o la desdicha ajena. Las recién incorporadas poco tardaban en sentirse ambientadas y dispuestas a explayar sus historias. Marcela, en cambio, se esmeraba en mantenerse neutral, y a pesar de mostrarse participativa, se reservaba sus anécdotas personales. Luego de asistir varios meses, había obtenido contenido periodístico suficiente, pero encontraba en los testimonios de sus compañeras puntos de vista distintos para sus propios avatares. La experiencia le resultaba refrescante y aleccionadora; por ello decidió permanecer un tiempo más.

Era la mañana de un jueves. Todas las convocadas concurren en hora a la clase de yoga. Durante cincuenta minutos, Alba guió un circuito de ejercicios avanzados que exigían esfuerzo, concentración y equilibrio para adoptar las complejas posturas. Mientras algunas la seguían con aplomo y elasticidad, otras se bamboleaban por la falta de equilibrio o forcejeaban con la rigidez de sus cuerpos. La música de fondo imitaba sonidos de la naturaleza. Una docena de velas aromáticas se alineaban junto a las paredes y se repetían en el gran espejo. La voz de Alba guiaba pausada, casi hipnotizadora. Al terminar, las quince mujeres se mantuvieron unos minutos tendidas boca abajo sobre sus colchonetas. Alba masajeó una a una sus espaldas y cedió unos minutos adicionales para incorporarse.

Más tarde, el tono del grupo había cambiado. La música hacía flotar melodías alegres de violines. Las yoguis cotilleaban entusiasmadas por la visita de un nuevo seudónimo. Marcela no había tenido aun la oportunidad de conocer alguno, pero había sido advertida sobre el efecto perturbador en el recinto. Se sumó al entusiasmo de las compañeras mientras se acomodaban en la sala. El seudónimo de ese día era *"El Poeta: hombre de letras"* según se hizo llamar con su voz ronca y juvenil en impecable dicción. Arribó con la prosa en los labios y la pasión en el corazón. ¿Qué podía pretender el caballero de ese variopinto ramillete de damas, ecuanimes en unas ocasiones, pero que en otras parecían desvariar entre desilusiones amorosas o por la falta de amor? Llegó cuando el reloj anunciaba las cuatro de la tarde, para someterse, como ritual de entrada, a la requisa visual de las asistentes. Se presentó con aire despreocupado, sencilla vestimenta oscura, y fragancia de recién bañado. Su perfilado rostro sugería misterio, y los labios eran de tan perfecto trazo que parecían delineados artificialmente. Mientras Alba hacía una elaborada presentación, él sonreía por la acuciosa inspección de un público que ya

imaginaba inusitadas situaciones con él. *El Poeta* recorría los rostros de las damas; creaba fugaces juicios a partir de las miradas penetrantes y expresiones ambiguas; examinó el semblante enrojecido por el llanto de una, quien lloraba la infidelidad de su novio; la incitante expresión de Franca: soltera empedernida que a sus cuarenta y ocho años ya tanteaba candidatos para un matrimonio inmediato. *El poeta* adivinaba intriga, dudas, suspicacia, deseo... y se detuvo en la mirada de Marcela, al fondo de la sala; el vínculo visual lo abstraigo de las palabras de Alba, hasta que ella misma lo extrajo de su retraimiento al tocarle con disimulo en el hombro. Él retomó el hilo de la presentación; no se animó a refutar las exageradas virtudes referidas por Alba, y las interpretó como parte del libreto planeado para realzar su actuación. En el pequeño auditorio, las damas hacían uso de la palabra, en una secuencia fluida y divertida. El seudónimo respondía con fascinantes gestos y entonación, intercalaba una dulce malicia entre las serias declaraciones que buscaban responder a las inquietudes de su público. Las mujeres quedaron cautivadas por su personalidad y el asomo de gran intelecto, pero reservaban algunas de sus inquietudes para el encuentro privado: un espacio posterior a la charla general, que daba a cada participante la oportunidad de hablar a solas con él, pero bajo el escrutinio visual de todas; allí formulaban preguntas o comentarios con carácter más personal, en un tiempo controlado por cronómetro. Era ése el momento del galanteo, de un juego de seducción que estaba impedido a ir más allá de las miradas e insinuaciones, pero que servía de ensayo para repetirlo ante otros candidatos, cuando las posibilidades de intimar fuesen mayores; pero la aparente distancia impuesta en esos minutos, no impedía el contacto íntimo con la imaginación. Mientras tanto, Alba vigilaba. Una a una las damas, ya acostumbradas a vencer la timidez y a franquear la vergüenza, indagaban sobre deseos eróticos más inverosímiles, inclinaciones sexuales menos convencionales, los métodos empleados para complacer a sus amantes, y el caballero debía armar esfuerzos para no sucumbir ante las agudas imágenes presentadas por sus interlocutoras. Con un poco de suspicacia e improvisación, controló el pudor, la sorpresa y la risa.

Luego de siete conversaciones, se acercó Marcela con expresión retraída.

—¿Ya llegó tu turno? —le preguntó *El Poeta*.

— No creo que puedas aportarme algo especial en este momento. Mejor continúa con otra de mis compañeras —respondió Marcela.

—Luzco tan insípido para ti —preguntó simulando un tono ofendido.

—Superas de sobra la simplicidad, pero igual quedas al margen de mis intereses... en este momento.

Él sonrió, dejando ver un hoyuelo en su mejilla derecha.

—No voy a hacerlo. Me quedaré contigo —le hizo saber—. Pero dime: ¿cuál es el perfil con el que te identifican aquí?: “Soy una dulce soñadora”... “Tengo mi alma discapacitada” —formuló pretendiendo ocultar la risa.

—No seas irónico, no juzgues por las apariencias. No somos un grupo de mujeres desesperadas de amor, indagamos más allá de lo que puedes sospechar. Por lo menos ése es mi caso —aclaró.

—Y qué te gustaría saber de mí: ¿cuáles son mis zonas erógenas más arrolladoras o cómo te haría el amor en la playa?

Marcela interpuso una pausa.

—Está bien... sigue burlándote. Ya veo que dejaste para mí todo tu cinismo, pues a juzgar por los comentarios de mis compañeras, con ellas fuiste toda una fuente de sensual y dulce inspiración. Casi me monto en el tren de sus enamoramientos platónicos.

—Deja tú el cinismo, Marcela. Ahora dime: ¿qué estás haciendo aquí? Casi enmudezco cuando te vi. Tuve el impulso de correr para abrazarte, y luego quise sacudirte por haberte escondido todo este tiempo. ¿Dónde carajo te metiste?, te busqué, dejé mensajes... ¡y nada!

—¿Te sorprendiste de verme?, podrás imaginar entonces lo que pensé cuando supe que tú eras el tan anunciado poeta.

—¿Tan dura fue la decepción?

—No, no fue decepción: fue una gran sorpresa —respondió ella, desviando la mirada para constatar si era vigilada.

—¿Una agradable sorpresa?

—Déjalo en “sorpresa”. Y cambia la cara, que Alba ya me está mirando, y si sabe que te conozco me va a someter a un interrogatorio.

—Esto no deja de sorprenderme. Traen aquí a unos tipos de incógnitos para saborearlos como a un trozo de caña de azúcar y satisfacer así algunas de sus fantasías. Caramba Marcela... no te hubiese podido imaginar en un papel tan decadente. Sí que me tienes intrigado. No entiendo tu presencia en este lugar.

—No tienes por qué. No te incumbe... ni eso ni nada de mí.

—No me hagas esto. Dime dónde encontrarte, por favor, necesito hablar contigo para...

Marcela advirtió la cercanía de Alba, e interrumpió en seco la conversación para insertar otro tema.

—Me encanta la poesía contemporánea y ausente de reglas, pero aun deliro ante el formato

convencional de versos y rimas —comentó ella con aparente naturalidad.

Desconcertado, *El poeta* omitió comentario alguno, pero al notar la cercanía de Alba, atajó el pensamiento que cruzó su mente.

—La poesía no está sólo en la rima, ni es necesario ser preciosista para encontrar sonoridad en las frases. Soy defensor de la libertad, aunque a otros les parezca que no hay técnica literaria.

Alba se plantó unos segundos junto a ellos, y al percibir el tono de la conversación se alejó de nuevo. David habló en susurros.

—¿Ahora me puedes contar por qué estás aquí?

—Bueno: apartando el hecho de que soy una mujer, requisito indispensable para asistir, a menos que sea un seudónimo —anticipó Marcela—, cuento con una buena dosis de dilemas, y otras buenas razones que no exigen explicaciones adicionales. Puedo decirte, aunque no me lo creas, que este lugar fue toda una fuente de material fresco para mi investigación.

—¡Ah! Es para eso: trabajo periodístico...

—Sí.

—¿Y qué encontraste? —le preguntó en voz baja.

—No puedo explicarte. Se me acabó el tiempo reglamentario. Debes ir con la próxima chica —le cortó.

—Esto es una ridiculez, Marcela.

—Puede que sí, pero me encanta lo que me está aportando, no sólo para mi investigación. ¡Hay muchas cosas interesantes aquí! —afirmó antes de alejarse. Caminó al centro de la sala con la mirada de David en su espalda, quien ya era solicitado con apremio por otra de las participantes.

Capítulo 11

REENCUENTRO

Luego de la conversación en la sala de Alba, Marcela se rindió a la tentación de extender el encuentro con David. Ahora, el tan invocado café de otros tiempos, tomaba aroma y sabor real. Sobre la pequeña mesa redonda en el discreto rincón de un cafetín, les sirvieron dos humeantes tazas; el brebaje contenido en ellas apenas sería capaz de disolverles la ansiedad atorada en sus gargantas. Las miradas eran tímidas; la cercanía resultaba extraña. Marcela capturaba la voz de David, y la comparaba con la de su memoria: era exactamente la misma, ni el tiempo ni la imaginación la habían alterado. La situación invitaba a observarse el uno al otro, reconocerse y dar sentido a las palabras que antes los anclaba a una pantalla. Marcela comprobó con temor, que la atracción hacia él no había sido un artilugio fantasioso; David no era un personaje irreal dotado de características falsas. Sin embargo, no tenía intenciones de propiciar una conversación franca; no le dejaría saber cuánto lo había extrañado. Pero David sí sondeaba la manera de orear su propuesta de romance; deseaba describirle la angustia por su largo silencio. La observaba y detallaba sin medida; el impulso de abrazarla parecía dominarlo. No era capaz de discernir si las emociones de Marcela igualaban las suyas. De momento decidió mantener una conversación superficial, hasta encontrar la manera de soslayar la actitud reservada de su compañera.

—¿Y cuál de los seudónimos ha merecido tu admiración? Me han contado que hay todo un catálogo de galanes, uno para cada gusto —preguntó él—. Me muero por saber cuál respondió a tus expectativas

Marcela aceptó el tema de conversación como una manera de aliviar la tensión, a pesar del tono burlesco.

—Te lo dije antes, la experiencia no es tan superficial como parece, aunque entiendo los motivos de tu sarcasmo.

—¿Dime: qué profundidad puede haber en unas mujeres bebiéndose a unos tipos como si fueran pociones afrodisíacas? —bromeó David.

—Encuentro allí mucho más que eso, David. Hay un trasfondo psicológico interesante. Y ahora que lo mencionas: has sido muy crítico en cuanto a ello, pero no me has explicado qué hacías tú actuando como seudónimo —le retó Marcela—. Si te parece extraña nuestra posición, o la mía particularmente, aún peor es que tú, un periodista serio y reconocido, te aparezcas allí para

someterte al interrogatorio de unas mujeres ansiosas por embadurnarse con un poquito de tu masculinidad. Hasta me pareció que disfrutabas tu actuación.

David rió un tanto apenado, admitía que ese rol no encajaba con su personalidad frontal y directa.

—No fue fácil para mí presentarme allá. Sudaba frío imaginándome a qué me enfrentaba. Conozco a Alba desde hace mucho tiempo; ella también es periodista, aunque no ejerce en medios; de alguna manera se las ha arreglado para obtener información privilegiada sobre temas de interés público; y en varias ocasiones la ha compartido conmigo, lo cual me ha resultado muy útil para mi trabajo. Según entiendo, ha ganado terreno con personas influyentes haciendo ciertos servicios especiales, cuyo alcance desconozco. Lo cierto es que nada es gratis en esta vida, y decidió cobrarme sutilmente los favores, pidiendo mi participación como seudónimo. Primero me negué, pero ella es muy persuasiva, y casi me acorraló. No me quedó más remedio que aceptar. Pero ignoraba cuál era el gran regalo de este día: tú.

—Sospecho que allí hay más que una amistad de mucho tiempo —dedujo Marcela, obviando el comentario final—. Tal vez sea ella misma la principal interesada en *El Poeta*.

—La verdad... sí hubo algo en un principio, pero no cristalizó —confirmó David—. Eso fue antes de mi matrimonio, inclusive. Ya no hay posibilidad alguna entre nosotros. En un momento me atrajo muchísimo, pero ahora sólo hay amistad.

—Es un tanto mayor que tú. Calcularía más de diez años. No es que lo critique, pero no deja de llamarme la atención.

—Es verdad. Eso le molestaba más a ella que a mí. Pero fueron otras razones las que nos hicieron desistir.

—Es una mujer muy bella —acotó Marcela.

—Sí; y muy habilidosa. Obtiene de la gente lo que a ella le interesa: se gana su confianza, analiza sus vulnerabilidades y decide quién cuadra con sus propósitos.

—¿A cuáles propósitos te refieres?

—Pues no lo sé con certeza. Creo que esas señoras pueden resultarle útiles para sus objetivos. Hasta donde pude ver hoy, hay unas cuantas mujeres allí afectadas mentalmente. Parecen vulnerables; hacían preguntas extrañas.

—¿Cómo por ejemplo...?

—Por ejemplo: ¿qué puedo hacer para sentirme más apreciada... o menos conectada a la muerte? Una de ellas me susurró que hasta sería capaz de matar si yo se lo pedía, sólo para que

estuviera con ella. No soy psicólogo Marcela, ni nada parecido, pero no me parece la actitud de alguien centrado —declaró David.

—¿Y cuál será la función oculta? —preguntó Marcela, enlazando los comentarios de David con sus propias observaciones.

—No lo sé aun, pero me gustaría averiguarlo —declaró él.

—Me llama la atención que no te hayan reconocido las participantes, siendo tú periodista —acotó Marcela.

—No es tan raro, Marcela, trabajo en prensa. Puede que suene mi nombre, pero mi rostro pasa desapercibido. Es una de las ventajas de mantenerse en este medio: resguardas parte de tu anonimato.

—Concuerdo contigo en algo: desde que asisto al yoga, y a sus respectivos complementos, percibo algo extraño, difícil de definir, pero pensé que eran figuraciones mías.

—Dame un ejemplo... a ver.

—Me parece que Alba analiza de manera muy acuciosa a las mujeres. La he capturado observándolas y tomando notas; inclusive de mí misma. También la he visto en dos o tres oportunidades atendiendo el teléfono con cierto aire de misterio. Si alguien se acerca, cambia inmediatamente el tono y la actitud, y comienza a hablar de cualquier asunto superficial —explicó Marcela.

—Pero no es tan cuidadosa entonces, puesto que no se ha cuidado de ti —apuntó David.

—Porque no se siente vigilada, David, esa es la diferencia; mientras no lo haga, será un poco descuidada. Si llegara a saber que soy periodista, por ejemplo, se cubriría más.

—He visto a Alba en situaciones extrañas, haciéndose llamar por nombres distintos al suyo. Hasta nos encontramos una vez frente a frente cuando ella acompañaba a un alto funcionario de la policía, y se hacía pasar por su esposa. Me vio y me ignoró, como si no me conociera. Nunca tuve la oportunidad de comentarle ese episodio.

David obligo una pausa; tomó una de las manos de Marcela y recorrió sus dedos.

—Cambiemos el tema Marcela, no quiero malgastar este rato contigo... esta ofrenda del destino. Eres lo único importante ahora —le confesó.

Marcela bajó la mirada.

—¿Y de qué quieres hablar entonces? —preguntó ella.

—Quiero saber si después de hoy; reanudarás el contacto conmigo. Por favor, sácame de esta cueva de incertidumbre en la que me dejaste.

—No es posible, David. Nada ha cambiado a favor de nosotros. Tengo demasiados conflictos,

hace semanas que no duermo con tranquilidad.

—Pero déjame acompañarte al menos—pidió él.

—Tu compañía es un alivio enorme, pero a la vez inquietante. No puedo con eso ahora. Tengo serios problemas por resolver, e incluirte en mi vida sólo los complica.

—¿Tu esposo es parte de esos problemas? —quiso saber él.

—En parte sí, pero otros contratiempos han saqueado mi tranquilidad. En cuanto a mi matrimonio, no se trata de que la relación con mi esposo vaya bien o mal; trata más sobre mis carencias individuales —explicó, sin extenderse en detalles.

—¿Puedes explicarte un poco mejor? —indagó David.

—Anhelo elementos inexistentes en nuestra convivencia y eso me causa incomodidad. Entiendo que la desilusión surge cuando uno mismo se crea expectativas elevadas en torno a ciertos hechos o eventos; y si las cosas no salen como esperas viene esa gran frustración. Pero no puedo culpar a Rubén de eso. En esencia, él no ha cambiado. He sido yo.

—¿Y si no son nuevos esos anhelos, Marcela? Tal vez te percataste de ellos y ahora sientes la imperiosa necesidad de cumplirlos. Al no lograrlo, surge el desencanto —opinó él.

—No quiero adoptar una actitud cómoda en todo esto. He estado casada por mucho tiempo, y en términos generales nos hemos mantenido más o menos igual, salvando algunos acontecimientos recientes. Nunca tuve de qué quejarme. Pero de pronto comencé a extrañar sensaciones que ni siquiera estoy segura de haber experimentado en otros tiempos. Ese deseo fue lo que te dio apertura en mi vida: creó una pequeña zanja y se te hizo posible filtrarte. Pero debo cerrarla de alguna manera.

—¿Y si conmigo contaras con la oportunidad de encontrar eso tan ansiado...?—le propuso él.

Marcela lo miro, analizando el sentido de las palabras.

—No David. Esta etapa de mi vida requiere otro tipo de acciones, unas de carácter más individual. Nuestra relación en un momento se perfiló como una manera de escapar a mi realidad, pero noté que caminaba en sentido inverso. La solución debe surgir de mí, de un análisis interno, en lugar de aventurarme en otras instancias que sólo me distraen o confunden más.

—Eso fui yo entonces: una distracción —puntualizó él.

Marcela lo observó consternada por la salida.

—David: ¿quieres imponer tu punto de vista? Una conclusión tan radical como esa no muestra una actitud conciliadora de tu parte— reclamó Marcela.

—¡Disculpa! Tienes razón —admitió él—. No puedo aceptar, sin embargo, tu decisión de

apartarme.

—No había espacio en mi vida para ti. Me dejé llevar por las emociones de una relación etérea. Las palabras son poderosas, pueden envolvernos y subyugarnos, pero se impuso un momento de reflexión y advertí la fantasía en la cual flotábamos... una ilusión alimentada por encuentros virtuales. Lo confieso: eso traía alegría, entusiasmo, pero no estaba sustentado en algo sólido. Muchas veces pensé que mi imaginación te había creado para darle rostro a un personaje ficticio alojado en mi mente, pero luego te sumaste a mi juego, y entre los dos hilamos ese galanteo.

—Cambiemos entonces el término: no fui una distracción sino una fantasía. —planteó David—. Representé una manera de drenar deseos reprimidos.

—Te doy una explicación tan elaborada, y tú haces un resumen tan escueto —reclamó Marcela—. ¿No puedes ser un poco más generoso a la hora de hacer una sinopsis?

—¡Me molesta tu veredicto Marcela! —explicó él susurrando—. Yo también me involucré. No eras tú sola quien sudaba adrenalina cuando nos escribíamos. Quizás imaginaste en algún momento intenciones deshonestas de mi parte, o posiblemente, de ser tan sincero a veces, creíste que buscaba aprovecharme de ti...

—¿Aprovecharte de mí, David? No creo que ese término aplique a estas alturas de mi vida. Nunca pensé eso. Me molestaría considerarme tan frágil y tonta, como para hacer viable el que tú te aprovecharas de mí. Prefiero saberme responsable de mis acciones, aunque eso no niegue mi comportamiento de adolescente contigo.

—¿Y ahora Marcela? Luego de estos meses de silencio, y estando ahora de frente como no tuvimos antes la oportunidad... ¿qué es lo que sientes? ¿Mantienes esa sensación de irrealidad, o el tenerme contigo te hace percibir sentimientos terrenales?

Marcela tomó una bocanada de aire, y pensó su respuesta por unos segundos.

—¿La verdad? el tenerte conmigo me hace tener una nueva perspectiva de la situación. No sé si en este momento, los sucesos de mi vida me hacen especialmente sensible. Pero el verte aquí, activa todo lo que antes sentí frente a mi computadora. Pero es peligroso... le temo mucho.

—¿Y desperdiciamos entonces todo este sentimiento?

—Es fácil para ti David. Tu matrimonio se acabó antes de mi llegada. Es evidente tu interés y disposición para iniciar una nueva relación, y obviamente yo soy una buena candidata para ello, pero entiende: para mí es distinto.

—Es distinto en algunos aspectos, es verdad, pero en algo coincidimos: en esta atracción mutua.

—¿Y eso no te parece infantil? —cuestionó Marcela—. Dicho de esa manera, me suena más absurdo e inmaduro. Nos involucramos sin vernos a los ojos, sin conocer nuestras expresiones ante ciertos comentarios o revelaciones.

—¡No; no es infantil! —refutó David—. Es genuino. Me impactaste desde que te conocí: eso fue real; te detallé durante esos dos días que estuvimos juntos, te admiré, me interesé en ti. Era lógico que nacieran deseos por conocerte más; por eso me pareció fabulosa la idea de aquel café al día siguiente... y más adelante comunicarnos; ¡eso era lo que teníamos a la mano! Descubrí algo fuerte y consistente por ti Marcela, y no ha parado de crecer, a pesar de tu ausencia.

David hizo una pausa para evaluar el efecto de sus palabras en Marcela, y continuó.

—No he pretendido perturbarte. No fue mi intención causarte malestar. Es verdad: sabía de tu matrimonio y sin embargo seguí; en este momento puedes repetirme que no hay espacio para mí en tu vida. Y lo aceptaría... en serio lo haría. Sólo mírame a los ojos y pídemme que me vaya... si eso realmente quieres. Pero quiero dejar algo bien claro: de mi parte todo es real, así como lo es este deseo inmenso de besarte.

Marcela escuchó y se planteó serios cuestionamientos.

“¿De dónde surge este deseo de arriesgarme, lanzarme al vacío... por qué me siento tentada a este acto suicida? ¿Qué me atrae tanto de esta propuesta, que de cara contrae las posibilidades de sanar mi relación con Rubén? ¿Seré tan irresponsable como para dejar de lado los años de lucha que llevo junto a mi esposo... la convivencia compartida junto a nuestra hija? ¿Por qué continúo aquí, en lugar de levantarme de una vez y cerrar toda posibilidad de avanzar? ¡Reacciona Marcela!”

—¿Qué tanto piensas Marcela? —se atrevió él a preguntarle.

—¿Quieres saberlo? Que a pesar de mis limitaciones, de mi conciencia regañándome, y todas las razones que me ordenan escapar de ti, lo único que me obsesiona y me retiene... es este deseo inmenso de recibir ese beso que me ofreces.

No fue sólo la invitación de Marcela lo que indujo a David acercarse a ella: lo había decidido durante esa tensa pausa. Tal vez actuó el temor de no contar con otra oportunidad. Sentada cerca de ella, cerró la distancia entre sus rostros hasta quedar al límite del acercamiento. Se mantuvo allí unos segundos, compartiendo por primera vez sus alientos, en una proximidad extraña y deliciosa, sin precedente alguno. Marcela suprimió el impulso de apartarse, de mirar a los lados para confirmar la discreción del sitio. Tamizó los pensamientos, y sólo mantuvo uno: el deseo de unir sus labios con los de David. Y al primer contacto, se deshicieron temores. Ella

recibió el beso, y aceptó la invitación a disolverse en él; como en una reacción química, surgió un nuevo sabor, y en el torrente salival viajaba una pócima estimulante con efectos adictivos. Ante el descubrimiento, Marcela y David se complacían sin límites, compartiendo la secuela maravillosa de sus bocas conociéndose. Sus besos se extendieron más allá de la mesa del café, para entibiar las pequeñas cabinas de sus autos, o adornar los parajes solitarios donde acordaban encontrarse. Eran besos interminables, insaciables, explosivos, nutridos por un amor real, desprovisto ya de dudas. Aunque más tarde, ya en soledad, el remordimiento irrumpiría para recriminar sin clemencia a Marcela por los convenios rebasados.

Capítulo 12

VIGILANTE DEL SUEÑO

Marcela se mantenía alerta a la evolución de Lisandro en el hospital. Eran pocos los cambios advertidos, aunque las heridas superficiales se atenuaban cada día. Los hematomas se habían desvanecido y las cicatrices buscaban perderse en la piel. Las exámenes e imágenes reportaban mejoras; aún así, las lesiones lo mantenían ausente. A pesar del semblante frágil, su rostro lucía más sereno, a salvo de los temores y sueños tiranos del inicio. En momentos, Marcela tanteaba bajo el velo mortecino, y aseguraba que pese al mutismo, un proceso de sanación ocurría en él. Lo visitaba para anclarlo a la realidad, y lo imaginaba como un astronauta ingravido en el espacio sujeto apenas por el frágil nexo de sus palabras. Ella contemplaba el forzado silencio, y sentía como propia la asfixia de su libertad. El hombre había ganado posición en su mente, y muchas veces necesitó ir hasta él para vaciar los monólogos oprimidos en su pecho. Junto al paciente derramó alegría y desdicha, desgranó recuerdos de matices diversos, y narró episodios personales con la misma elocuencia empleada al narrar las vidas ajenas en sus biografías. Entre pausas imaginaba respuestas sabias emergiendo de los labios inertes y agrietados. Las visitas al hospital pasaron a ser una manera terapéutica de aligerar sus angustias. Los periplos cerraban en un silencio que ella percibía como cómplice. Allí había admitido por primera vez sus pensamientos infieles con David y lo estimulante de su cercanía; confesó ruborizada, cómo le había hecho recordar su propia sensualidad, aunque omitió su fatigosa lucha por desterrar de su mente las fantasías suscitadas por él. Marcela reconocía lo disparatado de esa conexión irreal con un ser en estado de inconsciencia, pero se imponía el efecto tranquilizador de imaginar que él sí la escuchaba, aunque más tarde se sintiera aliviada de ser la única dueña de sus secretos.

Los discretos soliloquios que Marcela mantenía junto a Lisandro, eran confundidos por las enfermeras con oraciones de sanación; pero Lucía, la joven cuidadora de la paciente vecina, analizaba los ademanes de Marcela y concluyó que sus palabras eran jugosas declaraciones dignas de ser espiadas. Simulaba dormir apoyada en la cama de su madre, con la esperanza de que Marcela bajara la guardia y hablara con libertad; promovía la caída de objetos y hasta una jarra de leche derramó, para gatear hasta la orilla de la cama contigua trapeando el suelo. Cuando la curiosidad se hacía insoportable, le daba un porrazo a la poca discreción restante, y se situaba cerca para intentar leer los susurros. Aunque Marcela se esforzaba en ignorarla, el

desparpajo de la muchacha llamó al reclamo.

—Lucía: a ti no te enseñaron a mantenerte apartada de las conversaciones ajenas —le preguntó Marcela en una oportunidad, cuando la muchacha fingía atarse los zapatos muy cerca de ella.

—No sé de qué habla —se apuró en aclarar.

—Claro que sabes. Cada vez que estoy aquí haces lo imposible por escuchar lo que hablo, y ya ni te molestas en disimular. ¿Por qué te ocupas tanto de mí? ¿O es que estás demasiado aburrida y buscas la más mínima excusa para entretenerte?

—Mire señora Marcela, no es de usted que me ocupo, es de él: este hombre me da como miedo. A veces me parece que se va a levantar de allí gritando como un loco, y... ¿qué le puedo decir? Nosotras estamos aquí cerquita, y cualquier cosa que él haga nos afecta —explicaba ella haciendo ademanes con las manos—. Mi mamá es chiquitica, pero igual yo no puedo con ella, y si tengo que salir corriendo: ¿quién me ayuda? Uno nunca sabe, Además ese hombre está allí medio vivo y medio muerto, debe estar acumulando de todo.

—¿Cómo que de todo? —indagó Marcela.

—De todo pues: ganas de comer, de caminar, de tener mujer... ¿qué se yo? Una persona que lleva semanas acostada en una cama debe tener necesidades *insatisfechas*...

—¡Insatisfechas! —corrigió Marcela, antes de continuar su interpelación—. ¿Tú piensas que eso justifica tu curiosidad? No tiene nada que ver una cosa con la otra.

—Claro que tiene que ver —se defendió Lucía—. Tiene que ver con todo. Fíjese: usted dice que no sabe nada de la vida de este señor, pero hasta parece que fuera esposo suyo, porque le cuenta cosas personales de usted. Se supone que él está solito en el mundo, pero de pronto aparece esa señora de la nada interrogándome, sin que yo tenga nada que decirles. Y eso me asusta, pues...

—¿Cuál señora? —interrumpió Marcela intrigada.

—Esa que vino el otro día. ¡Yo se lo dije a usted!

—No, no me lo dijiste —negó Marcela, invitándola a hacerlo.

Lucía contó que la mujer estuvo buen rato hablándole a Lisandro al oído.

—¿Y qué le decía?

—Le decía que se despertara, porque tenían que hablar. Pero el pobre hombre ni parpadeó.

—¿Pero le preguntaba algo específico?

—No. Yo creo era que porque yo estaba aquí, y además me mandó a salir para tener *privacidad*.

—¿Y te fuiste?

—Claro que no: primero porque no iba a dejar a mi mamá con una perfecta extraña, y segundo, porque me parecía que si me iba, le iban a hacer algo al pobre señorpa' *terminalo e' matá*.

—¿Y qué te hizo pensar en eso?

—No sé, pero no parecía muy preocupada por su salud. Además me miraba de reojo como si yo les estorbara. Lo único que me preguntaba es que si había despertado y hablado. Yo le mentí sólo para ver su reacción: le dije que había despertado una vez y había estado murmurando. Entonces comenzó a interrogarme para saber más. Me asusté, parecía que se me venía encima, entonces le dije que había sido imposible entender una sola palabra. Allí se quedó quieta.

—¿Y qué dijo cuando se fue?

—Me dio dinero para que lo gastara en él. No fue la gran cosa, pero para algo alcanzaba. Le pedí un teléfono por si él necesitaba algo más, y se puso bravísima. Creyó que yo le iba a estar llamando para pedirle dinero. ¿Quién se habrá creído que soy? La verdad, a ella como que no le interesaba mucho dejar pistas.

—Y cómo se veía: ¿adinerada, sencilla? Descríbela.

—No parecía mujer de plata. Era más bien desarreglada, sin gota de maquillaje, y buena falta que le hacía, porque era bien paliducha... y fea.

Aunque Marcela dudó del buen juicio de la muchacha, no cuestionaba lo confuso de la situación. La descripción de la mujer respondía al perfil de Giovanna, aunque no compartía la opinión de que ella fuese de trato grosero ni desagradable apariencia. Tal vez la falta de arreglo personal diese a Lucía esa idea.

La mujer desconocida no regresó, pero se dejó sentir. Una mañana Lucía advirtió junto a la cama de Lisandro un pequeño paquete que no pudo ignorar, y aunque ansiaba indagar de qué se trataba, el miedo la mantuvo al margen, imaginando un contenido peligroso. Una enfermera le dejó saber que un mensajero lo había dejado para ella. La curiosidad aniquiló el temor, y Lucía lo abrió casi con desespero. Se trataba de un sobre con algo de dinero. "Señorita: gracias por cuidar del vecino, esto es para usted", decía una nota escrita a mano con desordenada caligrafía. Apenas tuvo oportunidad, Lucía entregó el sobre a Marcela, quien sólo retuvo la nota.

—Dale el uso que tú quieras —le dijo a Lucía, quien en un principio aceptó que lo emplearía para las medicinas de su madre, pero intuyó una deuda moral de precio insospechado, así que lo empleó en artículos para Lisandro.

Las condiciones del hospital eran austeras; la habitación de Lisandro contenía menos de los elementos básicos para su funcionalidad. Nada había destinado a decorar o atenuar la frialdad

del recinto. Las mesas rodantes o las banquetas debían ser compartidas por los pacientes y familiares. Un pequeño televisor montado en una repisa, mostraba imágenes mudas y distorsionadas, aun así, representaba el único antídoto para el tedio. Junto a él, las agujas del reloj mantenían imperturbables su recorrido. Los pacientes cambiaban, y con ellos, las dolencias del cuerpo y las del espíritu. Pero la estampa de Lisandro permanecía impávida; recibía los insumos médicos y cuidados necesarios para mantenerlo estable, aunque las esperanzas de recuperación resultaban exiguas. Al paso del tiempo, el interés de las enfermeras y médicos mermó; poca atención prestaban a las señales del cuerpo, más allá de las necesidades fisiológicas demandantes de atención. Marcela era la única persona en mantener conciencia de la humana individualidad de Lisandro. Analizaba su peculiar reposo, y continuaba con sus anotaciones que de alguna manera contenían su propia búsqueda e inquietud.

“La dimensión del pasado está extraviada; pareces estacionado en un punto del universo, mientras todo alrededor sigue su rumbo. Pudieras estar viviendo tu presente de una manera más intensa, o tal vez harías lo mismo que yo ahora: divagar entre escenarios confusos, en una mezcla de ayer, hoy y mañana, donde los límites se desdibujan y me desconciertan.

Despierta Lisandro... al hacerlo, tal vez me ayudes a sacudir mi propio adormecimiento.”

Capítulo 13

HERMANOS

Desde que Lisandro tenía dieciséis años, alzó un estandarte con el título “Hombre de la casa”. Leandro, su padre, fue vencido por un infarto que le robó la vida, luego de ser inhabilitado por nueve días en una sala de cuidados intensivos. Durante ese período, Lisandro debió cubrir las ausencias de su madre Larisa en el hospital, mientras ella lidiaba con las urgencias económicas derivadas del suceso. El muchacho pasaba horas en la sala de espera, aguardando a que las enfermeras anunciaran la hora de la visita: unos pocos minutos que apenas alcanzaban para renovar la tristeza y advertir el avance de su padre hacia la muerte; en la piel del rostro prosperaba un color grisáceo con pigmentación amarilla, los ojos se hundían en una oscura laguna, y la barba blanca velaba su habitual vigor. El hombre de respiración irregular, parecía un extraño. Lisandro se sobreponía al asombro, y lo contemplaba con una desconocida mezcla de congoja y piedad. La primera vez que acompañó a Leandro en la sala de cuidados intensivos, comprendió frustrado que no disponía para él de más consuelo que su propia compañía. Al mirarlo dormido, deseó atenuarle un poco la soledad, y se aproximó a él para abrazarlo. No hubo reacción alguna. Se retiró tres pasos para observarlo desde otra perspectiva, y notó que sin el habitual carácter, su padre estaba casi desnudo. Le reconfortó saber que el sentimiento dominante hacia él era el amor y no el miedo. De nuevo se acercó para tomar su mano y la besó, pero la serenidad alcanzada en esos minutos de intimidad, fue perturbada por un golpeteo en su corazón: el temor a que su padre despertara para recriminarle su osadía. El contacto físico entre ambos había sido siempre tan escaso, que le costaba recordar un abrazo o una breve caminata tomados de la mano; tal vez sí sucedió en su infancia, pero tales eventos no se habían fijado a la memoria. En lugar de ello, resonaban las frases que reafirmaban una absurda teoría: *“La tocadera entre hombres está mal vista”*, así se tratara de padre e hijo. En ese instante, el austero contacto era el único privilegio de la situación, por lo tanto, se sobrepuso y mantuvo la mano entre las suyas. El hombre abrió los ojos y enfocó hasta reconocer al hijo mayor. La característica voz de Leandro, áspera y seca, ahora sonaba lánguida.

—Hola hijo mío —dijo en medio de un suspiro—. ¿Estás solo?

—Sí papá —respondió el muchacho, aferrándose a la mano que sostenía—. Mamá debe estar por llegar, y mis hermanas están en la casa.

—¿Y no deberías estar en tus clases? —replicó el hombre con dificultad.

—No papá. Recuerda que ya estamos de vacaciones, además ya es de tarde. Pero dime: ¿necesitas alguna cosa?

—No, quédate tranquilo, debes estar cansado —respondió él, intentando acomodar su postura—. Ve a recostarte que yo estoy bien.

Leandro retomó el sueño mientras Lisandro lo observaba inmóvil, verificando con temor el movimiento de su pecho. Repasó con agrado la reciente conversación, no muy usual entre ambos. El escaso intercambio de palabras le produjo felicidad. Deseó una conversación más extensa, ahondar en la cotidianidad compartida, y derribar la barrera que usualmente anulaba las posibilidades de intimar con él. Desde entonces se apegó a la idea de suscitar un cambio en la relación, confiando en que contaría con tiempo para hacerlo. En los días consecutivos, mantuvo sus largas guardias en el pasillo del hospital, anhelando encuentros similares; la delicada condición paterna, parecía haber suscrito una licencia para acercarse a él, y Lisandro rogaba a Dios que les regalara la oportunidad de disfrutarlo en circunstancias más nobles. Pero la muerte pisoteó sus aspiraciones, y una sensación de rabia e impotencia se fijó a él como un elemento permanente de su juventud.

Larisa se emplazó en su nueva condición de viuda y puntal único de la familia; improvisó maneras de generar dinero, como las ventas de cosméticos por catálogos y ciertas operaciones inmobiliarias que resolvían sus apuros temporalmente. Para entonces, sus dos hijas menores, Regina de quince años y Giovanna de doce, se abrían camino entre las novedades de la juventud. El parecido físico de ambas con su madre era apreciable: piel blanca, baja estatura, ojos grandes y cabello castaño de rizos suaves que Regina comenzó a modificar tempranamente mediante artificios cosméticos. Larisa era sin duda quien ostentaba mejor carácter y rostro más armonioso, aunque desde la muerte de su esposo lucía muy delgada y cansada. Giovanna era callada, discreta y de gustos sencillos; solía acatar las instrucciones maternas con buena disposición, demandaba poca atención y no exigía más de lo que su madre o su hermano podían ofrecerle, pero con frecuencia se deprimía y mostraba extrema sensibilidad; eso la hacía más propensa a caer en las provocaciones de su hermana. Disfrutaba la lectura y escuchar música; si el buen humor jugaba a favor, era muy dada a conversar, pero era común su extensa permanencia en la habitación con la solicitud expresa de no ser molestada. Regina en cambio era de carácter agrio y sarcástico, prefería estar fuera de casa, y su presencia liaba peleas, críticas o quejas interminables; mostraba con descaro su renuencia a cumplir los nuevos lineamientos familiares y si alguien frenaba alguno de sus caprichos, lo atacaba como a un feroz enemigo. Se mostraba insolente y grosera; caminaba desnuda en la

casa para molestar, y en esa condición hasta era capaz de soltar pedos, y celebrarlos luego con una carcajada. Con ella en casa, la armonía hogareña huía por la puerta principal. Escasas veces Regina y Giovanna mantenían una conversación en tonos agradables. Sus intereses rara vez coincidían, y menos aún sus puntos de vista.

Lisandro demostró ser más habilidoso que su propia madre al maniobrar con el talante de los jóvenes, y Larisa lo premió con una vestidura de autoridad superior a las capacidades del muchacho. Esto germinó un recelo en Regina, quien sumó a su anterior armamento, malicia y crueldad. Echó mano de cuanta oportunidad veía para mofarse de su hermano o poner en duda su liderazgo familiar. Le repetía que era sólo un “enclenque con ínfulas de señor”. Declaraba de forma grosera su escasa disposición a la obediencia e inventaba risas socarronas, para burlar los mandatos de sus mayores. Sin ánimos de discutir, Lisandro resolvió retirarle el habla por completo. En un principio la muchacha desestimó el poder de tal resolución, y hasta la ridiculizaba, pero a los días, se obsesionó por obtener alguna respuesta de Lisandro, de cualquier índole, y lo acosaba por la casa ingeniando nuevas maneras de provocarlo, pero todas fueron estériles. Entre llantos, terminó rogándole su atención de vuelta, a cambio de un pacto de respeto, que ella se esmeró en cumplir temporalmente, pero cuya efectividad fue debatible. En su generosidad, el hermano reconoció el esfuerzo y reanudó su habitual apoyo, el cual empleaba para ayudarla en cuanto problema personal la aquejara. Giovanna por su parte, seguía viendo en Lisandro la figura protectora a quien amaba y admiraba.

En los meses venideros, Lisandro acogió nuevas inquietudes: conocía los apuros económicos de su madre, y consideró oportuno buscar un empleo. Larisa lo encontró revisando los anuncios clasificados del diario e intentó disuadirlo.

—Esa no es responsabilidad tuya, Lisandro, no te corresponde aún. ¡Eres tan joven todavía! Me harás más feliz si continúas tus estudios con el afán de siempre; si en cambio te pones a trabajar y te atrasas, me sentiré muy culpable por haberte dejado desaprovechar todo tu potencial. Ya más adelante veremos cómo se mueven las cosas. Mientras tanto deja que me siga sintiendo orgullosa de ver cómo te destacas. Dedícate a las cosas de los muchachos de tu edad.

Lisandro obvió el último comentario.

—Pero mamá; ¿crees que no sé cómo andas rasguñando dinero para mantenernos? Te ha tocado muy fuerte. Lo que dejó papá apenas ayudó. Además, si trabajo, mis hermanas me tendrán más respeto. Mi autoridad aquí en casa no está muy en alto; eso ayudará de muchas maneras.

—Deja de angustiarte. Claro que te respetamos en casa. Regina, con todo y su difícil carácter, reconoce en ti a su gran apoyo. Además, no pretendo que te conviertas en tu papá: sé hombre a tu manera, pues tú eres distinto a él. —le explicó Larisa, recordando el talante fuerte y autoritario de su difunto marido.

Lisandro hacía malabares para alternar sus urgencias personales con las de un hogar en apuros. Custodiaba los estudios de sus hermanas, les fiscalizaba los amigos y asignaba tareas domésticas para alivianar la rutina de Larisa. Mostró habilidades en la cocina que hasta Regina elogió, y en pequeñas dosis, fue conquistando respeto. Pese a la insistencia de su madre, obtuvo un empleo de medio tiempo, y se disciplinó para culminar en menos tiempo del reglamentario, una carrera universitaria en el área de la ingeniería. Lisandro por fin sentía como propio el título “hombre de la casa”, recibido tan prematuramente.

A seis años de la muerte de su padre, Lisandro ya contaba con veintidós años, Regina veinte, y Giovanna ya pisaba los dieciocho. Regina estrenó un celo terrible hacia sus hermanos, quienes lucían entre sí, más compenetrados que nunca. Su reacción tuvo diferentes tintes, y soltó declaraciones tan inverosímiles como ofensivas. Llegó a afirmar que Lisandro odiaba a su padre y por ello había deseado su muerte, que estaba enamorado de su propia madre, y a falta de amor correspondido canalizaba su frustración en un romance con Giovanna. La sorpresa y vergüenza de Lisandro le hicieron propinarle a Regina una gran bofetada.

—Es increíble que llegues a decir semejante cosa de tu propia familia. Esas aberraciones sólo existen en tu cabeza. No puedes contener tu maldad Regina —le recriminó con la voz cortada, mientras Regina lo retaba con rabia y lágrimas.

—Pues ahora sí que entiendo: aquí en esta casa, la única de sobra soy yo. Ustedes tres están muy amorositos y yo soy la mala de la partida. Pues bien, voy a comportarme como tal.

De allí, se propuso hacerle la vida imposible a sus compañeros de casa. Descuidó los estudios, se hizo aún más arisca, irrespetaba los horarios hogareños y cambió radicalmente su manera de vestir: salía de casa con ropa provocativa, maquillaje exagerado, y se tiñó el cabello de un color rojizo casi naranja que la acompañó hasta su edad madura.

—Pareces una puta barata —le dijo Giovanna de refilón una noche, cuando la vio encaminarse a la puerta con una vestimenta de pantera que dejaba ver más de lo aceptable en un hogar decente.

—¿Pues será que eres la hermana de una y no te habías enterado?

Giovanna mantuvo su mirada en el televisor, y lanzó su último comentario.

—¿Será que tus acusaciones hacia nosotros sólo pretenden esconder tu propia sordidez?

Regina se detuvo un instante a mirarla.

—¡Ay sí! La hermanita culta y sus palabras rebuscadas: ¡Sordidez! Entendí mejor lo de “puta”, y con eso me quedó claro lo que piensan ustedes de mí.

Giovanna decidió darle la cara:

—¿Y es que ahora te sientes herida? Te la pasas ofendiendo y humillando. Te disfrazas ahora de callejera para provocar a mamá y a Lisandro; haces lo que te da la gana en la casa, y creas conflicto por lo que sea. Pero te inventas ahora ese tono de humillación ¡Qué ridícula Regina! A mí ya no me importa qué hagas con tu vida, pero sí me angustian ellos dos: viven preocupándose por ti, y tú gozas haciéndolos sufrir. Eres hasta capaz de meterte en líos, sólo para fastidiarnos a todos.

—Habló la niñita modelo de la casa. ¡Claro! por eso es que su mamá y su hermano la quieren tanto —culminó con falsete repugnante.

Giovanna decidió no extender la confrontación.

—*Andamija*: pero eso sí, húndete tú sola en tu pantanal, y déjanos vivir en paz —concluyó Giovanna.

Aunque en un principio representaba una forma de rebeldía, Regina se mostró cómoda con su nueva apariencia y la mantuvo, al punto de deshacerse de gran parte de su vestuario para dar cabida en su armario a nuevas prendas de vestir. Rara vez se dejaba ver sin su maquillaje recargado o su copete batido para aumentar el volumen de su cabello naranja. Larisa bajó un poco la guardia, y aceptó su actitud con resignación; eso aminoró la hostilidad en la relación y bajó el volumen a los ruidos caseros. Lisandro mantenía su rol de consejero; la alertaba sobre los peligros en la calle, y las posibles intenciones de los hombres al acercarse. Regina advirtió la preocupación de su hermano, y en un momento de inusitada sensatez le aseguró que todo en su vida marchaba bien. Lisandro se relajó un poco, pero mantuvo la duda sobre tal afirmación.

—¿Algún enamorado? —preguntó él para intimar un poco.

—Bueno: una siempre tiene sus conquistas —aceptó ella—, pero nada serio todavía. Pero ahora que lo mencionas... cuéntame tú: ¿cuándo te vamos a conocer una novia?

Lisandro soltó una risa discreta.

—Sabes que siempre puedes contar conmigo hermanita —cerró él, obviando la pregunta. Interpretó el parco intercambio de palabras como una forma de conciliación con su hermana, y le tranquilizó un poco advertir en ella una pizca de confianza.

Aun con el peso de la melancolía y depresión recurrente, Larisa se conducía cariñosa y cordial con sus hijos. Era muy dada a ofrecerles abrazos y mimos, poco acostumbraba reprenderlos, y

cuando la situación se tornaba muy exigente, hacía su voz más firme y resuelta. Regina era el objetivo más frecuente de su disciplina, y pese al empeño de la muchacha por lucir indiferente, la desaprobación materna le provocaba una resaca moral de horas o días, al cabo de los cuales reincidía sin reparos. El ciclo enfermizo de comportamiento azoraba la tranquilidad familiar. Giovanna, sin embargo, se mostraba neutral, y en ocasiones tan distante, que Larisa le diagnosticó un autismo temporal.

—Quédate tranquila mamá; no existe semejante enfermedad —la tranquilizaba Lisandro—. Esa es una variante de los cambios de conducta típicos de la edad.

—Ya quisiera yo tener entonces esa capacidad de Giovanna para abstraerme de los caprichos de Regina.

—Ciertamente envidiable —refrendó Lisandro.

—¿Y cuáles fueron los efectos que la adolescencia dejó en ti, Lisandro? —preguntó Larisa al muchacho, reconociendo su renuncia al derecho de manifestar cambios conductuales—. No me preocupé mucho en advertir tus señales.

—Nada para alarmarse, mamá. Yo estoy bien —respondió, con la entonación indulgente empleada en casos similares.

—Pasaste muy rápido de ser un muchacho a un hombre, y yo distraída en tantas cosas... Me faltó llevarte de la mano —se lamentó Larisa—. No me fijé demasiado en cómo te sentiste con la muerte de tu papá.

—Fue difícil para todos, mamá, pero mira cómo ya lo hemos superado.

—¿Te parece que lo hicimos? —preguntó ella con legítima duda—. Las cosas aquí no andan como quisiera: tus hermanas no son precisamente unas muchachas felices, económicamente el asunto ha mejorado, pero sigue complicado, y a ti te veo envuelto en una red de compromisos que no te permiten disfrutar la juventud. No haces las cosas propias de los muchachos a tu edad; casi no sales ni te diviertes.

—La disfruto a mi manera mamá. No soy de andar de fiestas, ni en la calle. Prefiero quedarme en casa para leer, escuchar música y acompañarte. Tengo mis amigos con los que me reúno de vez en cuando, y con ellos la tónica es más o menos la misma: conversamos, nos tomamos unas cervezas e intentamos arreglar el mundo con nuestras ideas, muchas veces medio desquiciadas, pero la pasamos bien.

—Eso lo sé, hijo. Haz avanzado tan rápido: te graduaste, ganas dinero para la familia; eres casi el papá de tus hermanas, y mi apoyo —declaró Larisa—. Sólo te falta un amor.

—¿Me falta un amor? —parafraseó él riendo—. No lo sé mamá; por alguna razón, no ha llegado

todavía.

Capítulo 14

¿QUÉ PASÓ CON LISANDRO?

Según las reflexiones de Lisandro, las elevadas complicaciones asociadas al cuidado de su familia, habían mantenido a raya las propuestas amorosas. Pero las circunstancias abrieron espacio en su mente a una joven que parecía responder al perfil figurado: era Indira, la hermana menor de su mejor amigo, Andrés Chirilla. Llevaba conociéndola varios años, pero su trato no había superado algunas conversaciones cortas. Cuando Lisandro visitaba a su amigo, ella solía saludarlo con una sonrisa espléndida, que Lisandro llegó a interpretar como pícara. Le parecía una chica muy simpática y vivaz, y aunque en un principio la había considerado un poco tímida, resultó ser muy desenvuelta y conversadora, características éstas muy bien valoradas por él. Indira era una muchacha trigueña, de rostro simpático y contextura robusta; su cabello era tan negro y lacio, que se derramaba lustroso por su espalda, desprendiendo visos y aroma de flores.

En algún momento Lisandro se cuestionó, y hasta reprochó, el no haber prosperado más en su trato con Indira. Luego de reparar en el hecho, se dispuso a realizar una nueva visita, con un objetivo distinto en mente. Llegó a casa de su amigo cerca de las cuatro de la tarde, perfumado y vistiendo una de sus mejores camisas; se plantó frente a la puerta, acomodó su postura y tocó el timbre. Escuchó el mismo sonido de otras cientos de veces, pero la resonancia parecía distinta. Esperó respuesta. Notó su nerviosismo y se rió de sí mismo. Dada la hora, supuso que el padre de Andrés no habría llegado aún, y su amigo debía estar en su estudio concentrado en la música, por tanto, sería alguna de las dos mujeres quien abriría la puerta: Indira o su madre. Cuando escuchó unas pisadas al otro lado de la puerta, adivinó de inmediato que se trataba de Indira y agradeció el espaldarazo el destino.

—Hola Lisandro, ¿cómo estás? —le saludó ella con su acostumbrada amabilidad.

Lisandro notó en su semblante un destello distinto; su sonrisa parecía más generosa y de inmediato dedujo que no se trataba de ella sino de él, quien la observaba con remozadas intenciones; le aterró presumir que Indira podía leerlas en su rostro, pero el pensamiento fue exterminado de inmediato por la lógica.

—Hola Indira —respondió él con forzada naturalidad, y al sentirse rígido hizo un esfuerzo enorme para recordar cómo solía actuar. Entró de inmediato, respondiendo a una confianza añeja, pero esta vez se sintió apenado.

—Disculpa, Indira, no esperé tu invitación para entrar —se excusó él.

—Está bien, Lisandro. Ésta es tu casa —aclaró ella riendo.

—Muy amable —agradeció Lisandro paralizado.

—¿Qué te pasa Lisandro... estás tan raro hoy? —preguntó Indira disimulando la gracia por su extraña actitud.

—¿Qué me va a pasar? —respondió él con una risa nerviosa —los apuros de siempre.

—¿Regina otra vez te tiene con los nervios de punta? —bromeó Indira, ya acostumbrada a las anécdotas de la controversial hermana.

—No —refutó Lisandro apenado—. Creo que Regina está en período de descanso.

Indira advirtió su intromisión y cortó el tema.

—Ya te llamo a Andrés —continuó ella, mientras se dirigía al cuarto de su hermano.

—Indira —la detuvo Lisandro.

La muchacha giro hacia él, pero Lisandro enmudeció.

—Algo raro te pasa Lisandro.

—Sí, es verdad, parezco medio loco —aceptó él—. Sólo quería decirte que... bueno, me di cuenta de que nunca conversamos a pesar de todos los años viniendo para acá, y... la verdad no entiendo por qué. Nos hemos visto tanto, y no hemos pasado más allá del saludo.

Indira lo escuchó con atención, reconociendo la oportunidad anhelada desde mucho tiempo atrás.

—También he tenido esa sensación —agregó ella con nervios incipientes—. Hasta pudiéramos ser muy buenos compañeros de conversas. Siempre te oigo hablar con mi hermano, y me pareces muy agradable.

El elogio impactó a Lisandro, y tardó unos segundos buscando una respuesta adecuada que nunca apareció.

—Tú también eres muy bonita —respondió, y apenas se escuchó, sintió su rostro hirviendo de vergüenza.

—Quise decir, que tú también eres muy agradable —rectificó Lisandro.

Indira soltó una risa muy fresca.

—Gracias por las dos cosas —dijo entusiasmada.

—¡Lisandro, estás aquí! —interrumpió Andrés cuando avizó a su amigo—. ¿Vienes llegando?

—Sí, ya tu hermana iba a buscarte —respondió el muchacho enmascarando la inquietud.

—Estaba componiendo una canción, llegaste en buen momento para ayudarme. Ven, pasa —le invitó Andrés.

Indira se consternó por el corte brusco de la conversación, e intervino.

—Lisandro, ven para darte el agua que me pediste —mintió para ganar unos minutos.

Lisandro se mostró confundido, intentando recordar si en verdad le había pedido agua, pues estaba sediento.

—Gracias Indira, vengo muerto de sed.

—Anda con ella y después vas al cuarto —indicó Andrés.

Ya en la cocina con Indira, bebió el agua con pausa, y sin desprender la mirada del vaso, soltó lo único que le apremiaba decir.

—No sé cómo tomaría esto tu hermano, pero me gustaría invitarte un día de éstos a dar una vuelta y conversar.

—Pues invítame de una vez —propuso Indira.

Lisandro la miró con sorpresa.

—¿Sí te gustaría?

—¡Claro! Me encantaría —confesó ella—. ¿Cuándo vamos?

—¿Y qué va a decir Andrés? —cuestionó él.

—¿Pues qué va a decir? Que su hermana y su amigo se caen bien. No creo que tenga objeciones con eso. Ya te conoce lo suficiente como para saber que eres una buena persona —concluyó Indira.

Y así fue. Andrés se mostró agradado con la idea, y ofreció un impulso a favor de esa primera salida. El lugar escogido fue una agradable y pequeña pastelería, con un ambiente idóneo para promover una buena charla; los primeros temas emergieron entre bocados de succulentas tortas, y se extendieron por más de dos horas, ante grandes vasos de té helado que subían y bajaban de nivel. El encuentro fascinó a ambos, y dio pie para otros nuevos. La relación de amistad tomaba consistencia; Lisandro encontraba en Indira la candidata perfecta para el romance no alcanzado hasta entonces. Ella rescató feliz un antiguo deseo movido a la categoría de “irrealizables”, ante la ausencia de iniciativas por parte del muchacho. La frecuencia de los encuentros aumentó. Lisandro alternaba las visitas de Andrés con las de su hermana, cuidándose de nivelar atenciones. Planificó con su amiga salidas al cine, asistieron a obras de teatro, y retornaron a la pastelería de inicio.

Una molestia comenzó a anidarse en la mente de Indira; aun cuando no había encontrado la forma adecuada de manifestarla, se armó de bríos para hablar con su amigo. Sentados sobre el césped de un campo deportivo, ambos miraban el entrenamiento de unos jóvenes futbolistas.

—Lisandro —llamó ella su atención.

—¿Ajá? —contestó él girando el rostro hacia Indira.

—¿Sabes? He disfrutado mucho saliendo contigo estas semanas. Es obvia la afinidad entre ambos.

—Me alegra mucho escucharlo —reconoció Lisandro—. Yo también disfruto mucho tu compañía.

—Eso puedo suponerlo —agregó ella esforzando una risa—. Sin embargo, sólo pareces interesado en mi amistad.

—¿Y qué me quieres decir con eso? —indagó él, sospechando la respuesta.

—Bueno... no parece que estés muy interesado en mí, más allá de la amistad —recalcó Indira con un susurro.

—¿Por qué lo dices? —preguntó él casi petrificado.

—¿De verdad es necesario explicarlo? —preguntó ella, considerando como obvia la causa de su aseveración.

Lisandro miró de nuevo a los jóvenes en su contienda deportiva y entrelazó ambas manos sobre sus rodillas.

—Quiero escuchártelo decir —declaró él.

—Pues me lo haces bien difícil. Pero ya comencé...

Se enderezó un poco, forzó una sonrisa e inició su explicación.

—Hemos estado saliendo desde hace ya varias semanas, la hemos pasado muy bien juntos, a mi manera de ver; hemos descubierto un montón de temas en común, pero... —hizo una pausa para tomar aire, y lo miró fijamente a los ojos para continuar—. Pero creo que no te atraigo físicamente, es decir, como mujer, pues hasta ahora nunca has mostrado intención de tomarme de la mano... o de besarme.

Al decir esto, Indira sintió una marea roja cubriéndole su rostro, y contagió a Lisandro.

—Entiendo tu punto Indira —reconoció Lisandro—. Tal vez he sido demasiado tímido al respecto, pero me aterra ofenderte o ser imprudente. Tampoco noté que estuviera exagerando, o pareciera desinteresado.

—No tengo dudas de tu caballerosidad, pero no es una falta pretender más. En todo caso, creo que mi comentario está fuera de lugar. Ahora vas a pensar que soy una atrevida —conjeturó Indira estrujándose el cabello de la nuca.

—No Indira, no digas eso. Jamás pensaría eso de ti. Tú me gustas, de verdad es así. Tal vez el hecho de ser la hermana de mi mejor amigo, me ha retraído un poco. Pero también admito mi lentitud en propiciar un avance, y corro el riesgo de aburrirte.

—¡No; eso no! —se apuró ella en aclarar. Se acomodó para quedar de frente a Lisandro, le tomo la mano derecha, y lo miró a los ojos.

—Creo entonces que necesitas un empujón de parte mía —dedujo Indira—; y estoy dispuesta a dártelo.

Calló un momento, se acercó a Lisandro y colocó sus labios sobre los de él. Lisandro se paralizó; apreció la textura suave y calidez de Indira. Se dispuso a disfrutar el dulce gesto y cerró los ojos para orientar todos sus sentidos a la delicia del nuevo contacto. Él estrechó más la distancia entre ambos, acarició los brazos de su compañera y quiso explorar más su boca. Lisandro sintió la suave succión, la humedad y tibieza foráneas. Se produjo un beso tierno y tímido, con un giro hacia la sensualidad y el atrevimiento. La fogosidad de Indira le hizo descartar la timidez y se concentró en ahondar en las sensaciones ofrecidas por el intercambio; en un momento Indira se retiró un poco de él para besarlo en la mejilla y le ofreció su cuello, esperando el recorrido de sus labios. Pero Lisandro estaba invadido por la confusión, no entendía las peticiones de su compañera. Tuvo intención de apartarse, pero la proximidad de Indira se lo impedía; él apenas respondía al juego propuesto; el músculo ajeno invadiendo su boca le desconcertó; cuando ella le recorría el rostro con los labios, él se tomaba tiempo para respirar y controlar su nerviosismo. Los brazos de Indira lo aferraban, cada segundo parecía comprometerlo más a actuar de una manera no deseada. Indira percibió la tensión y se apartó para mirarlo.

—No te asustes Lisandro, todo está bien —le susurró ella—. No sabes cuánto he esperado este momento.

Indira continuó besándolo, y lo guió hacia la grama para recostarse sobre su pecho. Lisandro se dejó llevar, pero no se mostraba contento de continuar hasta donde ella lo invitaba; se esforzaba en mantener el contacto y responderlo, el corazón le retumbaba en la sien, pero ni el lugar ni el momento le alentaban a avanzar. Interrumpió el beso, y al separarse dejó expuesta la expresión exaltada de la muchacha.

—¿Pero qué pasa, Lisandro? —preguntó Indira con la respiración agitada.

—Que me pone muy nervioso estar aquí. No creo que sea correcto, te estoy exponiendo delante de estas personas —explicó él.

—¿Cuáles personas Lisandro? —Nadie está pendiente de nosotros, esos muchachos ni han notado que existimos. Sólo les interesa correr tras ese balón. Concéntrate en nosotros, vive este momento, y atrévete a soltar todo lo contenido. Yo estoy dispuesta —aseguró ella.

Lisandro le tomó las manos, colocó un beso en cada una de ellas, y luego la miró.

—Te respeto mucho Indira, y quiero cuidarte. Ya habrá otras oportunidades de demostrarnos

más. Ahora me pone muy nerviosos estar aquí. Vamos ya; se está haciendo tarde.

Lejos de Indira, Lisandro repasó una y otra vez el episodio. Enumeró distintas causas para justificar su rechazo, pero en el diálogo interno, se impuso la más vergonzosa. Era hora ya de encarar la realidad.

Capítulo 15

MOMENTO DE LA VERDAD

En las dos semanas siguientes a su encuentro con Indira, Lisandro se mantuvo retraído y aislado. Larisa notó el comportamiento inusual de su hijo, y lo observó discreta por unos días, antes de abordarlo. Estaba avanzada la mañana de un sábado, y Lisandro aun no salía de su habitación.

—Lisandro, hijo, ábreme un momento —le pidió desde la puerta.

—Entra mamá, está abierto — indicó él con voz queda.

Larisa entró y la recibió una oscuridad no habitual.

—¿Y este encerramiento Lisandro? Abre las cortinas; parece el cuarto de un enfermo.

—Tú y tus cosas mamá: ¡cuarto de enfermo! Sólo quiero descansar, eso no tiene nada de particular.

—Pues sí lo tiene, sobre todo para ti que nunca estás en cama más allá de las ocho de la mañana. Son las once, y ni siquiera has desayunado —le hizo ver ella.

—Es sábado mamá.

—Yo sé, pero ni los domingos duermes tanto —refutó Larisa, abriendo una rendija de las cortinas. Notó entonces que Lisandro ya se había quitado el pijama. Vestía bermudas, franela, y estaba acostado en su cama ya arreglada, sobre una pila de cojines.

—Lisandro, he respetado tu silencio de los últimos días, pero ya me preocupas mucho. Me has hablado apenas lo necesario, y hasta ignorado, diría yo.

—No tengo mucho por conversar, mamá.

—Pues no converses entonces, comparte conmigo lo que te está pasando, y si sólo necesitas que te escuche, eso haré —le animó su madre, sentándose a su lado.

—Mamá: eso ni tú misma te lo crees —bromeó él, arimándose un poco para ofrecerle más espacio—. No podrás limitarte a escucharme sin dar tu opinión.

—Está bien: si ya me conoces, dímelo y ya; trataré de ayudarte como pueda, sin entrometerme demasiado —le ofreció, acariciándole el cabello.

En la penumbra, la imagen de Lisandro lucía distinta; parecía más maduro.

—Es un asunto serio mamá —expresó él—. Y no creo estar en condiciones de compartirlo aun contigo.

—No hay un tiempo apropiado para compartir las inquietudes con una mamá, Lisandro.

Cualquier momento es bueno.

El joven se mantuvo quieto unos minutos, mientras Larisa lo observaba.

—Anda: dime. ¿Qué puede ser tan malo?

—No podrías ni imaginarlo, mamá —advirtió el hijo—. Me cuesta mucho hablar de eso.

—¿Mal de amores, acaso? —tanteó Larisa.

—Algo así: mal de un amor frustrado —aclaró él.

—Caramba, eso no suena muy bien —reconoció ella—. ¿Será por Indira?

Lisandro calló un rato; sólo se escuchaba su pesada respiración.

—Sí... de alguna manera.

—¿Qué: no se interesó en ti como esperabas?

—No es eso mamá, es al revés.

Larisa buscó una explicación.

—A ver si te entiendo: te diste cuenta de que no te gusta la muchacha, y te sientes mal por hacerle un desplante.

—Te voy a explicar mamá —anunció Lisandro, irguiéndose un poco—. Después de mucho tiempo analizando el asunto y debatiendo conmigo mismo, por fin me di cuenta... mejor dicho: por fin acepté, que no me gustan las muchachas.

—¿Cuando me dices que no te gustan las muchachas, te refieres a que tal vez prefieres a las mujeres un poco más maduras, o mayores que tú?

Lisandro se llevó la mano a la cara, cubriendo sus ojos.

—Mamá: me impresiona cómo le das la vuelta a las cosas. No; no es que no me gusten las mujeres maduras: ¡no me gusta ninguna mujer! —aclaró él.

—¡Ah! —exclamó Larisa, en un intento por emitir algún sonido.

—¿Ves mamá? No es algo fácil de asumir. No digas nada, sé lo que piensas y me imagino tu decepción en este momento, si es que ya pudiste entender...

—La verdad, no entiendo mucho Lisandro. Me confundiste —aclaró ella.

—¿Qué no entiendes mamá? ¡Soy homosexual!

A pesar de sentirse contrariada, Larisa notó que eso no la sorprendía. Por mucho tiempo trató de justificar la falta de un amor en la vida de su hijo y varias habían sido las hipótesis planteadas al respecto: ésa era una. Sin embargo, al caer el velo de la duda, la inundó un profundo dolor. Su mente no le proveyó un comentario justo. Se interpuso un silencio; ambos se observaban para extraer de sus miradas las palabras no pronunciadas. Larisa apartó la mirada de su hijo, y la dirigió a la ventana; el escaso paisaje advertido desde allí, estaba inundado por un sol

brillante, mientras ella se sentía el ahogo de un manto sombrío y frío. Sin embargo, se mantuvo allí unos minutos, al término de los cuales enderezó su postura y retornó a su hijo. Forzó una sonrisa desmentida de inmediato por sus lágrimas; se las secó con el torso de su mano, y tomó un hábito para hablar.

—Y es que acaso estás enamorado de algún muchacho —intervino ella, empleando el tono más natural posible.

—No.

—Y cómo entonces deduces tu homosexualidad. Tal vez no te has encontrado con una mujer que satisfaga tus expectativas, y eso te aturde un poco, al punto de llegar a una falsa conclusión.

—No mamá: ya desmenucé todas esas posibilidades, y las he ido descartando una a una. He sido lo más minucioso posible, analizando cada indicio, y aunque en este momento no esté enamorado, sé que me inclino hacia los de mi mismo sexo —explicó él con voz serena.

—¿Y qué papel juega Indira en todo esto entonces?

—Lo de Indira fue una prueba exploratoria con un resultado contundente: ella es una muchacha linda, agradable, exótica, que tomó la iniciativa de ofrecirme su amor... pero no me inspiró el más mínimo deseo. Cuando la besé, o mejor dicho: cuando ella me besó... busqué dentro de mí algún instinto que avalara mi condición masculina, pero nada mamá: ¡no sentí nada hacia ella!, a no ser una gran vergüenza y una urgencia por escaparme de esa situación insoportable.

—Pero a lo mejor es que ella...

—¡Ya mamá! De verdad: no sigas; me lo haces más difícil. Esa es la realidad.

Larisa tenía clara su disposición de asistir a su hijo, pero el desconcierto aprisionaba su pecho y retenía las palabras. Lo observó, y por un instante no lo reconoció; algo distinto parecía adherido a su semblante. Repasaba las palabras recientes, y coincidió en la intención de aceptar la realidad si agregar más conjeturas.

—Lo único que se me ocurre decirte en este momento, es que te ayudaré a enfrentarlo, no es el fin del mundo. Tú me dices qué puedo hacer por ti y cuándo; yo te apoyaré. Sólo eso hijo.

Se acercó a él para besarlo en la frente, lo miró a los ojos y le sonrió.

—Yo te quiero Lisandro, eres una persona maravillosa. Si el haberme dicho todo esto te trae tranquilidad, entonces me siento aliviada.

Y salió de la habitación empujando su pesar.

Muy temprano en la mañana, Larisa se dirigió a la pequeña iglesia cercana a su casa. Sus pasos

resultaban lentos y pesados, como si el cansado cuerpo se resistiera a acompañar sus deseos de hallar un lugar solitario donde hilvanar sus pensamientos. A esa hora del día, el interior del recinto se le figuró misterioso y sobrecogedor. Se ubicó al extremo de un desgastado banco, y sin proponérselo se liberó del aplomo y la entereza, hasta deshacerse en sollozos. Las lágrimas surcaron sus mejillas, y cayeron en torrentes sobre sus manos, pecho y en el suave algodón de su vestido. Lloró por su hijo, por el marido ausente en tan difícil situación, y cuya imagen se había desdibujado en la mente de Lisandro. Lloró sus propias culpas, los nietos negados, y el temor de enfrentar a un mundo que ahora le resultaba tan diferente. Tras un largo lamento del corazón, sintió unos brazos sobre su espalda, y advirtió la presencia de una mujer con tierna mirada.

—¿Qué le sucede? ¿Por qué sufre tanto? —indagó la señora.

Larisa no atinó a pronunciar palabras, sólo apoyo la cabeza en el hombro ajeno y se mantuvo allí llorando durante un rato, hasta quedar quieta, callada, pensativa. Tomó las manos de la extraña para apretarlas con suavidad, esbozó una frágil sonrisa, y en un susurro le dio las gracias.

El sol brillaba alto cuando su caminar la llevó de regreso a su casa; juntaba pequeñas dosis de bríos para recomponer su vida. Al entrar, ocupó una de las sillas en el recibidor, y quedó allí inmóvil. El lugar estaba silencioso. Frente a ella, su esposo Leandro la observaba desde un retrato. Su mirada profunda parecía hablarle de culpa y transitaba luego hacia el reproche; en un instante creyó distinguir en el un rastro de dolor, y sintió el efímero bálsamo de la solidaridad compartida. Nuevamente comprobó el parecido físico con Lisandro, y recordó los gestos comunes de su herencia paterna. Agradeció la manera como se esmeró en enseñar a sus hijos a actuar generosamente; los ejemplos de humanidad ofrecidos en su actuar cotidiano, pues ella misma había aprendido de él durante los años de convivencia. Lo recordó fuerte, decidido; su imagen proyectaba el infranqueable ímpetu con que superaba las vicisitudes y proveía a su familia una vida solvente y segura. Recordó su permanente gentileza hacia ella y la disposición a complacerla. Sin embargo, en el proceso de crianza de los niños, la mano recia imperante mermó las posibilidades de una relación afable con ellos. En un visceral diálogo mental, Larisa reprochó a Leandro los abrazos privados a sus hijos y las palabras duras con que pretendió fortalecerlos para enfrentar la vida. Todos esos propósitos parecían ahora absurdos. Nada sólido tenía a mano para justificar o atenuar los recientes hechos, y tomó como propia la responsabilidad por su nueva realidad. Un dolor se había alojado para siempre en un rincón del corazón y allí permanecería silencioso y oculto, pero no por ello menos lacerante.

Larisa y Lisandro convinieron preciso hacerles llegar a sus hermanas la novedad sobre la reciente declaración de homosexualidad. Larisa se reunió con sus tres hijos, y anunció la necesidad de comunicar un asunto serio; elaboró un discreto discurso enarbolado por la alianza familiar, la necesidad de mantenerse unidos como una célula y tratarse con respeto a pesar de las diferencias. Las dos hermanas trataban de adivinar el rumbo de las palabras maternas, mientras Larisa se mantenía solemne desde el sofá, junto a Lisandro.

—Después de pasar por un difícil proceso de reflexión, Lisandro ha resuelto no formar parejas amorosas con mujeres —resumió.

Apenas se escuchó a ella misma, admitió lo inadecuado de sus palabras finales. Dentro de sí, rogó no tener que dar más explicaciones. Lisandro, por su parte, la miraba de reojo con la respiración al mínimo. Anticipaba con temor las posibles reacciones de sus hermanas.

—¿Cómo es eso que “resolviste no formar parejas con mujeres” Lisandro? —pidió aclarar Regina—. ¿Y con quién vas a formar pareja entonces?

La expresión de Giovanna buscaba ser comprensiva, pero la verdad resultaba tan clara como cruda.

—A ver...—intervino Lisandro—. ¿No entendieron ni remotamente lo que dijo mamá?

Giovanna entrecerró los ojos, encogió los hombros, e hizo su propio resumen.

—Pues que a ti no te gustan las mujeres sino los hombres...

Luego miró con duda a Larisa y a Regina.

— ¿Y es que acaso no lo habían sospechado? —continuó Giovanna.

—¿Y tú sí? —respondió Regina con un chillido.

—Bueno, algo debía pasar para que a estas alturas no hubiese tenido ni una novia, ¿no? Yo me lo suponía, pero no era asunto de fastidiarlo. Ya él se encargaría de hacérselo saber, y si no lo quería decir: pues allá él. Para mí no hace diferencia: yo lo quiero y lo respeto igual.

La cara de Regina, en cambio, era de absoluta sorpresa.

—Y yo que siempre pensé que estabas enamorado de mamá, pero resulta que lo que eres es marico —resumió ella con tirantez.

—Hay que ver... no tienes límites Regina —le reprendió Larisa—. Estás hablando de tu hermano mayor: tu paño de lágrimas. ¡Respeto, niña!

Giovanna miró a Regina con desprecio. Ya repudiaba sus comentarios agrios, y en ese momento hasta le parecía ver en ella un rostro malévol.

—¿Pero qué esperas? Mi hermano perfecto resulta que es del otro lado, ¿y yo debo tomarlo como si fuera la cosa más decente del mundo? —replicó Regina.

—Cállate Regina —ordenó Giovanna ¿Qué vas a hablar tú de decencia? Si sales todos los días con vestimentas sospechosas a hacer quién sabe qué cosas en la calle —reprochó Giovanna.

—¡Habló la monja! —replicó Regina levantando la voz.

Lisandro estaba consternado, pero se mantenía callado, reconociendo el conflicto ya figurado. En medio de su propio dilema, Larisa ansiaba contar con la habilidad suficiente de disolver la discordia del momento, y forzar la cohesión.

—Y cuéntanos Lisandro, ¿nos vas a presentar a tu novio? —continuó Regina con burla—. Me muero por conocer a mi cuñado.

—No Regina — refutó él—. No tengo pareja ahora.

—El asunto primordial de todo esto —intervino Larisa—, es que Lisandro nos ha comunicado algo importante, no para ser juzgado o criticado, sino para buscar nuestra aceptación. Eso no le resta valor ante nosotras ni ante nadie; eso no cambia su condición dentro de esta casa, ni merma nuestro amor por él. No habrá espacio aquí para chistes, ni sarcasmo ni faltas de respeto niñas, Lisandro sigue siendo nuestro soporte, y nosotras lo seremos para él. ¿Entendieron?

Se dirigió entonces directamente Lisandro.

—Hijo: vienen momentos duros, y hay muchas razones para ello. No se trata sólo de nosotras, sino del resto de las personas.

—Ya lo sé mamá —aseguró—. No ha sido fácil hasta ahora, pero es algo con lo que tengo que aprender a vivir, y aunque suene tajante: ustedes también. Con Regina voy a fortalecerme, pues su reacción de ahora es apenas una muestra de lo que viviré afuera. Pero bueno: iremos viendo. Gracias Giovanna por tu apoyo, tu respuesta de hecho no me sorprende, y sé que tenías sospechas, pues en algunos momentos me hiciste algunas insinuaciones; pienso inclusive que lo supiste mucho antes de tener yo mismo esa duda. Me apena mucho no poder darte ejemplos dignos, pero trataré de resarcirlo de otra manera.

—Por favor no digas que eres indigno —le rogó Giovanna—. Eso no te reduce ante nosotros ni nadie

Lisandro hizo una pausa, y recordó a su padre.

—Si papá estuviera aquí, seguramente se sentiría muy decepcionado al ver que sus esfuerzos por formar a un “macho”, fueron en vano. Toda su vida se guardó los cariños para no alimentar comportamientos desviados en mí. Pues su teoría falló; no sé si una relación distinta habría cambiado algo de lo que siento hoy, pero reconozco que me hizo mucha falta acercarme más a él y recibir ese contacto directo, que como hijo me correspondía. Pero al menos, papá se salvó

de pasar por este bochorno.

—No es un bochorno —aclaró Larisa.

—Sí lo es, incluso para ti mamá —refutó Lisandro—, esto habría sido mortal para él; tú lo sabes.

—Él te quería mucho hijo.

—Jamás lo he dudado. Lamento mucho si esta revelación les afecta en su vida, pero en definitiva, es algo ineludible. No sé si podré ser feliz algún día, pero de cualquier manera, lo considero mi derecho individual, y pretendo hacer uso de él. Pero primero debo resolver el caos dentro de mí. Les pido disculpas por todo.

Lisandro se levantó del asiento, hizo el ademán de decir algo más, pero no halló palabras que evitaran una redundancia.

—Ya es suficiente por ahora. Nos veremos luego —dijo antes de abandonar la sala. Allí quedaron las tres mujeres, en absoluto silencio, digiriendo la reciente conversación a su manera.

Capítulo 16

NUEVAS UNIONES

Poco dejaba ver Lisandro de su vida íntima, y nada se conocía sobre nuevas amistades. Los intentos de Larisa por mostrarle complicidad y conocer más sobre su vida, se topaban siempre con la misma respuesta: “Por favor mamá, respeta mi privacidad”. A pesar de su actitud reservada y tranquila, el joven avanzaba con temor y timidez. Cada elemento de su cotidianidad pedía ser analizado y reformulado de acuerdo a su nueva condición. Consideró pertinente acercarse a Indira y explicarle el motivo de su huída. A casi cuatro meses del beso revelador, el contacto con su amiga había sido nulo, y la ruptura de relaciones se había extendido hasta Andrés. Extrañaba las bondades de su antigua amistad y deseaba reanudarlas, pero debía encarar primero a la joven. Decidió citarla en su acostumbrada dulcería, y se ubicó en su mesa favorita una hora antes de la acordada para repasar su discurso. Indira respondió a la convocatoria con un poco de renuencia, pero esperanzada de recibir una súplica de enmienda. Iniciaron una charla trivial; comentaron algunas novedades sobre sus ocupaciones habituales, y conforme los temas superficiales se fueron extinguiendo, prosperaba la urgencia de abordar el tema principal: su amor frustrado. Lisandro le aseguró que era ella la única mujer a quien había decidido amar. Indira se apresuró en indagar si había percibido algo inadecuado en su forma de actuar, y hasta pidió disculpas por haberle presionado. Tal actitud de rendición acentuó la congoja de Lisandro, y decidió lanzar su única explicación válida.

—Indira: soy homosexual.

Del rostro estupefacto sólo se desprendieron miradas confusas. Ninguna palabra atinó a concretarse.

—Ya ves: no se trata de ti. Esa es la única explicación posible para no enamorarse de una muchacha tan especial y bella como tú. Por mucho tiempo me torturó la duda; pensaba que aún no me había tropezado con la mujer ideal para mí y por eso no me había enamorado. Pero haber estado contigo tan cerca, y no poder corresponderte, fue un hecho contundente. Aunque no lo creo un consuelo para ti, tú me ayudaste —aseguró Lisandro.

—¿Y cómo hice eso? —habló por fin Indira.

—Me ayudaste a recuperar el respeto por mí mismo, pues después de aquel día contigo, descubrí mi verdad. Cuando se la comuniqué a mi mamá y hermanas, surgió en mí un deseo por redescubrirme, y dar nueva dimensión a muchos aspectos de mi vida; así quedó de lado la

necesidad de auto recriminarme. Sé que mi condición no es natural, y no estoy en lo absoluto orgulloso de ella, pero no quiero torturarme más.

Indira escuchó con atención, y al percibir la pausa, expresó su alivio.

—No sabes cuánto me reclamé haber sido tan impulsiva ese día —manifestó Indira—. Me rompía la cabeza imaginando lo qué habrías pensado de mí. Imagino lo difícil de hacerme esta confesión, por eso admiro tu valentía. Aunque no puedo ocultar mi sorpresa, pues nunca... nunca me pasó por la mente...—y la muchacha se perdió en un punto suspensivo.

—Que yo fuera homosexual —completó él.

—Pues sí, eso—aceptó Indira.

La explicación de Lisandro aligeró la atmósfera de la conversación, e Indira se sintió más relajada.

—¿Pero sabes algo? —preguntó ella.

—Dime, ¿qué?

—Me sigues pareciendo una persona maravillosa. No te alejes, por favor. Aunque nunca te enamores de mí, no quiero renunciar a tu compañía —declaró ella, casi como una súplica.

—No lo haré —aseguró él.

Andrés pronto estuvo al tanto de la novedad: de principio debió superar un gran impacto, y hasta lo espantó alguna duda sobre los sentimientos reales de Lisandro hacia él, pero el tiempo le sustrajo tales ideas. Su amistad se mantuvo inalterable, sin incluir en ella reparos o miramientos.

Transcurrieron varios años sin sobresaltos especiales en la familia, más allá de los habituales protagonizados por Regina. Giovanna y Andrés encontraron el amor en medio de encuentros cortos, miradas fortuitas y breves charlas. De allí se desprendió un romance hermoso que dio nuevo sentido a la vida de ambos, y una vez fortalecidos como pareja, fueron ellos quienes proveyeron el soporte más significativo a Lisandro.

El noviazgo de Giovanna coronó en boda el mismo día elegido por Regina para contraer matrimonio. Ambas hermanas decidieron celebrar su ceremonia religiosa, con el único propósito de complacer a su madre, pues ninguna había albergado pretensiones nupciales. A inicios de la ceremonia eclesiástica, las dos novias caminaron del brazo de Lisandro, pisando la alfombra azul de un pasillo escoltado por flores y cirios; frente al altar, dos caballeros de regio atavío y sonrisas espléndidas esperaban recibir a la mujer con quien pretendían pasar el resto de sus vidas; ellos eran Andrés y Elías. A un lado, Larisa veía avanzar a sus tres hijos y mezclaba sentimientos de congoja y felicidad.

—Si Leandro hubiese estado aquí... —pensó.

Durante tres años, Elías había sido el paciente enamorado de Regina. Soportó con temple la indiferencia de la mujer amada, y los elaborados desplantes con que ella le restregaba su falta de interés. Era notorio el gozo de Regina en torturar a ese hombre complaciente y timorato, atento siempre a cualquier palabra para alentar sus esperanzas de ser correspondido; lejos de desmayar, cada abuso parecía revigorizar su disposición; así se convirtió en un servidor, dispuesto sin restricciones a los antojos de Regina. Pero la adoración desmedida alcanzó un punto de quiebre, y se hicieron audibles los susurros internos clamando un poco de dignidad. Elías veló sus pretensiones amorosas, y desapareció sin dejar señales. Luego de una semana de silencio, Regina se sentía ofuscada. Lo llamó más de una docena de veces, y a falta de una respuesta lo buscó en su casa. Nadie respondió. Insistió con el teléfono hasta que Elías accedió a responderle, solo para hacerle conocer su decisión de alejarse y emprender nuevas conquistas. Desacostumbrada al rechazo de su amigo, y mucho menos a ser reemplazada, Regina le exigió presentarse en su casa, y hasta le dio un tiempo límite; con una valentía recién descubierta, Elías manifestó enfático su hastío. La furibunda Regina fue de inmediato a casa de Elías, martilló el timbre, y cuando el hombre abrió la puerta le vació en cara un discurso que lo acusaba, entre otras cosas, de no saber siquiera cómo robarle un beso a una mujer. Sin más preámbulos, Regina se abalanzó sobre él y lo besó frenéticamente; al perturbado pretendiente se le ennegreció la visión, las piernas le fallaron por efecto de un vahído y cayó al suelo emparamado con sudor helado. Regina lo creyó víctima de un infarto, y se agachó para reanimarlo con una descarga de palmadas en el rostro.

—No te mueras Elías —repetía con desespero—. No me dejes ahora cuando al fin entendí cuánto te amo.

Elías abrió los ojos cuando superó al mareo, la sorpresa y las cachetadas. La visión de Regina le resultó gloriosa: una musa de exquisita hermosura en medio de refulgentes llamaradas color naranja; reconoció en ella a la única mujer a quien sería capaz de entregarse, pues no tendría vida si no era a su lado; quiso pedirle matrimonio, pero la voz no surgió, y apenas movió los labios en un gesto de ahogo con apariencia terminal. Regina creyó ver la vida de Elías extinguiéndose; soltó un sollozo desesperado acompañado por una retahíla de disculpas y se despidió de él besándolo en la boca. Elías se rindió atontado y feliz: los labios amados anestesiaron todas sus dolencias y se concentró en la exquisita sensación. De pronto tomó conciencia del llanto de Regina y se reactivó su cordura; eso le hizo incorporarse de un salto para consolarla.

—No llores my reina: sólo dime si te casarás conmigo.

El aparente renacimiento de Elías lo hizo lucir más guapo e interesante; una súbita sensación de ternura estremeció a Regina, y decidió aceptar la propuesta.

—Claro que sí mi Elías: “seremos uno solo contra el mundo” —declaró sin reparar en la frase, tan criticada por ella por su trillada ridiculez.

Regina y Giovanna eligieron el mismo día y casi la misma hora para anunciar sus planes matrimoniales. Cuando Giovanna llegó a su casa con la novedad, encontró a su madre y hermano celebrando el mismo anuncio de Regina y Elías. La noticia de la segunda boda, hizo rebosar la sorpresa. Luego de extender las expresiones de felicitación, Larisa y Lisandro coincidieron en aclarar ciertos aspectos logísticos.

—Sí la noticia es de boda, entonces haremos una sola para las dos —decidió la madre.

—¡Claro! —apoyó Lisandro — una sola fiesta, a ver si así terminan de hacer las paces.

—Mejor no —dudó Regina—. Según dicen, cuando dos hermanas se casan juntas, una le roba la felicidad a la otra.

—Igual dudo que con ese carácter vayas a ser feliz alguna vez —recriminó Giovanna con burla— y ni hablar del pobre Elías: no imagina el lío en que se está metiendo.

—¡Dios mío, comenzaron de nuevo! —intervino Larisa.

—Está bien— Aceptó Giovanna. No empañemos la alegría. Por mí está bien.

—Ni modo —se rindió Regina —pero yo entro primero al altar.

—No, no —refutó Lisandro—; las dos al mismo tiempo, una de cada brazo.

Siete meses fue el lapso dispuesto para los preparativos. Los antagónicos gustos y estilos de las dos hermanas se hicieron más evidentes, y Larisa actuaba como la serena mediadora.

—Si un asunto genera conflicto, se resuelve a mi manera —dictaminó la madre.

Una a una se fueron tomando las decisiones: diseño de las invitaciones, listas de asistentes, flores de los arreglos, colores de la decoración, menú, música de animación, trajes del cortejo, recuerdos de boda y hasta la ubicación de la torta. Todo resultó en un estilo ecléctico e indefinido en el que ambas hermanas debieron ceder buscando la armonía, y para no distraerse en sus intenciones de ser felices. Pero el atavío de las novias estaba fuera de discusión, era allí donde cada una lacra su estilo. Para los novios y Lisandro, fue fácil elegir su vestimenta: trajes de gala tipo esmoquin, y un pequeño ramillete en la solapa.

Llegó el día de la boda. Once de la mañana. Los pretendientes se encontraban ya situados al final del pasillo; esperando ansiosos la aparición de las jóvenes por la puerta del templo. Lucían guapos y elegantes. El porte de Andrés era esbelto y atlético, bien asentado en su estatura

mediana; exaltaba sus facciones europeas con un peinado engominado hacia la nuca. Ocasionalmente un pañuelo absorbía el nerviosismo escurrido por las manos y frente. Aunque controlaba la sonrisa, era incapaz de ocultar la alegría. A su lado, Elías se mantenía serio y ajeno a los movimientos y sonidos de la iglesia: el terror a un arrepentimiento súbito de su prometida, le helaba las orejas y hacía temblar sus rodillas. Sólo cuando viera aparecer a Regina, se daría el permiso de ser feliz. Él era retaco y depiel morena; tenía ojos negros profundos y cejas gruesas que contrastaban con su escaso cabello. Cuando reía dibujaba dos surcos en sus mejillas, y mostraba una dentadura de blancura tan extrema, que parecía artificial. De momento, su cara asomaba pavor.

Los acordes del piano anticiparon la llegada de las jóvenes a la puerta de la iglesia. Los tres hermanos surgieron radiantes desde extremo del pasillo y emprendieron su marcha. Lisandro caminaba en el medio, y enlazaba los antagónicos estilos de las novias. El de Giovanna se definía por las líneas simples de un traje largo con cuello alto, confeccionado en raso blanco y discreta cola. Su rostro despejado mostraba un maquillaje sin recargos en tonos pasteles. Un moño entrelazado dentro de una red blanca le sujetaba el cabello, y sobre él reposaba un lirio natural de pétalos blancos. Su expresión era serena, y al avanzar dedicaba gestos amables a los invitados. Del brazo derecho de Lisandro se sujetaba Regina, quien parecía llevar más prisa; su vestido era un abigarrado ensamblaje de encajes y telas; las capas de la abultada falda crujían al andar y al paso dejaba una estela de escarcha sobre la alfombra. El ceñido corpiño casi no podía contener su exuberante busto, y éste encontraba desahogo en el pronunciado escote. El tocado parecía sembrado en una jungla de rizos anaranjados; una cascada de tul, recorría su espalda y velaba su rostro, aún así era visible el carmín en su espléndida sonrisa, dedicada al prometido que, desde el altar, seguía con alivio la proximidad de su más anhelado sueño.

Lisandro era sin duda el caballero más guapo del recinto: mostraba ademanes distinguidos, elegante caminar, y un traje negro que caía perfecto en su cuerpo. No dejaba de pensar en el padre a quien representaba, y en su mente lo invocaba para compartir con él la felicidad y el orgullo del momento. En los segundos de su caminata provocó suspiros y alentó anhelos en las damas casamenteras, entre ellas Indira. Pero no sólo las mujeres admiraron a Lisandro: en uno de los bancos traseros de la iglesia, un joven reconocía los atributos de su amor, y aguardaba a la culminación de la ceremonia para acercarse a él, respetando un acuerdo mutuo de prudencia.

Capítulo 17

SILENCIO EN CASA

En ausencia de Regina y Giovanna, los contratiempos familiares no hallaron oxígeno para sustentarse en casa de los Valecillos. El desmontaje de las rutinas comunes, suavizó las relaciones y atenuó las diferencias. Los encuentros familiares eran ahora agradables; las dos hermanas se saludaban con una alegría tan inusual que hasta lucía ensayada. Surgieron propuestas antes insospechadas, como cocinar juntos, organizar salidas familiares o revisar los álbumes de fotos. Larisa estaba encantada por la nueva tintura familiar, remozada ahora con sus yernos. Lisandro también se mostraba complacido por el estrenado vínculo que robustecía la amistad con su amigo Andrés, e incorporaba una camaradería adicional. Con Elías, a pesar de la cordialidad, la relación era distante y formal. Sin embargo ello no afectaba la admiración hacia su cuñado, por considerarlo un hombre serio, trabajador y metódico, además de reconocer admirable su capacidad para soportar las exigencias y abusos de su esposa. Ya alejada de Lisandro, Regina encontró en Elías el vertedero de todas sus molestias, y drenaba en su matrimonio la necesidad patológica de criticar sin reparos. Pero la paciencia de su marido parecía un terreno mágico que recibía semillas de maleza, y a cambio floreaba amor y devoción.

Las frecuentes discusiones que antes turbaban la tranquilidad de Larisa, susurraban en los rincones como ecos moribundos, y le recordaban su incapacidad para aliviar los antiguos entuertos familiares. Pero se propuso olvidar y regodearse con la paz instalada en cada salón. Su casa le pidió música, y era común verla tarareando alegre en la práctica de sus quehaceres. Tomó el hábito de colocar flores en los jarrones, y sentía el reflejo de los colores en su ánimo; se inició en el uso de aromas e inciensos, y ya no concebía sus horas de descanso sin una esencia desprendiéndose de una varilla humeante o una vela. Por primera vez en muchos años, sus espacios le hablaban de intimidad y se proponían como verdaderos refugios. Eran comunes las pláticas con Lisandro en el porche de la casa, acompañados de un café, o una copa de vino, según fuera la ocasión. Vivían momentos de remembranzas, recorrían infinidad de temas, y analizaban los cambios en la vida propia o en la ajena. Los cálidos encuentros ofrecieron a Larisa la atmósfera perfecta para compartir con Lisandro el interés incipiente por un compañero de trabajo; poco a poco las charlas revelaron una relación amorosa cuyos gratos efectos se hicieron evidentes en poco tiempo. Larisa se movía alegre por la casa, lucía relajada y

hasta mejoró su sueño nocturno, desajustado desde la enfermedad de su marido. La nueva ilusión la indujo a ganar un poco de peso; se compró nuevas piezas de ropa con estilo más renovado y se interesó en asistir a sesiones cosméticas para aplicarse tratamientos faciales; éstos, combinados con el ingrediente emocional, lograron un efecto milagroso en su semblante.

Larisa, ya de cincuenta y dos años, continuaba en el negocio inmobiliario y disponía de ingresos adecuados para mantener su estilo de vida. Se sentía segura de sí misma. En sus frecuentes conversaciones, Lisandro le hacía ver el cambio; los ademanes y energía mostrados por ella al hablar le resultaban reconfortantes y divertidos. Juntos desgranaban temas generales como trabajo, aficiones, política y las situaciones cotidianas trenzadas junto a los hilos de su cotidianidad. Para Larisa, el tema del amor era una parada obligatoria: llegaba a él, y chapoteaba como una niña en sus anécdotas e ilusiones. Aunque tales momentos de camaradería reclamaban retribución, Lisandro mantenía renuencia a compartir su vida amorosa, y soltaba diminutas cápsulas incapaces de saciar la curiosidad de Larisa. Él apenas mencionó su amor por un joven, instructor deportivo de la facultad donde él también trabajaba como profesor. El muchacho en cuestión había asistido a la boda de Giovanna y Regina, con el discreto título de “compañero de trabajo”. Para entonces, Larisa sólo alcanzó un escaso intercambio de palabras, pero encubierta en el bullicio de la fiesta, los observó a distancia y advirtió la mirada cómplice de quienes se aman a escondidas.

El romance de Larisa prosperó con prisa. Juan, su novio se las arregló para hacer brotar en ella una jovialidad desconocida por todos. Las hijas bromeaban, dejando ver con picardía los efectos del enamoramiento, y Regina hasta se atrevió a decir: “¡Ese hombrecito debe ser una estrella en la cama!”. Comentario éste que su madre dejó pasar sin pestañear siquiera.

Para alivio de Larisa, los tres hermanos estaban agradados de verla feliz. Juan se introdujo con paso lento pero firme, en las habituales charlas del porche. El humor del recién llegado encajó bien en la familia y condimentaba la atmósfera de las reuniones. Las tertulias llegaron a ser tan agradables y extensas, que en más de una ocasión los sorprendió la aurora. Para Larisa, la compañía de sus dos caballeros resultaba fascinante.

Con pocos meses de romance, Larisa fue sorprendida con una propuesta matrimonial. Ella aceptó sin vacilar. Su cita en la prefectura se perfilaba como un viaje seguro a la plena felicidad. Planificaron una ceremonia con escasos invitados, apenas unos amigos y algunos familiares. El escenario sería su propia casa, y Larisa promovió en ella algunos cambios para honrar su celebración y el advenimiento de su nuevo esposo. Esto incluyó tapizado de muebles,

decoración de paredes y cambio de unas lámparas de techo con aspecto arcaico. Sembró plantas en su jardín, renovó muebles, retiró las fotos de su difunto marido, y sólo dejó una en la que Leandro posaba junto a sus tres niños pequeños. Intercambió la habitación con Lisandro para neutralizar las energías asociadas a su anterior vida conyugal y redecoró su nueva estancia; vistió la cama con diseños primaverales, compró sábanas de seda y armó un ajuar con piezas que nunca antes se había atrevido a usar.

Tres días antes de la boda, Larisa fue abandonada por su novio. Ningún antecedente había encendido alarmas. Con una frugal disculpa, Juan le hizo conocer su intención de remendar una relación anterior. El impacto la derrumbó. Las tendencias depresivas treparon a niveles inopinados. Nada la rescataba del hermetismo; su habitación pasó a ser un calabozo oscuro y ruin, a pesar de los colores en las paredes o las flores del edredón. Lisandro permanecía junto a ella por horas, con porciones generosas de mimos, cuidados y palabras de aliento sin efecto aparente; la dejaba con miedo cuando debía cumplir con su trabajo, y regresaba ansioso para adivinar en ella algún indicio de resurgimiento. Giovanna y Regina tomaban turnos para cubrir la ausencia de su hermano, y agotaron sus métodos para hacerla reaccionar. La lesión del corazón aprovechó la debilidad del cuerpo y buscó nuevas maneras de doblegar a su víctima. Larisa parecía el objeto inanimado de una fotografía lúgubre; se levantaba sólo para ir trastabillando al baño, cada vez con menos frecuencia. Resurgía por ratos para llorar y lamentarse o para musitar frases confusas. Cuando sus ratos de vigilia se extinguían, quedaba a expensas de la incertidumbre con los ojos cerrados o entreabiertos.

La situación familiar era de extrema emergencia. Los tratamientos médicos resultaban infructuosos. Era imposible, en tales condiciones, aplicar terapias psicológicas. Se precisaba primero extraerla del letargo físico, pero nada resultaba efectivo. El cuerpo de Larisa gritaba su dolor con ráfagas de calor imposibles de atenuar. La preocupación de Lisandro ya había mutado a terror, controlado con forzada valentía, para hacer frente al monstruo que mantenía secuestrada a su madre.

Larisa tuvo al fin un respiro, el cuerpo refrescó y su comportamiento dejó en evidencia un sereno retorno, aunque exento de palabras. Colaboró con su aseo, ingirió un poco de alimento, y parecía responder a la atención de sus hijos. Ya apartadas de la crisis, Giovanna y Regina retomaron sus rutinas, y Lisandro quedó a cargo. Le cedió un poco de espacio para no abrumarla, y comenzó a dedicar más tiempo a sus tareas, aunque fuese desde casa. Cuando salía, dejaba a Larisa a cargo de una dama de compañía, y mantenía control a distancia.

Recién agotada la mañana de un viernes, Lisandro se encontraba en el aula de clases cuando

fue interrumpido por su teléfono celular. La dama de compañía le describió angustiada la extrema lasitud de Larisa. Lisandro emprendió un regreso agitado. Cuando llegó a casa, la dama refirió que Larisa no había despertado para desayunar, sin embargo había considerado conveniente dejarla dormir. Ya cerca del mediodía, decidió llevarle un consomé de pollo, pero no respondió a sus llamados. Las explicaciones de la dama fueron acalladas por la desesperación de Lisandro, quien llamaba y agitaba a su mamá cada vez con más fuerza. Un frasco vacío de pastillas para dormir rodó hacia el suelo. Lisandro soltó un grito ahogado; el deseo por despertarla se hizo más urgente, pero la realidad era obvia. Larisa había muerto. El color recuperado en los últimos días, se había esfumado para dejar la palidez mísera que la muerte imprime en la piel.

El informe forense indicó deceso cerca del amanecer, por efecto de una sobredosis de medicamentos. La hipótesis de un suicidio no se mencionó, pero estaba en la mente de todos. Lisandro quedó desgarrado, no requería de la imputación ajena para ser corroído por la culpa; pese a ello, Regina activó su látigo malicioso y le acuñó la responsabilidad por la muerte.

—Nunca has servido para nada bueno Lisandro —le dijo con repudio—. No pudiste ni siquiera estar cerca de ella cuando más te necesitaba. Te confiaste de una vieja inepta para proteger a quien más querías en el mundo. No se necesitan cuatro dedos de frente para reconocer tu culpa en la muerte de mamá. Cargarás con eso el resto de tu vida.

Tal sentencia, sólo sustentó la de Lisandro, y con ello quedó anulado cualquier intento ajeno de disuadirlo. Pasaba días encerrado en su casa sin responder a nadie. Tal aislamiento le propuso el alcohol como vía de escape, y no percibió cómo fue atrapado por el vicio. Si salía a la calle, caminaba errante, y concluía su recorrido en bares donde remojaba la desolación en licor. Cuando el sedante etílico se hizo insuficiente, se dejó guiar hacia las cuevas de la drogadicción. Ya carecía de voluntad y escrúpulos; poco le importaba cuanto tuviese que hacer para satisfacer sus adicciones. Giovanna debió apartar la desolación por la pérdida de su madre, para avocarse al rescate de su hermano. Más tarde, Félix, novio de Lisandro, soslayó los acuerdos de discreción y acudió a Giovanna para engranar esfuerzos. Pero los intentos por revertir la nociva carga de Lisandro, se hacían cada vez más infecundos.

Lisandro llevaba semanas desaparecido. No había vestigio alguno de su paradero. Giovanna, Andrés y Félix recorrieron hospitales, morgues y otros centros de atención médica, sin toparse con noticias. Una vecina de Giovanna lo vio dormido en una acera y de inmediato lo participó. Giovanna fue a buscarlo, y antes de asistirlo debió apartar la desolación que le produjo su estado: lucía como una persona distinta, descuidado y enredado en sus propias incoherencias.

Ya en su casa, lo baño, le colocó ropa limpia y preparó para él un almuerzo. Lisandro se dejó llevar y accedía lánguido a las indicaciones de su hermana. Más tarde imploró por dinero, pero ella desmereció su petición. Giovanna se dedicó a él por tres días, pero no tenía éxito en su afán de regresarlo a la cordura; las adicciones lo mantenían a distancias abismales, imposibles de alcanzar. Él insistía en su necesidad de dinero.

—¿Pero para qué quieres el dinero? —repetía Giovanna.

—Para liberarme —respondía—. Necesito liberarme, porque esto me está quemando por dentro.

—¿Qué es lo que te quema? —preguntaba Giovanna llorando.

—La muerte—respondió consternado—; la muerte me habla para recordarme que la dejé ir.

El daño en Lisandro requería métodos más profusos que simples cuidados domésticos. Se retorció en su locura; era precisa la intervención de personas más capacitadas, y más fuertes inclusive. Giovanna y Andrés decidieron citar a Regina para tomar juntos una decisión; fue necesario insistirle pues mostró renuencia a la propuesta. Llegó en la tarde acompañada de Elías, con actitud formal y distante, sin disposición alguna para involucrarse. En el sofá de la sala, Félix lloraba de impotencia, luego de una pelea con Lisandro. A su lado, Giovanna le ofrecía consuelo.

—¿Y qué hace este pajarito aquí? —preguntó Regina con tono despectivo.

—Él me ha ayudado mucho, Regina; de verdad quiere a Lisandro. Déjalo tranquilo.

—Si lo quiere tanto, que se lo lleve para su casa.

—A él no le corresponde. Es nuestro hermano —respondió Giovanna, dudando si la propuesta era legítima o no.

Lisandro apareció en la sala, sacudiendo un fantasma que lo perseguía desde las habitaciones. Se sentó junto a Félix para abrazarlo, y su compañero se mostró complacido por el gesto.

—Todo va a estar bien, yo estoy aquí para acompañarte —le hizo saber Félix tras besarlos en los labios, luego tomó sus manos y estampó en ellas una sucesión de besos, que Lisandro no llegó a percibir por estar absorto en sus lamentos. Félix lo abrazó de nuevo, asfixiando su propio llanto.

—Debes recuperarte. Tenemos muchas cosas por hacer, ¿Te acuerdas?

Félix continuó, susurrándole consuelo y acariciando a Lisandro, mientras él divagaba y murmuraba.

Parado en un rincón de la sala, Elías observaba la escena. No hizo intervención alguna, y sólo habló para anunciar a su esposa el deseo de partir. El intento de Regina por postergar la partida, fue segado de plano.

— No te pregunté si te querías ir, te dije que nos íbamos— aclaró Elías con tono árido.

— Me voy entonces — anunció Regina, extrañada por el inusual comportamiento de su esposo—. Creo que Elías está muy afectado por ver a Lisandro en estas condiciones.

Giovanna la miró con una mueca de duda.

— ¡Afectado? El asunto no es de estar o no impresionado. Éste es un problema serio, y yo sola no puedo resolverlo. Tú tienes tu buena cuota de culpa en el asunto — recordó Giovanna.

— ¿Yo? — preguntó Regina con una voz añiñada—. Dime ¿qué culpa tengo si Lisandro decidió desbaratar su vida? Él está bien grandecito. ¿No?

— ¡Pero bueno Regina! No sé cómo te cabe tanta maldad. ¡Claro que tienes culpa! Tú y tu bocota lo empujaron — le reprochó Giovanna sin contemplaciones—. Lisandro es el mejor de nosotros, quien nos apoyó siempre, indistintamente de la situación; él nos cuidó desde niñas. Fue quien más se ocupó de mamá; absorbió sus cuidados los últimos días, mientras nosotras andábamos demasiado ocupadas — recalcó con ironía—. Y apenas murió, saliste tú con tu veneno a acusarlo de haberla abandonado, encasquetándole su muerte. ¡Qué manera de sacudirte tu responsabilidad! Eso lo llevó a este estado de locura en el que se encuentra ahora, y tú: como si nada pasó.

— ¡Ah! Ahora yo soy la responsable — replicó Regina—. Yo no le dije que se alcoholizara, ni le puse droga en su mano. Muy seriecito y formal, pero... ¿sabes lo que en verdad es?: un gran debilucho amanerado. No tengo por qué cargar con eso. Bastante tengo con mis cosas, y además, voy a obedecer a mi marido. Si él me dice que nos vamos, pues yo me voy.

Giovanna la escuchó indignada, controlando la bofetada que ansiaba escaparse de su mano.

— Vete de aquí, manipuladora — ordenó Giovanna.

Y sin más aspavientos, Regina tomó la mano de su esposo y salió con el rostro en alto, dispuesta a no regresar más.

— Ya esto es el colmo — manifestó antes de cerrar la puerta tras ella.

La situación de Lisandro derribó los linderos que con dificultad sostenían Giovanna, Félix y Andrés. Ya nada pudieron hacer para retenerlo; se escurrió luego de graves agresiones comandadas por su desquiciamiento. Ninguna de las cualidades valoradas en Lisandro permanecía en él; había dejado un cuerpo estropeado y deambulaba por inercia. Recorrió calles, arrolló a quien intentó detenerlo, y fue agredido por quienes identificaban en él una amenaza. Su mente sólo distinguía dos íconos: alcohol y droga; en medio de su distorsionada realidad, había entendido que para obtenerlos, precisaba dinero, y se armó de argucias para obtenerlo. No reparó en las distancias o lugares recorridos, ni en las personas encontradas a su

paso: bien podía tratarse de un rostro nuevo, o de uno conocido, no había diferencia. Por ratos tomaba conciencia de los escenarios abordados en su drama; sentía entonces el asecho del clima, el hambre, las heridas, de los reclamos corporales y el dolor en el corazón. La nostalgia y la necesidad de amor nutrían su depresión. Si pasaba frente a un espejo le impactaba descubrirse en el mísero reflejo. La lástima por sí mismo le hacía derramar torrentes de dolor, y buscaba consuelo en la privacidad de algún rincón. Esos ratos de lucidez eran infiernos opresores que prefería abandonar, cruzando hacia otros alternos, no menos dantescos.

Las búsquedas de Giovanna ya eran infructuosas. Las probabilidades de encontrar a su hermano se tornaban cada vez más exiguas. Félix desistió en su búsqueda. En ocasiones, algunos conocidos contaron a Giovanna haber visto a un vagabundo muy parecido a Lisandro; no eran capaces de afirmar que fuese él mismo, pues hasta ella habría tenido dificultad de reconocerlo. No se trataba sólo de mugre enmascarando a Lisandro; era una costra de sufrimiento que lo modificaba totalmente.

Durante los dos años siguientes, Regina se empeñó en atacar y juzgar a Giovanna, desmereciendo cómodamente sus propias omisiones del pasado; ya no le reconocía los esfuerzos realizados por rescatar a Lisandro del alcoholismo ni las búsquedas incansables por rincones y callejuelas frecuentadas por indigentes, adivinando el rostro familiar bajo las caretas del abandono y la demencia. Regina había ignorado repetidas veces los llantos de frustración e impotencia de su hermana, y se valió de excusas fútiles para evadir sus peticiones de ayuda; se mostró ajena luego del dramático evento en el que Giovanna fue despojada de sus objetos de valor por los ardides de la drogadicción: Lisandro se dispuso a robarla en su propia casa acompañado por dos rateros comunes, y ella, más sorprendida que asustada por topárselo en la sala, descargó sobre el inesperado visitante reclamos y manotazos; pero la bruma narcótica desdibujaba el rostro de la mujer, y Lisandro, lejos de reconocerla, tomó una esfera de cristal con aristas luminosas y la golpeó contra la cabeza de su hermana. El dolor ocasionado en ella se mezcló con el desconcierto de ser atacada por su persona predilecta. Giovanna se desplomó, y los restos de su compasión quedaron esparcidos junto a los fragmentos del cristal. Horas más tarde, luego de recuperar el centro de equilibrio y tratar sus heridas, Giovanna empleó las mismas virutas del suelo para recubrir su corazón, más lacerado que su propia frente. Juró no dedicar un minuto más a combatir los males que socavaban la vida de Lisandro. Regina, acostumbrada a delegar cómodamente en Giovanna las proezas de rescate, no tardó en actuar como un juez acusador

—¡Te rendiste Giovanna! —le dijo con mirada inclemente.

—No me importa lo que me digas, Regina. Sé bien lo que hice y lo que dejé de hacer. No necesito tu veredicto —declaró la hermana, sin inmutarse—. En mi mente y conciencia están bien claros mis esfuerzos por rescatar a Lisandro, pero no puedes salvar a alguien que no desea ser salvado. Ya yo hice lo mío. Allá él con su auto sentencia. No me involucro más.

—¡Me indigna tu indolencia, Giovanna! —reclamó Regina, dramatizando en exceso—. Me llamaste miles de veces reclamándome ayuda y ahora decidiste dejarlo metido en ese hueco. ¿Dejaste de quererlo, acaso? —preguntó, arreglándose el pañuelo atado a su cuello.

Giovanna observó con agudeza a Regina, reconociendo el tono irónico y pernicioso empleado cuando intentaba enmascarar su propia ineficiencia.

—Qué fácil se te hace culpar a los demás por tus fallas. Me parece inaudito la forma como vienes a descargar acusaciones en mi casa, cuando has sido tú la más indiferente con la situación de Lisandro. Bastantes veces te hiciste la loca cuando te pedí ayuda para buscarlo, o sacarlo de alguno de esos antros inmundos.

—¿Qué querías? —reaccionó Regina ofendida—. Yo tengo mi vida, no puedo soltar todo y salir corriendo porque mi hermanito pierda el control de la suya.

—¿Viste? Ahí quería llegar yo —respondió Giovanna triunfal—. Vienes a dártela de samaritana ahora; necesitas exculparte por lo que no hiciste antes, cuando tal vez había esperanzas. No me vengas con teatros Regina, yo te conozco bien: para ti, la única persona importante eres tú misma, eso no es nuevo para nadie, ni siquiera para el pobre Elías.

El ataque de Giovanna perturbo más a Regina, pero antes de engancharse en una defensa que no prometía brillantez, hincho el pecho, irguió ofendida su cabeza, y retomó el tema inicial.

—Claro: ahora volteaste la tortilla, para hacerme sentir culpable. Te recuerdo que estábamos hablando de tu total desprendimiento de Lisandro —recapituló Regina.

—¡Ya Regina, para el tema! No me importa lo que digas. Ya me curé de eso. Mi posición es clara y la batalla más dura con mi conciencia, pero eso ya lo resolví. Nada queda por explicar. Ocúpate tú de Lisandro; te corresponde salir de tu zona de comodidad.

—Ahora me mandas a mí —reclamó su hermana.

—Regina: haz lo que te dé la gana —concluyó Giovanna, cerrando el tema.

Era ése el esquema característico de sus esporádicos encuentros.

Capítulo 18

LA CAMA DE PIEDRA

Eran la una y cuarenta minutos de la tarde; los estudiantes poco a poco iban ocupando los pupitres del salón de clases: un auditorium con capacidad para cien personas. Los muchachos se acomodaban nerviosos en sus lugares, preparándose para presentar un examen parcial, luego de varios días de traspasar descifrando complejos teoremas matemáticos.

Cinco minutos antes de la hora pautada, el aula estaba ocupada casi en su totalidad; Andrés Chirilla, profesor de la cátedra, llegó con expresión poco amigable, y en su maletín portaba el cuestionario que los jóvenes debían resolver en hora y media. Bajo un silencio sepulcral, alterado apenas por el sonido de las hojas deslizándose de mano en mano, cada alumno se dispuso a enfrentar el reto académico. De vez en cuando se escuchaba una tos nerviosa. Noventa y siete mentes descifraban tres preguntas, las hojas iban cargándose de números y símbolos, los resultados arrojados por las calculadoras eran transferidos al papel con grafito; los borradores se desgastaban, tal como lo hacía el tiempo estipulado; manos nerviosas agitaban las cabelleras, dedos apresurados escribían el dictamen de la mente. Sin ser advertido por la mayoría, el profesor abandonó el aula para buscar un café. Un extraño ingresó al salón y se puso de pie en el centro, justo delante del pizarrón. Usaba ropas andrajosas, sus pies descalzos habían ganado sucio y heridas, la cabeza rapada hacía relumbrar la piel del cráneo y exhibía un historial de heridas. Su rostro demacrado aún dejaba ver las facciones de un hombre bien parecido. Los estudiantes estaban ya acostumbrados a los vagabundos deambulando por las instalaciones de la universidad, y a sus interrupciones de clases; no solían ser agresivos, y su aspecto podía causar burlas indolentes, indiferencia o lástima en los más sensibles. Nadie adivinaba en ese triste personaje al destacado estudiante de otros tiempos. Todos detuvieron su trabajo para observar a quien parecía tener algo por decir; tal vez incoherencias, alguna declamación política o un insulto destinado al culpable de su desgracia. Pero éste sólo necesitaba un público. En el centro del salón, con sus pies juntos y las manos escondidas en la espalda, comenzó a entonar “La cama de piedra”, una canción mejicana interpretada con tal sentimiento que conmovió a la audiencia. Durante dos minutos el hechizo de su voz eliminó la urgencia del reloj, hizo olvidar las ecuaciones inconclusas, y todos admiraron la voz fluyendo del inverosímil intérprete; al culminar su interpretación, tomó una tiza blanca del escritorio, y escribió con perfecta y hermosa caligrafía sobre la verde superficie.

“Canta Lisandro Valecillos”

Sin más que esperar, dio media vuelta y salió, dispuesto a continuar su errante recorrido por otros recodos de la facultad. En la puerta, el profesor había presenciado la escena y había aguardado su retiro. Cuando Lisandro pasó a su lado, el profesor lo tomó de un brazo; Lisandro se desprendió sin mirarlo y caminó con paso lento e inseguro hasta perderse tras los verdes setos. Andrés se incorporó al salón, y se dispuso a responder las preguntas de los jóvenes, aportándoles más información de la que antes había estado dispuesto a ofrecer. La visita de Lisandro había suavizado su duro semblante y abrió algunas fisuras en su permanente coraza de “profesor implacable”. Culminado el tiempo del examen, salió del salón, y transitó algunas veredas de la institución buscando distinguir la delgada figura de su cuñado. Lo vio junto a un árbol de mango, mirando al infinito con los brazos entrelazados a la espalda.

—Te estaba buscando, di vueltas por allí —le dijo Andrés con tono condescendiente.

—¿Para qué dar vueltas? Quédate donde están tus intereses —respondió Lisandro sin dejar de mirar al frente, y en medio de un leve balanceo.

—Tú eres de mi interés. No deberías andar por allí deambulando —le recomendó Andrés.

—Tengo que moverme para confundirlos.

—¿Confundir? ¿A quiénes?

—A ellos.

—Ellos no existen —le aclaró Andrés—. Están en tu mente Lisandro. Los creaste para huir de tus problemas. Eso no está bien, y lo sabes.

El rostro de Lisandro giró hacia el de su cuñado; el aire distraído y ausente de un instante atrás, fue sustituido por una lúcida expresión.

—Claro que existen. Tú sabes quiénes son los verdaderos esclavos de la demencia —aseguró.

Lisandro extravió de nuevo su mirada, y comenzó a balancearse hacia delante y atrás. Andrés lo observó luego alejarse balbuceando una canción. Unos estudiantes se acercaron a él para burlarse, pero Lisandro los ignoró. De nuevo parecía ajeno al mundo y a las personas.

Andrés regresó a su casa luego de terminar su jornada de clases. Tal como solía hacerlo, pasó por la panadería, compró ocho panes con un litro de leche, un cuarto de kilogramo de jamón y otro tanto de queso amarillo. Al llegar a casa, estacionó el auto, revisó la desvencijada casilla del correo, y entró. Lo recibió Chapo, su mascota: un pequeño perro de raza indefinida rescatado de la calle con graves laceraciones en la piel. Era tanto el sufrimiento almacenado por el animal, que sus agudos ladridos de alegría sonaban como chillidos de dolor. Luego de dar unas palmadas cariñosas a Chapo, Andrés caminó directo a la cocina para buscar a su esposa

Giovanna, pero fue preciso recorrer el resto de la vivienda para dar con ella. Estaba en el pequeño cuarto de los trastos hurgando entre una gran cantidad de objetos en desuso, entre ellos, rumas de revistas, aparatos domésticos ya sustituidos, y otros objetos cuya oportunidad de ser útiles había caducado mucho tiempo atrás. Andrés advirtió la luz encendida, y soltó el saludo que aguardaba en la punta de la lengua.

—Hola Giova, ¿cómo estuvo tu día? —dijo desde la puerta.

—¡Maravilloso Andrés! —respondió ella, con evidente ironía—. Hoy no pude trabajar por las mil diligencias pendientes. Llamé a la mamá del muchachito para decirle que hoy no lo podía cuidar y la mujer consideró oportuno descargar todas las quejas acumuladas... no sé si regrese mañana, por lo tanto: creo que estoy desempleada. Después estuve lidiando con el cacharro ese de camioneta: luego de una hora intentando prenderla, tuve que salir caminando a hacer mis cosas, incluyendo tu encargo del banco; en el camino casi me muerde un perro que se le escapó al dueño, pero esa carrera no se compara con la que di para perseguir a un bendito taxi, después de media hora esperando uno en una esquina; llegué tarde a mi cita con el médico. En el taxi me acordé que no había sacado plata del cajero; ¡casi le vendo mi cuerpo al taxista para que no me dejara secuestrada por estafadora! Cuando al fin pisé mi casa, me vine a buscar la bolsa de bombillos que compramos hace un mes para cambiar el del porche... porque todavía sigue dañado, ¡pero se esfumó! No está por ninguna parte. Lo único de este trastero que servía para algo, seguramente fue a dar a la basura. Y por eso llevo aquí más de una hora, tratando de salir de unos cuantos peroles más, con una alergia desquiciante que ya me ha hecho estornudar un millón de veces. Pero aparte de eso, hoy me fue muy bien —concluyó, coronando su sarcasmo.

Sin palabras ante semejante resumen, Andrés no sabía si ponerse a la defensiva o mostrar una conducta solidaria. Decir: “y tú crees que yo estuve todo el día tomando tragos con mis amigos mientras el dinero se reproducía solo”, no prometía aportar mucho a la afectada relación matrimonial. Optó entonces por una escueta frase.

—Pero me hubieras llamado...

— ¿Para qué?... ¿ibas a venirte para ayudarme acaso?

—Bien sabes que no puedo dejar a los estudiantes de su cuenta; el director se molesta...

—Ya Andrés —interrumpió su esposa sin mirarle a los ojos— ¡si no te llamé fue precisamente para ahorrarte esa explicación! Ya me la sé hasta el cansancio.

Dos horas más tarde, durante la cena, Andrés y Giovanna compartían la mesa, pero no los mismos pensamientos. Andrés acabó con el largo silencio, para contar el suceso más

significativo del día.

—Hoy vi a Lisandro.

Giovanna lo miró con sorpresa, y dejó los cubiertos cuidadosamente sobre el plato de comida.

—¿Lo viste, dónde?

—En el auditorio de clases.

—¿Fue a buscarte?

—No lo sé. Entró durante un examen, como uno más de los dementes que andan por allí, se plantó frente a toda la clase y se puso a cantar.

—No te puedo creer. ¿A cantar; y a cuenta de qué? ¿Se presentó o algo así?

—No. Cuando terminó, escribió su nombre en el medio del pizarrón, con su letra perfecta —explicó Andrés mientras escribía en el aire imitando a Lisandro—. Puso: “Canta: Lisandro Valecillos”.

—¡Qué cosa tan rara! No recuerdo cuándo fue la última vez que escuché cantar a Lisandro. De muchacho lo hacía todo el tiempo, pero creo que le dejó el gusto cuando se murió papá —recordó Giovanna—. ¿Y te reconoció?

—Al principio parecía ido, y pensé que no me había visto, pero luego, fuera del salón, tuvo un instante de lucidez.

—¿Te dijo algo?

—Que debía moverse para confundirlos a “ellos”. Yo le dije que “ellos” no existían, sólo estaban en su mente; y él me respondió: “Sí existen. Tú sabes cuáles son los verdaderos esclavos de la demencia”.

—¿Y qué quiere decir eso para ti? —preguntó Giovanna confundida—. ¿Que los locos somos nosotros?

—Yo lo interpreto como que los verdaderos esclavos de la demencia no son quienes deambulan por las calles con aire de vagabundos, sino aquéllos que, presumiendo de gran claridad, vagamos por la vida como esclavos de nuestras propias reglas y prejuicios.

—¡No creo que Lisandro haya sido tan profundo! —razonó Giovanna, desmereciendo las palabras de su esposo.

—Yo sí —cerró Andrés—. El estado de Lisandro lo separa de la realidad, pero sus pensamientos característicos siguen siendo parte de él. Su pasado no ha muerto, permanece en su mente, tal vez haciendo apariciones desordenadas, pero salen en cualquier momento: la consciencia logra escaparse en un desliz de la inconsciencia.

No hubo más comentarios.

Para Giovanna, desprenderse de Lisandro no fue fácil. Andrés decidió apoyarla, no por desmerecer la amistad de tantos años, sino por su efecto turbador en su esposa; el deseo insatisfecho de ella por ayudar a su hermano ya mitigaba sus ganas de vivir. Andrés advertía con terror cómo el drama familiar había perforado la tranquilidad de Giovanna. Por ello la convenció de dedicarse a su vida, y soltar la responsabilidad por eventos ya fuera de su alcance. Su matrimonio avanzaba sin lustre, la situación económica era austera, y pocos eventos alteraban la monótona estampa cotidiana. La decisión de concebir un hijo se postergaba, e incluso dejaron de pensar en ello, confiando en tiempos más oportunos.

Giovanna carecía de brillo. Se había vuelto desaliñada en extremo; su descuido se extendía a su propio entorno, e incluso arrojaba a Andrés. La apariencia personal había dejado de ser una prioridad y no dedicaban ni un segundo a mirarse en el espejo. La rutina se restringía a lo funcional; no importaba si la maleza se apoderaba del jardín, o las paredes necesitaban pintura. En el hogar sólo permanecía lo adquirido al primer año de matrimonio, antes de la muerte de Larisa. Su casa había sido comprada a precio muy económico, debido a su avanzado estado de abandono, y los proyectos iniciales por remozarla fueron disolviéndose hasta desaparecer. Así los esposos se acostumbraron a la triste apariencia. El deterioro avanzaba, y dejó de ser importante reponer un bombillo si no era estrictamente necesario. El timbre se averió, pero comprobaron que tocar la puerta igual anunciaba la llegada de un visitante. La vestimenta de Giovanna era de tan simple estilo, que cualquier accesorio lucía como un exceso. Se arreglaba el cabello lo justo para evitar una maraña enmarcando su cabeza. El rostro pálido, aunque de perfecto cutis, simulaba una máscara de látex sin pigmentación y con expresión fija. Para ella, el único placer era la lectura, hábito adquirido de su hermano durante la niñez y que se proponía como escape a una realidad poco grata. Ya no sonreía, conversaba poco; la apatía hacía de cada día un suicidio recurrente. Decidió trabajar en su propia casa atendiendo niños, y casi parecía un milagro que una madre confiara a este ser de aspecto inerte, el cuidado de su criatura. Pero su gentileza y cariño fueron los atributos determinantes para algunas mujeres, necesitadas de una sustituta por una ración del día. Andrés poco podía hacer para reanimarla, y se limitó a hacerle compañía y amarla. Era un hombre de admirable paciencia, trato cariñoso, y disposición infinita para acompañarla en silencio. Cada día, él almacenaba anécdotas y las llevaba a casa con carátulas coloridas. Giovanna escuchaba atenta y emitía algún comentario, normalmente escueto, en honor al esfuerzo del esposo por sacarla de su marasmo. El resto del tiempo parecía un ser a quien le habían succionado la vitalidad.

La rutina de Giovanna recibió una sacudida, cuando Marcela llamó a su puerta y le informó

sobre el accidente de Lisandro. Hacía pasado más de un año sin noticias suyas.

SI NO TUVIERA QUE PEDIR PERDÓN

Marcela consideraba como irreversible la pérdida de los verdores matrimoniales; delante de sí tenía un terreno desgastado y árido, pero aun transitable. Sus rutinas se habían mantenido invariables por años, sin tentación siquiera de cambiarlas; todo lucía adecuado y cómodo; no había conflictos ni existían temas demandantes de especial atención, así pues, de alguna manera se sentía afortunada. Conocía relaciones cercanas a ella en donde la convivencia era destructora y había presenciado el desdén con que algunos maridos solían tratar a sus esposas. Rubén, a pesar de haberse vuelto desprendido y malhumorado, era un hombre respetuoso, trabajador e interesado en su familia. Aún así, Marcela lamentaba la ausencia de emociones estimulantes en su relación. Su compañero no se había perfilado nunca como “el hombre de sus sueños”, pues eso, en definitiva, no existía; su convivencia había sido producto del compañerismo, y no de la fogosidad o amor descontrolado, cuando vivir juntos parecía la opción más natural; y en los tiempos venideros hubo elementos suficientes para mantener la cohesión. No obstante, durante los últimos tres años, Marcela había codiciado más que un matrimonio sin tropiezos.

Las lecturas y trabajos profesionales de Marcela eran el salvoconducto para alternar con veredas de follaje más copioso; el pasado de la humanidad lucía rebosante de anécdotas, aventuras, amores y desamores. Podía hallar en relatos ajenos la agitación ausente en su vida personal, y el trabajo le inyectaba dosis de energía cuyo efecto aprovechaba gustosa. Su labor periodística pedía exhaustivas indagaciones con rumbo al trasfondo emocional de los eventos, y los hacía lucir más apetecibles con la anexión detalles y matices. Pero el viaje siempre culminaba en su propio escenario: llano, reposado, parco; allí Rubén era el personaje con quien compartía su casa, su hija y su habitación.

Mucho antes de involucrarse en palabras con David, Marcela manejó profundas conjeturas sobre una separación conyugal. Deliberaba si contaba con razones suficientes para proponerlo o debía esperar por otras de carácter más solícito. La conclusión solía ser la misma: “Estar sola no puede ser mejor que continuar con mi vida de ahora, y Rubén es un hombre bueno...” Con frases similares, la disposición de seguir junto a él se mantenía. Pero ahora, la propuesta de otro hombre se extendía sobre el suelo opaco de su matrimonio, y le presentaba una alfombra mullida y colorida, agradable al contacto de sus pies. Marcela nunca se había sentido atraída

por otro hombre distinto a su esposo, sin embargo, su relación con David la condujo por pasajes insospechados: la sedujeron embriagantes sensaciones, algunas conocidas pero ya sepultadas, y otras inéditas reveladas a la luz de su propia curiosidad. En el avance de su interés por David, los sentimientos de Marcela se hacían tan reconfortantes como perturbadores. El taladrante anhelo de un nuevo encuentro, abría espacio para alojar culpa y miedo. Las giras profesionales de David por el interior del país, promovían densos lapsos de reflexión; en ellos ardían las ansias del reencuentro... y la convicción de estar enamorados. Interpuesta la distancia, era imperante recurrir a los medios virtuales de sus inicios; el grato repaso de los instantes juntos, complementaban la fórmula que hacía soportable la brecha.

—“Recordar es vivir dos veces” — le escribió David en una oportunidad, citando la tan conocida frase.

—No David: recordarte es vivir una y mil veces...

A pesar del deseo y la atracción creciendo en forma exponencial, la relación de Marcela y David había sorteado las propuestas de llegar al clímax emocional e involucrarse sexualmente. Marcela aseguraba no estar en condiciones de irrumpir en ese nuevo espacio sin sentirse aun más aturdida, y estaba resuelta a evitarlo. A pesar de lo que ella consideraba una retahíla de desaciertos emocionales, ese límite le ofrecía un resguardo y preservaba un poco de su objetividad ante la propuesta personal, y todavía en pie, de salvar su matrimonio. Sin embargo, los encuentros entre los enamorados se mostraban cada vez más fogosos, los besos y caricias parecían insuficientes, y ya habían agotado las maneras de sofocar el deseo. Para huir de la ansiedad que desarmaba su cordura, Marcela hizo un nuevo intento por distanciarse de David, pero él rechazó tal evasión: el ya fraguado romance merecía ser defendido.

—Es tarde para abandonar, Marcela; sabes bien que ya no puedes retomar una vida normal junto a tu esposo. No tiene sentido.

—Claro que lo tiene, David. No puedo ser tan irresponsable.

—No puedes ser tan terca, diría yo.

—He sido terca toda mi vida, y unos cuantos problemas me ha traído eso, pero también me ha faltado muchas veces la terquedad para mantenerme resuelta en mis prioridades. De haber sido suficientemente testaruda, me habría empeñado en mejorar mi relación matrimonial cuando noté un declive, en lugar de dejarme deslizar por la pendiente.

—Pues tal vez sí lo hiciste y no te resultó como esperabas, o no disponías de suficiente motivación.

—Pero me correspondía insistir.

—Es verdad, también yo sentí lo mismo en mi momento. Y puede que te suene vacío o falso, pero a mí también me angustiaba pensar que no había hecho lo suficiente por rescatar mi matrimonio, que me había rendido fácilmente, pero eventualmente concluía lo mismo: las relaciones funcionan de distintas maneras, y pese al común deseo de una unión eterna, la separación puede significar la alternativa más viable. Y así fue para mí.

—No puedo verlo así —declaró Marcela.

—Entonces dime: ¿qué haces aquí conmigo si tanto deseas salvar tu matrimonio? ¿Cómo puedes hablar de amor por mí, y a la vez querer rescatar un barco emocional que se hunde? Debes decidirte, y no éste un ultimátum, ni mucho menos... pero insisto en esto; no tengo intenciones de presionarte, pero siento que estás llevando demasiado auestas, y no deberías. Si estar conmigo te abre las posibilidades de ser feliz, entonces apuéstaselo todo de una vez, yo estaré también feliz por tu compañía, de amarnos como lo hemos imaginado. Pero si no crees en esto, entonces dedícate a reformular tu relación, en caso de ser posible. Pero no puedes permanecer en medio de la ambigüedad: estás aquí azotada por el remordimiento, y luego estás en tu casa deseando huir. Si te decides por tu matrimonio, haz todo lo posible por rescatarlo, con esa terquedad que aludes. Agota tus recursos, busca ayuda externa, habla con tu esposo cuanto sea necesario... Eso sí Marcela: hazlo porque realmente lo amas, no porque lo creas una obligación desligada a tu bienestar.

Marcela analizaba cada palabra, confrontando el sentido de ellas con el de sus propias ideas.

—¿Crees acaso que no percibo lo ilógico de mis actos?

—No es ilógico Marcela, y lo entiendo.

—Sí lo es —insistió ella—. Pero no puedo dejar de lado mi historia con él. Reconozco, sin sentirme mal por ello, que cuando me casé no lo amaba como debía. Aprendí a quererlo, amoldé mi vida a la suya, y de muchas maneras me sentí correspondida. Pero contigo, todo se hizo más confuso: no debí dejarme convencer por esta ilusión... pero ya de alguna manera te pertenezco.

—Estás equivocada Marcela: sólo te perteneces a ti misma. No podría pretender tanto. Quisiera, sin embargo, contar con nuevas maneras para amarnos, y por un instante al menos, obviar las riendas para entregarnos a este deseo frenético.

Marcela no ofreció respuesta. Una confesión epistolar surgió más tarde, cuando tuvo entre sus manos lápiz y papel.

“David:

Si no tuviera que pedir permiso ni pedir perdón, si pudiera temporalmente sortear la culpa,

escapar del remordimiento, y ser libre para ti, me dispondría a emprender ese viaje al éxtasis que me ofreces, a abstraerme del mundo y sus ruidos, y quedar junto a ti, sin más testigos que nuestro amor y deseo.

Quisiera llegar contigo a la máxima cercanía, medir la temperatura de tu cuerpo... de tu piel desnuda, a través de todos los sensores esparcidos en la mía. Serían tus ojos los instrumentos iniciales de la fusión, serían tus labios los activadores táctiles de la pasión, y me adentraría en ellos buscando ese sabor que recrea una y otra vez mi memoria. Mientras tanto, caería en el delirio de tus caricias exploradoras, de tus manos recorriéndome y dejando en cada espacio mío tu ardor. Y cuando mis labios y mi lengua se hayan impregnado de nuevo con tu sabor, cuando los aromas ocultos comiencen a surgir, emprendería sobre ti un recorrido cálido y húmedo, gentil y audaz, tierno y alocado, y compartiría las ya conocidas sensaciones, para que se mezclen con otras nuevas... todas placenteras.

Recorrerían nuestras manos, y nuestros labios las curvas, cumbres, obeliscos, surcos y cavernas infinitas, y en la travesura sensual se abriría entonces espacio en mí, para que puedas adentrarte, indómito, entre vaivenes, en una danza que cambie de ritmo y de dirección, en un placer que nos esclavice y arranque gemidos... palabras de amor sofocadas, miradas cómplices y desvariadas. Llegaríamos juntos a la desembocadura de ese inmenso torrente de sangre concentrado en nuestra intimidad, y derramarías tu delirio en el mío... mientras pierdes la voluntad de tus movimientos. Y te vería rendirte... y caeríamos desmayados, para sucumbir al letargo delicioso que surge después de hacer el amor con la persona amada...

Y al recuperar mi cordura, abriría los ojos para verte allí, aún junto a mí, dispuesto a ofrecerme caricias suaves y susurros amorosos que consoliden aun más nuestro encuentro y nuestro amor, sin cuentas regresivas, sin miedos, sin apuros, sin más vestidura que el cuerpo compañero. Sólo tú y yo... olvidados por el mundo, escapados de la vida, amándonos de mil maneras.

Por todo esto, sería extraordinario unos días de soledad contigo.

También... porque te amo.”

Marcela y David variaban los lugares de sus citas para evitar rutinas delatorias. Ella acudía en su vehículo a cualquier esquina convenida, un estacionamiento o algún paraje que ofreciera unos minutos de resguardo. David podía aparecer en su vehículo deportivo de modelo antiguo o emerger desde un rincón discreto. Ubicarlo y descubrir su rostro aproximándose, era para Marcela un auténtico momento de alegría. Para ambos, el acercamiento representaba la concreción del mayor deseo madurado por días: palpitante... asfixiante. La estrecha cabina del carro solía marcar el inicio de sus encuentros: estallaba el añoro de la separación, y se extinguía tras fracturar el rígido mástil de la distancia; los enamorados se abrazaban, deseosos, regocijados por el retorno del aroma ya conocido, y entre la prisa de los besos, se desprendían cortadas frases de amor, tan redundantes como obligatorias. La angustia de la clandestinidad tironeaba los músculos, pero el amor se imponía como el bálsamo supremo. Una delicia asfixiante saturaba el aire, la cordura era oprimida sin piedad contra los cristales, hasta ser redimida por los rumores de la calle recordando la realidad imperante. Mermada un poco la fogosidad, era el momento de ponerse al corriente sobre los eventos acumulados, los sentimientos ahogados o las esperanzas albergadas. Pero el deseo de la cercanía se entremetía en los diálogos, y se abría paso entre las palabras para dejar clara la urgencia del uno por el otro. Resurgían los besos, las caricias ganaban cada vez más terreno.

Llegó un momento determinante: con rostros exaltados, ambos aceptaron que la propuesta tácita resultaba ya impostergable; el ímpetu reclamaba la entrega total de sus cuerpos, y olvidar, así fuese por momentos, las convenciones y presiones sociales, implacables al momento de juzgar a los amantes clandestinos.

—Estoy dispuesta —afirmó Marcela.

Unos cuadros de paisajes solitarios impresos en serie, y montados en cañuelas de madera, rasgaban la sobriedad de las paredes. Adosada en un rincón, rugía una caja metálica que exhalaba lo que pretendía ser aire fresco; a unos metros, una gota se lanzaba una y otra vez desde el grifo, y al romper en la cerámica blanca, marcaba un ritmo infinito. Un cobertor color beige construía pliegues sobre la cama, y arropaban a medio camino sábanas lánguidas, hastiadas ya de rendirse a los detergentes clorados de la lavandería; sus tramas, ya desgastadas, traslucían las historias curtidas en el colchón. La rígida estampa de la habitación había permanecido inmune a las avalanchas emocionales de sus furtivos visitantes, a las risas,

lágrimas o cantos de éxtasis cruzando como ríos temporales. David y Marcela vulneraron la tranquilidad estacionada en el lugar, y al instante vaciaron una algarabía silenciosa que ya no les cabía en el pecho; traspasaron el dominio de lo impersonal e hicieron del espacio un escenario adecuado para gestionar su urgencia: desplegaron sobre la gastada alfombra, un mullido tapiz de fibras frescas que emanaba vapores estimulantes y remozaban las moléculas del deseo. Las paredes del frío cubo, se hicieron aptas para permear sus ilusiones, las yermas superficies se proponían como pantallas de las fértiles escenas proyectadas por la imaginación. El prostituido espacio se tornó hermoso. Bien podía rodearlos una marina infinita o la cálida sala de una cabaña montañesa, donde la chimenea escupiera briznas al rojo vivo y arbustos curiosos se asomaran por las ventanas. De momento daba lo mismo el envoltorio, si el único objetivo válido era la persona entre los brazos.

El amor decoraba, suavizaba, diluía la atmósfera saturada del sofoco ajeno, y los corpúsculos esparcidos atrapaban las esencias de los encuentros recientes. La tensión de las sábanas cedió a la caída de los cuerpos abrazados, y allí rebotaron los susurros amorosos: las mismas palabras de siempre, pero con el lustro del día de estreno. Las caricias no se vencen, las manos no se cansan, las bocas producen la misma reacción química de los primeros ensayos. En la búsqueda mutua, sobra aquello que evita el contacto pleno. La duda surge de sorpresa, a coro con el pudor de la primera vez, pero caen al suelo ante un foganazo de deseo; allí se retuercen como peces sin agua antes de perecer. Marcela y David se recuerdan que sólo se necesitan el uno al otro para sentirse felices, así sea por segundos, pese a la amenaza de ser más tarde juzgados por el férreo panel que nunca se da de baja en la conciencia.

La entrega es la única propuesta viable en la efímera cápsula. Poco a poco se vence la timidez; la premura obliga a retirar los fardos mentales. Es preciso enfocarse en el momento, inventar nuevas formas de rodearse, sin limitar ni excluir; se exploran los nuevos terrenos minados, apenas sensibles a los roces, húmedos o secos, a los temblores medulares, a los movimientos convocadores del placer. El retozo se extiende plácido, alternando los espacios y los planos de los cuerpos que se sueldan; mientras, el retrato viviente de la pared, refleja de diversas maneras al erotismo copulando con la ternura. Y en un instante que parece mortal, la propuesta del éxtasis concluye con gemidos ahogados, vibraciones internas; una declaración punzante de amor.

Los ruidos del espacio regresan, la caja metálica sopla un airecillo apenas capaz de evaporar el sudor. La gota de agua en el baño, toma el rol de segundero, y recuerda al gran opresor en acecho. La luz apenas se entremete por entre las rendijas de una pesada cortina, pero anuncia

que el día está menguando. Hay muchas declaraciones tácitas, y las manos se expresan, rodando sutiles por la piel del compañero. De pronto se hace apenas audible la voz ronca de David.

—¡Cómo te amo, mi vida!

Y la respuesta viene inserta en un silencio extenso, con caricias elocuentes que una vez más hablan de reciprocidad.

Marcela desliza la mirada por el espacio austero que casi los despide.

—No era en un lugar como éste donde había imaginado nuestro primer encuentro —resolvió ella.

—El contorno es irrelevante. Me había anticipado tanto a este encuentro, que sólo me concentré en nosotros.

—No pretendo quitarle brillo; de más estaría decirte que aquí, contigo, me siento inmensamente feliz; pero este lugar me recuerda mi necesidad de esconderme.

—Claro que necesitamos escondernos. Hay una censura implícita en todo esto, independientemente del permiso que tengan las parejas para amarse.

—Tú sabes a qué me refiero — infirió Marcela.

—Claro que lo sé. No quiero menospreciar tus sentimientos, pero no podemos otorgarle demasiada importancia al lugar. Hay muchas otras cosas que resaltar: primero: no se trata de un encuentro pasajero que resuelve su premura en el cualquier escondite. Es un amor urgido de un alojamiento para soltarse sin reservas. Y aquí lo encontramos.

—Pero aun así, ansío un escenario más romántico en algún momento.

—Así será mi amor —aceptó David—.Prometo regalarte un encuentro más idílico.

—Me lo regalaste antes —dijo recordando su relato de la playa.

—Espero poder trasladarlo de las letras a la realidad algún día.

Capítulo 21

REGINA Y ELÍAS

Mientras la personalidad de Regina mostraba aspectos vibrantes y ruidosos, su esposo Elías era de apariencia sencilla y comportamiento sosegado, en apego y sin resistencia, a una invariable rutina, en la que actuaba como padre de una hija, esposo paciente, y empleado promedio de un banco. Regina, insatisfecha por su desteñida existencia, se quejaba sin pausa de cuanto le pasaba o dejaba de pasar; las limitaciones económicas desafiadas a diario punteaban con frecuencia su larga lista de reclamos, pero las cortantes críticas hacia su marido se debatían el primer lugar; también elevaba su voz para renegar por su árida vida social, por los viajes al exterior no concretados, o por la ausencia de emociones con las cuales alterar la planicie de su existencia. Elías escuchaba las frecuentes letanías sin aparente afección, y se limitaba a mirar a su esposa hasta ver su discurso cerrado, en un sencillo acto de respeto no apreciado por ella. El auto reproche era la voz más perversa para Elías, y tras cada perorata, pasaba el resto del día culpándose por su pobre capacidad para generar ingresos y responder a los exigentes anhelos de su esposa. La amaba sin reparos; su lealtad hacia ella se imponía absoluta, la consideraba tan hermosa como la vez que sus ojos la descubrieron; las extravagancias de Regina eran para él, originales aderezos de su belleza. Ante tal devoción, Elías no se permitía siquiera mirar a otra mujer. Al momento de su boda juró que viviría para hacerla feliz, y ante los frustrados intentos por satisfacerla, parecía invocar su perdón eternamente; le entregaba casi intacto su sueldo, sólo se reservaba una pequeña porción para destinarla a las apuestas de caballos, guiado por el inmortal sueño de hacerse millonario. Semana tras semana esperaba el batacazo milagroso que le diera la posibilidad de acallar la inconformidad de su amada, además de sus reclamos internos.

Regina por su parte, poco confiaba en los juegos de azar, y repetía al cansancio que la salida dominical sólo eran una excusa para visitar a la dueña del establecimiento donde Elías hacía las apuestas: una mujer morena y gruesa pero de carácter afable, quien conquistaba a sus clientes con su delicioso café humeante y panes calientes de especias. Atendía animosa a sus habituales soñadores mientras los animaba a no darse por vencidos, alegando que “la peor diligencia es la que no se hace”. Todo esto en un pequeño local capaz de alojar las hectáreas de ilusiones sembradas por sus apostadores.

Durante dos horas, cada domingo, Elías se imaginaba como el acaudalado hombre anhelado por Regina, pero sus sueños se esfumaban a mitad de la tarde cuando la radio hípica lo

retornaba a la realidad. Regina en cambio indagaba por planes más concretos para surgir en la sociedad, mientras atendía a su hija, recogía la casa, y cocinaba el menú del día.

—Tengo que ver como hago para salir de esta situación. Ese sueldo miserable de Elías no da sino para el pan.

Así se forjó su propia manera de ganar dinero. Acompañada por una antigua compañera de estudios, se trasladó hasta la frontera con Colombia, e hizo su primera inversión en mercancía, para mujeres con gustos similares a los suyos. Pronto se popularizó en su nicho especial de mercado; ofrecía ropas atrevidas con estampas salvajes, aceptadas con beneplácito por mujeres cuyas demandas se encontraban insatisfechas. En complemento, disponía de una amplia línea de accesorios y prendas íntimas, además de picantes consejos para aumentar el efector perturbador de sus atuendos en los hombres. Se convirtió en referencia especial para las casamenteras, y éstas recibían, a cambio de su compra, indicaciones explícitas de cómo abordar a su hombre en la primera noche; con ello se aseguraba una venta sustanciosa. Elías se rehusó en un principio a las andanzas comerciales de su esposa pues dejaban en entredicho su capacidad de mantener a la familia. La alentó a retomar sus estudios de educación, pero ella los consideraba tanto aburridos como inútiles. Elías desistió; al tiempo notó un cambio positivo en el humor de su mujer y en su disposición para atenderlo en la intimidad, como efecto de las picarescas charlas desplegadas con sus clientas.

Regina estaba convencida de estar en la clase social equivocada, pues según le había dicho su madre, había llegado al mundo “enmantillada”, tal como se le llama a los niños que nacen envueltos con las membranas fetales. Para muchas personas, esto simbolizaba la fortuna de contar con dones especiales y la seguridad de una existencia prodigiosa; pero Regina sólo consideraba como tal a una vida llena de riquezas y se pasaba la vida preguntándose una y otra vez por qué aún no disfrutaba de los supuestos derechos celestiales.

A vísperas de cumplir su sexto año de matrimonio, el único aspecto positivo resaltante, parecía ser su hija Gina, de tres años. La pequeña hizo aparecer aspectos ocultos de la personalidad de Regina, sorprendidos incluso para Elías; era una madre cariñosa y dedicada, aunque de paciencia austera ante las habituales exigencias infantiles, muestras inequívocas de la herencia materna. Aún así, Regina manejaba sus responsabilidades familiares y domésticas con cómoda eficiencia, pero eso no la eximía de quejarse en exceso por lo demandante de la vida hogareña.

Regina y Elías celebraron su aniversario con una discreta reunión en su residencia. La ocasión era oportuna para incluir en la lista de invitados a Máximo, jefe de Elías: un hombre cincuentón, alto y distinguido, con la máxima posición gerencial dentro de una entidad bancaria. El grupo

del convite se complementaba con algunos amigos y vecinos, quienes llegaban a sumar una veintena de personas. Su hermana Giovanna quedó excluida, en respuesta a los serios conflictos enfrentados. Durante un mes Regina se dedicó a la organización de su evento, y a reforzar sus habilidades culinarias con el experimento de nuevas recetas. Esa noche, se lució con exquisiteces que flotaban en bandejas entre los invitados ocupantes de las cinco mesas dispersas en el patio. La menuda figura trajeada con seda amarilla de negras pinceladas, se paseaba risueña compartiendo su alegría, y olvidaba por un rato los aspectos no gratos de su vida conyugal. Con frecuencia se acercaba a Elías, para estamparle besos en sus mejillas y labios, expresando a viva voz la suerte de haber encontrado a un compañero tan leal y maravilloso.

—No ha sido color de rosa, pero no sé qué haría sin mi Elías —declaró mientras le rodeaba el cuello con sus sonoros brazos cargados de pulseras.

El esposo recibía los elogios y besos sin demasiada emoción, anticipando que al día siguiente sus defectos recobrarían la dimensión habitual.

Ya pasadas las doce de la noche, los pocos invitados restantes compartían la sobre mesa debajo de un farol amarillento. Regina descansaba sus pies descalzos en el cojín de una silla, y mostraba la deliciosa satisfacción de haber cumplido airoso su objetivo. Elías se sentó a su lado, y le pasó el brazo por encima del hombro, orgulloso del evidente esfuerzo. Entre felicitaciones y agradecimientos, alguien sugirió a Regina mercadear sus deliciosos platillos, asegurándole éxito en medio de una sociedad carente de servicios especiales para festejos. Regina agradeció el comentario, pero negó de plano la posibilidad de lanzarse a una nueva aventura comercial.

—La verdad, con mis ventas de ropa ya tengo bastante entretenimiento. De hecho, yo nunca antes había trabajado, lo mío era puro hacer el amor con mi marido.

Ante semejante declaración, ninguna palabra llegó a ser pronunciada, pero el denso silencio era ya obligante, y todos sentían la urgencia de romperlo. Sólo Máximo, el jefe de Elías, osó comentar.

—¡Bueno... cada quien con su experiencia! —soltó en medio de un suspiro.

Obviamente no había sido esa la mejor salida para el incómodo momento, pero fue Regina quien explotó en una risa, entre nerviosa y sincera, mientras Elías le apretaba la pierna, para atenuar su reacción, aunque en el fondo sentía orgullo de ver, cómo su esposa reconocía al menos su buen desempeño.

—Regina, querida, ése no es un buen tema para tratar en frente de nuestros invitados —resolvió decir.

Su jefe, sintiendo como propia la incomodidad de Elías, forzó un paliativo.

—Veo que eres un hombre con suerte, Elías. No tienen por qué avergonzarte las expresiones amorosas de tu esposa.

Zora, la esposa de Máximo, le propinó un codazo contundente que él no supo cómo interpretar.

—¿Y qué dije de malo? —le susurró a Zora. Pero fue Regina quien le respondió.

—Absolutamente nada jefecito. Cada quien vive con lo que nace, y con las habilidades que desarrolla. Si Dios me dio todo esto —dijo mientras recorría su cuerpo con ambas manos—, pues debo darle el mejor uso posible. En todo caso, confío en que Elías pronto avanzará profesionalmente, y dejará ese trabajito mediocre donde está estancado desde hace tiempo. Vamos a ver jefecito, cuándo se ocupa usted de eso —terminó dirigiéndose a Máximo.

Ya Elías carraspeaba incomodo, y buscó la manera de desviar la atención del tema.

—Mi reinita se luce mucho en la cocina. No tienen ni idea de lo que es capaz de hacer allí —expresó él, aludiendo sus platillos.

—¡Elías! —gritó ella con una risotada —deja de revelar nuestras intimidades delante de la gente —bromeó ella con exaltada picardía.

El rostro de Elías ya pintaba el color de un tomate, y quedó desarmado. Regina ignoró la perturbación de su esposo, estaba más pendiente de la expresión de Máximo, quien la observaba disimulando la gracia por su irreverencia, pero Regina hizo una interpretación errada de su mirada, y percibió una incitación tan directa y peligrosa, como una flecha con la punta en llamas.

Capítulo 22

REGINA EN EL “BANCO DEL AHORRO”

Eran las dos de la tarde cuando Regina entró en el Banco del Ahorro; llevaba consigo la misma prestancia de quien maneja la cuenta más importante de la entidad. Unas sandalias color turquesa marcaban los pasos cortos que empujaban su pomposo caminar. Vestía una blusa fucsia, casi transparente, que dejaba ver un sujetador negro, incapaz de cubrir más allá de sus pezones. Una corta falda de vuelos negros hacía ver aún más delgada sus piernas. Del cabello rojizo, sujeto a lo alto de su cabeza con una pinza, se desprendían unos finos mechones, alentando un estilo casual. El derroche de accesorios se derramaba por su cuello, orejas, dedos, muñecas, cabello, cintura, tobillos... todos combinaban con su calzado. Tal estampa se resistía a pasar desapercibida, incluso ante la persona más distraída, y como siempre sucedía, las miradas acuciosas de los improvisados espectadores, no hicieron más que exaltar su vanidad.

—Buenos días. Quiero hablar con el señor Máximo Del Frente —informó a la joven sentada tras el mostrador de recepción.

La diligente señorita quiso indagar más sobre las intenciones de la visitante.

—Tal vez pueda ayudarla yo directamente, señora.

—Sin intenciones de menospreciar tu trabajo, niña, pero te repito: vengo a hablar con el señor Máximo Del Frente.

—El señor Del Frente se encuentra en una importante reunión en este momento. —insistió, tratando de disuadir a la pintoresca mujer.

—Sí, me imagino que con la máquina del café —respondió en evidente ironía, y lo señaló al final del pasillo, cargando su taza.

La joven reconoció el desarme de su mentira.

—Al fin salieron, llevaban más de una hora reunidos. —agregó para disimular, mientras se levantaba de su silla para dirigirse al ejecutivo.

Regina dio la vuelta al mostrador, puso la mano sobre el hombro de la empleada y la regresó a la silla.

—Déjame, yo me anuncié sola.

Regina caminó hasta Máximo, se plantó a su lado y esperó a que él culminara la lectura de un papel.

—¡Regina, qué sorpresa tenerte por aquí! —dijo cuando la advirtió junto a él—. ¿Qué te trae

con nosotros: vienes a algún trámite bancario o a visitar a tu esposo?

—A ninguna de las dos cosas —aclaró ella—. De hecho, es contigo con quien quiero hablar. ¿Será que me regalas un tiempito?

—Claro, por favor pasa a mi oficina —le pidió con amabilidad, mientras la dirigía a su despacho —no sé por dónde andará Elías —comentó, al ver vacío su puesto de trabajo, entre los tabiques azules del mobiliario.

Regina pudo identificar la chaqueta marrón de su marido colgada en el espaldar de una silla.

—Debe estar por allí —dedujo ella sin interés —más tarde lo busco.

Regina se aferraba a su bolso, e inhalaba con disimulo profusas bocanadas de aire, en un intento de controlar la emoción por la cercanía de Máximo. Entró a la oficina y se detuvo junto a la puerta, esperando la invitación a tomar asiento.

—Siéntate por favor —solicitó él.

—Espero no molestarte, Máximo, imagino lo ocupado que estás —se disculpó Regina mientras se acomodaba en el sillón frente al elegante escritorio de madera.

—No te preocupes, mi trabajo me pide hablar directamente con el público, y más aún cuando se trata de familiares de nuestros empleados. Para mí es un placer atenderte.

Luego de habituales palabras de cortesía, Máximo animó a Regina a revelar el motivo de su visita.

—Creo que podemos hablar con suficiente confianza sobre el trabajo de Elías —comenzó ella a explicar.

—Ah, es sobre Elías...

—Sí —aceptó ella—. Tú bien sabes que él ha sido un empleado leal y sacrificado todos estos años. Incluso Elías pone su trabajo por encima de cualquier otro asunto de su vida, así sea familiar.

—Lamento escuchar eso, Regina —dijo Máximo con forzado pesar—. No es esa la intención de esta entidad.

—No lo dudo; pero ya sabrás cómo es Elías de entregado a sus compromisos. ¿Quién lo hace cambiar de opinión a estas alturas? —preguntó con un gesto pícaro—. Pero no es ese mi tema, Máximo. En este momento me interesa destacar que después de todo el tiempo dedicado a su trabajo, aquí no han considerado todavía el potencial de “mi Elías” para desempeñar cargos más importantes —expuso con acentuados ademanes—. Y en ese grupo te incluyo a ti, Máximo: me consta cuánto lo has ayudado, y eso te lo agradezco inmensamente, pero tú mismo le has negado la posibilidad de crecer, manteniéndolo en un puesto básico, sin

posibilidades de ascenso.

Máximo observaba curioso a Regina, admirando su valentía al abogar por el avance profesional de su esposo; pero sintió vergüenza ajena por los bochornos que era capaz de hacerle pasar a su marido. Cuando diseñaba una respuesta para desembarazarse de la situación, el planteamiento de Regina tomó un giro inesperado.

—No creas que no he notado tu interés por mí, especialmente durante nuestra reunión de aniversario —le hizo ver, con voz ahora más suave—. Noté la manera cómo me mirabas, y eso me gustó mucho. De hecho... pudiera hacer algunas cositas por ti... digo: en un sentido más personal.

Máximo quedó atónito ante la insinuación. Darse por entendido implicaba aceptar una situación que él jamás había propiciado.

—No imagino cuándo mi comportamiento pudo ser ofensivo para usted —trató de explicar, sin tutearla—; si percibió algo, le juro que no fue intencional; sólo se trató de una mala interpretación.

—Vamos Máximo... no me has ofendido, más bien puedo decirte que me he sentido muy halagada. Llamar la atención de un hombre como tú, es de por sí un gran elogio. Pero apartemos de una vez los disimulos; mientras estemos solos podemos quitarnos de encima estos formalismos tontos. No quiero que pienses que me estoy insinuando; pero pensándolo bien... si es ése tu deseo, puedo ser muy complaciente. ¡No imaginas cuánto!

El rostro de Máximo perdió cualquier rastro de color. Sintió su corbata apretando más su cuello y la aflojó. Lo dominó la urgencia de abrir la gaveta de su escritorio, y mientras removía su contenido, advirtió que lo que realmente buscaba era algún antecedente real y válido para tal situación. Cerró de nuevo el cajón, y enfrentó la mirada de Regina, quien sentía el control de la situación.

—¿Qué tanto buscas allí Máximo? —rió ella.

No existían palabras con poder para extraerlo del bochornoso hoyo. Antes de pronunciar palabra alguna, Regina comenzó a pasar sus dedos por la línea de su escote, y a mirarlo de forma penetrante.

—Deja de distraerte, y concéntrate en nuestro momento —pidió Regina.

“Nuestro momento”, se repitió Máximo en la mente. No sabía cómo lidiar con eso; los nervios le adormecían el cuerpo; la distancia entre él y Regina parecía acortarse, y la percibía justo delante de sus ojos. La mirada de Máximo rodó por el contorno de su blusa, saltó entre sus senos y recorrió el borde de su sostén; casi podía tocar sus aureolas. Sus manos se helaron, los

ojos se resistían a parpadear para no perderse los pormenores. Sólo deseaba zafarse de su discreción para apreciar la abundancia de detalles. La imagen almacenada de Regina había mutado; si antes no le había parecido atractiva, los atributos recién descubiertos invocaban desconcertantes sensaciones. Regina advirtió el efecto de sus movimientos, y no dudó en hacerlos aun más provocativos. Sus dos manos iniciaron un seductor recorrido desde los tobillos, y fueron deslizándose como reptiles hacía sus muslos, hasta perderse en la entrepierna, debajo de su falda. Regina comenzó a escurrirse de la silla, y separó las piernas ante los ojos atónitos de Máximo; los ruidos externos de la oficina se hicieron imperceptibles para él: sólo era capaz de escuchar su propia respiración y la voz de Regina susurrando palabras ya incomprensibles; se concentraba sólo en sus gestos, en sus ojos, en sus atrevidos movimientos. Con la mirada buscó descubrir más bajo su falda, y ella lo complació. El deseo por Regina iba tomando una dimensión insospechada, no importaba si era la esposa del empleado sentado a unos metros de la puerta, ni le parecía relevante la extravagante apariencia cuestionada en otros momentos. En ese instante sólo la concebía como una mujer capaz de mitigar su necesidad sexual, reprimida durante casi un año por una insoslayable inapetencia de su esposa.

Pasaron segundos en silencio, los ductos de aire acondicionado no alivianaban la densa atmósfera ni evitaban el sofoco de Máximo. Él y Regina permanecían adheridos a sus asientos, las palabras parecían atrapadas en una nube de lujuria, el pecho de ambos mostraba la acelerada frecuencia de su respiración. Regina consideró parte de su objetivo alcanzado; debió admitir que su atrevimiento no había sido sólo un sacrificio, supo con certeza cuán atraída se sentía por ese hombre, desde su primer encuentro años atrás. Máximo estaba aturdido por el nerviosismo, la lascivia le espumeaba en la imaginación; su cuerpo respondía ante los estímulos, y segregaba un deseo incontrolable de arrojarle sobre ella.

—Este es el lugar menos apropiado para llevar a cabo tu sugerencia —declaró él casi en susurros.

—No es una sugerencia ciega Máximo, es un trato —le aclaró tomando ventaja de su evidente emoción.

—Entonces... digamos que este no es el mejor lugar para cerrar un pacto.

—Cuento con buenas opciones — ofreció ella, inclinándose hacia delante para murmurarle un plan.

Ya sabía Elías que Regina se encontraba en la oficina de su jefe; observaba insistentemente la puerta cerrada de la oficina gerencial. Podía imaginar a su esposa implorando entre lágrimas

nuevas oportunidades para él, con las mismas dramáticas expresiones empleadas por ella para hacerlo sentir miserable. Agudizaba el oído buscando las voces, pero el murmullo del banco le impedía percibir algún sonido delator. Mientras tanto atendía los clientes alineados frente a su escritorio, repitiendo una y otra vez los requisitos de ciertas operaciones bancarias. La angustia lo hacía transpirar, y tal como le sucedía en situaciones de gran tensión, lo abordó una gran urgencia por descargar su vejiga. Se resistía a abandonar su puesto, la curiosidad hacía estragos, pero la exigencia física apremió. Elías se dirigió a la sala de baño, casi en carreras, y cuando regresó su esposa se encaminaba hacia la salida, taconeando sus sandalias azules.

—Regina —alcanzó a decirle.

Sin voltear a mirar, Regina salió y se mezcló con los transeúntes de la acera.

Elías regresó a su puesto de trabajo. Distráido aun, retomó su faena y vio a Máximo salir de su oficina con maletín en mano. Elías consultó su reloj; aún era temprano para salir. Examinó la cara de su jefe; lucía relajado y hasta contento, por tanto, su excusa sonó un tanto falsa.

—Debo ir a resolver una emergencia médica de mi esposa —dijo, evitando la mirada acuciosa de su empleado.

Máximo había aceptado la osada propuesta de encontrarse con Regina en un hotel. Durante el recorrido lo acosaron momentos de lucidez, pero determinó que ya no había tiempo para retroceder; su deseo por poseer a Regina se había activado de forma agobiante. La imaginó en la habitación, con la ropa íntima que había asomado su atrevida vestimenta, y bebiendo del vino comprado con apuro en una licorería de la vía. Llegó al sitio acordado: un hotel de categoría intermedia en el contorno de la ciudad. Se detuvo en la recepción, y preguntó por la señorita “Afrodita”. La recepcionista lo miró conteniendo una risita y le indicó un número de habitación. Máximo abordó el ascensor; en él, una pequeña anciana de gruesos anteojos y aspecto desvalido lo miraba sin recato; él pretendió ignorarla.

—Disculpe señor, ¿se hospeda usted aquí? —le habló ella con voz entrecortada.

—No —respondió él sin dejar de mirar los números iluminados por turnos sobre la puerta.

—¿Pero va a visitar a alguien hospedado aquí?

—No —repitió ahora con tono más seco, nervioso ante la insistencia.

—Es que mi hija debería estar por aquí esperándome, pero no responde en su habitación, y me estoy haciendo pipí. ¿Podría usted...?

Antes que la dama terminara de formular su pregunta, la puerta se abrió y Máximo salió con prisa, dejándola con la palabra en la boca. Cuando escuchó al ascensor cerrarse de nuevo, giró para comprobar aliviado que la dama no estaba allí. Recorrió el pasillo buscando el número de

habitación.

—432. Aquí es —confirmó airoso.

Llamó a la puerta con precaución, y ante la falta de respuesta, dio otros dos toques firmes. Los segundos sin respuesta lo inquietaron; se atrevió a girar la manilla y la puerta se abrió. Ninguna voz se escuchaba desde adentro; ningún movimiento acusaba la presencia de Regina; la tensión aumentó su agitación. Entró con cautela e inspeccionó el interior; la habitación era amplia, iluminada con timidez por dos lámparas de pie; estaba equipada con nevera, mesa de trabajo, butacas, y una enorme cama seductoramente arreglada. Percibió la música saliendo de un rincón, y luego la voz de Regina.

—Pasa Max; ya salgo. Puedes ir preparándote si quieres. Debemos aprovechar el tiempo —le indicó, en un esfuerzo por sonar sensual.

Máximo quedó plantado en medio de la habitación; dudaba si debía mantenerse de pie, o adelantar un poco. Tomó asiento en una butaca junto a una mesita de vidrio y golpeaba la superficie con los dedos, mirando hacia los lados, ansioso.

—¿Te vas a tardar mucho? —preguntó él.

—No. Quiero un encuentro muy especial, que no lo olvides nunca. ¿Quién sabe cuándo podrá repetirse? —le escuchó decir a Regina con suavidad.

La imaginación de Máximo iba alineándose con la situación. Anticipaba el momento en que ella saliera con sugerente vestimenta. Por instantes dudaba sobre su deseo real de llevar adelante su plan, en especial porque nunca había sentido el más mínimo deseo por Regina, pero atajaba motivos para quedarse. Llevaba más de doce minutos esperando. Comenzó a caminar por la habitación, aflojó su corbata y se deshizo de su chaqueta verde oliva. Resolvió sentarse a orilla de la cama; tenía la espalda tan rígida como su cuello. Carraspeó para desprender la ansiedad atorada en la garganta. Comprobó su buen aliento fresco expirando en el cuenco de la mano: el espray bucal había dejado un buen aroma. Exploró de nuevo el espacio que lo rodeaba; se asomó debajo de la cama y sólo advirtió pelusas sobre la alfombra marrón.

La puerta del baño se abrió, y apareció Regina en un sensual negligé beige con manchas de leopardo, el cabello recogido en la nuca y unos tacones altísimos que la conducían con gracia. Máximo se puso de pie, sin atreverse a ejecutar movimiento alguno. Regina se paseó ante él como un pantera observando su presa, se le plantó de frente, aun lejos de su alcance; con exagerado contorneo deslizaba sus manos por el abdomen, senos y pubis; la melodía de fondo parecía moverla como una marioneta.

—Dime si este no es uno de los momentos más eróticos de tu vida — susurró Regina, mientras

entrecerraba los ojos y se mordisqueaba los labios.

Máximo apretaba los puños para controlar el impulso de extender sus manos hacia ella; sólo ansiaba conocer sus texturas y sabores, recorrerla sin frenos. El rebose de lujuria lo aturdió, le pedía tomarla a la fuerza y despojarla de cuanto la cubría, pero una pizca de voluntad le dio fuerzas para dominarse unos segundos más. Regina fue a buscar dos copas de vino y se aproximó a Máximo, balanceándolas adrede. En el camino dejó caer unas gotas, y otra porción se derramó en sus manos.

—También había traído vino —comentó él, casi sin voz.

—No importa, ya tendremos oportunidad de beberlo. Toma de éste... te gustará.

Le entregó una de las bebidas a Máximo, tomó un sorbo de la suya y mojó dos de sus dedos para llevarlos a los labios de su compañero. Máximo se sorprendió, y por reflejo succionó las largas uñas esmaltadas de rojo. El corazón aceleraba cada vez más su ritmo, el deseo ya le traspasaba el pantalón; engulló todo el contenido de la copa para tragar, junto al vino, su nerviosismo.

—Nunca habría imaginado una situación como ésta. Pero no pienso desaprovechar el momento. Me tienes loco mujer, estás haciendo que me queme la sangre —susurró sujetándola con fuerza por los hombros.

Ella sonrió satisfecha por el efecto de su actuación; le acercó su rostro para rozarlo.

—Lo importante es que ya estamos aquí, mi fiero —agregó, y rugió mientras lo acariciaba, cada vez con más atrevimiento.

Al fin Máximo se dio permiso para responderle y se dispuso a extraer de ese encuentro las más profundas y añoradas expresiones de placer. La experiencia preparada por Regina, no guardaba precedente alguno.

Capítulo 23

DESDE UNA ALCALDÍA

Máximo Del Frente había ostentado la alcaldía de un importante municipio una decena de años atrás. Casi al término de su período de mandato, se retiró por la puerta trasera, escapando a un incidente de interés público que puso en relevancia su ineptitud: ciento cincuenta viviendas destinadas al sector popular se agrietaron antes de ser habitadas, y justo colapsó la única ocupada de forma silvestre por una familia humilde: parte del techo se desprendió, y un peñasco de concreto atinó un golpe mortal en la cabeza de un bebé mientras dormía en su cuna. Según revelaron las investigaciones, la empresa contratista había sustituido algunos de

los materiales especificados en el diseño, por otros de menor calidad; el hecho delataba corrupción y malversación de fondos, pero el plagio de materiales tal vez no habría tenido el fatal desenlace, si las viviendas no hubiesen sido construidas sobre un terreno fangoso donde antiguamente se extendía una laguna. Para Máximo, la conmoción generada sepultó sus intenciones de reelección, y lo obligó a ocultarse bajo un manto de discreción y silencio. Su denigrante retirada fue aireada apenas por el trabajo de un periodista novel, quien refirió cómo los habitantes invasores habían sido alentados por inversionistas anónimos, interesados en ocultar negocios turbios relacionados con los terrenos en cuestión. Pero eso no resucitó las oportunidades soterradas del alcalde.

Fuera de su cargo, y con la suerte zurcida por ciertos amigos, deudores de favores, Máximo se lanzó a la asesoría en el ramo inmobiliario: algunos empresarios estaban dispuestos a obviar su responsabilidad en el caso de las viviendas, a cambio de sus conocimientos y secretos financieros. El indulto simbólico lo ubicó sobre una buena ola que él agradeció y aprovechó. En las nuevas simbiosis, Máximo intercambiaba información y acceso a personas influyentes; la brillante interpretación de cifras aportó grandes ganancias al patrimonio de acaudalados empresarios, algunos de los cuales eran también accionistas bancarios; a cambio, recibía cuantiosos honorarios y sus cuentas se engrosaron como nunca lo aspiró con su antiguo cargo. Vivía un buen momento, y ostentaba su resurgimiento sin medida, hastiado ya de tanta humillación. Era común verlo en fotografías de crónicas ciudadanas, posando como invitado o anfitrión de alguna fiesta. Durante su “época de oro”, como el mismo Máximo solía llamarla, muchos se hicieron llamar “amigos”, pero bien sabía él que tal título era tan endeble como un saco de sal bajo la lluvia. Sin embargo, la persona con más méritos para integrarse a su nuevo listado, fue Eugenio Nieves, un carismático personaje a quien conoció en un club social frecuentado por ambos. Juntos compartieron largas conversaciones, alternaban tazas de café expreso o whisky en las rocas, según lo exigiera el momento. Eugenio era de apariencia bohemia, gustaba de boinas y sombreros coloridos, en combinación con sus ropas. Las decorosas pláticas en el club promovieron otro tipo de invitaciones, y ambos se aliaron en ruidosas juergas nocturnas, que muchas veces no recordaban al día siguiente. Sin embargo, la resaca matutina proyectaba imágenes de escenas confusas, en las que Eugenio y Máximo palpaban el placer abordando terrenos no convencionales. El club se ofrecía luego como el escenario sereno donde nivelar su comportamiento y forjar la complicidad. La amistad se inició en la fase posterior a la gestión del alcalde, y se interrumpió varios años más tarde cuando Eugenio salió del país por razones profesionales no especificadas, aunque Máximo le adivinó

motivos relacionados con sus ambiciones actorales, manifestadas en diversas ocasiones.

Uno de los adinerados clientes de Máximo en su papel de asesor, era el líder de un emblemático partido político, implicado luego en un sonoro escándalo de corrupción y tráfico de influencias. Enredado en el nuevo bullicio, Máximo tomó la tardía decisión de refugiarse tras bastidores. Tres años de forzado anonimato debieron transcurrir para librarse del acoso público, y decidió luego mover de nuevo los hilos de sus relaciones para instalarse en un trabajo digno y discreto. Los efectos aún vigentes de ayudas prestadas a influyentes hombres de negocios, lo encaramaron en un importante puesto directivo dentro un banco, con la misión de elevar unas cifras claves de la entidad, luego de una situación desfavorable sostenida por más de tres años. Máximo se arrellanó en el terreno remozado, y mostraba una fachada de empleado honesto, montada en las muletas de sus habilidades administrativas. Su notable eficiencia, terminó de diluir la neblina de duda en torno a él. Así se convirtió en el gerente general del “Banco del Ahorro”.

Dentro de la entidad, Máximo era apreciado por los empleados; lo percibían como un hombre sagaz, disciplinado y de buen corazón, sin dejar de mencionar la vestimenta impecable con la cual enaltecía sus atributos naturales: estatura muy por encima del promedio masculino, delgado pero de amplia estructura ósea, guapo y de quijada prominente con un surco tallado a la mitad. Aunque los cambios hormonales de la pubertad habían marcado su cutis, su rostro resultaba muy atractivo. El cabello castaño claro con ondas en el copete, disimulaba las canas de sus cincuenta y tres años. Un bigote muy bien cuidado, quedaba al límite de su labio superior; el blancor de sus dientes bien alineados estaba un tanto comprometido por el efecto de un antiguo vicio: fumar pipa justo antes de dormir. Máximo siempre llevaba guardada una pequeña porción de tabaco fresco en una bolsa de seda, oculta en el bolsillo de su pantalón, y este aroma dulzón se fusionaba cómodamente con el de su colonia de acentos cítricos; en resulta desprendía un peculiar aroma, exquisito al olfato femenino y envidiable al masculino. El hombre era de maneras amables, tono de voz potente, excelente dicción y marcada gesticulación al hablar, producto del vasto entrenamiento oratorio recibido durante su carrera política; estas cualidades favorecían su comunicación con subalternos y clientes. Su jornada dentro del banco transcurría de manera intensa; se iniciaba muy temprano en la mañana, y declinaba después de las siete y media de la noche, cuando se dirigía a su casa a hacerle compañía a su esposa Zora, hasta verla rendirse por efecto de los somníferos, a las diez en punto.

Zora era una atractiva mujer de preparación e inteligencia notables, acoplados en modales

refinados. Su mayor debilidad era una condición hipocondríaca iniciada en la adolescencia, y que había ganado cancha en el clímax de su carrera profesional, durante el desempeño de un importante cargo financiero. Al contraer matrimonio, se vio incapacitada para desempeñar ambos roles y decidió retirarse temporalmente para dedicarse a su hogar y esposo. Desde entonces, se empeñó en evaluar cada una de las manifestaciones corporales: adormecimientos de sus extremidades, pinchazos, dolores, taquicardias, o deficiencias orgánicas, cuyas causas y paliativos investigaba con afán en libros de medicina y bibliotecas virtuales. En el ambiente doméstico, Zora adoptó un semblante frágil, se desprendió de su habitual coquetería, y perdió peso en demasía, como una manera inconsciente de reforzar los pronósticos, muchas veces fatalistas, sobre su salud. Ante los exagerados diagnósticos, su esposo la convenció de acudir a un psiquiatra, pero ella no toleró escuchar que todas sus dolencias eran sólo producto de su mente, y se negó a recibir más ayuda. Con esfuerzo, Máximo la convenció de probar con otro médico amigo, quien se mostró más hábil para manejar el caso; Zora encontró en él un apoyo sólido, y no le era posible vivir sin consultarlo casi a diario. Aun preocupado, pero más aliviado, Máximo resolvió atender y amar a su esposa sin reparos, aunque pocas eran sus esperanzas de ver cambiar la situación; escuchaba sobre sus dolencias y la colmaba de gestos cariñosos que atenuaban temporalmente su necesidad de medicarse. Cuando se ausentaba del hogar, Máximo la llamaba cada dos o tres horas, para conversar unos minutos siguiendo siempre un formato similar.

A las tendencias enfermizas de Zora, se sumaron ciertos comportamientos, tan compulsivos como contradictorios. En momentos sentía total dependencia hacia Máximo, al punto de pedirle a llantos su compañía permanente, y días después le reclamaba por privarla de su libertad o asfixiarla con tan numerosas llamadas. A ratos se deprimía por haber renunciado a su exitosa carrera y en sus lamentos expresaba la urgencia por recuperar la independencia económica de tiempos extintos, pues estaba cansada de vivir a expensas de un hombre y lucir como una "triste sombra" junto a él. Pero esta idea era pronto rebatida por el frenético deseo de dedicar sus días al gran amor de su vida. En cualquiera de los casos, Máximo se esforzaba en atender las inconformidades, con pausadas palabras de consuelo. En la noche, Zora tomaba un baño y se acostaba a esperar el letargo inducido por pastillas; su esposo la acariciaba hasta verla cerrar los ojos mientras leía por un rato, luego apagaba la lámpara y dormía hasta el reinicio de la jornada diaria. La vida de Máximo no era sencilla: en ella actuaban los lastres individuales del pasado y las complejidades compartidas del presente.

El desempeño laboral de Máximo dentro del Banco del Ahorro era impecable. Manejaba con

comodidad un nivel gerencial a los talones de los propios dueños, y allí se mantuvo infranqueable. Con el historial construido durante cinco años, ninguno de sus empleadores habría dudado de sus habilidades y honestidad. Las acusaciones públicas del pasado habían sido más que justificadas por él, y los jefes no dudaron más de su inocencia: él era un hombre de confianza. El problema surgió cuando personas inescrupulosas tomaron conciencia de su solvencia y lo ficharon como el candidato perfecto para pretensiones ilícitas. Se internaron en su intimidad, más allá de los rayados escándalos, exentos ya de sustancia; disponían ahora de material renovado para manipular a su conveniencia; la privacidad de Máximo guardaba jugosas excentricidades, y éstas ofrecían los instrumentos necesarios para una fuerte embestida.

Máximo fue visitado por una joven dama, quien pidió su asesoría directa en la colocación provechosa de un dinero recibido por herencia. Con genuina disposición, el gerente general recibió a quien imaginó como una desvalida cliente: la jovencita le habló con voz aniñada y aire inseguro, mientras explicaba su incapacidad para manejar la suma recibida.

—No quiero equivocarme, y quiero hablar con una persona de experiencia.

Máximo saboreó el momento, mientras su ego le henchía el pecho y engolaba la voz.

—Viniste a la persona indicada, y no lo digo sólo por mi jerarquía dentro de la institución, sino por la experiencia previa en el campo de las finanzas. Por años he sido asesor de importantes empresas, así que puedo guiarte en el uso óptimo de tu dinero. Disponemos de diversas formas de inversión: plazos fijos, bonos de vencimiento futuros y otras colocaciones—explicó él.

—Tengo algunas ideas, que de seguro le interesarán —acotó ella.

—Bueno... no me interesan a mí propiamente —explicó, exaltando su desinterés personal—. Cualquier propuesta debe satisfacerla, primero que nada, a usted misma.

—Eso lo entiendo, y dice mucho de su profesionalismo —dijo con tono complaciente.

Máximo soltó una risita.

—No hago más que mi trabajo. Si mis clientes están contentos, yo también lo estoy.

—Por eso quiero mostrarle algo —respondió la muchacha con suavidad, y le entregó un sobre tamaño carta.

Máximo lo tomó, retiró un poco la silla para cruzar su pierna derecha sobre la izquierda. Apenas asomó el contenido, palideció; hizo una rápida inspección, se arregló el copete y retornó la mirada a su visitante.

—¿Y tanto preámbulo era realmente necesario? Debió haber comenzado con el tema principal de esta visita —explicó con voz casi gutural.

—Estoy de acuerdo con usted. Pero me pareció tan lindo y amable, que quise disfrutar un poco de su compañía, pues sabía que cambiaría de cara. De seguro ahora no voy a poder admirar su sonrisa. Además, quería saber si su fama de gerente atento y preocupado era cierta, o sólo se trataba de un rumor. Pero puedo confirmar que sí es así.

Máximo la miraba indignado, sin atreverse a hablar, para no debilitarse aún más.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó él.

—Yo estoy aquí sólo como mensajera. No tengo ni idea de lo que usted tiene en manos. Ese sobre lo recibí cerrado, y así se lo entregué. Sólo agregué un poco de diversión.

—¿Usted me dice que no sabe nada de esto? —preguntó mientras levantaba el sobre con ambas manos.

—La verdad: no. ¿Me lo quiere mostrar? —preguntó.

—Digamos que le creo —expresó él, ignorando la pregunta—. ¿Cuál es entonces el objetivo de esta emboscada?

—No tengo muchas explicaciones para usted. Allí debe estar todo lo que necesita saber por ahora. Pronto lo contactarán para indicarle el próximo paso.

—¿Qué carajo fue lo que hice? — se preguntó él, dándose una palmada en la frente.

—Pues no debe haberse portado muy bien que digamos.

Máximo mantuvo su rostro entre las manos enlazadas; su respiración era agitada.

—Pero no sea tan pesimista —le exhortó la mujer—. Tal vez el asunto no sea tan malo como parece.

—¿Ahora está usted de mi lado? —preguntó Máximo con sarcasmo—. ¡Qué dulce!

—Estoy del lado de mis intereses —aclaró ella al levantarse de su silla. Caminó hacia la puerta, y desde allí se despidió con un ademán.

—Pero... ¿se va, así no más?

— Ya hice mi parte; sólo debía traerle el sobre. Espere a que lo contacten.

La joven caminó hacia Máximo y le habló en susurros.

—Lamento mucho si la está pasando mal, porque usted es muy lindo. Pero ni modo....

El taconeo de la muchacha abandonando la oficina le retumbó en la cabeza. Con su voz gentil lo había conducido a un nuevo infierno.

Varios días pasaron sin que Máximo fuese contactado nuevamente. Tal silencio lo torturaba; tenía sensación de ser vigilado y perseguido. En cada rostro adivinaba un enemigo; el timbre del teléfono lo exaltaba, pues anticipaba la temida y a la vez deseada llamada. Fue después de una semana, cuando obtuvo noticias, y éstas lo colocaron ante la disyuntiva de decidir la opción

menos perniciosa: conducir un fraude bancario o negarse a él. Al aceptar la primera, el único beneficio era salir exonerado de una nueva exposición pública, pero con las amenazas legales engrillándole los tobillos. Si se negaba, sería expuesto de nuevo, embadurnado con un escándalo inédito, a sabiendas que la multitud aún empuñaba el fusil de sus diatribas. Una tercera opción brotaba medrosa: abandonar el país con su esposa, y resguardarse en el anonimato brindado por lenguas y culturas extranjeras; pero en la ponderación de alternativas, comprendió que la salud física y mental de su mujer negaba toda posibilidad de huida, dados sus tratamientos psiquiátricos permanentes y el historial con médicos locales, imposibles de ser solapados de inmediato en centros hospitalarios extranjeros. Partir sin ella fue una opción descartada de plano. Por otro lado, la revelación de sus secretos, sería el catalizador para promover un deterioro fatal de su esposa. No parecía haber más opción: debía aceptar el chantaje, mientras buscaba maneras alternas de liberarse.

Capítulo 24

GUARIDA DE AMOR

Marcela descubrió que la “Guarida Literaria” era un buen lugar para reunirse con David, cuando el tiempo o las circunstancias les impedían encuentros más privados. El sitio era discreto, poco concurrido, y con algunos vericuetos que favorecían una conversación íntima y besos fugaces, sin interrupciones ni intrusos. Era grato incluso hacerse compañía mutua cuando tenían algún trabajo por realizar, y a pesar de encontrarse inmersos en sus temas individuales, se mantenían conectados por un toque de piel, algún suspiro o gesto cariñoso.

Marcela desmigajaba el tema que llevaba en la mente desde hacía más de dos años: su ensayo sobre la evolución del rol femenino en la sociedad latinoamericana casi pasaba a ser un libro: leía, hacía anotaciones en su cuaderno y así le daba estructura a un manuscrito que en momentos cedía a las emociones de su condición actual. La humedad, la temperatura del ambiente, y el calor de David a su lado formaban una atmósfera perfecta. Su concentración era inmune a los tenues sonidos de la sala y a las personas cercanas. Pero la presencia de David era inminente, su mano la anclaba a la realidad, mientras unas mujeres de la época colonial de Venezuela, le hablaban desde desvencijados libros sobre sus proezas en momentos de guerra: una de ellas, vestida de hombre, comandó un ejército de trescientos soldados; otras emplearon el mismo disfraz para mezclarse en las tropas de combate, sin ser rechazadas. Algunas valientes, imposibilitadas de pelear, se entregaron a la tarea de servir a la causa independentista como enfermeras o limpia cañones, sin perder de vista la oportunidad de igualar las proezas de los hombres en los frentes de batalla. No mostraban temor a los horrores de la guerra, no se intimidaban ante las detonaciones; eran sus propias voces las que causaban revuelo en su mente; así se ofrecían resueltas para dar un nuevo sentido al llamado “sexo bello” y mostrar su amor a la patria.

—Las mujeres nos hemos pasado la vida disputándonos un lugar en la sociedad, a la par de los hombres —declaró Marcela, buscando nuevas interpretaciones entre líneas.

—Han prosperado mucho Marcela, hacen cosas antes impensables —enfaticó David.

—Siempre hemos hecho cosas así, sólo que no han sido difundidas.

—Eso ha cambiado con el paso del tiempo.

—Pero seguimos ausentes en la mayoría de los testimonios históricos. Los libros están impregnados de hazañas masculinas, David, y no es que quiera ser feminista ni pelearme con

los historiadores, pero hay que reconocer que apenas hacen débiles menciones de los logros femeninos, más allá de sus roles convencionales de esposas, hermanas e hijas; y si las sitúan en medio de las tropas es como enfermeras, cocineras y hasta prostitutas. Debe haber más de lo que se ha escrito... estoy segura de eso. Me hubiese encantado ser reportera en esa época; así habría más evidencias justas y generosas.

—¡De eso estoy seguro! Pero de cualquier forma Marcela: ¿quién dijo que las mujeres fueron concebidas para los espantos de la guerra? Su misión ha sido concebir, no matar; defender su hogar, pues es su manera particular de preservar la patria. Sin ustedes, ¿cómo se regenera la especie, quién resguarda el relevo? Los hombres en las guerras se mantenían vivos con la única esperanza de ser recibidos por sus mujeres en casa. Su tarea era la más noble Marcela, y lo sigue siendo, pero ahora el rol se les ha complicado, deben mantener sus funciones de antaño, pero se le suman otros retos, y la férrea pelea por la justa repartición de los derechos. Yo habría escogido ahorrarme los horrores de una matanza y quedarme en casa haciéndole honor a ese “sexo bello” que mencionas.

—Sí: esperando que alguien llegara con la noticia de la muerte de un hijo, del esposo o del padre. Eso no era noble, era una tortura peor que estar en un frente de batalla. Tú acabas de decir la palabra clave, David: escoger —señaló Marcela—. Ése es el punto: elegir lo que quieres hacer, no que te lo imponga la sociedad, por una condición de nacimiento. ¡Nace mujer: quédese en casa, nace hombre: para la calle! Si alguna pretendía más que eso, era simplemente ignorada, o peor aún: criticada severamente. Me imagino que le daban una palmadita en la espalda, la miraban con lástima por sus descocadas pretensiones, y ya. Y si te alterabas mucho, no faltaría quien te pusiera en su sitio con un discurso ideológico inconsistente.

—¿Y quién te dice que la mayoría de las mujeres no estaban conformes con sus roles domésticos? Seguro lo desempeñaban felices, ocupándose de las tareas establecidas desde niñas. Aunque está claro que si alguna quería actuar de manera distinta, debía vencer una gran inercia.

—Sí. Ser o pensar distinto no debe haber sido fácil.

—Nunca lo es. ¿Pero eso qué importa ahora Marcela? —rió David—. Ya por fin pueden demostrar lo fuerte que son, a la par o mejores que nosotros. Ahora es cuando les queda camino por recorrer, y proezas por celebrar.

—¿Cómo que qué importa ahora? Somos el producto de ese proceso. No hay tanto para celebrar. Ni siquiera se trata de un tema de reconocimiento, simplemente debe disolverse de forma definitiva la línea de segregación, que no exista ni el machismo ni el feminismo, sino

bandos neutrales.

—Estás pidiendo mucho, Marcela, y no entiendo para qué. La línea siempre existirá, la competencia es un elemento motivador, no es necesario neutralizar bandos. Ya bastante se han diluido los límites: hombres que se comportan como mujeres o viceversa; las batallas de la sexualidad se han vuelto demasiado crudas, y a mi modo de ver, a veces carecen de sentido: las mujeres quieren vengarse por esos años de sumisión, y las que se hacen más daño son ustedes mismas; quieren ser súper poderosas; han renunciado a muchas bondades de su gremio sólo para demostrarse superiores ante los hombres. ¡No necesitan hacer eso para convencer al mundo de sus posibilidades! La maternidad, la sutileza, la belleza, son atributos de su exclusividad, independientemente de la situación. Tú por ejemplo: eres inteligente, bella, sensual, madre, y eso no le ha restado a tus posibilidades profesionales. Me parece fabuloso que hagas ver con tu trabajo el valor natural que han mostrado ustedes a través de la historia, pero no desmerezcas su papel en ella. Me gusta percibirte competitiva, triunfadora, pero también quiero que seas un ser para amar y ser amado —cerró David colocando su mano sobre la de Marcela.

—No quiero renunciar a nada de eso. David, no considero mi objetivo relegar las posibilidades del hombre, ni negar la seguridad de su compañía. No quiero, por ejemplo, renunciar a esta sensación divina de tenerte cerca y saberme protegida por ti —concluyó Marcela, y adoptó una expresión melancólica. El tema de conversación sufrió un giro importante.

—No son precisamente las segregaciones sexistas las que me limitan ahora —reflexionó ella—. Nuestro caso es distinto. Quien más me recrimina no es la sociedad, sino mi conciencia. Saberme actuando indebidamente me da una posición indigna de combate. Estoy rebatiendo mis propios principios, rompiendo los esquemas equivocados; mi interés no es transgredir los mandatos matrimoniales. Estoy a favor de la familia... la pareja, pero en esta pelea soy la gran perdedora... una profanadora de valores. Ésta es una guerra moral aguda: no puedo tenerte... pero tampoco puedo dejar de hacerlo.

Marcela calló, y David deseó recuperar el tono que traía la conversación.

—Acabamos de dar un paso abismal en la historia, Marcela, tomamos un atajo bárbaro desde mil ochocientos y tanto, hasta nuestro siglo veintiuno.

—Sí: un gran salto. Por lo menos ahora me ubiqué de nuevo en el presente. A veces me he concentrado tanto, que cuando cierro un libro y salgo a la calle, espero encontrarme con mujeres de vestidos armados y hombres a caballo.

—El asunto no está mejor ahora —señaló David—. Si sales en este instante, corres el riesgo de

ser atropellada por un carro o que te arrebaten la cartera. En cuanto a las vestimentas: sí, andan más ligeras, afortunadamente, pues antes era mucha la tela que se debía apartar si se querían conocer las curvas de una mujer. Ahora saltan a la vista. Ya no es necesario llegar a la intimidad para admirar sus cuerpos.

—¡Vaya! —expresó Marcela con fingido asombro—. Esa sí es una evolución histórica, David. Mientras menos trapo, menos tapujos ideológicos ¿No? ¡Muy buena asociación!

David soltó una risotada; y la bibliotecaria dejó ver el reclamo en su rostro.

—Tengo que irme David. Debo encontrarme con Adriana. No puedo hacerla esperar.

—Está bien. Sal tú primero. Aprovecharé esta tranquilidad para trabajar un rato más. Mientras, me acompañará tu esencia.

—No creo que mi esencia resalte mucho entre los aromas de papel viejo, canela y café.

—Para mí, este aroma de canela y café me recuerda a ti. Me encanta estar aquí cuando no puedo estar contigo. Es uno de los pocos lugares que siento como “nuestro”. Hasta luego mi amor —se despidió él con su habitual beso en los labios.

—Ah...Olvidaba decirte algo —dijo Marcela ya en la retirada—. Mañana en la tarde iré a ver a Lisandro. Hace días que no lo hago. ¿Pudieras acompañarme otra vez?

—Claro que sí. Avísame la hora.

Capítulo 25

LA AYUDA

Era la mañana de un martes; el “Banco del Ahorro” estaba al tope de clientes. Máximo Del Frente llegó a las 9:45 am, hora inusual en él. Una verdadera emergencia médica de su esposa lo había mantenido en vigilia. Varias personas aguardaban su llegada. Con un escueto “buenos días”, atravesó el pasillo entre los cubículos de los empleados, y se encerró en su oficina. Contra su puerta rebotaron las miradas de las damas cercanas, que a diario se refrescaban con su imagen. David Gambardi esperaba en una de las sillas de los visitantes; apenas advirtió la presencia de Máximo, le pidió a su secretaria ser anunciado. La pequeña mujer se levantó de su asiento agitando coqueta su cabello decolorado. Entró a la oficina de Máximo y le entregó una tarjeta de presentación.

—David Gambardi —leyó él en voz alta—. Hágalo pasar por favor.

La secretaria abandonó la oficina arreglándose la falda de su estrecho vestido negro, y treinta segundos más tarde David se asomó discreto por la puerta.

—David: mucho tiempo sin verte, por favor pasa —pidió Máximo.

Ambos se saludaron con un estrechón de mano y unas palmadas en la espalda.

—Es cierto, ha pasado mucho tiempo —confirmó David—. Cuando te vi la última vez, huías de una turba que intentaba aplastarte.

—Sé que lo dices en sentido figurado, pero ésa era exactamente mi sensación. Sin embargo fuiste magnánimo: aún cuando eras un muchacho recién graduado en la cacería de “tubazo” para ganar fama, tomaste el camino menos popular —afirmó Máximo, y señaló una silla frente a él.

— Ni entonces ni ahora me valgo de la mentira para eso. Me extrañó mucho la llamada de tu secretaria. Tenía mucho tiempo sin saber de ti.

—Precisamente esa honestidad es la que me hizo contactarte David. Por fortuna, fue fácil dar contigo, ya no eres el muchacho desconocido de antes: has trabajado duro. No olvido nunca tu gran espaldarazo de esos tiempos.

—No creo haber sido entonces tan benévolo contigo. Tu responsabilidad en aquel incidente estaba clara y siempre me ha sacado de quicio la injusticia.

—Pero publicar evidencias de que esa gente había sido incitada a invadir la propiedad, aun cuando yo la había declarado inhabitable, fue un elemento crucial —recordó Máximo.

—Te ayudó a ti, pues a mí no me resultó muy favorecedor —confesó David—. Muchas de las personas que ansiaban tu inhabilitación política, cuestionaron mi credibilidad como periodista.

—Pero la verdad enaltece, y por eso has crecido todos estos años —concluyó Máximo.

—Y me llamaste para alabar mi reputación, o extrañabas un poco la controversia de esos días —cuestionó David riendo.

—No David; ni siquiera me gusta recordarlo, pero la confrontación malévola y premeditada sigue asechándome. Tengo otra vez mandíbulas hambrientas resollando en mi cuello, y esta vez, cualquiera de las salidas será dañina para mí.

—Pues lamento escuchar eso, pero: ¿por qué piensas que puedo ayudarte? No soy una persona influyente, sólo soy “un humilde periodista en la búsqueda de la verdad” —aceptó mofando la ya gastada expresión de su gremio.

—Te busqué porque necesito confiar en alguien, y fuiste el único en postularse dentro de mi cabeza.

—Ya lograste intrigarme. A ver: ¿en qué andas? —preguntó David levantando la ceja derecha.

Máximo abrió la gaveta de un pequeño archivo situado junto a él y sacó un sobre amarillo. Lo observó unos segundos y lo colocó frente a David, quien esperó un poco antes de disponerse a revisar su contenido; cuando extendió la mano para tomarlo, Máximo le tocó el brazo.

—¡Espera David! —pidió—. Debes saber algo primero: si te involucro en esto es porque estoy desesperado. Esto me abochorna mucho, pero en honor a ese escaso pero contundente evento con el cual nos conectamos antes, me atrevo a jurar que no lo emplearás en mi contra. Puedo imaginar que no guardas muy buena opinión sobre mí, y aún así, sufrirá un vuelco astronómico en mi contra. Sin embargo, confío en que encontrarás los mecanismos para ayudarme.

Máximo se apoyó en el espaldar de su silla, sostuvo la mirada de David, y finalmente le hizo un ademán invitándolo a abrir el sobre. David sacó el contenido y lo examinó brevemente. Se sentía impactado, y debió hacer un esfuerzo formidable para mantener una expresión neutral. Sus cejas fueron las únicas en expresarse, y se alzaron para mostrar asombro.

—No comprendo para qué me muestras esto —comentó el periodista analizando la expresión de su interlocutor.

—Para que comprendas la gravedad del asunto —aclaró Máximo.

—Pudiste mencionarlo solamente. No necesitaba conocer los pormenores —objetó David, quien lucía incómodo con el reciente descubrimiento.

—Pues me interesa que seas minucioso analizando las pruebas, así podrás ayudarme.

—¿Cómo es que confías tanto en mí? Con esto pudiera hundirte —lo retó el periodista.

—Te conozco... no harías eso. Cuando ocurrió el incidente de las casas, fuiste el único en ayudarme, pues tu sentido de justicia imperó sobre la necesidad de renombre. Tu investigación de entonces ahondó en detalles descartados por otros. Ahora podrás hacer lo mismo —aseguró Máximo conteniendo su exaltación.

—Primero termíneme de decir en qué consiste todo esto —pidió David.

—Estoy siendo chantajeado —reveló Máximo con pesar.

David dejó caer los hombros y exhaló.

—¿Por quién?

—No lo sé —confesó Máximo—. Apenas puedo darte algunos indicios. Allí te incluyo información que puede ser útil.

David calló unos segundos para analizar la prueba.

—Entiendo tu apuro, y de verdad me gustaría darte una mano, pero no soy la persona apropiada para eso; no soy investigador, ni mucho menos detective: soy periodista. Llama a uno de esos tipos especialistas en casos como éste.

—¿Estás loco? —objetó Máximo—. Me aplastarían en un santiamén. No cuento con nadie, David. Quienes se hacen llamar mis amigos, dejan de serlo en un instante si ven que pueden salpicarse. ¡Y mis enemigos ni hablar! Para ellos, nada mejor que un pedazo fresco de carne

para devorar. Sólo cuento contigo, David: tú puedes llevar esto hasta su desembocadero.

Ante la insistencia de Máximo, David accedió a dar un vistazo.

—No te prometo nada —advirtió David agitando la cabeza en forma de negación—; sólo estudiaré estas evidencias con ojos periodísticos para ver cuál elemento importante puedo aportarte. Dame dos semanas a ver...

—¡No! —replicó Máximo saltando de su silla—. No dispongo de tanto tiempo David, apenas cuento con días para resolver esto.

—No creerás en verdad que resolveré esto en días Máximo

—David: necesito algo que me libere, o al menos me alargue la hora de la sentencia.

—¿Algo como qué?

—¡No tengo idea! —expresó Máximo con desespero—. Estoy acorralado... aterrorizado. No duermo, no calzo las ideas, no puedo ni hablar con mi esposa, y ya me hace preguntas imposibles de responder. Aquí en el banco no sé cómo manejarme. Si cometo un error se me cae el mundo encima. Ya hasta mi secretaria comienza a mirarme distinto.

Máximo hizo una pausa, para detener la horda de ideas.

—Investiga a ver David —pidió más calmado—. De pronto se te facilitan las cosas y averiguas cómo se relacionan las personas que te menciono allí; analiza bien todos los datos.

Luego de cuarenta minutos de conversación, David abandonó la oficina de Máximo con el sobre amarillo en sus manos. Estaba tan sorprendido como intrigado por la reciente confesión, pero el arrepentimiento le reclamaba por aceptar una tarea que no se articulaba con sus objetivos periodísticos. Semejante encargo sólo sería una distracción para sus labores rutinarias, pero reconoció en sí mismo un poco de curiosidad morbosa.

—No sabes qué cosas interesantes te puede traer esto —se dijo.

Casi dos horas después de su cita con Máximo, David llegó a su apartamento, donde lo recibió la habitual soledad. Soltó su morral en una silla, lavó sus manos y conectó su teléfono celular, extinto de batería desde hacía más de una hora. En la cocina se sirvió medio vaso de agua a temperatura ambiente, completó el contenido con agua de la nevera y lo bebió en grandes sorbos; desde hacía mucho rato lo azotaba la sed. Revisó su cuenta de correo electrónico en la computadora colocada sobre un escritorio, junto a dos hileras de papeles bien organizadas. Entre las cuarenta y dos nuevas correspondencias virtuales, ninguna mereció ser leída de inmediato. Se arrellanó descalzo en su sofá predilecto: un viejo mueble color café, de cojines amansados por el uso y olor a humedad, que lo acompañaba desde su adolescencia. Desplegó sobre una mesita las evidencias recibidas de Máximo y se dispuso a inspeccionarlas con detalle;

lejos ya de su mirada acuciosa, se dio permiso para reírse.

—¡Este tipo sí es versátil! — dijo con burla.

Se descolgó el asombro causado por las imágenes y se enfocó en su objetivo: descubrir la manera de ayudar a Máximo.

Media hora trascurrió antes de escuchar el teléfono. Era su madre. Con tono cariñoso, ella reclamó no haber recibido noticias suyas desde una semana atrás.

—Disculpa mamá. De verdad he estado muy ocupado. Igual sabes que siempre estoy pendiente de ustedes.

—Eso espero hijo. Pero te has vuelto de lo más antisocial: ni siquiera fuiste a la graduación de tu primo. Todo el mundo me preguntó por ti. Por suerte, con tu trabajo es fácil inventar excusas.

—No te voy a mentir mamá: no me provocó ir. Esas fiestas organizadas por los tíos me aburren una enormidad. Un esnobismo desbordado que no va conmigo.

—Yo sé, pero también se trata de tu primo; él igual te quiere David. Allá me preguntaron si te habías divorciado también de la familia, pues ya no se te ve por ningún lado. Cuando estabas casado ibas más a las reuniones.

—Es verdad...

—Pero no te llamé sólo por eso hijo; quería saber de ti. ¿Estás bien?

—Estoy bien mamá, quédate tranquila. En cualquier momento me doy una vueltica por allá. ¿Cómo está papá?

—Bien. Con sus chocheras de siempre. Quiere que vengas a firmar unos papeles... por lo de la herencia. Tiene metido eso en la cabeza. Hasta nerviosa me tiene.

—¿Y sigue con ese tema?

—Sí. Tú sabes cómo es él. Según dice, quiere pasar el resto de su vida sin pensar en papeles, y necesita dejar clara la situación tuya y de tu hermana. Le preocupa que estés viviendo en ese apartamentico alquilado, cuando puedes comprarte algo mucho mejor, o incluso vivir aquí con nosotros. Esta casa es demasiado grande para dos viejos como nosotros.

—Por ahora estoy bien aquí mamá. Ya veré más adelante. Gracias por la oferta.

—¿Oferta? ¡Qué formalismo David! —rió la madre—. Ven a verme hijo, me haces mucha falta.

Cuando terminó la conversación, David dio un vistazo rápido a su apartamento. Reconoció que tras abandonar su vistosa residencia de casado, dos años atrás, se había concretado a unos cuantos objetos básicos para el ejercicio de sus actividades cotidianas. El espacio carecía de brillo, era simple y básico. El sofá, dos mesas, tres sillas, un ventilador de pie, una nevera, un

horno microondas y una cama individual eran sus pertenencias principales, además de unos cuantos utensilios de cocina que le asistían en sus intentos culinarios. Tal vez ése era el reflejo de una etapa sombría, en la cual se había dedicado excesivamente a su trabajo. Ahora, con el resurgimiento de la ilusión y el enamoramiento, David comenzaba a mirar de nuevo hacia su entorno. Imaginar en ese espacio inhóspito a su enamorada le resultaba improcedente; tal vez era el momento de transformarlo en uno más acogedor.

Capítulo 26

NUEVA INVESTIGACIÓN

Habían pasado dos horas desde la hora acordada y David aún no llegaba; en su teléfono móvil, la voz grabada de una mujer, repetía una y otra vez la indisponibilidad del usuario para responder. Para Marcela cada minuto se extendía más de la cuenta, pero se resistía a la idea de abandonar el lugar sin verlo. Fijó un tiempo de descuento; debía cumplirlo para obedecer al pacto declarado por ambos, pero al extinguirse lo reiniciaba bajo la promesa de que sería el último. Estancada en un estacionamiento, Marcela advertía cómo la noche se acercaba, y le aconsejaba partir. Ya un poco atemorizada, se sobresaltó cuando David tocó la ventanilla del vehículo, pero enseguida sintió euforia y alivio. David ocupó el asiento contrario y no dio tiempo a Marcela de recibirlo como de costumbre.

—Vámonos rápido de aquí Marcela —le ordenó.

Marcela no reaccionaba, observaba a David para inferir si él le gastaba una broma.

—¿Qué pasa? No juegues así conmigo, me pones nerviosa —reclamó ella.

—No estoy bromeando. Arranca ya. Alguien me ha estado siguiendo.

Marcela obedeció, sin tener idea alguna del motivo para tanto apremio. Condujo según las instrucciones de David, tomando rutas trazadas como laberintos. Luego de haberse alejado unos kilómetros, se detuvieron en el recodo de una estación de gasolina.

—Aquí estamos bien —determinó él.

—¿Pero qué pasa David? ¿Quién te sigue?

—Un policía. Está vestido de civil pero sé de quién se trata. Ya lo he visto cerca varias veces, y no es por casualidad.

—¿Pero... y eso por qué? —preguntó Marcela asustada.

—No estoy seguro, debe ser por una investigación en la que trabajo, donde está involucrado un oficial. Llegué mucho antes que tú, pero vi al hombre acercarse y me escondí. Quise llamarte pero me quedé sin batería. Esperaba que te fueras, como habíamos acordado, pero te quedaste más de la cuenta.

—No quería irme sin verte, esperaba tanto...

—No necesitas explicarme mi amor —le interrumpió él besándola en los labios—. Yo también esperaré horas por ti si fuese necesario. Pero no debes exponerte sin necesidad. Si no llego a tiempo, te vas y luego nos encontramos de nuevo. Pude acercarme porque confundí al hombre

y creyó que me había ido. Me preocupaba dejarte allí sola. Ya de por sí es riesgoso permanecer en un carro y más con la noche encima. ¡No lo hagas de nuevo mi amor!

—¡Está bien! Pero aún no entiendo. ¿Eres perseguido por la policía?

—¡Sí... pero no! No he violado ninguna ley ni he cometido delito. Sólo sé algo que a alguien no le conviene, y eso me pone en una situación delicada; no quiero involucrarte. Mejor si no sabes nada.

—No David: no pretendas tratarme como a una niña. Cuéntamelo, más aún si eso nos afecta. Estás agitando mi curiosidad femenina junto a la periodística. Ni pienses dejarme así en el aire.

—No seas terca Marcela. Déjalo así.

—¡Terca soy! ¿No te has dado cuenta todavía?

—Sí, lo sé—aceptó David, anticipando la insistencia de Marcela.

—Voy a medio contarte... es algo muy delicado y confidencial. No se lo he dicho a nadie, y aunque al principio parecía un jueguito de chantaje y poder, he descubierto en el cuento vertientes interesantes y peligrosas.

—Te escucho —accedió Marcela.

—Bueno: hay una persona a la que conozco desde hace algunos años, cuando yo me iniciaba en mi carrera. Es Máximo Del Frente, el antiguo alcalde. No es ni era mi amigo, no es ni era de mi confianza, pero en aquella época escribí un reportaje de periodismo novato que lo ayudó a sortear un embrollo. Tampoco fue su panacea, pero aquello funcionó como un respiradero para él, y de alguna manera se las arregló para zafarse. Ahora, después de todos estos años, me contactó para que lo auxiliara de nuevo: alguien lo está extorsionando con unas fotografías muy comprometedoras y vergonzosas.

—¿Y de qué tratan las fotografías? ¿Son de aquella época?

—No, son actuales. Te las mostraré en su momento Marcela. Por ahora debes amansar tu curiosidad. Confórmate con lo que te digo.

—Está bien —cedió Marcela con desgano—. Sigue contándome lo que quieras y puedas.

—Bueno —aceptó David—, las fotos son comprometedoras por varios aspectos: el primero, por lo bochornosas que son de por sí. Si el asunto se hiciera público, este señor tendría que enterrarse vivo. Los años invertidos en remendar su imagen de hombre honorable, habrán sido una pérdida. Ahora es un hombre de bancos, nuevamente respetado en sus círculos; con esto retrocedería a los conflictos del inicio y hasta le iría peor.

—Cuéntame lo que pasó con él en ese entonces, cuando lo conociste —pidió Marcela.

—Te cuento: Máximo fue culpado de emplear materiales de segunda en la fabricación de un

lote de viviendas populares. Una empresa auditora denunció fallas de construcción, y las obras se paralizaron. En medio de la discusión, unas familias humildes aprovecharon de meterse a vivir, obviamente sin permiso, en unas casas que ya estaban bien adelantadas. Se desplomó un techo y mató a un niño de dos años mientras dormía en su cuna. Allí se desató el escándalo. Pero luego se revelaron más errores: el problema principal no era la calidad de los materiales, sino el terreno. Las viviendas se habían construido sobre unas tierras fangosas donde supuestamente había existido una laguna, hace muchos años. Es decir, se saltaron estudios de suelo y levantamientos topográficos serios. ¿Quién era entonces el responsable de eso? ¡Ni idea! —se respondió él mismo.

Marcela escuchaba con atención, dibujando en su cabeza las imágenes presentadas por David, como si fuese un testigo presencial.

—¿Y nadie sabía de esa gente viviendo allí? —preguntó Marcela, considerando como obvia la custodia del lugar para evitar la ocupación indebida.

—Sí se supo —enfaticó David—. El cuento es que las familias no aceptaron la explicación de las casas defectuosas, y declararon frente a cámaras de televisión que de allí sólo salían muertos. Y esa fue una sentencia para el pobre muchachito inocente, y ante tal tragedia, salieron a reclamar y demandar frente a los mismos reporteros de antes. Pero ya a esas alturas no eran sólo ellos, se sumó una turba de gente que venía de zonas cercanas. Fue un lío tremendo, nada podía borrar la imagen de la mujer llorando con el hijito muerto en brazos. Y como debía nombrarse un culpable, le tocó a Máximo, el alcalde. El hombre fue hostigado, y muchos opositores aprovecharon para descargarle encima más basura de la que le correspondía. La persecución moral fue asfixiante, se le hicieron acusaciones denigrantes, a las que él respondió calmado al principio, hasta que se obstinó, y cayó en la trampa de los provocadores, así que dijo y desdijo frente a las cámaras, desde insultos hasta disculpas. La más fiera acusadora fue una mujer, oficial de la policía, que dio resguardo a los invasores cuando los querían desalojar, y metió la pata, pues sin conocer los antecedentes del caso, adoptó el papel de defensora de pobres, y en vez de ayudar a sacar a la gente, plantó allí a unos policías armados para evitarlo. Cuando ocurrió la tragedia, todo el mundo se sacudió el problema, como ocurre aquí con todo, y ella fue la primera en destrozar a Máximo.

—Pero bueno David —reflexionaba Marcela—. Sin saber mucho del asunto, se supone que un alcalde no puede estar sobre todas las cosas, para eso le delega a su gente, supuestamente capacitada. En ese caso se hacen investigaciones, se buscan los verdaderos responsables...

—No necesariamente es así Marcela, la cabeza del grupo es la que debe responder, si se trata

de alguien serio. Claro, en casos así cualquiera desollaría al más pendejo sólo para dejar ver un castigado. Máximo no lo hizo, tal vez fue su acto de honestidad... una costosa demostración de rectitud.

—¿Y cuál fue tu papel en todo eso?

—Bueno: en esa época, andaba yo buscando cuanto lío se presentara para un batacazo, pero también me esforzaba en ser justo y no dejarme cegar por la euforia. Imaginarás que la declaración de un desconocido como yo, no era garantía, pero puse sobre el tapete la tabla de salvación para Máximo: el día aquel en que los padres del niño, y todos los demás invasores, se negaron a irse, yo logré filtrarme y hablar con ellos. Les inspiré confianza, y me confesaron que alguien les pagaba para que se mantuvieran allí. Un amigo me acompañó y lo filmó todo. La gente no creyó lo de la inestabilidad del terreno, o mejor dicho: los convencieron de que eso era mentira, y les preocupaba perder los derechos sobre las casitas si llegaban a abandonar el lugar. Al final, tú sabes Marcela cómo es la gente, escucha lo que más le gusta o interesa, y entre tantas teorías, tomaron la peor decisión: quedarse allí. Como la policía también los apoyaba, dudaron de los riesgos. Pero en eso había mucho más que un caso de resguardo a invasores. Ellos me mostraron el dinero, se los dieron metido en una bolsa plástica. Eran unos míseros billetes, pero mucho más de lo que hubiesen podido pretender en medio de su pobreza, sin trabajo, techo ni comida.

— No les alcanzaría ni para los gastos de entierro —puntualizó Marcela.

—Es así —aceptó David—. Luego de eso, hice mi correspondiente artículo echando el cuento con fotos y detalles, así formé otro frente de discusión. Aunque nadie sabía quiénes eran los que pagaban, quedó clara la intervención de terceros, y con los invasores extorsionados, el asunto cambió a favor de Máximo —explicaba David haciendo rápidos gestos con las manos.

—¿Y cuál era el móvil real de todo eso; por qué tanto interés en mantenerlos allí ? —quiso saber Marcela.

—Pues... los terrenos no eran inicialmente del estado, se los habían vendido una familia muy acaudalada. Te estoy hablando de más de diez hectáreas, Marcela, no era poca cosa. De esa negociación, se beneficiaron unos cuantos, pues los dueños, conscientes de la calidad de las tierras, vendieron barato, pero los intermediarios inflaron lo precios de una manera exorbitante, para guardarse la diferencia. El punto era que con las investigaciones, esa manipulación se ponía al descubierto, y era mejor desviar la atención hacia algo más ruidoso: los invasores. Pero lo hicieron muy mal; no consideraron los riesgos, y pasó lo del niño. Cuando se ventiló lo del pago a los invasores, Máximo respiró y se redimió, pues obviamente no se

trataba de él. Tal vez se le podía acusar de construir en tierras no aptas, pero no de arriesgar en forma premeditada la vida de personas humildes. Ése era otro asunto.

—¿Y esta oficial de la que me hablas estaba relacionada con la venta?

—No, para nada, pero como había estado involucrada en el asunto, era sensible a cualquier acusación; la embaucaron y decidió cubrir a los verdaderos involucrados, para cubrirse las espaldas ella misma. Recuerda que ella alentó a los invasores para que se quedaran.

—¿Fue extorsionada entonces?

—Ni siquiera creo eso, no hizo falta, se asustó tanto que comenzó a dar justificaciones desordenadas, y llegó a estar tan envuelta como los otros.

—¡Qué enredo David! —sacudió Marcela la cabeza.

—Después de tanto ruido, llegó un punto de silencio; la oficial no se metió más con Máximo ni él replicó. El público se aburrió y olvidó, cosa usual en este país, y fue poco más lo que se supo al respecto. Hoy el lugar es pura maleza, demolieron las casas para evitar nuevas ocupaciones, y hasta se ven evidencias de la laguna acercándose de nuevo. Toda una prueba de ineficiencia desde cada esquina.

—Ahora traslada toda esa historia a tiempo actual —pidió Marcela—. ¿Quiénes están en las fotos? ¿Por qué te persiguen a ti? ¿La oficial está involucrada? —preguntó Marcela ansiosa.

—Antes de responderte—adelantó David— debo agregar que cuando reventó el problema de las tierras, y la oficial estuvo tan implicada, salió el hijo, policía también, a defenderla. Era un tipo prepotente llamado Rosendo; se creía un gran personaje porque llevaba ese uniforme, pero a final de cuentas no era más que una marioneta manipulada por la mamá. Para defenderla, se puso a insultar a Máximo públicamente, y se enredaron como muchachitos en “dimes y diretes”. Hasta la prensa perdió interés en sus discusiones, pues mientras el policía culpaba al alcalde, éste lo calificaba como “tonto útil” de su propia madre; le dijo que él no discutía con muchachos en pañales, y cosas así. El hombre embarró a Máximo con insultos callejeros, y algunos hasta aseguran haberle escuchado amenazas de muerte.

—Esto parece una novela —rió Marcela—. ¿Y el asunto final es...?

—El asunto final es que el nombre de Rosendo aparece de nuevo, ahora en el chantaje de Máximo ¡Los dos junticos otra vez!

—Explícame cómo es eso entonces —pidió Marcela.

—En este momento, Máximo está en una situación de provecho para terceros: él es el gerente general de un banco, y lo están chantajeando para que apruebe un crédito ficticio, con el que alguien se meterán en el bolsillo unos buenos reales.

—¿Pero el chantaje tiene que ver con ese asunto de los invasores?

—No... nada. Ahora lo que le piden a Máximo es que apruebe un crédito y les otorguen en calidad de préstamo la cantidad de dinero solicitada; la cual, obviamente, nunca será devuelta al banco.

—Pero lo descubrirán fácilmente. No se puede hacer un fraude así tan fácil. En algún momento, cuando falten las cuotas del crédito, comenzarán a llamar a los deudores.

—Pero de aquí a eso, ya no habrá a quién cobrarle, y a ellos no les importan las investigaciones posteriores; si a Máximo lo fusilan o lo enjuician, no será problema de ellos.

—Y a todas estas, ¿quién te persigue a ti y por qué?

—Creo que es un enviado de Rosendo, el policía.

—¿Pero por qué lo crees? —insistió Marcela.

—Porque vi a Rosendo el día en que fui al banco: él esperaba afuera cuando salí de hablar con Máximo. Andaba en su moto, vigilando la entrada —explicó David.

—¿Pero él te conoce a ti, te recuerda? —interpeló Marcela.

—Claro que me recuerda —confirmó David—. No le cayó muy bien mi intervención defendiendo a Máximo, y un día en que nos cruzamos, se me plantó al frente con cara de malos amigos. No dijo nada, pero dejó muy clara su enemistad. Creo que ahora vigila a Máximo, y debe haberse sorprendido con mi aparición, nuevamente. El hombre ya me debe haber asociado con todo esto, e imagino que me puso un guardia para averiguar hasta dónde estoy enterado. Pero éstas son puras especulaciones mías. Por eso debo investigar más.

David y Marcela fueron sorprendidos por un vigilante privado, quien les hizo señas para que abrieran la ventana.

—Disculpen señores. Necesito que muevan su vehículo, un camión va a descargar mercancía en esta área.

—¿Y descargan mercancía de noche? —cuestionó David.

—A toda hora señor.

Marcela tomó conciencia del tiempo transcurrido, y la urgencia de partir opacó la curiosidad de conocer más detalles.

—Debo irme David. No me había percatado de la hora. Después terminas de explicarme todo esto —dijo antes de besarlo—. Por favor cuídate mucho.

Capítulo 27

EL HIJO DE LA SARGENTO

Rosendo Pérez era policía de nacimiento. Iris, su madre, le sembró el gusto por la profesión en su cuna, y él lo aceptó como un rasgo más de su herencia genética, junto al cabello rubio y los ojos azulados que sólo él, mayor de cinco hermanos, pavoneaba con orgullo. Cuando era un bebe, Iris solía sacarlo de casa bajo la protección de una sombrilla, pues no deseaba ver curtida su delicada piel, y poner en duda la supuesta estirpe, pura y fina. Apenas aprendió a trapear los cuidados maternos, Rosendo escapaba hacia la calle para jugar con sus amigos del barrio: una divertida trulla morena que alborotaba el barrio con el juego del “escondite” y la “eres”, bicicletas, carruchas artesanales de madera, patines y pelotas de diversos diámetros y colores, empleadas en los juegos tradicionales, o para derribar la generosa cosecha de los árboles de mango. Cuando Iris advertía la ausencia de su hijo, salía indignada al rescate; le era fácil distinguir los bucles dorados de Rosendo, que llegaban a parecer ajenos a su rostro enmascarado con tierra, sudor y grasa. Iris se llevaba al niño para evitar la mezcla con quienes no compartían su clase social: una inventada por ella y la cual se obsesionaba en mostrar como diera lugar. Paseaba por la calle portando bolsas de tiendas “finas” con rellenos falsos, para restregar a sus vecinos las suntuosas compras. Tenía instalada una antena inservible de televisión satelital que casi aplastaba el frágil techo de la casa. Frecuentaba supermercados de zonas más privilegiadas, donde adquiría los mismos insumos del mercadito de la esquina, pero a mayor precio. Repetía la promesa sempiterna de un carro importado que “casi” estaba por llegar. En síntesis, una tormentosa fantasía empleada por los vecinos para aderezar sus chistes. Más adelante, cuando nacieron sus demás hijos, de tez mestiza y rebeldes cabelleras oscuras, Iris debió bajar volumen a sus ímpetus.

Los disfraces infantiles de Rosendo recorrieron todo el repertorio de héroes de ficción, y en sus pequeñas manos empuñó desde las espadas plásticas color oro, hasta las típicas armas de utilería con que los chicos enfrentan villanos en su imaginación. Iris lo proyectaba como el hombre fuerte con aires de supremacía, y lo convenció de haber nacido “para mandar y no para ser mandado”. Esta idea tenía validez incluso frente a sus hermanos, pero quedaba desarmada ante la propia madre, quien se esmeró en inculcar a su hijo sumisión y obediencia absoluta ante sus mandatos. Pese al temperamento prepotente en formación, la debilidad de Rosendo se haría luego evidente, frente a otras figuras femeninas de voz mandante y con cierto aire de

autoridad sobre él.

Ya en la adolescencia, el semblante rubio de Rosendo permitió ciertos privilegios sociales que sumó a su condición de “hijo de policía”; éstos eran útiles para defenderse de las bandas de delincuentes engendradas en las calles, y para ganar créditos en las contiendas amorosas. Al culminar la fase secundaria de sus estudios, con torpeza y mediocridad, cumplió el sueño de ingresar a la academia policial; la misma que acreditó a su madre una veintena de años atrás. Una vez cumplido su entrenamiento, el incipiente funcionario celebró el suceso con una ruidosa fiesta en el zaguán de su casa. En horas de la madrugada, junto a un centenar de botellas vacías y apiladas, la ebriedad de Rosendo sólo dejaba ver el blancor de sus ojos. En un arranque de euforia, tomó el arma de su madre, y tras perforar las nubes, se declaró intocable.

—Ahora nadie se mete conmigo ni mi familia. El que se atreva me conocerá como al mismo diablo.

Su madre, vencida en una hamaca por la borrachera, reía la gracia de su pupilo y vaticinaba para él una vida de poder y gloria.

Las primeras intervenciones en operaciones policíacas le mostraron a Rosendo un semblante distinto de la ciudad. Su uniforme azul marino, el arma y una motocicleta, le proveían un poder que pretendía emplear en beneficio de la comunidad, pero la inercia de las calles y la vorágine del empobrecido sistema de seguridad ciudadana, se apoderaron de él; las altruistas intenciones ventiladas por años, fueron desplazadas por el intenso deseo de poseer más de lo que le correspondía, según un mezquino sistema de salarios. Los oficiales más baquianos lo condujeron por corruptas vías para engrosar su sueldo; aun así, el balance de sus ingresos no le permitían abandonar el barrio, la casa y a sus vecinos de siempre: algunos de ellos amigos de infancia convertidos en delincuentes, y más respetados que él mismo.

La popularidad de Rosendo en la población femenina prosperaba: las jóvenes se disputaban los piropos lanzados por él a su paso, se reñían el lugar en su cama, y luego se disputaban la paternidad de sus hijos. Su conducta familiar era irresponsable y superficial: a los treinta años ya había convivido con cinco mujeres, y engendrado dos niños; quizás habría tenido media docena más si no hubiese sido sorprendido por una anomalía testicular que comprometió temporalmente su fertilidad; una sencilla operación le restauró su hombría y lo hizo padre de dos nuevas criaturas, nacidas de madres distintas con tres meses de diferencia. Su mayor obsesión machista era despojar de su virginidad a las jóvenes conquistadas, y si en los trances del amor y la sexualidad, encontraba a alguna que no lo fuera, le restregaba hasta el cansancio no merecer los beneficios de las “señoritas”, incluida su fidelidad. Las mujeres que lo dejaban o

eran abandonadas por él, formaban una especie de clan en el cual vaciaban y compartían su desdicha; las recién llegadas pasaban a ser consolada por quienes ya habían superado los ahogos de la desolación. En las nutridas asambleas, sobraban los adjetivos descalificativos para el policía: esquizofrénico, mujeriego, paranoico, desalmado, obsesivo y el más denigrante de todos, por lo menos a oídos del implicado: “mala-cama”. Sólo cuando sus mujeres se zafaban de su acoso y superaban el dolor por la pérdida de las comodidades hogareñas con que él las mantenía dóciles, eran capaces de confesar y airear las escasas dotes masculinas de su amante. Era una venganza segura de las féminas ofendidas, revelar a otros que Rosendo, el respetado policía del barrio, el hijo de la sargento, el poderoso personaje de rostro colorado, mirada azul y cabello rubio, tenía los genitales como los de un niño de doce años. Cuando la conversación entraba en calor, y sorteaban la rivalidad de otros tiempos, indagaban con morbosa curiosidad sobre el performance en camas ajenas, y todas coincidían en que Rosendo era incapaz de satisfacerlas sexualmente, no solicitaba encuentros íntimos con la ansiada frecuencia de otros amantes, y era casi inmune a las sugestivas ropas íntimas, empleadas para sobredimensionar su habitual desempeño. En síntesis, el sexo no era ni el fuerte ni la prioridad del policía, en contradicción a su imagen de sobrada hombría. Sin embargo, las nuevas interesadas en su amor, aseguraban que tales afirmaciones respondían a los desvaríos del despecho, y ansiaban ser ellas las próximas afortunadas.

Pero no todas las amantes de Rosendo aceptaron resignadas su bochornoso abandono y humillación. Con tres años de convivencia marital y un hijo del policía, Yurielis, de veinticuatro años, fue desterrada con su bebé en brazos y un bolso de precario contenido. El resto de los enseres como vajillas, adornos, electrodomésticos, lencería, utensilios de cocina y vestuario, sobre los cuales ella clamaba total autoridad, quedaron fuera de su alcance luego que su marido alegara traición, ardid éste empleado con frecuencia para despejar el camino cuando divisaba un nuevo objetivo amoroso. El tema de la infidelidad siempre ocupaba un puesto importante en las relaciones de Rosendo: él navegaba en la zozobra al imaginarle amantes a sus mujeres, y sorprendía con sus conductas enfermizas, como revisar sus prendas íntimas y hasta explorar sus cuerpos para hallar evidencias de contacto carnal reciente con otros hombres. Las acosaba telefónicamente mientras estaban ausentes de casa, para solicitar detalles de sus pasos, y dudaba de cuanta razón le dieran para abandonar el umbral hogareño sin su compañía. Con Yurielis había puesto en duda la paternidad sobre su hijo, y en los días previos al alumbramiento la devolvió a casa de su madre con la repentina idea de que ese niño era producto de un “cacho”. Se negó a atenderla cuando ella, en pleno proceso de parto, le

telefoneó buscando ayuda para trasladarse al hospital, y la desafortunada joven debió recorrer en autobuses y taxis, cinco hospitales públicos de la ciudad, por no haber plazas disponibles para nuevas parturientas. Las diez horas de “ruleteo”, tal como suele apodarse al vía crucis de las madres con escasos recursos que precisan de atención médica, culminaron en una precaria medicatura de la ciudad. Yurielis fue colocada en una camilla, a esperas del médico de turno, y quedó absolutamente sola, pues privaron a su madre de acompañarla, siguiendo reglas imprecisas. En la sala de parto, llamada así no por estar adecuada para tal función, sino por el gastado rótulo de la puerta, Yurielis permaneció desatendida por tres horas, y cuando su madre burló la custodia del debilucho guardia, se encontró con que la muchacha había ya expulsado a su hijo, y éste se retorció en un balde lleno de compresas viejas y sangre fresca, a los pies de la paciente. La mujer tomó al bebé del charco rojo, y por instinto le dio respiración boca a boca, salvándolo de morir ahogado. Yurielis, desmayada en la camilla, no alcanzó a presenciar la escena, y cuando despertó, su madre sostenía al recién nacido envuelto en una manta azul cielo.

Al siguiente día, Rosendo apareció abofeteado por la culpa, y lloró horas de arrepentimiento. Cuando tomó al niño en sus brazos no pudo negar más los genes comunes, pues su frente llevaba rotulado su mismo remolino en medio de una pelusa amarilla. El policía retornó con su nueva familia, y por semanas el remordimiento se transformó en atenciones para Yurielis. Pero en las semanas siguientes, el hombre hizo las paces con sus antiguas andanzas, y Yurielis tomó la decisión de abandonarlo. Enfrentó a su marido para informarle que se llevaría la mitad de todo cuanto habían acumulado juntos, segura de contar con los mismos derechos. Rosendo la miró divertido por el atrevimiento, y al ver terminado su discurso, le expresó a la muchacha que de su casa no salía un solo “perol”, pues si era ella quien tomaba la decisión de dejarlo, debía asumirla con todas sus consecuencias. Pero esta vez Yurielis estaba mejor asesorada: Alba, su empleadora de labores domésticas, le aseguró disponer de los mismos derechos que él, según leyes claras sobre el concubinato, y se ofreció para llevar a cabo una operación de rescate, sin respetar límites éticos, legales o de seguridad. Según Alba, la situación lo ameritaba, y no permitiría al policía retener las pertenencias de la “pobre Yurielis”. Bajo tal precepto, armó un plan.

Yurielis y Rosendo habían ocupado un anexo construido sobre la casa de Iris. La poca privacidad ofrecida por un área independiente al resto de la residencia, fue franqueada cuando Iris exigió la llave, alegando que sólo desde allí se tenía acceso a la inservible antena de televisión. Rosendo, ya habituado a los excesos de su madre accedió sin discutir, y Yurielis debió apegarse

a tan incómoda condición. Como era de esperarse, Iris irrumpía en la pieza cuando se le antojaba, pero si le solicitaban algún favor, como vigilar una olla en el fogón, o cuidar al bebé dormido en la cuna, ella mostraba su indisposición a meterse en casa ajena, y de plano negaba cualquier posibilidad de ayuda. Iris era una intrusa a conveniencia con visibles celos por su hijo; tras la salida de Yurielis, la sargento se sintió dueña y señora de la pieza y de cuanto artefacto allí estuviese, especialmente un horno microondas en el cual calentaba hasta lo más insólito, por el solo placer de accionarlo: agua, goma de pegar, hielos, cremas faciales, cera depilatoria o cuanto se le ocurriera.

La asistencia que Alba ofreció a Yurielis tenía como objetivo recuperar bienes adquiridos en condición de pareja, pues la posibilidad de lograrlo por vía legal lucía lejana y compleja. El sencillo plan consistía en abordar la pieza a hurtadillas y sacar una a una sus pertenencias. El día escogido fue un viernes, cuando se planificaba el bautizo de un familiar de Iris. No era difícil encontrar en tal ocasión, la excusa perfecta para el derroche ético, y de seguro Rosendo participaría en el festín junto a su madre. Bajo el resguardo de la noche, Yurielis, Alba y otras cuatro voluntarias del grupo de yoga, llegaron a la pieza, rogando que a Rosendo no se le hubiese ocurrido cambiar la cerradura. Una dama se apostó frente a la casa donde se llevaba a cabo la celebración, para notificar la presencia cercana de alguna persona indeseada o amenaza hacia la operación; otra permanecía atenta frente a la propia casa de Rosendo, y una joven vecina, amiga entrañable de la implicada, se encargó de mover algunas redes cercanas para mantenerse informada sobre los movimientos de la familia en la fiesta. El acceso lateral de la pieza favorecía un ingreso discreto, y permitía el aparcamiento del camión de carga, sin levantar demasiadas sospechas. Las mujeres, vestidas de negro, subieron las escaleras con cautela. Yurielis introdujo la llave temblorosa en la cerradura, y se encontró con el primer obstáculo.

—El desgraciado cambió la cerradura —declaró al ver la llave trabada.

—Cálmate. Sigue tratando; si no funciona, emplearé otros métodos —le pidió Alba, quien mantendría ocultas habilidades de cerrajera, hasta tanto fuese necesario.

Yurielis hizo otro intento.

—¡Abrió! —susurró jubilosa.

—Ese Rosendo, como se cree blindado en su condición de policía, ni siquiera cambió la cerradura —rió Alba al reconocer la torpeza del hombre.

Las damas comenzaron a juntar objetos de acuerdo a una justa división, apuntada por Yurielis en una hoja de papel: artefactos electrodomésticos, incluido el microondas, implementos de

cocina, un televisor de trece pulgadas, dos paisajes marinos colgados en la pared, el corral del bebé, cinco cojines, una mecedora de madera, un sofá de tres puestos, y otros objetos menores; todo fue desalojado con la ayuda de dos individuos, usuales colaboradores, quienes no hicieron mayores preguntas con tal de recibir su paga. Yurielis dejó los objetos de la habitación para el final: de allí, estaba considerado el vestuario de Yurielis y su bebé, una almohada ergonómica, un edredón y otros artículos personales sobre los cuales la muchacha se atribuía absoluta potestad. Cuando Yurielis se disponía a entrar la habitación, notó el aire acondicionado encendido, y tuvo la cautela de abrir cuidadosamente para descubrir, con asombro, a su suegra durmiendo casi desnuda: estaba boca arriba, con los brazos abiertos en forma de cruz, y las piernas separadas. Roncaba sonoramente, y descargaba un tufo insoportable de alcohol. El terror paralizó a Yurielis; fue Alba quien le devolvió el aliento —Vamos niña, deja lo que esté adentro —le dijo, mientras la halaba para cerrar de nuevo la puerta.

El suceso promovió la interrupción súbita del trabajo, y emprendieron la huida.

—Falta el aire acondicionado de la sala —expuso Yurielis.

—No hay tiempo niña. Eso hay que desmontarlo, y nos van a descubrir —objetó otra de las damas.

—Entonces no lo usará ninguno de los dos —concluyó ella, y en una rápida maniobra despojó al aparato de la carcasa frontal, para dejar al descubierto sus entrañas.

El camión de carga partió sin contratiempos, y las damas abandonaron el lugar según lo planeado. Rosendo regresó a su hogar en la madrugada, se lanzó con ropa y borrachera sobre la cama, y no supo de lo ocurrido hasta que su propia madre lo despertó gritando.

—¡Nos robaron, Rosendo, se llevaron todo! ¡Llama a la policía!

En la confusión Rosendo se levantó correteando por la casa buscando a los ladrones.

—¿Qué policía mamá? Nosotros somos policías.

Iris lo miró comprobando el sentido de sus palabras, y Rosendo dio una palmada iracunda sobre la mesa.

— Nos dejamos robar como unos pendejos.

La mañana siguiente, el grupo de implicadas reía lágrimas vivas al imaginar la cara de sus víctimas.

—¡El policía del barrio... y su mamá la sargento! —enunciaban orgullosas de sus habilidades.

Mientras Yurielis se comía las uñas, anticipando el alcance de su operación.

—¿Y si me mete presa? —se preguntaba Yurielis

—Qué te va a meter presa muchacha, esas son tus cosas; todo el mundo sabe que tú eres mujer de Rosendo. Aparte de eso, pena le debe dar ir a la comisaría para decir que la indefensa mamá de su hijo lo desvalijó —respondía Alba para romper de nuevo en carcajadas.

—Y si va a casa de mi mamá a llevarse todo de nuevo —planteaba la muchacha.

—Pues no le darás ese gusto—respondió una de las damas—. Mantén escondidos esos peroles hasta pasar el vendaval.

Y así sucedió. Rosendo intuyó enseguida la autoría de Yurielis, y por recomendación de su propia madre, no llevo el asunto a mayores instancias, en buena parte por no explicar cómo los habían burlado. Rosendo llegó a la casa materna de Yurielis con su característica prepotencia, y ella, lejos de negar lo sucedido lo enfrentó con actitud desafiante.

—Pues sí: agarré mis cosas mientras tu mamá pasaba una borrachera en mi cama con las tetas afuera. Ni me arrepiento, ni pienso devolverte nadita; es más, pienso ir a recoger lo que me queda.

—Pues antes tendrás que matarme—anunció Rosendo.

—¡Pues será! —replicó ella—. De todas maneras no tengo más que esperar otra borrachera para burlarlos a los dos. No sabré yo cómo te pones con unas cervezas encima.

En un duelo declarado, la vida de Yurielis y Rosendo transcurría entre amenazas, insultos, gritos, peleas de manos y puntapiés, incluso en medio de la calle. Responsable como se sentía por la situación, y preocupada por el tono del conflicto, Alba decidió visitar a Yurielis para aconsejarle detener la batalla, en beneficio del hijo común. En casa de Yurielis, la recibió uno de los hermanos menores, quien le invitó a continuar hasta el garaje, justo el lugar donde se almacenaba gran parte de los objetos recuperados. Cuando Alba entró, se congeló ante la escena presenciada: Rosendo descansaba arrellanado en una poltrona con los pantalones plegados hasta las rodillas; su pié derecho estaba sumergido dentro de un balde azul con agua y vapor, mientras su pierna izquierda reposaba en la rodilla de Yurielis; ella, sentada frente a él en una pequeña banqueta de madera, le hablaba cariñosamente y le masajeaba su pie con aceite; actuaba con actitud tan servil, que Rosendo no podía ocultar su satisfacción.

—Cuando termine el masaje te corto las uñas papi, yo sé cómo hacer para que no se te encajen —le ofrecía ella cariñosamente.

—Bueno: pero apúrate, mujer, porque tengo una reunión en el comando —le ordenaba Rosendo.

—Pero no te vayas papi, si apenas acabas de llegar —le replicaba ella con voz aniñada.

Alba no sostuvo más el silencio, y se acercó con un árido discurso comandado por la palabra

“sinvergüenzas”.

—Por eso es que hay maridos abusadores y majaderos, por mujeres idiotas como tú que le aguantan cuanta desfachatez se les ocurre. Por eso mismito andan por allí dándose las de galanes —replicaba Alba—. Más idiota no puedes ser, niña: el hombre te abofetea, te humilla y te hace lo que le venga en gana, y tú, después de montar tu gran drama, lo aceptas como si nada. Y no sólo eso... ¡hasta le das masajitos en los pies al mal nacido este!

Yurielis ya estaba de pie en un rincón del garaje, con las manos cubriéndose el rostro.

—Bueno, ¿usted no ve que él vino arrepentido? —aseguraba la joven.

—¡Qué arrepentido va a estar! —declaró Alba a toda voz—. A él sólo le interesa quedarse con sus cosas. ¡Tú no le importas!

—Claro que sí le importo, yo soy la mamá de su hijo —afirmó Yurielis llorando.

—¡Pero bueno! —reaccionó Rosendo—. ¿Y esta señora quién es y por qué viene a entrometerse en asuntos ajenos?

—¿Qué quién soy? Pues el paño de lágrimas de tu mujer —aclaró Alba.

Yurielis no sabía si atender a Alba o a Rosendo.

—Ella es mi amiga papi —se apuró en informar Yurielis.

—Ni siquiera su amiga: soy su protectora —corrigió Alba retándolo—. Quería protegerla de ti. ¿Crees que porque usas un uniforme de policía tienes derecho a atropellar a la gente, y peor aún: a tu mujer? —lo retó Alba hablándole tan cerca del rostro, que Rosendo podía sentir las salpicaduras de su boca.

Tal actitud lo amedrentó; algo había en la personalidad de Alba que le producía temor. Por un momento halló en ella un reflejo de su figura materna, y se sintió indispuerto a continuar confrontándola.

—Es que ella se metió en mi casa como una ladrona y se llevó mis cosas —dijo Rosendo con tono dócil, casi disculpándose.

Yurielis reaccionó ofendida.

—¿Qué? Si hace media hora me dijiste que esos corotos eran de los dos.

—Pues ahora te digo que son míos y tú me los robaste —impugnó, retomando su tono prepotente.

—¿Ah sí? ¿Y eso de pedirme que regresara contigo, también eran inventos?

—Que voy a estar regresando contigo, loca. ¿Cómo crees que te voy a meter en mi casa otra vez? Será para que me mate mi mamá —aclaró Rosendo.

Yurielis reventó en llanto; el hermano que hasta entonces se había mantenido expectante

corrió a consolarla. La madre de Yurielis llegaba del supermercado y se incorporó.

—¿Y se puede saber qué hace este hombre aquí? —preguntó la señora enfrentando al policía.

—Pues vine porque su hija me lo pidió. No entro a las casa sin permiso como lo hace ella —aclaró Rosendo.

—¿Y tú no te cansas de ser tan ingenua? —reclamó la mamá a Yurielis—. Este hombre viene aquí cuando se le antoja, te dice dos cositas para calentarte la oreja, y tu vuelves a creer en él —concluyó furiosa la señora.

En ese momento Alba comprendió que su participación en el asunto había concluido. Debía salir de allí antes de ceder al deseo de darles una tunda a los dos. Caminó hacia la salida, dejando atrás la tertulia; le punzaba la rabia por haberse arriesgado de forma tan inútil para ayudar a su tonta empleada.

—Cualquier cosa que le pase, se la tiene bien merecida.

ROSENDO CON LA YOGUI ROSA

Una semana después del incidente en el garaje, Yurielis apareció en casa de Alba acompañada por Rosendo.

—Vine a pedirle disculpas por haberla molestado señora Alba —dijo ella con la vergüenza palpitándole en el rostro.

—¿Y para qué lo trajiste a él? —quiso saber Alba con evidente molestia.

—Mire señora Alba —expresó Rosendo con cara de pesadumbre—; yo estoy muy arrepentido por haberme portado tan mal con mi Yurielis y mi muchachito. No es de hombres dejar a tu mujer en la calle.

—¿De verdad? —respondió Alba con evidente incredulidad—. ¿Y apenas hoy te diste cuenta de eso, después de los insultos y todo lo demás?

—Es que ayer hablamos mucho, doña Alba —agregó Yurielis—; Rosendo sabe que usted me ayudó con lo de mis cosas.

—¡Qué buena noticia! Le contaste a un policía cómo me metí en su casa: ahora me siento menos idiota —respondió con tanta molestia como ironía.

—No señora Alba, no se preocupe por eso. Él entiende que usted sólo se preocupaba por mí.

Alba observó el rostro de Rosendo buscando algún rastro de malicia, pero tenía ante él a un hombre manso e inseguro, muy distinto al de días atrás.

—Ahora él quiere ser colaborador suyo —continuó Yurielis.

—¿Colaborador nuestro? —preguntó Alba con sorpresa—. ¿Y eso para qué... a cuenta de qué... y haciendo qué?

—Yo le digo —intervino Rosendo—. Sé que ustedes aquí hacen muchos trabajos de riesgo, y me gustaría darles protección en ellos.

—¿Quién te dijo que nosotros hacíamos eso? —cuestionó ella.

—Bueno señora, como usted dice: se metieron en la casa de un policía para ayudar a mi “chiquitica”. Según me contó ella, estaban muy bien organizadas y hasta asistida por unos señores que las ayudaron a cargar las cosas. Con todo eso, puedo deducir que ya están acostumbradas a misiones como esas; deben tener otras importantes en las que necesiten la ayuda de un hombre de ley.

—¡Hombre de ley! —repitió Alba, mientras analizaba la propuesta de Rosendo—. Un hombre

de ley muy confiable, por lo visto. ¿Piensas que voy a fiarme de un camaleón como tú? Hoy estás del lado de tus intereses, mañana de los de tu mujer, y pasado... ¿quién sabe? El día menos pensado, estás aquí con una patrulla denunciándome por lo que te dé la gana.

—Eso no va a pasar —aseguró Yurielis—. Yo estoy muy apenada con usted: se arriesgó para ayudarme y eso no lo olvido, y Rosendo también le quiere pedir algo. Yo le dije que viniera él mismo, porque les convenía a ambos.

Alba los miró con incredulidad. ¿Qué podía ser de tal interés para que Rosendo estuviese allí aparentando bondad?

—Me muero por oír —confesó Alba.

—Señora Alba —comenzó a hablar Rosendo—; cuando Yurielis me contó lo que hicieron, yo me puse muy furioso. Se lo conté a mi mamá, y ella me dijo que si usted había ejecutado ese plan, podía manejar otras misiones similares. Mi mamá me hizo cambiar de opinión; en verdad es usted una mujer muy valiente e inteligente.

Alba recibía los halagos con aprensión.

—En nuestros trabajos policiales —continuó Rosendo—, nos encontramos con muchos casos difíciles de resolver; usted sabe... casos no oficiales de gente poderosa que nos necesita para subsanar “asunticos”.

—¡Asunticos! ¿Qué clase de asunticos? —preguntó Alba agregándole especial entonación al término.

—Asunticos que por no ser oficiales, requieren de una presencia un poco más discreta. No llevan riesgo alguno, pues tienen el apoyo nuestro, y además pagan un buen dinerito. Puedo llevarla con mi mamá, quien maneja toda la logística.

Alba se mostraba interesada, no sabía si por curiosidad o porque de verdad llamara su atención lo poco expuesto de la propuesta. Rosendo pasaba de ser un hombre machista y déspota, a un policía corrupto y utilitario, usado por su madre para resolver casos al margen de la ley.

—Además: usted ya tiene experiencia —recalcó él—; se metió en la casa de un sargento de la policía a expropiarle sus pertenencias... así me lo contó mi “chiquitica” —y tomó la mano de Yurielis, quien sonreía feliz por la posible alianza entre Alba y Rosendo.

Alba reconocía sorprendida la inocencia de Yurielis, quien no era capaz de entender que su marido le estaba cobrando el desatino de haberle robado, con una amenaza tácita de cobrárselo si no aceptaba colaborar.

—No seas manipulador Rosendo. ¿De verdad crees que voy a cumplir mandatos tuyos? ¿A cuenta de qué? Soy una mujer seria, y no me meto en asuntos al margen de las ley.

—¿Cómo me dice eso? Si yo mismo soy parte de la ley. Entienda, necesitamos de gente capacitada como usted para ciertos casos de inteligencia. Pero no soy yo quien debe explicarle. Vaya a hablar con mi mamá y se entenderán mejor.

—¿Y qué es lo que necesitarías de mí? —preguntó mostrándose más interesada.

—Nada complicado: que emplee la ayudita de sus señoras, para hacer trabajitos, por los que les pagarán muy bien —explicó Rosendo, teniendo el cuidado de excluirse.

Esa misma tarde Alba recibió la llamada de Iris, y movida por la intriga de conocer cuáles beneficios obtendría por tales encomiendas, accedió a una entrevista con la sargento, quien le explicó sobre las misiones organizadas para atender solicitudes “superiores”, en cuyos detalles no se detuvo. Iris manifestó su interés por nuevas alianzas para llevar a cabo operaciones especiales, bajo el financiamiento de personas no identificadas, y con el resguardo permanente de sus credenciales policíacas.

—Alba: lo que hiciste en mi casa demuestra tu audacia. Necesito personas como tú, a cambio de una buena paga conveniente para ambas —le aseguró Iris en su reunión de apertura.

Tras meditarlo y analizar tanto los riesgos como las bondades de la propuesta, Alba aceptó el primer trabajo de campo y continuó prestando servicios en operaciones encubiertas. Las misiones de arranque fueron sencillas tareas de persecución y engaño, poco más audaces a las conducidas con anterioridad junto a sus chicas del yoga; representaba con habilidad personajes ficticios: desde la distinguida esposa de algún alto funcionario público para acompañarlo a una reunión de gala, hasta una mujer humilde que amenazaba a algún empresario con el cuento de desprestigiarlo públicamente por haberla embarazado y abandonado a su suerte. Con el tiempo, la complejidad de los trabajos aumentó, pero Alba los manejaba con sobrada habilidad, asistida por un grupo paralelo y clandestino de “emprendedoras” capaces de ajustarse a los requerimientos de los solicitantes, mientras mantenía la fachada inocente de sus clases de yoga.

EXPERTO EN DOCUMENTOS

Máximo tenía sus esperanzas en la investigación de David, pero el azote del tiempo le pedía ocuparse de otros aspectos. Se centró en la factibilidad de la operación solicitada, y las vías para su ejecución, según indicaciones recibidas de su contacto telefónico: un sujeto que disfrazaba su voz por medios electrónicos para evitar el rastreo o identificación. Máximo conocía de sobra la operatividad del banco, estaba al tanto de las debilidades logísticas y fisuras de los sistemas informáticos que esperaban ser resueltas por los especialistas del departamento responsable. Era él quien primero detectaba inconsistencias en los procedimientos, y podía colocar mantos invisibles sobre algunas fallas, a fin de sortear el fustigo de los auditores externos. Había descubierto los mecanismos para soslayar los rígidos sistemas de aprobación de créditos; conocía la vulnerabilidad de cuentas inactivas para usarlas como escondites temporales de fondos. Ya desde antes se había planteado la manera de solicitar, en nombre de clientes ya caducos, préstamos bancarios, empleando estados de cuenta ficticios con los cuales validar créditos. Sabía cómo moverse en los sistemas inteligentes fuera de las horas hábiles, realizar transferencias astronómicas y ejecutar diestras operaciones con el resguardo de la noche, sin ser descubierto por sus clientes o empleadores. Máximo disfrutaba el poder que todo este conocimiento le confería, había saboreado antes el tránsito ilusorio del dinero ajeno a sus arcas personales, pero nunca había considerado la posibilidad real de obrar. Su vida no admitía más riesgos. Pero las circunstancias del momento lo obligaban a operar. No se detuvo demasiado en la posibilidad de ser descubierto, confiaba en su habilidad para mantener la operación oculta, y se entregaría a cada detalle para lograrlo, al menos por un tiempo. Le sorprendió la aparición de una personalidad delictiva; pasaba de la fantasía a la práctica con incomprensible regocijo. Le reconfortaba no ser el usuario final del dinero ajeno, y hallaba en el chantaje una justificación válida para eximirse de culpas. Sin embargo, esa defensa se tornaba débil; consideró alegar amenazas de muerte a su esposa y otras posibles salidas para escapar ileso, pero apenas llegaban a su mente, cedían al peso de sus propios argumentos.

Un motorizado anónimo pasó por la oficina de Máximo a recoger los requisitos para la solicitud del crédito pretendido por sus acosadores.

—Es necesario disponer de los recaudos completos —le había indicado a su interlocutor telefónicamente—. Aunque tengo poder para agilizar el proceso, estos papeles serán revisados

por otras personas, así que debe existir una data coherente y creíble —les hizo saber, aun cuando tales recaudos fuesen contruados sobre una realidad inexistente.

Máximo ya había suministrado información confidencial sobre una cuenta inactiva del propio Banco del Ahorro, cuyo titular había abandonado el país dieciocho meses atrás, obligado por una situación de secuestro en la que se vieron involucrados dos de sus hijos. Al momento de su partida, Máximo asesoró al cliente, y le recomendó bloquear las cuentas, reservando una cantidad simbólica de dinero para evitar cierres definitivos, previendo un eventual retorno al país y reinicio de la actividad financiera.

Máximo entregó a su acosador detalles sobre la actividad económica del titular de la cuenta, documentación de firmas, y movimientos realizados en los años previos a su partida; dado el contacto sostenido con el empresario en su exilio, sabía que no retornaría en el corto plazo, por tanto disponía de tiempo suficiente para el trámite.

A Máximo le sorprendió la celeridad con que recibió los recaudos para la solicitud, incluyendo un documento de propiedad, en apariencia legítimo, de un terreno que sería adquirido con el dinero otorgado por el crédito. Construyeron todo un proyecto económico con tal riqueza de detalles que podía someterse a la lupa de cualquier experto; contenía balances falsos delatando una actividad comercial de alta rentabilidad hasta la fecha, un extenso análisis de factibilidad de la inversión y retorno de la misma a cinco años; en adición, las proyecciones de ventas, ganancias a una década, y otros datos complementarios, perfilaban el negocio como una dádiva comercial. Para el otorgamiento se pretendían doce meses período muerto: en ese tiempo no se cancelarían intereses ni se amortizaría capital. Por tanto transcurriría todo un año antes de extrañarse el primer pago.

Máximo se maravilló por la apariencia genuina de todas las formas recibidas.

—No es una operación de novatos —le hizo ver a David en uno de sus encuentros—. Son unos expertos: puedo verlo en la calidad de los documentos presentados. Trajeron todo cuanto les pedí. Creo que ya lo tenían listo, esperando sólo por el nombre del titular y los datos que yo les facilitaría. Conocen muy bien los procedimientos de este banco. Incluso me dejaron el documento de propiedad del terreno.

—¿Y normalmente pides los originales?

—Sí, o en su defecto, copias certificadas emitidas por la propia oficina de registro: esas fueron las consignadas en este caso. Pero normalmente las devolvemos de inmediato, luego de constatar la copia simple con que se concluirá el trámite; pero me las dejaron aquí. Imagino que no quieren arriesgarse a buscarlas, o simplemente se trata de un documento tan falso como el

resto de la camada.

—¿Y crees que si fuese original nos ayudaría en algo? —preguntó David.

—Pudiera hacerse algún tipo de rastreo —supuso Máximo— Pero honestamente, no coloco allí muchas esperanzas.

—Puedo hacer un intento ayudándote con el documento del terreno. Dámelo; prometo resguardarlo bien.

David llegó al lugar indicado por “El Especialista” telefónicamente, luego que un amigo periodista hiciera el enlace entre ambos: se trataba de un personaje imposible de abordar sin referencias previas, pero de resonada eficiencia en el oficio de comprobar la legitimidad de documentos. Eran las tres de la tarde y el calor le adhería la camisa al cuerpo; esto se sumaba a la incomodidad por encontrarse con un extraño en la planta baja de aquel viejo edificio. Analizaba la confiabilidad del lugar y miraba con detalle la escasa concurrencia: un vigilante desgarbado estaba atrapado por un minúsculo televisor en blanco y negro colocado en una silla remendada; el hombre apenas dio un rápido vistazo a David, y enseguida regresó a la trama de la pantalla para reanudar las carcajadas que le producían una comedia mejicana para público infantil. Una señora aseaba el piso al fondo del pasillo, zigzagueando con la mopa sus propios pensamientos. Cada medio metro su pie deslizaba un tobo, cuyo contenido regalaba un efímero brillo al suelo. Entró un hombre de bastón, y mientras esperaba al ascensor, saludó con un gesto de cabeza y una sonrisa amable; David le respondió de manera similar. Segundos después, el hombre fue engullido por las arcaicas puertas del artefacto, que crujían al abrir y cerrar. David se plantó en un rincón, pretendiéndose oculto, para identificar al especialista apenas llegara: la voz por el teléfono le había sugerido a un hombre maduro, grande, grueso y con aire misterioso, tal vez mascando hojas de tabaco.

Un caballero de vestimenta elegante entró con apuro, y miraba insistentemente a los lados. David se puso en alerta, pero enseguida escuchó la risa de una niña con edad cercana a cinco años quien corrió hacia sus brazos; presencié el agradable encuentro, y se entretuvo escuchando el elaborado lenguaje de la niña, poco común a su edad. El hombre apenas atendía las palabras de la pequeña, estaba más ocupado en besar su rostro y hacerle preguntas tan seguidas que ella apenas alcanzaba a responder. David fue sorprendido por una nueva voz muy cerca de él.

—Disculpe la tardanza.

—No lo vi llegar. ¿Usted es...? —indagó David, para corroborar el nombre de la persona esperada.

—Soy quien habló con usted ayer: Celso, el especialista.

—¡Ah, gusto en conocerlo! —puntualizó David.

El personaje imaginado era muy distinto al real; Celso era muy alto, delgado y de hombros encorvados; su cuello era tan ancho como su cara y la punta de las orejas rebasaban el denso casco formado por su cabello negro. De su rostro pálido resaltaban largas pestañas y ojos grises.

—Soy David Gambardi, señor Celso. ¿Y su apellido cuál es?

—Por ahora no nos hace falta. Cuanto menos sepa de mí, mejor será.

David esperó una sonrisa para lo que consideró un chiste, pero su seriedad parecía indeleble.

—¿Trajo los documentos? —preguntó Celso.

—Sí. Originales y copias.

—Entonces subamos para revisarlos bien.

—Me preocupa un poco compartir esta información. Se trata de algo delicado—murmuró David, cuando advirtió al vigilante mirándolos con insistencia.

—Si no quiere confiar no lo haga, dejamos esto aquí mismo y usted se busca a otra persona. No necesito convencer a nadie. Si usted llegó a mí es porque alguien le dio una buena recomendación. Yo no aparezco en las páginas amarillas de la guía telefónica.

El sujeto aseguraba contar con capacidad para investigar la procedencia y veracidad de cualquier documento redactado dentro del territorio nacional. Confiables redes de contactos le daban acceso ilimitado a toda oficina de registro o notaría existente en el país, y actuaba de forma encubierta a través de poderosos bufetes de abogados, con quienes intercambiaba servicios. Aunque David no confiara del todo en él, la leyenda creada en cuanto a su eficacia y discreción, resultaba inapelable. La información resultante de sus investigaciones, sólo era entregada a su solicitante directo, aun cuando involucrara al mismo presidente. Esto formaba parte de un código de ética individual mantenido durante los dieciocho años de oficio. Cuando Celso hablaba, sólo movía sus labios, el resto de los músculos faciales se mantenían rígidos, como si se tratara de una fotografía. Parecía un robot desvencijado. Ambos caminaron al elevador, y de reojo David observó el balanceo en el caminar del hombre, indicio de tener una pierna más larga que la otra. Cuando se abrieron las despintadas puertas, David tuvo la sensación de entrar en una máquina del tiempo: el interior de la cabina era anacrónico y sucio; los botones con los números titilaban todos al mismo tiempo, y de los tres espejos de la cabina sólo se mantenía intacto uno, los dos restantes eran cruzados por grietas en todas las direcciones, y se fraccionaban las imágenes de ambos.

—Vándalos —explicó el hombre.

Una parada brusca anunció la llegada al noveno piso, y el sonido de un timbre les pidió salir. David escuchó el crujido de las puertas cerrando tras ellos, mientras caminaban por la triste alfombra de un pasillo iluminado a tramos por faroles en las paredes. Celso se detuvo en la quinta puerta. Sacó una llave prendida a una trenza de cuero marrón y abrió.

—Pase por favor —le pidió a David.

Entraron a una sala muy iluminada; al menos dos docenas de plantas con diversas dimensiones, figuraban espléndidas ante las cuatro impolutas paredes blancas. Al fondo se encontraban un pesado escritorio de madera oscura y dos grandes sillones. Sobre una mesa lateral, junto a una de las ventanas, descansaban unos aparatos no reconocidos por David, entre ellos una caja metálica de color gris.

—Muéstreme los documentos —le pidió Celso mientras le arrimaba una silla.

David desenfundó papeles de un sobre.

—¿Cómo los obtuvo? —preguntó él mientras daba un vistazo a las dos primeras páginas.

—Me los entregó un amigo.

—¿Y de dónde los sacó él?

—Se lo entregaron unos tipos que están intentando hacer negocios con él —explicó David.

—Déjemelos y se los devuelvo mañana —pidió Celso.

—No puedo, él los necesita para hoy mismo. Saqué copias para usted.

—Las copias no son suficientes. Tendrá que esperar entonces mientras los analizo.

—Tómese el tiempo necesario; yo esperaré.

—Antes necesito el pago completo —exigió Celso.

—Aquí lo tengo, en efectivo como me lo pidió —accedió David, y le extendió un sobre cuyo contenido el hombre no revisó.

David tomó asiento en una butaca ubicada cerca de la ventana. Sentía los rayos de sol cruzando la habitación, muy cerca de él, hasta posarse en las paredes; allí realzaban un dibujo hecho con rotulador negro directo sobre el friso: un círculo de unos quince centímetro de diámetro, que contenía una flecha curva apuntando hacia abajo; el símbolo le resultaba conocido, pero David no precisó de dónde. Regresó la mirada a Celso, quien leía los documentos de punta a punta, con tal concentración que olvidó la presencia de su visitante. Murmuraba, cerraba los ojos buscando información en su cerebro, aproximaba la hoja a sus ojos, se rascaba la cabeza, y mientras leía pasaba el índice derecho por las pestañas de su ojo. No hizo una sola anotación. Cuando terminó fue hacia un closet encubierto por tres palmas, y de allí salió con una caja de

herramientas para colocarla sobre la mesa lateral. Pasó el interruptor de la caja metálica gris y activó un sonido similar al de una chicharra; abrió una compuerta en la parte superior del aparato y de allí se desprendió una luz color violeta. Celso acercó una banqueta y allí se sentó; retiró la grapa que unía los papeles, y fue introduciéndolos uno a uno dentro de la cavidad del aparato. Trascurrieron cerca de quince minutos antes de apagarlo. Extrajo una pesada lupa de la caja de herramientas y con ella recorrió cada centímetro de los papeles, examinando el anverso y el reverso. Tomó un objeto color verde, muy parecido a un rotulador, y quitó la tapa.

—¡No lo raye! —pidió David asustado.

—Señor: yo soy un profesional —le aclaró, luego de darse vuelta hacia él, pero él sin girar el cuello, lo que parecía serle dificultoso —¿Cómo va a pensar que voy a dañar un documento? Quédese quieto, o voy a suspender la inspección.

—Disculpe —musitó David apenado; tomó de nuevo asiento y cruzó los brazos, sin dejar de seguir con la mirada cada operación de Celso.

El especialista deslizó la punta del marcador sobre los papeles, sin que quedara en ellos rastro de tinta, para alivio de David; luego los escaneó con un dispositivo manual parecido a los lectores de código de barras empleados en las tiendas; en su recorrido emitía sonidos intermitentes e imprimía líneas discontinuas azules en un artefacto anexo.

La curiosidad hizo a David intervenir nuevamente.

—¿Y por qué analiza el documento como si fuera un billete? Se trata de simples hojas impresas en máquinas convencionales y con sellos húmedos.

El especialista lo miró de reojo e hizo una respiración profunda.

—Aunque no tengo por qué revelarles mis procedimientos de inspección, me voy a dar la molestia de responderle: tengo el conocimiento suficiente para saber si un documento fue elaborado exactamente en la fecha indicada. Tanto el papel como la tinta envejecen, y debo corroborar los datos. Si considera que mi trabajo no tiene sentido, pues lo invito a tomar sus papeles e irse de aquí —culminó molesto.

—No señor; disculpe de nuevo mi ignorancia —se excusó David.

—He desarrollado mis propios métodos y equipos. Mi trabajo es impecable.

El especialista regresó al closet, y sacó una cámara fotográfica; hizo cerca de quince tomas. Ordenó los papeles y con la ayuda de la lupa las engrapó justo en las perforaciones originales.

—Aquí tiene. Me quedaré con las copias —indicó a David mientras extendía el sobre amarillo—.

Ya hice la primera verificación, ahora falta el trabajo de campo. Espere a que yo lo llame.

—¡Pero dígame qué ha averiguado hasta ahora! —pidió él—. ¿Cuánto se va a tardar?

—No doy información a medias, eso se lo dejo a los improvisadores.

—Sea muy cauteloso y discreto —pidió David.

—¡Señor! —le apuntó él mirándolo tan directo a los ojos que David sintió congelarse su globo ocular—. Yo rastreo la procedencia y legitimidad de las operaciones legales, y hasta allí llego. Los hallazgos de esta investigación quedarán entre nosotros, puede estar seguro de eso; lo que después haga usted con esa información, es cosa suya. Para eso me paga. Si yo hablara, estaría en problemas el noventa por ciento de los políticos de este país.

Después de alardear, hizo una mueca casi imperceptible con el labio, que David interpretó como una auto felicitación.

—Está bien; esperaré. Una última pregunta, por favor. ¿Qué significa ese símbolo dibujado allí?

—preguntó mientras señalaba la pared con su dedo índice.

—¿Y por qué quiere saberlo? —cuestionó Celso.

—Pues, porque me llama la atención y me parece conocido.

—Depende de dónde lo haya visto. Pero le digo: si lo vio en la piel de alguna persona, esa persona no merece el más mínimo respeto suyo: es un violador de las leyes de Dios, y sólo se merece el repudio. Si fue en casa de alguien, como es mi caso, de seguro se trata de un defensor de esas mismas leyes.

—¿Y eso por qué? —preguntó David con discreción.

—Usted me pidió una información sobre unos documentos, y eso es exactamente lo que le voy a dar —le respondió Celso con tirantez—. Si necesita saber algo adicional, investiguelo por su cuenta. Esto es todo por ahora.

Celso se comunicó con David, un día después de la visita; tenía en mano el resultado de su experticia. Durante el encuentro resumió verbalmente lo indicado en el informe escrito, el cual, por cierto, no llevaba su firma.

—El terreno identificado en el documento sí existe; la copia certificada que me entregó es genuina, pero con ciertas irregularidades. La primera: esa misma parcela cambió de dueño dos veces en menos de un año, pero el precio se incrementó veinte veces entre una operación y otra; es decir: se realizó una compra a un precio determinado, y antes de cumplirse un año de la operación, el inmueble se vendió veinte veces más caro. Esto no es normal en una economía como la nuestra. Aquí está el otro hecho irregular: el dueño anterior es un individuo fallecido hace más de cinco años, sin embargo aparece como firmante en la operación de venta realizada el año pasado; por esta razón, el título de propiedad actual carece de legalidad: es decir, la operación de venta se hizo en una oficina de registro oficial, pero en presencia de un muerto.

De acuerdo a esto, cualquier intento de comercialización con este terreno, es ilegítimo. Según me dijo usted, se está intentando hacer una nueva venta, eso me sugiere varias cosas: o los compradores están haciendo un lavado de dinero con inmuebles de valor sobrepuesto, o los vendedores están buscando la manera de legalizar el título de propiedad para desaparecer al muerto de los papeles. También pensé en una tercera opción: tal vez hagan toda esta trampa para poder optar a una cantidad de dinero no justificada, algo así como una solicitud de crédito. —Vaya resumen —indicó David, reconociendo la experticia de Celso—. Tendré que leer su informe unas cuantas veces para entenderlo bien.

—Pues hágalo; allí está el producto de mi investigación —dijo antes de dar la espalda en señal de retiro.

Capítulo 30

EL SÍMBOLO

Una vez más “La Guarida Literaria” recibía a Marcela y a David. Ahora el tema de sus investigaciones se pintaba más álgido que en oportunidades anteriores. No se trataba de buscar apoyos teóricos para periodismo profesional, sino aplicar sus técnicas de investigación para delicados temas personales.

—¿Has notado si te han seguido? —preguntó Marcela.

—Sí, pero el tipo ese que me pusieron es medio lerdo. A veces no sé si él es el seguidor o el perseguido. Se me hizo fácil zafarme.

—¿Y hasta tu casa llegó? —indagó Marcela.

—Sí. El muy tonto debe estar allá esperando a que yo salga —respondió mientras revisaba en la computadora de la biblioteca, el significado de símbolos e imágenes.

—¿Qué buscas? —quiso saber Marcela.

—Tengo curiosidad por un símbolo que vi en la casa del especialista —respondió David sin apartar la mirada de la pantalla.

—¿Y cómo te fue con él? ¿Averiguaste algo?

—Sí. Según entiendo, los chantajistas pretenden hacer la operación con un terreno real. Pensé que podía tratarse de un inmueble ficticio, pero no es así, aunque el hombre encontró que en la última venta, éste subió su valor de manera exagerada. En menos de un año, lo vendieron a un precio veinte veces mayor, lo cual no tiene sentido. Esto sugiere una manera de lavar dinero. Ahora, simulan una nueva venta con la que soportan la solicitud del crédito.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con lo que estás buscando? —siguió indagando Marcela.

—En la casa de ese hombre, estaba ese símbolo dibujado en la pared, y no sé por qué me parece haberlo visto antes en algún lugar. Le doy y le doy vueltas en la cabeza, pero no me acuerdo. Estuve mirando unos libros de los anaqueles, pero no encontré nada. Tal vez sea algo más actual. Lo cierto es que ese bendito dibujito me tiene quisquilloso —explicaba mientras analizaba unas imágenes en el ordenador—. ¡Aquí está! —declaró triunfal, con lo que interrumpió la concentración de varios usuarios en los mesones contiguos.

David giró la pantalla para mostrársela a Marcela.

—Este es el símbolo, ahora vamos a ver su historia.

—Ya sé dónde lo viste —aseguró Marcela sorprendida.

—¿Dónde?

—Ese es el símbolo que tiene tatuado Lisandro en el hombro derecho —aseguró ella—. Un símbolo horrendo hecho con descuido, que me ha despertado mucha curiosidad. Cuando me acompañaste a visitarlo, la enfermera lo estaba vistiendo, y noté cómo te fijaste en él. Era difícil no notarlo.

—¡Es verdad! Allí es donde lo vi. Sabía que se trataba de algo reciente, pero la cabeza no me daba.

David se mantuvo en silencio unos minutos murmurando su lectura. Cuando terminó, miró a Marcela.

—¡Lisandro es homosexual! —concluyó.

—¿Homosexual? ¿Y cómo sabes eso?

—Porque el dibujo es un símbolo creado por congregaciones de homofóbicos. Aquí dice que grupos radicales maltratan y torturan a sus víctimas: hombres conocidos en bares homosexuales o identificados previamente como tales. Esta secta tiene casi veinte años en este país, y en los últimos dos se han identificado tres víctimas mortales, producto de esas torturas. El elemento común es el símbolo tatuado en alguna parte del cuerpo. Algunas víctimas han declarado ser atacados de sorpresa por grupos violentos: los golpean y amenazan con matarlos, por el hecho de ser homosexuales. Se conocen pocos casos en mujeres, según explican aquí. Por lo que me dijo el especialista, es una manera de identificar a los “indeseados”, ante otros locos radicales.

—David, eso me aterroriza —señaló Marcela con el rostro pálido—. Si eso es así, podría pensar que Lisandro fue víctima de un intento de asesinato por parte de homofóbicos.

—¡Claro! —aceptó David—. Y el caso de Lisandro pasa fácilmente desapercibido pues nadie gastaría demasiadas energías en investigar a un pordiosero.

—Es verdad. Y si alguien lo atropellaba en la vía, el crimen quedaba encubierto.

—Es una posibilidad. Pero de cualquier manera, tú fuiste un simple elemento que se sumó al azar —ratificó él.

—No creo en el azar. Por alguna razón me crucé con él; esta nueva seña me pide más averiguaciones —resolvió Marcela.

—Se está complicando el panorama, amor: por un lado tenemos a este hombre en estado de coma, y por el otro el chantaje avanzando sin muchas pistas.

—Y de eso... ¿qué conclusión han sacado? —indagó Marcela sin desmerecer su anterior preocupación.

—Pues: no sé aún. El nombre del propietario actual del terreno no ha revelado nada. El dueño anterior vendió después de muerto, es decir, la operación no es legítima, a menos que le hayan dado permiso desde el más allá para presentarse en una oficina de registro. El especialista en verdad es bueno en su trabajo, me dio buenas teorías. Pero no he podido hacer ninguna otra asociación importante para resolver el asunto. De las fotos, no he podido extraer nada nuevo, y ya casi le montan la soga al cuello de Máximo. No hemos resuelto nada.

—No me has dejado ver las fotos David. Deja de esconderlas tanto. Muéstramelas. Merezco quitarme ya esta curiosidad —rio ella.

David la miró un instante, evaluando la conveniencia de mostrarlas, pero reconoció en él mismo, el deseo de compartirlas.

—Está bien Marcela. Te las voy a mostrar. Justo las cargo aquí.

Sacó el sobre y colocó las imágenes sobre la mesa, analizando la reacción de Marcela, quien las revisaba una a una, sin esconder la gracia que le producían.

—Perdóname la risa, mi amor, pero reconoce que esto es muy divertido.

David apretaba los labios, era imposible no ceder a la burla.

—Lo sé. Yo mismo pasé un buen rato mirándolas con curiosidad morbosa antes de plantarme en mi papel de investigador. ¿Es increíble verdad?

—¡Sí! —afirmó Marcela soltando una carcajada—. Ni siquiera parece él —dijo, recordando la imagen sobria de Máximo.

—Él mismo es —corroboró David.

—Estos casos nuestros tienen un tinte muy particular, David, analízalo.

—Piensa... piensa... —se pedía a sí mismo David, justo antes de advertir a una persona asomándose fugaz por la sala de lectura.

—¿Qué pasa? —preguntó Marcela al notar el cambio brusco de su expresión.

—No sé —respondió él entrecerrando los ojos—. Me parece haber visto a alguien tras el marco de la puerta—susurró al levantarse de su silla.

David caminó con cautela, se asomó hacia la sala de lectura principal, y alcanzó a ver una figura escabulléndose por la salida.

—Recoge tus cosas —le pidió a Marcela—. Tenemos que irnos. Este lugar ya no es seguro.

Mientras transcurría el tiempo, el extorsionador presionaba y amenazaba a Máximo sin pausa; hacía llamadas y enviaba notas instigadoras. El aturdido gerente dudaba de quien se le acercara o hasta mirara, conocido o no: un empleado, un cliente y hasta su secretaria, cuyo servilismo habitual de pronto lucía sospechoso.

La solicitud de crédito debía ser aprobada por el propio Máximo, luego de evadir algunos canales regulares: una secuencia de procedimientos cuyo inspector final era él mismo. Tomó los papeles, y con la soga del terror a punto de tajarle el cuello, colocó el sello “APROBADO” con tinta roja. El proceso, que normalmente tomaba doce días hábiles para efectuarse, se había reducido a cinco, limitado por ciertos controles físicos y electrónicos. El próximo paso era la gestión del pago: el dinero otorgado por el banco sería depositado directamente en la cuenta del beneficiario provisional, es decir, la del cliente residente en el exterior con la cuenta inactiva y de allí pasaría a otro banco indicado por el extorsionador. Esa fase alojaba el mayor riesgo, pues la operación precisaba el empleo de tres claves de verificación, sólo conocidas por el titular ausente. Aunque Máximo estaba familiarizado con algunas trampas electrónicas para sortear ese paso, sabía que podían ser fácilmente rastreadas por alguno de los hábiles jóvenes del departamento de informática; decidió llamar a su cliente en el extranjero y explicarle que por error se había cargado a su cuenta una determinada cantidad de dinero. Antes se ocuparía de revocar temporalmente el certificado digital de su cliente para evitar consultas inoportunas; el ínfimo saldo conservado en la cuenta, y los años de soporte financiero, eran un aval para obtener sin contratiempos las autorizaciones y formas requeridas. Aún así, Máximo temía ser descubierto en cualquiera de las fases... todo entraba dentro de las posibilidades. Apenas el cliente le entregara las claves, procedería a blanquearlas y generar otras nuevas. De momento él tendría el control absoluto de la cuenta, y ese sería el momento justo para reactivarla y operar. Al finalizar el proceso, Máximo enviaría a su cliente los estados de cuenta al día, con la suma original intacta, y nuevas claves de ingreso. Cuando el dinero estuviese en manos de los extorsionadores, ya no habría marcha atrás y estaría a la cabeza en un fraude financiero del que sería casi imposible escapar.

¿Cuánto tardarían en descubrirlo? Tal pregunta se la planteaba una y otra vez. Sabía que las excepciones aplicadas tanto para la activación de la cuenta, como en la adjudicación del crédito, eran de carácter inusual y rompían con los procedimientos establecidos, en consecuencia eran fácilmente detectables por una persona perspicaz; aún así, nadie tenía tanto acceso a información como él mismo, y por supuesto, los socios de la entidad. El déficit podría ser detectado por alguno de ellos si se dispusieran a hacer un paneo por la situación financiera del banco; aunque eso no era lo habitual, representaba una posibilidad persistente y aniquiladora. Debido al plazo muerto implícito en el crédito, sólo se evidenciaría la morosidad después de doce meses; eso ayudaría a mantener encubierta la operación. Si todo salía según lo planeado, la señal de alarma no se activaría hasta después de un año, cuando se generara el

primer llamado de pago. Para entonces Máximo estimaba haber logrado la huida con su esposa.

Llegó la fecha tope para la transferencia. El extorsionador se mostraba ansioso: insistía, presionaba, amenazaba. Los pasos previos habían sido ya completados. El dinero figuraba en la cuenta inactiva, cubierto con un frágil velo. Máximo disponía ya de las claves requeridas para pasar el dinero a una cuenta fuera del Banco del Ahorro; el titular “Inversiones Auyantepuy” enmascaraba el nombre de sus propietarios. Máximo se resistía a llevar a cabo la operación final. Ansiaba el surgimiento de una variable con poder para exonerarlo, pero nada ofrecía esperanzas. Pero un asomo de valentía le mostró una herramienta de control: tenía en su poder el dinero, y con él, la capacidad de negociar unos días más.

—No dispones de más tiempo Máximo—habló desde el otro lado de la línea la voz distorsionada—. Transfiere el dinero como te lo indicamos.

—Han surgido complicaciones externas —mintió él—. Si actúo en este momento se aplicará un filtro que retendrá el dinero. Eso no nos conviene a ninguna de los dos partes. Por mucho que ejecuten su amenaza, estoy atado de ambas manos: no puedo hacer más nada. Si quieren el dinero, deben concederme más tiempo, de lo contrario caerá por tierra el trabajo adelantado hasta el momento. He aplicado todos los artilugios disponibles, pero no soy autónomo. Ustedes deciden: si no les conviene, reverso el dinero en este mismo instante, y pueden informar al país lo que les plazca. Estoy al tope, no tengo salida. Presionarme más no agiliza la operación, al contrario: me desconcentra y hace más probable una omisión o error. Necesito cinco días adicionales.

Hubo un gran silencio, la respiración al otro lado de la línea evidenciaba la presencia de alguien.

—Te llamaré de vuelta en un momento — dijo el sujeto antes de colgar.

Pasaron diecisiete minutos y el teléfono sonó de nuevo.

—Te doy más tiempo, pero debes saber que tenemos colocados nuestros sensores en puntos claves. Personas cercanas a ti nos informan sobre todos tus movimientos. No puedes salirte con la tuya. Tienes dos días para darnos respuesta.

—Dije cinco días; no puedo actuar con menos.

—Tienes dos días —insistió desde el otro lado.

—Entonces prepararé la devolución del dinero. Necesito cinco días, no menos — recalcó Máximo, con gotas de sudor surcándole la frente.

—Los tienes —fue lo único que se escuchó, luego de una larga pausa.

Capítulo 31

EL DESPERTAR DE LISANDRO

—Señora, venga rápido. Algo está pasando —dijo con apuro Telma, la enfermera del hospital, cuando llamó al teléfono móvil de Marcela.

—¿Qué pasó con Lisandro? —quiso saber Marcela.

—Véngase... véngase rápido... no lo va a creer.

Marcela desvió su ruta, y a los veinte minutos entraba a la habitación ocupada por Lisandro desde tres meses, una semana y cuatro días atrás. Un numeroso grupo de personas bordeaban su cama: pacientes mantenidos sobre sus pies con dificultad, empleados del hospital, o acompañantes de enfermos que encontraron allí una vía para mitigar un poco el aburrimiento. Marcela se abrió espacio; encontró a Lisandro sentado a orilla de la cama: espalda erguida, manos sobre sus rodillas, y la mirada fija en ellas.

—No parecen mis manos — se le escuchó—. No me pertenecen.

Una doctora de cabellos negros y boca pintada de rojo, lo examinaba, repitiendo una secuencia de inspección similar a la de un médico previo. A su lado, Telma repetía a la audiencia la narración del despertar.

—Yo vine como siempre a su chequeo matutino, y cuando le agarré la mano, él la quitó sobresaltado, pero nada comparado con el susto que me llevé yo. Hasta pegué un grito. Entonces el paciente abrió los ojos desorbitados y me miró con terror, como si yo fuera a hacerle algo. Se sentó entonces en la cama... lo hubieran visto, parecía como de una película, y me agarró el brazo tan duro que hasta me dejó la marca —y mostró el brazo enrojecido donde los mirones buscaban una señal inexistente del supuesto maltrato.

Marcela se mantuvo distante unos minutos, escuchando el relato. Notaba el placer de Telma por haber sido partícipe de la gran novedad. La doctora se concentró en el paciente hasta que afloró su impaciencia.

—Ay Dios, pero dejen trabajar. Saca a este gentío de aquí Telma—solicitó.

Con obediencia, la enfermera comenzó a retirar a los mirones de la habitación, reclamando la falta de privacidad propiciada por ella misma.

—Vamos, vamos. Regresen a lo suyo... esto no es un circo —ordenaba dando palmadas.

Ya con el cuarto desalojado, Telma retiró la camisa del paciente, y dejó al descubierto las escaras vivas de la espalda, junto a las cicatrices de otras ya cerradas. Lisandro se dejó atender

sin emitir comentarios. No prestaba atención a las personas ni al lugar. Parecía concentrado en recuperar la noción de sí mismo. Un informe médico, declaró que su estado de salud era favorable, pero aún delicado. Aunque los cuadros críticos habían sido superados, se precisaba un período de recuperación para normalizar las funciones corporales, según indicaciones específicas.

Marcela se mantuvo sentada por más de una hora a pocos metros de Lisandro; cuando lo consideró prudente, se acercó a él y comenzó a explicarle cómo había llegado al hospital, sin atreverse aún a incluirse en la historia; insertó luego algunas de las situaciones ocurridas en torno a él durante el período de inconsciencia. Lisandro escuchó con interés; miraba alrededor para ubicarse en el contexto de las escenas descritas; al final él expresó su gratitud con un débil susurro.

—Ha sido usted muy amable señorita.

—Dígame si puedo ayudarle con algo

—¿No podría conseguirme alguna cosa para comer? —respondió luego de pensarlo unos segundos—. Me gustaría algo como un pollo o un bistec. Y si también me trae una arepa rellena con queso, se lo agradecería mucho.

Marcela celebró con alegría la disposición de Lisandro. Luego de consultar a los médicos la conveniencia de llevarle alimentos al paciente, Marcela ofreció a Lisandro un tazón de consomé, una porción de pollo a la plancha con vegetales, y una arepa con queso criollo rallado que él devoró con gozo.

Giovanna recibió la novedad de su hermano, pero no acudió de inmediato. Marcela le insistió, pues Lisandro sería dado de alta en dos días, y alguien debía hacerse cargo de él durante el período de convalecencia. A la fecha de su salida, Giovanna llegó al hospital acompañada de su esposo Andrés. Eran las siete de la mañana. Ambos recorrieron los pasillos, guiados por las instrucciones de Marcela. A pesar de la hora temprana, el lugar mostraba mucho movimiento. Tras el lento recorrido, llegaron a la habitación indicada. Giovanna distinguió a Lisandro entre los otros pacientes. Caminó hacia él; su esposo prefirió esperar junto a la puerta. El silencio del lugar delató los pasos lentos, pero no llamaron la atención de quienes aún reposaban. Lisandro dormía con la boca entreabierta, dejando escapar un rítmico ronquido familiar para Giovanna; se acercó a su hermano y se mantuvo al pie de la cama, mirándolo compasiva. Habían pasado cerca de diez minutos cuando él abrió los ojos; lo primero en ver fue a su hermana predilecta.

—Hola Lisandro—le dijo ella con voz suave—; hace mucho tiempo que no te veía, hermano.

Él soltó una risa débil, parecida a un quejido.

—Hace tiempo que yo no existía —resaltó él con voz queda—. ¿Cómo ibas a verme? A menos que pudieras ver a los fantasmas.

Con una sonrisa, Giovanna aceptó la opinión de su hermano.

—Debes estar muy molesta conmigo —supuso Lisandro.

—¿Por qué lo dices?

—Hay muchas imágenes en mi cabeza. No sé bien cuáles son reales. Pero tengo la sensación de haberte hecho mucho daño.

Giovanna rodeó la cama con las manos entrelazadas a su espalda, y se colocó a la derecha de su hermano; a pesar de su extrema delgadez y la piel traslúcida, lucía más sano que en sus días de adicción; buscó sus ojos, recordando que en tales ocasiones su mirada parecía extrapolada a la irrealidad; con alivio, descubrió a Lisandro de vuelta. Aunque el rostro de Giovanna parecía no inmutarse, unas lágrimas delataron su conmoción.

—Yo tampoco me porté bien —confesó ella—. Le cerré las puertas a todo lo relacionado contigo, y me mantuve dentro de un cuarto oscuro... y asfixiante —dijo conteniendo los sollozos.

Lisandro quiso sentarse, pero un mareo lo devolvió a la almohada.

—Quédate tranquilo Lisandro. Estás muy débil todavía —le pidió ella con tono gentil mientras se sentaba en la orilla de la cama.

Lisandro extendió los brazos para alcanzar a su hermana y la atrajo hacia él. Cuando Giovanna sintió el contacto de su pecho, soltó un llanto profundo y sentido, que contagió a su hermano y a Andrés, quien seguía la conversación. Ambos hermanos permanecieron unidos, compartiendo las lágrimas del pasado, y el regocijo de su reciente reencuentro. Las alegrías que ya parecían curtidas por la desesperanza, se avivaron con el renaciente gusto de tener junto a sí al anhelado compañero.

Después de cumplir con los trámites exigidos por la administración del centro hospitalario, Lisandro fue dado de alta bajo la responsabilidad de su hermana menor. Ambos llegaron a su casa de infancia. Desde la calle contemplaron la fachada con nostalgia. La puerta se abrió ante ellos. El recuerdo de sus padres les dio la bienvenida. El vestíbulo emanaba aún los aromas sembrados por Larisa. El tiempo parecía contar con una licencia para transitar veloz en contra corriente, y abrir los cofres de memorias sellados por la soledad. La escasa luz de la tarde apenas mostraba el escenario que los había despedido hacía más de dos años, cuando Lisandro abandonó su hogar, guiado por las alucinaciones. Giovanna encendió la lámpara, y la pantalla de cristales lanzó contra las paredes trazos tornasolados. Lisandro avanzó tímido; detallaba los

espacios y tocaba algunos objetos dudando si eran nuevos, hasta comprobar que eran los mismos de antes. Por primera vez aceptaba la ausencia de su madre sin sensación de ahogo. En la sosegada intimidad de su hogar, el simple hálito materno le acariciaba el alma. Notó la ausencia de sufrimiento; la culpa había quedado atrás. Los eventos de otros tiempos, ahora formaban parte de un álbum mental, y podía hojearlo en paz.

—Ven y te acompaño a tu cuarto Lisandro. Debes descansar.

—¿Descansar? —rio Lisandro—. ¿Sabes cuánto tiempo llevo descansando? Lo que necesito es subirme a una bicicleta y darle diez vueltas a la cuadra; así termino de sacudirme esta modorra. Giovanna celebró el chiste, y cambió entonces la propuesta. Lo acompañó hasta el sillón donde solía descansar su madre, y ella arrimó una silla para acomodarse a su lado. Allí se mantuvieron por un buen rato sin hablar. Las palabras no pronunciadas rebosaban emociones, pero la expectativa de reanudar su estrecha alianza, permeaba sosiego en sus almas.

—Te voy a preparar un café casero —le ofreció Giovanna entusiasmada, cuando advirtió el tiempo transcurrido—. Espero encontrar algo en la alacena.

Lisandro miró a su hermana desaparecer tras la puerta de la cocina, y se quedó analizando el lugar. Desde allí escuchó los conocidos ruidos del café en proceso, y al rato recibió el aroma.

—No recuerdo la última vez que saboree una buena taza de café. Hasta ahora no había notado cuánta falta me hace —dijo alzando la voz.

—Una de las cosas más añoradas del café, es el ritual que él representa. Lo asociamos con los placeres más sencillos y cotidianos —reflexionó Giovanna cuando llevó hasta su hermano la taza humante—. El café crea una dinámica que involucra a todos los de la casa... un olor entremetido por todos lados, aun cuando no lo bebas; es el mismo olor de la niñez; me recuerda a papá o cuando nos reuníamos con mamá a conversar en la cocina. Todo fue cambiando Lisandro, pero fíjate, el olor de este café se mantiene intacto. Puedo cerrar los ojos, e imaginarme todo igualito a como era antes.

Lisandro tomó el primer sorbo.

—No son sólo memorias olfativas: este café sabe exactamente igual al de mamá —aseguró él.

—Será que ella también está aquí con nosotros... —imaginó Giovanna dando un vistazo a su alrededor.

—Está... de muchas maneras.

—Deberías irte a mi casa Lisandro, allá puedo atenderte mucho mejor —sugirió Giovanna.

—Quédate tranquila. Aquí estaré bien. Ven cuando puedas; necesito reencontrarme con mi vida... mis cosas. Puedes comenzar dándome un breve resumen de lo acontecido en mi

ausencia.

Capítulo 32

COMPAÑERO EN VIGILIA

Marcela telefoneó a Lisandro para anunciar su visita. Le inquietaba no haber recibido el perdón por los meses de vida arrebatados sin intención. Sentado en su sillón, Lisandro escuchó los detalles del accidente, como si hablaran de un episodio ficticio, ajeno a él. Marcela, en cambio, pulsaba un amplio teclado emocional, y de él emanaban detalles: repitió el trayecto desde minutos antes del impacto, y superpuso las escenas hasta llegar a la cama del hospital. Fue un buen momento para confesarle a Lisandro sus largas charlas con él.

—Te convertiste en mi confidente —rió ella—. Espero sinceramente que no recuerdes nada.

—Puedes estar tranquila. No tengo recuerdos de eso, ni de los días previos al accidente —afirmó él—. Como ya debes saberlo, antes de ese día yo no habitaba mi cuerpo.

—No es mucho lo que conozco de ti —respondió un poco avergonzada de invadir su intimidad—. Pero sé que pasaste por una etapa difícil.

—Toqué fondo —resaltó él—. Y casi me quedo allí abajo como una enorme piedra. Era un cadáver al que escasamente le latía el corazón. Por eso no debes sentirte mal, Marcela. Lo creas o no: fuiste tú quien me devolvió a la vida, por muy paradójico que suene. En realidad, yo fui quien te atropelló a ti, así como lo hice con otras personas. Qué mala suerte tuviste... y qué buena suerte la mía: otro podría haberme dejado allí sin remordimientos, y en mis condiciones, ni siquiera habría merecido unas líneas en un periódico. ¿Quién se ocupa de un pordiosero a orillas de una carretera? Es como si te preguntara: ¿quién le dedica un minuto de su tiempo a un perro callejero atropellado a la orilla de una vía?

—Esa es una comparación muy chocante —agregó Marcela.

—Lo que en verdad resulta chocante no es la comparación, sino la similitud —concluyó Lisandro—. He pensado mucho en eso... le he dado miles de vueltas al asunto, y no guardo la menor duda: lo que tú hiciste fue salvarme. Te debo la vida.

Marcela interpretó las palabras de Lisandro como su manera particular de otorgarle el perdón; así se lo hizo saber.

—No Marcela, no te estoy perdonando —corrigió él—; estoy dándote mi más profundo agradecimiento.

Ella contuvo la respiración; no coincidía con esas palabras, las repitió en su mente, y la resonancia comenzó a disolver la pesada carga acarreada desde el accidente. La expresión

serena de Lisandro disolvió su pesadilla; ahora daba acceso a un gran alivio. Marcela hizo un esfuerzo por contener el deseo de llorar, pero su voluntad se hizo débil ante la inercia de su corazón, y liberó los sollozos. Lisandro se mantuvo cerca palmeando su espalda. Las lágrimas de Marcela cambiaban de color y de sabor, fluían desde distintas parcelas de su mente; lavaban culpas, miedos, y con su sal lastimaban otras lesiones aún vivas.

—Todo ha sido tan difícil de llevar... —alcanzó a decir—. He estado tan confundida... es hora de ordenarme... de despertarme también. No imaginas cuánto me ayuda escucharte hablar así.

—Obviamente ha sido una gran sacudida para los dos. Tampoco sé sobre ti, Marcela, pero pienso que los eventos explosivos tienen la misión de promover un cambio de dirección; sería interesante si se tratara de uno positivo, lo cual no siempre ocurre. Percibo que estás pasando por un momento difícil. Por eso me alegra retirarte al menos una preocupación.

—Ni te lo imaginas —aceptó Marcela—. Tu percepción es correcta: hay más, y no se me hace fácil resolverlo

—Si te sirve de algo, y no te suena vacío, puedo decirte que la solución es más que todo, una responsabilidad individual: aunque nuestras circunstancias involucren a muchas personas, depende de nosotros ponerlas en orden... tomar las decisiones necesarias y asumir las consecuencias. Los problemas lucen como una maraña imposible de descifrar; en esos casos, hay que separar cada cosa, llevar todo a su expresión más simple y analizar desde allí. Pero no creas que esta recomendación es sólo para ti; sería demasiado hipócrita y hasta irresponsable de mi parte, adoptar el rol de consejero, después de todos mis desaciertos. Esa es la conclusión resultante de varios días de reflexión —aseguró Lisandro.

—Eso lo entiendo y lo comparto —aceptó Marcela—. ¿Sabes algo? Poder mantener una conversación real contigo, me reconforta. Te imaginé tal cual eres, y me produce mucha gracia escucharte, pues mientras dormías imaginé consejos similares a éstos de ahora. No estoy loca Lisandro —dijo avergonzada mientras agitaba su cabeza—; sé que era yo misma buscando dentro de mí respuestas coherentes, pero de alguna manera me funcionó el truco de trasladarlas hasta ti. Lo que más me alegra de esta conversación, es ver cómo te abres de nuevo al mundo

—Es verdad. Los meses de inconsciencia tal vez me dieron un asomo de lo que podía ser mi muerte definitiva, pero yo había recibido ya adelantos de otro tipo de muerte: una forjada por mi propia debilidad. No puedo culpar a nadie de eso, yo la encaminé; tomé decisiones... unas muy malas, y éstas eventualmente sofocaron las entradas de aire y luz en mi vida. Con eso arrastré a mis seres más queridos: Giovanna, Andrés, y hasta la misma Regina. Este despertar

me coloca al inicio de un camino; será complejo transitar, lo sé... pero ¡caray!, estar alerta ya es un gran comienzo. Me estoy reponiendo: las heridas casi sanaron en su totalidad, los dolores remanentes son manejables, y hasta necesarios, porque me recuerdan que sigo convaleciente, física y moralmente. Ya mi sangre no me pide anestesiarme, no tengo deseos de escapar ni desaparecer; mi mente parece estar en su sitio. Ese tiempo en condición de “apagado” calmó un gran bullicio.

—Enfocado como estás, lograrás el equilibrio que buscas.

—En eso ando, mi querida amiga —reconoció él con una sonrisa que complementó sus esperanzadores planes—. Primero, quiero ubicarme en este presente... este instante único y mágico; necesito tomar conciencia de su poder infinito. Los humanos tenemos una tendencia natural de estacionarnos en el pasado, o de obsesionarnos con el futuro. Cuando estuve en cama, todo se detuvo. Inclusive el “hoy” parecía ausente. No sé cómo trabajaba mi mente en esa pausa confusa, pero de alguna manera drenaron mis tormentos. Me molesta haber desmerecido la nobleza de un pasado feliz, y en lugar de eso, me empeñé en darle fuerza al dolor, y le di permiso de carcomerme; luego quise escaparme a como diera lugar, a donde fuera, pensando que cualquier espacio sería mejor al habitado. Hacemos eso todo el tiempo, dentro de circunstancias más o menos dramáticas. Pero si lo analizas en frío Marcela, descubres el absurdo: tomamos el presente como un simple vehículo: es el barco que nos lleva a donde supuestamente queremos llegar, y al estar tan pendientes del objetivo, ni miramos el paisaje de los lados; oteamos el horizonte esperando ver algo nuevo y maravilloso, pero nunca se nos hace visible... una eterna quimera.

Marcela reconocía en las palabras de Lisandro su propia realidad. Ella misma se encontraba hechizada por un espejismo. No tenía certezas, no había garantías de las cuales asirse. Se había aferrado a una ilusión; la decisión de continuar o no con David, se proyectaba como una escogencia entre la dicha o la tristeza. Por primera vez en mucho tiempo, se cuestionó el no haber agotado todas las instancias para redescubrirse junto a Rubén. Tal vez había desmerecido el valor de algunos espacios inexplorados de su matrimonio.

—Es verdad Lisandro. Es una promesa interminable de alcanzar la felicidad; nos obsesionamos con ella.

—¡Sí! Y si apartamos la mirada del futuro, es para dirigirla al pasado, lo cual considero todavía peor. El ayer, o nos parece demasiado bueno o demasiado malo. Pero decidí plantar en este “hoy”, y para ello, debo desprenderme del rencor ajeno y del mío. Me siento libre de miedo: no temo mi fallecimiento, me asusta más el deceso indiscriminado de mis días. Ya morí mucho.

Sólo quiero viajar al ayer para recobrar mi identidad... mi ser; no para juzgarlo. No voy a rendirme ni detenerme otra vez. Tomaré esa pausa como un extraño regalo del universo; debo entender su generosidad.

La conversación entre Lisandro y Marcela mantuvo el contexto filosófico por buen rato hasta que ella introdujo otro tema.

—Lisandro, hemos hablado de las huellas que nos ha dejado el pasado, sin embargo hay una marca real y visible de la que quiero preguntarte —dijo ella.

—¿Cuál es esa?

—Es ese tatuaje en tu hombro —le adelantó—. Te lo vi en el hospital, y me llamó la atención por su acabado tosco. La curiosidad me impulsó a investigar sobre él.

Lisandro la miró intrigado. Tal vez ella le ayudaría a comprenderlo.

—No me lo hice voluntariamente —adelantó él—. Fue el producto de un acto grotesco por parte de personas llenas de maldad, en medio de mi ya lamentable condición. Por cosas de la vida, ese día en estaba lúcido. Recuerdo todo claramente, a pesar de no saber en cuál rincón del mundo me encontraba. Lamentablemente el episodio me dejó más que la huella en la piel.

—¿Sabes por qué te lo hicieron? —preguntó Marcela.

—Sí. Fueron muy elocuentes al decírmelo.

Marcela esperaba de Lisandro más señales sobre el símbolo, y así verificar la teoría hallada con David; sin embargo, no se atrevió a preguntar más.

—¿Que averiguaste tú? —le preguntó Lisandro.

—Pues... que es un símbolo empleado por ciertos grupos para castigar y señalar a personas...

—Homosexuales —culminó Lisandro.

—Sí. Eso leí. Grupos homofóbicos.

—Pues fíjate, me has traído una novedad. Desconocía que estuvieran tan bien constituidos, al punto de contar con un símbolo y demás. Eso me aclara muchas dudas.

—El símbolo partió de Francia, y se ha extendido por Europa y América. Han unificado el lenguaje y el modo de operar. En algunos países muestran actitudes más radicales que en otros, tal vez por la cantidad de seguidores o por la antigüedad de las congregaciones. Hay pocas referencias locales, pero es obvio que están haciendo su trabajo.

—Ya lo creo. Por lo visto hacen emboscadas a sus víctimas en cualquier rincón.

La homosexualidad de Lisandro quedó tácita en la conversación. Ninguno de los dos sintió incomodidad por el tema.

—¿Y sabes quién te lo hizo?

—Sí. Y preferiría no saberlo —concluyó él—. Esa es la peor parte, la hizo más dolorosa que el propio maltrato. ¿Sabes algo? A veces sólo conoces a una persona cuando las ves actuando bajo las sombras. No todos dicen lo que sienten Marcela, ni sienten lo que dicen. El anonimato hace aparecer el verdadero retrato de las personas. Nada más pensar que alguien me buscó y se sintió con el derecho de castigarme por algo fuera de su competencia, me impacta. Me sorprende aun más percatarme de cómo las personas son capaces de juzgar vilmente a otras por ser diferentes y castigarlas con acciones más detestables que las recriminadas.

—Juzgamos más fácilmente a otros que a nosotros mismos.

—Eso mismo. Cuando calificamos a otros nos distraemos, y olvidamos nuestras propias fallas, como si los errores o pecados ajenos nos lavaran la cara.

Aunque Lisandro no era explícito, Marcela entendía la generalidad de su aseveración.

—¿Y esa persona sabe que la reconociste?

—No lo creo. Por la manera descuidada como se dejó ver, debe haberle confiado a mi locura el velo de su identidad.

—¿Y no piensas enfrentarlo, vengarte o acusarlo al menos? —preguntó Marcela.

—¡No Marcela! No siento la más mínima inclinación hacia eso. He tenido demasiadas emociones nocivas; no quiero alimentar una nueva.

—Eso lo entiendo Lisandro, pero tampoco me parece justo dejar todo así; la impunidad tampoco es beneficiosa —declaró Marcela—. Además de ese episodio, está lo que te hicieron justo antes de atropellarte. Fuiste golpeado salvajemente. ¿Recuerdas lo ocurrido en esa ocasión?

—No. Ese día no figura en mi memoria. La calle es muy perversa, y más aún con quienes la deambulan sin un norte. Pudo haber sido cualquiera; otro loco tal vez. No lo sé. Igual, todo me guiaba hacia la muerte, me salvé por nada; no voy a seguir perdiendo mi tiempo buscando un culpable, cuando soy yo mismo.

Marcela consideró prudente dejar de insistir.

—Al menos tienes la compañía de tus hermanas: ellas deben ser parte de este resurgimiento que propones —declaró Marcela señalando el retrato de bodas exhibido en una mesa; en él posaba Lisandro junto a Giovanna y Regina, con sus respectivos esposos. Había detallado antes la misma foto en casa de Giovanna.

Lisandro miró la imagen con desánimo.

—No lo sé... sería infantil pretender que todos se unan a mi causa. Decidí esperar un poco antes de anunciarle a Regina mi retorno. Aun no estoy listo para ella.

Capítulo 33

¿QUÉ PIENSA ELÍAS?

Elías personificaba al esposo ideal: hombre educado y trabajador, consecuente en sus demostraciones amorosas y de paciencia admirable, capaz de sobrellevar sin reparo las permanentes insolencias de su esposa. Nadie dudaba sobre la fortuna de Regina al contar con alguien que aceptara tantos revuelos en su comportamiento, y aun así, fuese capaz de amarla. Pero existían en Elías vetas ocultas, sólo visibles bajo peculiares circunstancias.

Elías era el menor en un hogar atiborrado de hijos y dificultades. Con ingresos económicos insuficientes, sus padres se afanaban sin descanso para superar el maratónico reto diario de levantar a nueve hijos. La lucha cotidiana no mostró mejor manera de fijar valores, que sembrando juicios radicales sobre el comportamiento humano. La disciplina aplicada era tenaz, y los veredictos de carácter extremo: o se era muy bueno, o muy malo; no había tiempo para detenerse en medias tintas. La sumisión y obediencia eran enaltecidas y mencionadas con exageración dentro del hogar; incluyendo la de la madre. Los niños querían ganarse a como diera lugar la aceptación de Ruiz, su padre; se esmeraban en mostrarse como los mejores, y con frecuencia realizaban los errores ajenos para desviar la atención de los propios. La insubordinación, así fuera esporádica, era un pecado merecedor de severos castigos. La fusta de la censura paterna azotaba la tranquilidad de los muchachos; los sumía en pensamientos infernales y el remordimiento los socavaba, así pues, pasar horas encerrados en armarios, dormir al aire libre en el patio a expensas del clima, o permanecer un día completo amarrado a una silla, eran acciones aceptadas por los hijos con resignación y hasta orgullo. Pero los métodos de crianza no eran infalibles, y ante nueve personalidades distintas, con frecuencia emergían reacciones fuera de control. Cuando alguno confrontaba la autoridad, al coraje paterno se sumaba la impotencia de no conseguir doblegar las ideas de sus descendientes; así, los sermones se hacían más ofensivos, las amenazas más elocuentes, y las sanciones más enérgicas. Elías presenció cómo a sus hermanos se les retiró el alimento por un día completo, los vio permanecer desnudos frente a un rincón de la casa bajo la mirada de todos, incluyendo los esporádicos visitantes, y presenció otras docenas de situaciones tan humillantes como abusivas. La disciplina secuestraba el sosiego de la familia, el miedo estaba impreso en las células de la prole. “Portarse bien” era un mandato tácito, y era preciso mostrar, a como diera lugar, un proceder individual intachable. Pero el pensamiento es un elemento sólo a disposición

de su dueño, mientras no dé manifestaciones delatorias, y antes de ventilar ideas indignas o inapropiadas, lo mejor era simplemente callar y demostrar una falsa pureza. Elías y sus hermanos aprendieron a no exponerse, a crear juicios con facilidad y ser intolerantes con los errores ajenos. Por considerarse poseedores de la verdad absoluta, todo aquel actor en contra de lo aprendido, merecía el repudio. Dentro de la cultura patriarcal, los hombres crecieron con un concepto de machismo exaltado; debían ser proveedores solventes, figuras sólidas no autorizadas a mostrar debilidad o dolor. La efigie masculina merecía la veneración del gremio femenino, según el ejemplo de la propia madre. Las mujeres estaban destinadas a atender y satisfacer a sus hombres, con el mandato de ahogar los ideales propios. En resumen, hombre y mujer tenían tanto sus deberes como etiquetas bien definidas y resaltadas; las cuatro hijas y los cinco varones conocían de sobra cuál era su papel nominal en la sociedad, aunque no estuvieran dispuestos a cumplirlo o se sintieran incómodos con él. Las faltas ajenas al hogar eran mencionadas en reuniones familiares como pecados atroces: una madre soltera, una relación en concubinato, un hijo descarriado, la fornicación... todas eran aberraciones humanas sin espacio en su templo. Tanto los hijos como las hijas debían llegar vírgenes al matrimonio, si querían evitar ser castigados por Dios con hijos deformes o tarados, o aún peor: con una deshonrosa infertilidad. Esta intimidación hacía un confuso contraste con vistosos testimonios cercanos: mujeres solteras pariendo hijos primorosos o matrimonios entre divorciados consagrados con una descendencia sana y feliz.

—Ya recibirán la furia de Dios de formas horrendas —explicó Ruiz cuando la menor de las niñas solicitó una justificación.

De esta manera eliminaba la posibilidad de un embarazo no deseado por cualquiera de sus hijos y la consabida mancilla del honor familiar. Toda desviación estaba registrada en un libro sagrado conocido sólo por Ruiz, y para cada caso especificaba una sanción justa. El elemento primordial en la crianza era, en definitiva, el terror a Dios, y ellos, como humanos encargados de hacer cumplir las leyes divinas, debían seguir todos los designios que su líder, de manera tan fiel e incuestionable, les transmitía.

Cuando la madrina de Elías anunció su decisión de divorciarse, Ruiz le gritó indignado por la mácula asentada en su familia, pues ninguno de sus allegados debía tomar decisiones reservadas únicamente al ser supremo. Más tarde se supo que el motivo del divorcio era el amor hacia un hombre distinto a su marido. La furia de Ruiz le hizo perder el conocimiento; al reaccionar anunció su decisión de encender fuego a la casa de la comadre, pero por fortuna, su esposa e hijo mayor le hicieron desistir de la idea. El hombre acudió a la iglesia para solicitar la

anulación del sacramento bautismal, y al conocer el rechazo de su propuesta, tomó de cuenta propia el proceso de purificación de su hijo. Lo hizo pasar por un duro proceso de retiro para limpiar su cuerpo y espíritu. Mantuvo al niño de doce años en un cuarto sin luz por más de una semana y alimentado apenas por unas hogazas de pan. Ruiz se internaba con él por horas para rezar y erradicar de su cuerpo las dañinas influencias recibidas en la pila bautismal. En el proceso, Elías casi muere de debilidad.

Más adelante llegó a casa otra noticia: Renzo, el único primo por el lado materno, estaba mostrando tendencias homosexuales. El repudio familiar se dirigió a él. Ruiz prohibió hablarle y hasta mirarlo; este trato se haría extensivo a toda su familia. Hasta la madre de Elías, ante el temor de enfrentar la furia ciega de su marido, debió renunciar a cualquier contacto con su hermana. Ruiz desmenuzó el evento, llevó al hartazgo la explicación del riesgo que ese joven representaba para la familia y la lesión ocasionada a la dignidad del grupo; se refería al muchacho como un virus mortal, merecedor del exterminio. Casi era necesario desinfectar cuanto él había tocado. Isaías, el hermano mayor de Elías, quien para entonces contaba veintiún años, era el compinche del primo en cuestión y compartía con él hasta la fecha de su nacimiento. Isaías debió someterse a un escabroso proceso con el cual Ruiz indagaba si también estaba infestado de semejantes inclinaciones. Pasó por interrogatorios interminables donde hizo preguntas íntimas al muchacho, planteadas de maneras distintas para sondear la consistencia de las respuestas. Hasta lo amenazó con castrarlo si advertía cualquier comportamiento desviado. Nadie dudó sobre la veracidad de sus palabras. Por fortuna o desgracia, Isaías amaba a una joven, y ya mantenían relaciones íntimas; durante las interpelaciones se cuidaba tanto de no delatarse, que el joven parecía atormentado. Cuando Ruiz verificó la solvente masculinidad de Isaías, lo dejó tranquilo.

Tal fue el efecto del suceso con Renzo y de otras manifestaciones paternas, que Elías percibió la homosexualidad como el peor de los pecados carnales, y en apoyo a su guía, adoptó la conducta de aborrecer a quienes irrespetaran su condición natural, por desacatar el mencionado mandato divino. Ruiz reconoció en Elías a su más fiel seguidor, y exaltó en él su intolerancia a los oprobios de la humanidad. En la medida que los hijos crecían y abandonaban el hogar, Elías permanecía para absorber el residuo de sus métodos arcaicos. Formó así a un hombre callado, sumiso, capaz de soportar humillaciones, y con una gran carga de odio hacia los demás, especialmente los homosexuales. Ruiz había formado a un ferviente practicante de la homofobia.

Elías vio a Regina por primera vez en el banco donde él laboraba, cuando ella fue a canjear un

cheque emitido a su nombre. Frente a la taquilla, Regina descargó un sonoro reclamo cuando el empleado detectó un error en sus datos, que impedía la cobranza. Indignada, ella pidió hablar con el gerente, y mientras caminaba hacia la oficina referida, iba mascullando una retahíla de quejas. Elías, desde su puesto de trabajo, sintió su perfume penetrante, y un campaneo de abalorios anunciándola; ella se detuvo a mitad del pasillo dudando a dónde dirigirse, y al verse perdida buscó asesoría. Ya Elías había colocado su mirada en ella y cuando la vio detenerse junto a él, quedó impávido. La detalló sin discreción. Por un instante Regina olvidó la queja, y se regodeó con la mirada del extraño; colocó sus manos a ambos lados de la cintura, irguió su pecho para realzar la exuberancia de su busto y sonrió. Vestía una malla enteriza color negro, adherida al cuerpo desde el hombro hasta los tobillos. Un escote en “V” dejaba ver el nacimiento de sus senos, y entre ellos se perdían unos guindalejos de su collar. De un pañuelo naranja amarrado sobre sus caderas colgaban docenas de pequeños cascabeles que ella hacía sonar intencionalmente con cada movimiento. El empleado hizo el recorrido completo desde su melena naranja hasta las cuñas en sus pies. Retorno la mirada al rostro y mostró la vergüenza por su atrevimiento.

—Disculpa —dijo ella cuando dispuso de su atención—. ¿Tú me puedes decir cuál es la oficina del gerente?

Eso fue lo único que alcanzó a escuchar Elías; las palabras restantes de Regina armaban una explicación en la cual él se perdió; sólo alcanzó a señalarle la puerta solicitada con su dedo índice, y cuando se sintió liberado de la presencia femenina se recostó sobre el escritorio sudando su ofuscación. En silencio pidió perdón a Dios por haber sucumbido ante tal vulgaridad. Desde lejos escuchaba la voz de Regina exponiendo su caso, y le atormentaba imaginarla pasando de nuevo junto a él. Pensó en abandonar su puesto por un tiempo prudente, y luchó contra el deseo de quedarse para mirarla una vez más. Su discusión interna superó el tiempo empleado por Regina para su gestión. Al percibir su retorno, Elías se inclinó sobre su mesa, cerró los ojos y puños con fuerza, rogando que ella siguiera de largo. Los pasos se silenciaron; Elías esperó confundido; al reabrir los ojos, lanzó la mirada hacia el pasillo, y allí estaba Regina de pie, observándolo divertida.

—¿Me estás evitando? —preguntó ella.

Elías enmudeció. Creyó sentir toda la sangre de su ser acumulada en el rostro. Ignoró la pregunta y simuló trabajar. Regina se aproximó y subió un muslo sobre el escritorio; colocó su mano sobre el brazo del empleado y le dio unas palmaditas; él la observaba de reojo, sin atreverse a realizar movimiento alguno.

—Me gustó como me miraste —le susurró al oído.

—Disculpe si la ofendí.

—¿Ofenderme? No, al contrario: me halagó mucho. Descubrí una química especial entre los dos. Además, me gusta mucho tu timidez; eso te hace muy atractivo. Mira: voy a esperar a que salgas y vamos luego a tomarnos algo por allí. ¿Te parece?

—No puedo —dijo de plano sin levantar la mirada de sus papeles.

—Claro que puedes, y está clarísimo que también quieres. Estaré afuera —le dijo con voz resuelta, sin esperar una confirmación.

Regina se alejó. En los treinta y cinco minutos restantes de la jornada laboral, Elías se mantuvo con la espalda rígida, mientras un torrente helado de nervios, corría por su espina dorsal. La alarma en su reloj indicó la hora de salida. Preparó su partida con el terror mordisqueándole. Decidió partir con el objetivo insoslayable de caminar hasta el estacionamiento donde aparcaba su carro, sin dejarse perturbar por manifestaciones perversas. La rectitud moral había sido el principal valor de su vida, y mantenía su resolución de sortear tentaciones malévolas. Esa mujer no quebrantaría sus mandatos divinos: ella era apenas una más de las pruebas de Dios para probar su resolución a no cometer más pecados carnales. Pero ignoraba la insolencia de Regina, de la cual se asistía para desmerecer y franquear los rechazos. Tal como lo indicó, ella aguardó en las afueras del banco, lo abordó y desvió, casi a empujones, hasta un pequeño bar ubicado a unos metros. Dentro del establecimiento, Elías aferró tanto la mirada como sus manos al maletín de trabajo. Era incapaz de avanzar o de huir. Regina lo haló del brazo, lo condujo hasta una de las mesas del fondo y retiró una silla para él.

—Anda, siéntate —pidió ella.

Elías ocupó el asiento sin chistar. Regina ordenó dos cervezas y él bebió la suya con premura, buscando en la bebida bríos para levantarse y abandonar el lugar, pero la dosis de alcohol sólo alentó el deseo por ingerir más; otra docena de vasos se vaciaron en sus gargantas hasta desterrar todas las inhibiciones. Una hora más tarde, Elías y Regina se besuqueaban en un rincón del bar. La ofuscación común y el encargado del establecimiento, les sugirieron trasladarse a un hotel. Regina guió y Elías se dejó llevar sin resistencia. Ya a solas, ella notó en su compañero la impericia sobre temas amatorios, y decidió desplegar con él su más audaz repertorio de técnicas eróticas. Ambos se gozaron por horas. Elías vivía la experiencia en una bruma de placer, mil veces más embriagante que las bebidas de antes. Descubrió sensaciones insospechadas; nuevos néctares llegaron a su boca desde pliegues desconocidos; se obnubiló por el estímulo de sitios inexplorados en su anatomía; eran caricias aturdidoras, arañazos

marcando caminos ardientes, succiones intermitentes en su henchida intimidad; todo ocurría como una avalancha demoledora, indescifrable; apenas y tenía chance de corresponder, sus manos perdidas se topaban con blanduras, humedades, rincones imprecisos; era él la dichosa víctima de una ola gigante revolcándolo sin norte, en una confusión de gritos, gemidos, ritmos; y cuando creía desmayarse entre los trances de su sexualidad, Regina lo rescataba para conducirlo a un nuevo éxtasis. Ya no fue posible dar ni recibir más. Su cuerpo exhausto le pidió una tregua, y quedó rendido entre nudos de piernas y brazos, con la boca destilando restos de lascivia, untado de fragancias corporales, y sobre sábanas igualmente agotadas. Al despertar, horas más tarde, se encontró solo en la habitación. Una nota escueta lo devolvió a la realidad: “Tuve que irme. No me busques”.

Los días posteriores al encuentro con Regina, Elías se internó en una cueva infernal que le consumía la vida. Sus demonios internos le reclamaron hasta el tormento por haberse alimentado del pecado. Rezaba por horas para limpiar sus culpas; se sometió a ayunos que lo postraron en su cama por días completos, cuando el trabajo no se interponía. Recordó los severos castigos de su padre y se consideró merecedor de todos juntos. Sudó fiebres, y las confrontó sumergido en su bañera, con hielos flotando a su alrededor. Nada parecía calmar sus reclamos y enrevesados conflictos internos. Tal vez porque lo aturdiría una culpa mayor: el deseo devastador de repetir la experiencia con Regina. Le aturdiría evocar las horas con ella... las más alucinantes de su vida. Entre las súplicas elevadas al cielo por sus pecados, se filtraban imágenes que lo retornaban a la recámara del deleite. Las remembranzas lograban excitarlo, y escuchaba luego la voz paterna azotándolo. Pasó días de desconcierto. En su trabajo, los superiores notaron su cambio de semblante; lucía enfermizo y distraído. Le sugirieron vacaciones y ante su rechazo, lo instaron a irse de reposo, pero también se negó. Más que responsabilidad, lo mantenía el deseo de verla nuevamente y aminorar su desdicha moral. Por días esperó a Regina. Anhelaba verla aparecer en el banco, y al final del día se sentía aliviado por no haberla visto. Un día sintió el perfume almacenado como un tesoro en su memoria. No dudo su presencia; la buscó por el banco, y la encontró sentada en una de las sillas para visitantes. Al verla, lo inundó la felicidad. Se topó con una verdad inapelable: era ella quien le había dado sentido a su existencia y se dio el permiso de regocijarse con su compañía.

—¿No pensabas saludarme?—le dijo él casi tartamudeando.

—Iba a pasar un momento antes de irme, no me reclames —respondió ella con desdén.

—No lo estoy haciendo, sólo quería saber. Pasa un minuto por mi escritorio antes de irte, por favor —dijo casi en súplica.

Así lo hizo Regina, pero contrariando sus esperanzas, ella interpuso un discurso tajante.

—Mira Elías: no sé lo que estará pasando por tu mente, pero ni pienses que nosotros tenemos una relación. ¡Lo que pasó... pasó, pero ya se acabó! Deja de formarte falsas esperanzas conmigo, pues yo no quiero compromisos contigo ni con nadie. Si quieres y te interesa, te propongo que sigamos viéndonos, pero eso sí: sólo como amigos. No pienses que tendrás algún derecho sobre mí ni que vamos a terminas revolcándonos como el otro día. Yo soy una mujer libre de ataduras y ningún hombre me someterá. ¿Entendiste?

Elías escuchó y procesó una a una las palabras. Así se convirtió en un seguidor ciego e incondicional de la única mujer a quien había amado en su vida. Le resultaba inexplicable su necesidad de implorar, como si se tratara de un brebaje vital, la sola presencia del más antagónico modelo femenino aceptable en su familia. Ese ser exponía con desparpajo tanto su cuerpo como sus ideas. La sumisión era, quizás, la característica más ausente de su personalidad. Hablaba en voz alta, decía cuanto le pasaba por la cabeza sin aplicar aunque fuese un filtro basto. Dejaba ver sus gustos o desagrados con la misma irreverencia. Para Regina, las cosas eran como eran y punto. Su manera de vestir contravenía todo acuerdo moral: escotes atrevidos, ropa ajustada, maquillaje excesivo, faldas cortas, telas reveladoras, diseños atrevidos: tal facha habría sido impugnada de plano por el padre de Elías, e incluso por él mismo en condiciones regulares, pero inexplicablemente, esa mujer se apoderó de sus juicios y a cambió le sembró sueños inverosímiles. La amaba, la deseaba, quería complacerla a como diera lugar, rendirse ante ella, dejarse doblegar por sus caprichos, siempre y cuando la tuviese cerca. Fantaseaba con su cuerpo, repasaba hasta el cansancio su único encuentro, y se entregaba a placeres en solitario con el espoleo de sus recuerdos. Sin embargo, pasó mucho tiempo antes de ser correspondido; Regina disfrutaba tanto el hacerle desplantes, que no midió ni la frecuencia ni la intensidad; pero Elías recibió un tardío golpe de dignidad y se dio por vencido en sus planes de conquista. Su retirada fue el gesto radical que viró el entendimiento de Regina, e hizo visibles para ella unos destellos del amor, no tan abnegado y servil como el de su contrafigura, pero amor al fin.

El pródigo romance condujo a planes matrimoniales, y allí tomó fuerza una gran disyuntiva de Elías. Imposibilitado de presentar su novia a la familia Ruiz, se amparó con el argumento de la distancia y cerró la posibilidad de un encuentro entre ambas partes. Ya Regina carecía de disposición para congeniar con una familia nueva, pues con la propia ya tenía suficiente, así desmereció el tema. Para ella, Elías era un hombre solitario y timorato, urgido de su compañía para subsistir: ése era su atractivo supremo. La reserva de Elías a compartir información

personal, otorgó un salvoconducto a Regina para ocultar detalles de la propia. De su niñez, ocultó cómo la hería la actitud fría de su padre hacia ella, y los celos arrebatadores hacia su madre. Tampoco le contó a su esposo, que luego de la muerte paterna había acusado al propio Lisandro de estar enamorado de Larisa. Se reservó anécdotas personales, por temor a lesionar la admiración de su marido, como la vez en que había consumido drogas en una fiesta, incitada por una borrachera, o que un antiguo novio asiático la había convencido de participar en relaciones sexuales múltiples. Entre tantos secretos, mantuvo oculta la homosexualidad de su hermano, no por protegerlo ni resguardar su imagen, según proponía Giovanna, sino porque le fastidiaba extenderse en detalles innecesarios. Era difícil percibirlo en Lisandro, pues sus ademanes no lo delataban; aún así, Elías sentía un inexplicable rechazo que socavaba los intentos de cordialidad con el cuñado. Pero el tiempo se las arregló para mostrar a Elías la verdad sobre él; ocurrió cuando Giovanna solicitó a Regina acudir a casa de su madre y ofrecerle soporte con su hermano. Ya Elías sabía de los desmanes del alcohol y la droga en Lisandro y no deseaba involucrarse de más. En esa ocasión Regina pretendió ir a escondidas, temiendo que la escena fuese demasiado íntima como para aceptar la presencia de su esposo, pero Elías la atajó en la puerta de salida e insistió en acompañarla. En la casa de sus padres encontraron a Félix, el novio de Lisandro, quien sollozaba en la sala por la frustración de no poder recuperar a su amor. Esto pudiera haber pasado por un acto de solidaridad fraternal, si Félix no se hubiese inclinado hacia Lisandro para abrazarlo y besarle en los labios. Elías se mantuvo en una esquina de la sala observando la escena, mientras su injustificado rechazo de antes, tomaba forma. El tema del extravío moral de Lisandro perdió sentido cuando saboreó el amargo descubrimiento. La repulsión hacia Félix, y en especial hacia Lisandro, le produjo náuseas. El recuerdo de haber socializado con él o compartido la misma mesa, le producía sensaciones indescriptibles. Asco e impotencia azuzaban su temperamento; no creía poder contenerse más. La orden áspera lanzada a Regina para salir de casa, apenas reflejó el mandato de su mente; deseaba gritarle a su esposa para reclamar semejante omisión y descargar sobre Lisandro su ira; pero desde niño Elías había sido entrenado para callar y aparentar, y así lo hizo. Pero ya en casa, su furia buscó un desahogo, y por primera vez se presentó ante Regina un personaje iracundo, capaz de gritar y maldecir; atacó verbalmente a su cuñado por la debilidad de la carne y comportamiento depravado, a su familia por alcahueteárselo, a ella por no haber suspendido las relaciones con él, y sobre todo por haber encubierto tan grave hecho. Regina no era capaz de apartar el asombro; poco le interesaba justificar su comportamiento, sólo buscaba rescatar al esposo dócil y tranquilo, devorado por ese arrebató que había surgido de la nada; no

consideraba siquiera que debiera una explicación cuando él le había hablado tan poco o nada sobre su familia.

—Cada familia tiene sus propios secretos, y ese no tenía por qué afectarnos a nosotros. Eso es cosa de él, no mía —atinó a justificar Regina.

Pero ningún argumento se filtraba hacia el razonamiento de Elías. No se trataba de una simple omisión, el silencio de su esposa era una repugnante complicidad, y con ella alentaba uno de los pecados más sórdidos de la humanidad. Elías se refirió a Lisandro con desprecio, de sus fauces salieron palabras ofensivas; la retahíla de insultos arrojó a todos los Valecillos, sin respeto alguno hacia los difuntos padres; recalcó los principios religiosos y el castigo merecido por los pecadores. El pasmo de Regina ya mutaba a terror, no se atrevía a hablar, ni para defender ni para otorgar, hasta que despertó en ella la lealtad familiar y empuñó su desacuerdo por semejante actitud: defendió a Lisandro recalando su valía y dignidad personal; las preferencias sexuales de su hermano eran incumbencia solo de él, aunque ella hubiese manipulado el tema con el fin de retarlo y fastidiarlo, pero eso no había lesionado su imagen protectora, ni daba derechos a nadie para juzgarlo. Regina defendió el honor de Lisandro con solidez, en nombre suyo y el de su madre. Ante semejante confrontación, Elías levanto la mano para golpear a su esposa, pero ella se le adelantó y le propinó un manotazo tan fuerte en la cara que lo tambaleó.

—¿Y tú te crees con derecho a pegarme, desgraciado? —le gritó ella.

Elías reaccionó; parecía haber despertado; estaba pálido y aterrorizado. Descartó el motivo de su disgusto, y se concentró en la imagen de su esposa retándolo.

—¡Perdóname! —le rogó él.

—¿Qué te perdone? Tú te atreves a ponerme un dedo encima y te mando de una vez a la morgue. Es más, si tanto asco le tienes a mi hermano, agarra en este momento todas tus cosas y te vas de aquí, porque no te voy a tolerar insultos para mi familia, por el motivo que sea. ¿Tú te la das de santurrón? Pues vete a insultar los homosexuales de otro lado, porque a mi Lisandro sí lo defiendes, ¡carajo!, de ti o de quien se atreva a hablar mal de él en mi presencia.

El Elías inseguro y asustadizo reapareció, pero tenía frente a él a una fémina atigrada, no sólo por su vestimenta, sino por sus garras acrílicas en posición de ataque y la actitud retadora. El hombre se disculpó de todas las maneras posibles; se pasó los tres siguientes días soltando desquiciantes letanías de disculpas. Cuando la tensión cedió, Elías confesó su aprehensión descontrolada hacia los homosexuales, derivada de una crianza inflexible, e incluyó el relato de su primo Renzo. Sin excederse en detalles, explicó que en un hogar tan estricto como el suyo,

las irregularidades sociales causaban reacciones abominables en su padre, y tan sólo recordarlas, le producían un temor imposible de controlar, muy a pesar de los años transcurridos desde su infancia. Regina quedó conforme; no pidió más detalles. Casi cerrando el tema, Elías hizo una última petición.

—Mi corazoncito: ya que parece haber comprendido mis razones, quiero pedirte algo.

—¿Y qué será?

—¿Pudiéramos mantenernos al margen de todos los problemas que ocurren ahora en tu familia? —preguntó, mientras procesaba un argumento fácil de aceptar por su esposa—. Todo eso te está afectando injustamente. Eres muy impresionable, y he visto cómo quieren culparte por desgracias que no te corresponden.

Regina aceptó el planteamiento, y adoptó la actitud de mujer dulce e inocente.

—¿Verdad que es injusto lo que me hacen? —dijo mimosa, en apelo a la complicidad de su marido.

—Claro que lo es. Por eso te lo digo: mejor nos mantenemos retirados —insistió él.

Sin más, Regina aceptó la propuesta. Su relación con Giovanna perdió el escaso verdor residual; dejó de considerarla para las reuniones familiares, incluso los aniversarios de bodas que solían celebrar juntas. El yermo nexo entre ellas alivió a Elías. Ya nada sabían del hermano vagabundo, aunque su presencia se mantenía tácita... latente. Sólo una vez se encontró con él, guiado por las señas recibidas de un conocido. Luego de eso, lo acosaba el temor de nuevas noticias sobre su aparición; el timbre de la puerta o el teléfono, eran un recordatorio permanente de su existencia. Hasta que Lisandro se perdió en un extendido silencio. Entre la variedad de hipótesis que justificaban su ausencia, la muerte se perfilaba con una suerte de dolor y alivio para Regina; para Elías: era ésa una ilusión bajo la hojilla inestable de una guillotina.

Capítulo 34

ENCUENTRO INESPERADO

A las 5:35 pm de un jueves, Elías abandonaba su lugar de trabajo. Tal como lo había hecho por más de una docena de años, remolcaba su desaliento por dos cuadras, para abordar su vehículo en un estacionamiento público. Llevaba un maletín cargado de letanías, vestía una de sus veinticuatro camisas manga larga y una corbata a rayas recibida de su esposa como regalo, en el último cumpleaños. Salió conduciendo hacia su casa. No tenía planificada ninguna parada; estimaba treinta y dos minutos de trayecto hasta su garaje. Nueve semáforos y tres tramos de tráfico pesado menguaban su avance. La radio era el elemento cambiante más notorio, las noticias le restregaban que, a pesar de su rutina laboral, el mundo estaba embarcado en una estridente cascada de eventos, pero sólo se limitaba a mascarlos como un ejercicio contra el hastío. Se encontraba punteando la fila de carros frente a un paso peatonal; una bandada de gente avanzaba como hormigas bajo el azote de un apremio colectivo. “¿Para qué tanta carrera?”; pensaba, anticipando la rutina invariable hasta la hora de dormir. Presenció el desfile, con la cabeza apoyada en su mano izquierda, mientras su codo sobresalía por la ventanilla abierta. La masa de personas le resultaba ya uniforme, pero distinguió una figura con paso distinto, pausado; un personaje pintado con carboncillo entre el colorín de la gente, y a su alrededor, una burbuja invisible mantenía a todos apartados. Elías quedó impactado al descubrir que se trataba de su cuñado; lo siguió con la mirada, lo vio tomar la vía contraria y continuar calle abajo. Reaccionó ante el sonoro reclamo de los autos represados detrás de él. No lo dudó: debía ir tras Lisandro; tan pronto pudo, hizo un viraje en y lo ubicó sin dificultad entre los transeúntes. Mantuvo una distancia prudente mientras lo seguía; avanzaba un trecho, se paraba hacia la orilla de la calle y volvía a avanzar; bajo este esquema lo acompañó durante más de doce cuadras. Lisandro llevaba paso lento; cruzaba las esquinas con cautela; su caminar parecía afectado por una lesión en una de sus piernas; los vehículos eran los únicos elementos que lo extraían de su sonambulismo. Elías debió estacionar para alcanzarlo en un callejón inmundo que culminaba en unas casas deterioradas. Un par de mujeres sentadas sobre cartones, le dirigieron unas palabras a Lisandro; él buscó en uno de sus bolsillos y sacó una cajetilla de cigarrillos. Entregó uno a cada una, y a cambio recibió lumbre para encender el suyo. Se sentó junto a ellas en el suelo curtido, con la vista al frente, tal como lo hacían sus acompañantes. Cada uno parecía mirar una película distinta proyectada en la misma pared

mugrienta, mientras respiraban moscas y el hedor de una alcantarilla. Elías miró a los lados para reconocer el sitio. Había pasado cerca una infinidad de veces, pero desconocía ese vericuetos del espacio y del tiempo. Una anciana sentada en una silla desvencijada, mascullaba soledad; miró al intruso parado en el medio de la callejuela y le extendió la mano pidiendo un poco de humanidad. Elías extrajo un billete y se lo entregó con un poco de miedo y exceso de repulsión. Un hombre cincuentón atontado por el alcohol, apareció balanceándose errático; se detuvo frente al trío y se acarició su miembro mientras se carcajeaba. Las dos mujeres soltaron risotadas, y una de ellas se acarició ambos senos para responder a su provocación. El extraño siguió de largo pronunciando palabras soeces. Una de las mujeres se acercó a Lisandro para recostarse en su hombro, y cerró los ojos. Él no se inmutó. La otra se puso de pie y se retiró. Elías mostraba repulsión. Discernía entre abandonar el sitio o mantenerse vigilando al cuñado. Su último encuentro se había dado casi un año atrás, en una plaza solitaria; pero no había sido casual: fue la respuesta a una búsqueda premeditada, guiado por algunas pistas. Para entonces llevaba un objetivo que llegó a cumplir. Ahora lo tenía de nuevo frente a él, pero carecía de un plan. Ese evento azaroso sacaba a Lisandro del sarcófago hipotético en que lo había enterrado su familia ante la ausencia de noticias. Dio trece pasos para acercarse y se plantó delante de él. La entrada de la noche difuminaba la silueta de ambos.

—¡Lisandro! —dijo Elías.

Él no respondió. Miraba al suelo, justo donde se extinguía la colilla del cigarrillo.

—Lisandro, mírame —le ordenó Elías.

Los párpados de Lisandro se movieron, y de los ojos irritados saltó el resumen de su drama.

—¿Qué quiere de mí? —murmuró.

Elías no estaba seguro de haber sido reconocido.

—¿Sabes quién soy? —quiso saber.

—No importa si yo sé, lo importante es que lo sepa usted.

—Vine a buscarte. A llevarte a casa —le anunció Elías, aliviado de mantener su anonimato.

—¿A casa? Yo no tengo casa. No quepo en ninguna. —se lamentó él con una risa forzada.

—Vente, yo te llevo. No puedes seguir de esta manera. Tienes una familia que se preocupa por ti —dijo con voz firme.

Las últimas palabras llamaron al lamento; el desconsuelo se derramó en su rostro y removió el sucio. Su frente buscó apoyo en las rodillas, mientras los brazos rodeaban sus piernas. Un sollozo largo y monótono opacó los ruidos del lugar. El dolor estaba cosido a su cuerpo, los desmanes del pasado se habían aliado con los más recientes para atormentarlo. La locura y la

cordura se separaron en un interludio, y la segunda tomó la palabra.

—En ciertas condiciones, los nexos dejan de tener vigencia, ya no es un asunto de genética, sino de derechos. Dejas de pertenecer a una familia, si sólo tienes para aportar vergüenza y desdicha. Queda desterrado de ella quien rompe con la tranquilidad, engaña y lastima para alimentar sus demonios. Yo sobrepasé todos los límites, no tengo derecho ya a ser considerado parte de una familia. Ahora tengo un oscuro linaje del que nadie se siente orgulloso; sólo otros miserables como yo, están dispuestos a compartirlo. Por lo tanto, amigo, mi gente... es ésta de aquí. —culminó, buscando los ojos de Elías.

Elías no encontró palabras para rebatir tal creencia. Él mismo sentía que había perdido méritos para pertenecer a su familia. Sólo tenía a su esposa y a su hija.

—Ven Lisandro, vamos a dar una vuelta — pidió Elías.

—¿Una vuelta? Lo único que hago es dar vueltas: recorro círculos eternos... círculos y más círculos.

Elías insistió, y al fin Lisandro se levantó del suelo para caminar tras él, hasta llegar al vehículo.

—Espera un momento —pidió Elías.

Abrió la maleta del carro y sacó unas bolsas negras que acomodó sobre el puesto del copiloto.

Tomo del brazo al cuñado para ayudarlo a subir. Tocarlo le ocasionó una excesiva repulsión.

—Deme algo de beber —pidió Lisandro mirando al frente, ya acomodado en el asiento.

—¿Quieres agua? —verificó Elías.

—¡No! Quiero algo que alivie los dolores —dijo mientras se tocaba las piernas.

—Te vi cojeando —recordó Elías—. ¿Te pasó algo en las piernas?

—Nada que pueda matarme. Sólo necesito algo para olvidarlo.

Unos metros más adelante, Elías estacionó frente a una licorería, y regresó con una botella de ron. Lisandro la contempló unos segundos; desenroscó la tapa, vertió unas gotas sobre una herida del antebrazo y luego bebió.

—Gracias hermano —agradeció Lisandro.

Elías lo observó, cavilando si el sustantivo empleado invocaba su condición de cuñados, o simplemente era un apodo genérico; esperó a que Lisandro consumiera parte de la botella y comenzó a conducir sin rumbo. Elías había apagado el teléfono para evitar alguna llamada de Regina. Lisandro, en una duermevela, murmuraba frases disparatadas. Luego de unas vueltas, estaba roncando ladeado en el asiento. Elías encendió el teléfono y discó el número de su esposa.

—Corazoncito. Te tengo una gran noticia.

—Espero que sea muy buena —respondió ella—; son más de las ocho.

—Es que acabo de encontrarme con uno de mis hermanos, y no hemos podido dejar de conversar.

Resultaba extraño escucharle hablar de un hermano cuando las relaciones entre ellos eran nulas.

—¿Y dónde lo encontraste? —indagó Regina extrañada—. Tráelo a casa entonces.

—No creo que tenga tiempo, pues anda de pasada. Nos vimos de casualidad y estamos tomándonos una cerveza. Un rato más y estoy contigo. Me contentó mucho verlo nuevamente.

Regina quedó en silencio. Le pareció justo que aprovechara el momento, y se contuvo de insistir. Luego solicitaría más explicaciones.

Elías condujo hacia un camino menos transitado, en las afueras de la ciudad. Paró a orillas del camino, sobre un terraplén. Apagó las luces de los faros, y desactivo los bombillos internos de la cabina. Sacó unos guantes de la maleta y se los colocó mientras caminaba hacia el lado opuesto del vehículo. Abrió la puerta; Lisandro estaba borracho y dormido, incapaz de moverse ni responder. Elías haló su brazo y lo dejó desparramado con medio cuerpo fuera. Con dificultad, lo hizo caer en el suelo. El motor de un carro se anunció desde lejos, y Elías se escondió detrás del suyo hasta ver desaparecer las luces. Lisandro estaba tendido en el suelo; se movía un poco, pero carecía de voluntad. La luna permitía un poco de visibilidad a pesar de los matorrales. Elías se acercó a su cuñado, y lo movió con la punta del pie: sólo obtuvo un leve balanceo acompañado de un quejido.

—Tienes la vida que te mereces —le dijo Elías destapando su desprecio. Se regodeaba con la sensación de mirarlo convertido en un desecho humano.

—Nada tienes pendiente en este mundo —prosiguió—, a no ser que quieras mostrarles a otras piltrafas como tú, el precio de venir al mundo a romper las reglas de Dios. Me has saboteado la vida con Regina, lo que más quiero en este mundo, y aunque se esfuerce en olvidarte, estás allí como un fantasma perturbándola —reprochó con una voz gruesa y gutural.

Elías tenía la sangre acumulada en el rostro, una vena atravesaba su frente, y comenzó a sudar su irritación. Con los ojos enrojecidos por la rabia, recitó una letanía aprendida de su padre cuando era niño.

—Los designios de Dios son únicos y claros: hay decisiones que no nos corresponden, y no pueden estar sometidas al albedrío humano, y tú te sentiste con derecho a enfrentar los mandatos divinos, pero el castigo llega para quienes tienen el atrevimiento de enfrentar a Dios y unirse a Satanás.

Elías se mantuvo de pie junto a Lisandro observándolo. Hizo una paneo mental para recordar sus encuentros, desde el día en que fueron presentados por Regina. Parecía buscar en esos episodios razones para validar sus propósitos. Recordó sus reuniones en casa de los Valecillos, las comidas compartidas, los abrazos de saludo y llegó al episodio en casa de Giovanna, donde se encontraba su novio. Revivió el repudio de entonces; la respiración se volvía cada vez más agitada; la ira se reflejó en su rostro.

— ¡Y yo estoy aquí para enseñarte a respetar! ¡Doblégate ante mi Dios! —le ordenó con rabia.

Y en un impulso que le arrancó del pecho, comenzó a patear a Lisandro con furia. Era un arrebatado de rabia proyectado a quemarropa. Elías descargaba golpes sobre su víctima; con los pies le presionaba el rostro contra el suelo, y regresaba con violencia creciente al resto de su cuerpo. Los lamentos del hombre, en un principio agudos y extensos, fueron disminuyendo hasta desaparecer. En el resguardo de la oscuridad, los vehículos de paso no lograban divisar el cruel espectáculo tras el sedán gris aparcado en la orilla. Nadie podía percibir el golpeteo de los pies agresores contra el cuerpo indefenso, ni el exhalo que daba impulso a cada golpe; cuando Elías se detuvo, quedó agotado junto a Lisandro; la furia y el cansancio dominaban el movimiento de su pecho. Comenzó a llorar, hacía pucheros, y sintió de pronto necesidad de justificarse.

—Casi fuiste digno de mi respeto, Lisandro. De verdad...al principio te admiraba, pero a mí me enseñaron hace mucho tiempo, que a los hombres no nos toca tomar ciertas decisiones, y tú te atreviste. Eso es imperdonable. Espero no verte nunca más... déjanos vivir tranquilos de una vez.

Elías inhaló profundo, se secó la cara con la manga de su camisa, y escupió sobre Lisandro. Miró a los lados, se subió a su vehículo, y dejó al hombre tirado en la tierra, con el alma y el cuerpo sangrando su infortunio.

Más de dos horas transcurrieron para que Lisandro abriera los ojos. Se encontró con un universo negro que le negaba cualquier indicio de vida; un vehículo rompió la oscuridad y mostró un rápido escenario imposible de interpretar por él; quiso moverse pero el cuerpo le replicó; hizo otro intento, pero su pretensión le intensificó el sufrimiento y lo paralizó de nuevo. Su mente estaba exenta de pensamientos. Daba lo mismo estar allí o en cualquier otro sitio; no recordaba rostros, ni hechos recientes; el entumecimiento corporal lo halaba hacia una realidad que no sabía administrar. Le urgía huir; veía imágenes relampagueantes; no le era posible entender si estaban fuera o dentro de él. Encontró fuerzas necesarias para levantarse, pero nada cercano le prestaba soporte. Logró ponerse sobre sus pies, y el dolor pasó como un

corrientazo por todo su cuerpo. Caminó unos pasos, algunos de ellos apoyando sus manos en el suelo, rasguñando la tierra. Lisandro rodó de nuevo, y las piedras agregaron nuevas lesiones a su frente. A punto de desmayar, se levantó de golpe; exhalaba dolor, alcohol, pero el miedo le proveyó una chispa de ímpetu que lo puso otra vez en pie; dio más de diez pasos; había atinado caminar por la orilla de la carretera, guiado por una brújula ciega. Las fuerzas cedían, perdió la noción del espacio y abandonó todo esfuerzo. Antes de caer al suelo, sintió un golpe fuerte y seco, que lo arrojó a unos metros. El dolor lo confinó a un gran hueco negro.

—Vicente, necesito que me ayudes —dijo Elías desde su teléfono celular, con el rostro pálido y las manos temblorosas. Discar los números había requerido de un esfuerzo especial.

—¿En qué puedo servirle jefe? —respondió Vicente al otro lado.

—¿Recuerdas al vagabundo?

—Claro. El sujeto al que le hicimos el tatuaje —confirmó.

—Pues está tirado a la orilla de una carretera muy herido. No puedo dejarlo allí. Por favor ayúdame con tu gente a recogerlo.

—Mire jefe: aquí nadie va a querer ayudarme en eso. Lo mejor es dejar a que el tipo termine de morir allí.

—No, no, no... —repuso Elías asustado—. ¡Ayúdame! No puedo vivir sabiendo que lo dejé allí en esas condiciones. Si no se muere, seguro se lo llevará un carro por delante. Y yo no soy un asesino. Ayúdame.

Vicente aceptó indagar sobre las condiciones del vagabundo; recibió instrucciones para llegar al lugar y dejar luego a Lisandro frente a un hospital. Sin embargo, Vicente no estaba dispuesto a arriesgarse por un individuo contra quien ya había arremetido por su homosexualidad, siguiendo un plan de “saneamiento social”, promovido por un grupo practicante de la homofobia. Sus seguidores solían armarse en pandillas y buscar individuos señalados como homosexuales, para marcarlos en alguna parte de su cuerpo: así emboscaban a hombres saliendo de bares, transformistas exhibiéndose en las calles o a personas en actividades cotidianas, delatadas por algún practicante de la pavorosa secta. Los golpeaban duramente y les tatuaban un círculo con una flecha curva apuntando hacia abajo. Vicente aún recordaba cuando Elías se acercó a su congregación, guiado por una reseña en internet; allí ofreció falsos testimonios sobre los actos deshonorosos y depravados de su cuñado. Luego de alentar el deseo colectivo de castigarlo, participó en una operación nocturna para cumplir su objetivo.

Elías sabía dónde hallar a Lisandro: días antes un vecino le había asegurado que frecuentaba una lúgubre plaza hacia el norte de la ciudad. Realizó una visita de verificación, y otras tres

consecutivas le mostraron episodios de su desventura. Lisandro culminaba allí su recorrido por las calles cerca de las siete de la noche. Alrededor suyo, media docena de pordioseros rasgaban su propia tragedia; él mordisqueaba algún pedazo de pan o bebía el resto de alguna botella, si disponía de ella. En las noches de sobriedad obligada, mascullaba su miseria, y observaba la ajena con tristeza: borracheras mezcladas con hambre y dolor. El alcohol y los fármacos se entremezclaban en su cerebro para crear monstruos imposibles de vencer, pero la abstinencia era, sin duda, uno de los más atroces.

Cinco maleantes, con capuchas y guantes, sorprendieron a Lisandro; lo inmovilizaron y rasgaron su camisa sin que él dispusiera de energías para luchar; el cansancio de su cuerpo no respondía a las órdenes más simples. Veía a los cinco sujetos armados de cólera y no comprendía la razón de sus gritos. ¿Qué podían necesitar de él, qué les debía, cuándo antes se habían conocido? Sus “por qué” se quedaron sin respuesta, sólo sentía las manos inmovilizando y maltratando. El hombro recibió unos pinchazos ardientes. Las voces le hablaban del infierno, del castigo divino por ser un violador de la vida; las palabras “homosexual” y “marico” se insertaban en expresiones dantescas sin sentido para él. Con voz endeble imploraba ser liberado; sus ojos aterrados miraban a los lados buscando respuestas; se topó con un rostro conocido: el de Elías, quien, confiado en la demencia de su cuñado, omitió la máscara de tela sugerida por sus compañeros. Pero justo ese día, la mente de Lisandro estaba lúcida, y la expresión de Elías quedó adherida en su memoria, tal como el siniestro símbolo lo hizo en su piel. Rato más tarde, sobre su lecho de cartón, miraba la luna filtrarse a través de los árboles. Su hombro inflamado mostraba un emblema absurdo; las condiciones agrestes del ambiente harían de esa herida un doloroso suplicio por numerosos días.

Vicente recibía ahora el encargo de recoger a Lisandro a orillas de la carretera y llevarlo a un hospital; era ése un hombre sin escrúpulos que consideraba justas sus actuaciones malvadas al punto de regodearse con el dolor ajeno. Pospuso un buen rato el mandato de Elías y al fin decidió trasladarse al sitio indicado. En la cintura de su pantalón, Vicente portaba el revólver que siempre le acompañaba para las misiones de su grupo, pues aun cuando no habían accionado antes armas de fuego, no descartaba una situación fuera de control que reclamara su empleo. Imaginar a Lisandro golpeado y tendido en el suelo lo excitaba, y hasta consideró oportuno dar una estocada final al sujeto, si aún vivía, para cesar su estadía en la tierra. Se acercó a la carretera, tratando de ubicar la curva de referencia, y el claro en la orilla indicado por Elías. Ansiaba reencontrarse con su antigua víctima. Al aproximarse, divisó a una mujer casi en el medio de la vía, agitando los brazos en señal de auxilio: era Marcela. Al detenerse, Vicente

escuchó su discurso atropellado explicando el reciente arrollamiento; aparcó y se acercó a la víctima sobre el asfalto. Con una linterna le iluminó el rostro y corroboró que se trataba de la misma persona atacada meses atrás. Se encontraba aún con vida, y así se lo hizo saber a Marcela. Le recomendó abandonar el lugar, pero ella insistió en permanecer allí. Nada podía hacer Vicente para cambiar la situación; el traslado del individuo a la morgue se mostraba como un hecho inminente. Quería retirarse, pero Marcela negaba la oportunidad; apenas pudo, partió veloz. Minutos más tarde, llamó a Elías y mintió.

—Un carro lo remató compañero, se lo llevó por delante. El miserable ya pagó por sus faltas. La noticia sacudió a Elías. Pese al odio por Lisandro, nunca había deseado su muerte y mucho menos ser el causante de ella. Sólo restaba callar. Vivió una pesadilla de semanas. La presencia de su esposa le recordaba su delito, pero poco a poco el alivio por la desaparición definitiva de Lisandro se instaló en su hogar. Imaginaba al cuerpo sin vida dentro de una fosa común en algún cementerio público, o que era atravesado por escarpelos en escuelas de medicina, sobre baldosas frías y bajo luces blancas. Sea cual fuese el destino, la tranquilidad de saberlo muerto comenzó a diluir su culpa.

Capítulo 35

DÍAS DE GRACIA

Era la tarde previa al día fijado como prórroga para consolidar el fraude; nada había alterado el panorama. David se dirigió al banco en compañía de Marcela; ayudaría a Máximo en un recuento detallado de los acontecimientos. Ambos entraron al banco a las tres y diez minutos de la tarde, ya cercana la hora de cierre. Él continuó hacia la oficina de Máximo y Marcela ocupó una de las sillas para visitantes; tomó su cuaderno de notas, y comenzó a escribir las pistas disponibles dentro de bloques; le inquietaba la manera en que David estaba inmerso en el conflicto, e incluso ella misma. Pensaba en Máximo, y le costaba entender su empeño de acceder al chantaje, pero la decisión final no le correspondía a ella. “Cada quien debe afrontar sus propias decisiones”, pensó. Se mantenía ajena a los movimientos del banco, sin embargo, los fragmentos de algunas conversaciones cercanas la sacaban de su retraimiento.

—La atención al cliente en los bancos está cada día peor. Casi tenemos que rogarles para que reciban nuestros ahorros, como si no ganaran dinero con ellos —comentaba una mujer.

—Tanta tecnología se la puso fácil a los ladrones: ahora para robar un banco no hay que ponerse una capucha y entrar con una pistola. Basta trabajar dentro de él y tener acceso a las redes para hacer un fraude millonario, sin tanta bulla y riesgo.

El comentario llamó la atención de Marcela. Detalló a quien lo hizo: un joven cercano a los veinte años, con aspecto frágil y descuidado. Cuando regresó la vista a su cuaderno de notas, vio un par de papeles deslizándose hasta sus pies. Frente a ella, un caballero recogía del suelo una agenda y hojas dispersas. Marcela recogió los dos papeles y observó extrañada el contenido de uno de ellos; se los entregó a su dueño y éste se alejó con andar lento y encorvado, hasta desaparecer entre los tabiques de las oficinas. El rostro del hombre le resultó familiar, pero no recordó algún encuentro previo. Se exigió tanto ubicarlo en su memoria, que minutos más tarde lo asoció al retrato de bodas colocado en la sala de Giovanna y repetido en la de Lisandro. A pesar de haberse fijado en cada integrante de la fotografía durante las dos visitas, no podía asegurar que el caballero del banco fuese el mismo que posaba en ella. Decidió acercarse al hombre; se levantó de su puesto y caminó hacia los cubículos. Recorrió los pasillos hasta encontrarlo bebiendo agua de un enfriador. Lo detalló de lejos unos minutos, y luego lo siguió hasta su escritorio. Notó el orden sobre la mesa de trabajo, en contraste con otras cercanas atiborradas de papeles. Allí estaba la agenda azul de minutos atrás. El nombre de su dueño

estaba timbrado con letras plateadas en la carátula: “Elías Ruíz”.

—Disculpe —le dijo ella—. ¿Por casualidad conoce usted a Lisandro Valecillos?

—Sí —respondió sorprendido—. Él era mi cuñado. Hermano de mi esposa. ¿Cómo nos relacionó?

—¡Ah! Me parece haberlo visto a usted en una foto con él —respondió Marcela luego de analizar la respuesta recibida.

—Debe ser de la boda, no creo que él tuviera más fotos mías —respondió antes de regresar la mirada a sus papeles de trabajo.

—Perdone —lo llamó ella de nuevo —; es que tengo que hacer unos trámites, y estoy un poco confundida.

—¿Qué necesita hacer? —preguntó, colocando sus manos sobre la mesa.

—Bueno, algunas cosas menores que más o menos sé cómo resolver, pero lo más importante es la solicitud de un crédito personal. Parece un poco complicado. ¿Con quién debería hablar?

—Cualquiera de nuestros operadores financieros podrá ayudarla. Tome un número. Ellos le darán toda la asesoría necesaria —respondió forzando una sonrisa más parecida a una mueca.

—No quiero quitarle más tiempo, pero necesito algo más. ¿Sabe cuál es la oficina del señor Máximo Del Frente?

—Él está ocupado, no puede atenderla —respondió en seco.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Que cómo lo sé? En primer lugar, porque trabajo aquí en el banco, y aún más importante, porque soy la mano derecha del señor Máximo.

—Ah, ¿sí? Es que necesitaba una asesoría directa de él. Algo rapidito...

—Le repito: está ocupado. Pero cualquiera de nuestros operadores de seguro la ayudarán. Tome un número y espere —insistió ya con aridez—. Y por favor señorita, ya deje de hacerme preguntas; no pretendo ser grosero con usted, pero me agarró en muy mal momento, debo atender algo de inmediato.

A pocos metros de ellos se abrió la oficina de Máximo, y él se asomó para llamar a su secretaria.

—Elías: has visto a Mirtha por allí. La necesito.

—Ya se la busco jefe. Creo que está sacando unas copias —respondió Elías con un tono de voz muy distinto al usado con Marcela. Esta vez sonaba amable y servil.

—Señor Máximo... —lo llamó Marcela.

—Disculpe señorita, en este momento no puedo atenderla —dijo Máximo luego de ofrecerle una mirada rápida.

—Por favor, es importante —se interpuso ella—. Yo vengo acompañando a David Gambardi.

Máximo miró hacia el interior de su oficina, y apareció David.

—¿Qué pasó Marcela? —preguntó preocupado—. Si estás apurada, adelántate tú. Yo debo seguir aquí un poco más.

—No es eso. Necesito hablar con ustedes —explicó.

David supuso que Marcela llevaba un asunto importante. Sin embargo, Máximo tenía otras prioridades en la mente.

—¿Disculpen... pero no puede ser más tarde? —cuestionó Máximo.

—No —confirmó Marcela.

—Por favor, acompáñeme afuera —intervino Elías tomando a Marcela del brazo—. No puede estarse metiendo en las oficinas ajenas así como así. Hay protocolos...

—Déjala pasar —pidió Máximo.

Elías lo miró con molestia.

—Pero usted está muy ocupado ahora, jefe —interpuso.

— Elías, puedo tomar esta decisión por mí mismo; deja entrar a la señorita.

Marcela ingresó en la oficina.

—Creo tener algo importante —declaró Marcela.

—Máximo —se disculpó David—, Marcela es una colega y amiga de mi absoluta confianza; ella está al tanto de todos los detalles de tu caso. De hecho es quien me ha ayudado a analizar algunas pistas. No te lo había dicho, pero puedes contar con total discreción de su parte.

Máximo la miró avergonzado.

—¿Lo que tiene entonces es algo relacionado con mi caso?

—Creo que sí... usted me dirá —adelantó Marcela—. Fíjese: mientras esperaba a David, supe que el señor Elías, su empleado, es también el cuñado de un hombre con quien me tropecé hace unos meses. Alguien cuya condición de vida me ha afectado mucho.

—El único cuñado de Elías del cual tengo conocimiento, es uno que se volvió drogadicto y pordiosero. ¿Es ése?

—Exactamente: él —afirmó Marcela —se llama Lisandro.

—¿Elías es el cuñado de Lisandro? —intervino David con asombro.

—Sí. Él mismo me lo acaba de confirmar —respondió Marcela.

—¿Y qué tiene que ver él con todo esto? —preguntó Máximo.

—Estoy tratando de entenderlo. Se me metió en la cabeza que Elías puede estar involucrado en el maltrato de Lisandro.

—¿Por qué piensas eso? —le cuestionó David.

—Por algo que vi entre sus papeles. Señor Máximo: ¿sabe usted si Elías es homofóbico?

Máximo reaccionó extrañado por la pregunta.

—¿Fobia a los homosexuales? No lo sé... no he notado nada de eso. Pero explíqueme mejor en qué está pensando.

—Pues... cuando estaba en el área de espera, deslizaron hasta mis pies unos papeles que recién se le habían caído de la agenda a Elías; uno de ellos era una especie de panfleto, y tenía un símbolo... el mismo símbolo que hicieron a Lisandro en el hombro y el cual David y yo investigamos.

Marcela se quedó pensando unos segundos, mirando el suelo.

—Lisandro no me quiso decir quién lo había tatuado, pero me dejó saber que se trataba de alguien conocido. ¿Qué tal si se trata de su propio cuñado?

David reaccionó ante las palabras de Marcela.

— ¿Qué crees? ¿Que si Elías de verdad siente ese repudio homofóbico, pudiéramos deducir que eso lo motiva hoy a chantajear a Máximo? —preguntó sin detenerse en el impacto de esa última frase. Tras unos segundos de análisis, se dirigió a Máximo.

—Podría ser el propio Elías la persona de quien has debido cuidarte todo este tiempo. Piénsalo bien: conoce las operaciones del banco, los procedimientos... te conoce a ti en profundidad, tus pasos aquí adentro... y tal vez hasta te odie. Por eso no le importa hacerte daño o hundirte.

—¡Pero de qué hablan ustedes! Eso no tiene nada que ver conmigo: yo no soy homosexual!

—refutó Máximo elevando la voz—. Estoy casado desde hace varios años, y sigo muy enamorado de Zoraida, mi esposa. Ustedes están confundidos.

—Disculpa si lo que voy a decir suena duro —interpuso David—; pero las fotografías no parecen avalar mucho tu seriedad de hombre casado. Y si confiaras tanto en la solidez de tu matrimonio, no estarías cediendo a las peticiones de un chantaje. Entiende: no te estoy juzgando, sino haciéndote ver cómo tu comportamiento habla por ti. Tal vez alguna conducta excéntrica de otros tiempos, te esté pasando factura hoy. Según me has dicho, Elías es tu empleado de confianza desde hace años. Puede saber de ti mucho más de lo que supones —le explicó David—. Y el hombre, a quien consideras un lerdo, pudiera ser un excelente actor que nunca se ha dado por enterado. Piensa Máximo: ¿realmente has sido tan discreto todo este tiempo como tú aseguras?

—Absolutamente —aseguró Máximo.

Según él, nada podía haber visto Elías que mancillara su reputación dentro del banco. Sólo

había recibido un par de visitas inusuales; una fue la de Regina, previa el encuentro en el hotel, y la otra más antigua, la de Eugenio, su antiguo compañero de parrandas, quien hizo un intento fallido por sumarlo a una juerga nocturna. Para entonces, Máximo rebotó la oferta, anteponiendo su condición de hombre casado, la cual cerraba espacio para nuevos desatinos. En su despedida, sin embargo, Eugenio se acercó a Máximo y le plantó un beso en la boca, al cual él no respondió pero tampoco rechazó. Ese breve contacto de labios representó un triunfo para Eugenio, aun cuando no pudo obtener de Máximo la reacción esperada. Eugenio le sonrió y acarició la mejilla; Máximo retuvo su mano para besarla en la palma, como un gesto para borrar posibles resentimientos. En la recreación del momento, un detalle explotó en la mente de Máximo: la puerta de la oficina había permanecido entreabierta, y recuerda haberse alarmado ante la posibilidad de haber sido espiado: cuando se asomó, sólo vio a Elías trabajando diligentemente en su computadora, rodeado por la soledad del banco propia de las seis de la tarde.

—Creo que tienes razón —dijo Máximo cuando la imagen le golpeó al pecho—. Tal vez Elías sepa más de lo que yo pensaba. Pero sinceramente, no puedo verlo como una persona competente para llevar a cabo un asunto tan complejo, como éste de la extorsión. Es débil, ni siquiera puede complacer a su mujer, y mucho menos controlarla. Cuando Regina vino buscando un ascenso para él, me mostró que maneja a su marido como una marioneta: él es un corderito en la jaula de una fiera insatisfecha.

—¿Su esposa vino a pedirte un ascenso para él? —parafraseó David intrigado—. ¿Y eso cuándo fue? No me lo comentaste.

—Me lo callé porque no vi la relación entre una cosa y la otra; además, no quería empeorar mi imagen ante ti. Pero... es verdad: debí decírtelo antes. Ya sólo me queda soltar el resto.

Ya con la total atención de Marcela y David, Máximo venció la vergüenza, y resumió el episodio con Regina, desde su visita a la oficina en el Banco del Ahorro hasta el encuentro del hotel. En su narración, el rencor hacia ella marcaba un acento dramático.

—¡Caramba Máximo: un sumario interesante! Encuentro allí muchos elementos decisivos. Un juego complejo de poderes, y tú en el medio de todo —reflexionó David—. Lo que no me explico, es cómo no estableciste relación entre un asunto y otro. Me resulta asombrosamente obvio.

—Pues no me lo pareció entonces. ¡Pensé tantas cosas! Algunas hipótesis se me perdieron en mi desorden mental. Y tienes razón: se trata de un juego mezquino en el cual voy perdiendo. Me siento como un idiota, atrapado en emboscadas colocadas en serie... no se me ocurrió tal

relación: se trataba de personas sin conexiones previas. ¿Regina y el chantajista? ¡Vaya! Ahora siento una gran repulsión hacia mí mismo. Y no me perdono el haber perdido la cordura ante una propuesta que ahora luce, además de indigna, desagradable. No entiendo cómo me dejé seducir por una mujer tan horrenda. Y usted discúlpeme señorita, por tanta franqueza, pero éste no es momento de tapujos —terminó, dirigiéndose a Marcela.

—Esa Regina es muy hábil entonces: haberlo llevado a un hotel sin que hubiese existido un antecedente, me parece magistral —comentó ella.

—No me haga sentir peor —imploró Máximo.

—No dudo que los episodios estén conectados —interpuso David—. ¡Todo está muy bien elaborado!

—Pero no tiene sentido. ¿Quién pone de señuelo a su propia esposa? —preguntó Máximo exaltado.

—Lo tiene para quien te conoce bien. No eran unas simples fotos mostrando infidelidad las que ellos precisaban. El país no se exaltaría mucho con eso; era necesario un contenido mejor. Tal vez Eugenio quiso pescarte en esa última visita, pero no mordiste. Buscaron entonces otro recurso: Regina. El objetivo final seguía siendo el mismo, sólo cambiaron el anzuelo.

—Aun así: ¿Elías puso a su propia esposa? — cuestionó Máximo desconcertado.

—Alguien dispuesto a hacer un fraude millonario rompe muchas barreras éticas. Además, el encuentro estaba medido. Lo importante era ubicarte en el hotel. El hombre debe detestarte más aun luego de ceder al coqueteo de su mujer, por muy planeado que estuviera...

—Insisto: ¿Si cree que soy homosexual por qué me puso a una mujer de carnada?

—Buena pregunta —aceptó David—. Tienen clara la ambigüedad en tus preferencias sexuales, eres un hombre casado y muy bien identificado con el gremio femenino, hasta donde sé.

—¿Ves? Te confirmo que no soy homosexual.

David lo miró sin preocuparse por esconder una sonrisa irónica.

—Pero también está clara tu debilidad por el otro bando —completó David.

—Está bien, lo admito: Eugenio tiene un efecto extraño en mí. Eso no me agrada... me atormenta. He luchado con eso como no se lo imaginan. Créanme.

—No te preocupes por nosotros: lo importante es lo que saben ellos. Piénsalo Máximo: esa persona ha contado con tiempo suficiente para conocerte bien, justo detrás de tu puerta —dijo señalando la entrada a la oficina.

—¡Pero ya eso no importa, David! Igual estoy en sus manos. Hace rato recibí un correo con mis propias fotos. Verlas en mi pantalla me impactó aun más que verlas impresas en papel. No nos

conviene ahora darnos por enterados con Elías. En lugar de frenarlo, todo esto podría acelerar la operación; quizás se apuraría en publicar las benditas fotos sin esperar siquiera la transferencia. Así viniera en este momento a confesarme abiertamente que es él quien me extorsiona: ¿cómo me zafo de ésta?

—Pues debe haber una manera para presionarlo de vuelta —dijo David.

—¿Pero cuál? —preguntó Máximo ya irritado.

—Creo tener algo que puede ayudarnos —agregó Marcela, quien se había mantenido en silencio analizando las evidencias.

—¡Hable por favor! —exhorto Máximo.

—Elías cree que Lisandro está muerto, e intuio en eso una culpabilidad que podemos aprovechar.

—¿Y qué te hace pensar eso? —preguntó David extrañado por los elementos sorprendentes de los cuales ella disponía.

—Me lo dijo sin darse cuenta. Yo no conocía a Elías hasta ahora, pero hace un rato, cuando lo vi en la sala de espera, recuperando sus papeles del suelo; me pareció recordarlo de una foto que justo está en la casa de Giovanna. La misma del portarretrato en casa de Lisandro. Como no estaba segura, me acerqué a él y le pregunté si conocía a Lisandro. Elías me lo confirmó; pero me lo dijo de una manera extraña. Dijo: “Lisandro era mi cuñado”... “Era” —enfaticó Marcela—. Encuentro dos razones para hablar en tiempo pasado, la primera: que el vínculo familiar se haya roto con un divorcio, y hasta donde sé, eso no ha ocurrido. Y la otra razón, es que lo crea muerto. Pero... ¿Por qué supondría su muerte? ¿Tal vez por estar involucrado en su desaparición? Esto alimenta mi teoría: Lisandro fue colocado en la vía intencionalmente para que lo arrollara un carro.

—Pero cómo puede suponer eso si nunca apareció el cuerpo sin vida—objetó David.

—Eso no lo sé —señaló Marcela.

—Pero sus hermanas están al tanto de su recuperación —recordó David—. Incluso ya Elías debe haberlo visitado en su casa con Regina.

—No lo creo. Lisandro está ahora bajo el cuidado de su otra hermana: Giovanna. Él mismo me confesó su indisposición para enfrentar a Regina todavía. Al parecer es una mujer conflictiva y desestabilizadora. Por eso se reservó el derecho a informarle su regreso, al menos por un tiempo... hasta recobrar su normalidad, según me dijo. Si Regina no lo sabe, mucho menos Elías. Por tanto, él sigue confiado en la desaparición de Lisandro.

—O tal vez dijo “era mi cuñado” por no considerarlo con méritos para serlo —agregó David —y

se deshizo del vínculo de manera fácil: simplemente no le da la gana ser el cuñado de un homosexual.

—Ese es un buen punto de vista —concedió Marcela.

—Pues debemos averiguar entonces si Elías está al tanto del regreso de Lisandro —concluyó David.

—¿Y qué propones? ¿Hacerlo confesar? —preguntó ella con risa nerviosa.

—Pues sí —aceptó David—. Somos buenos entrevistadores. Tenemos argumentos, y una grabadora. El elemento sorpresivo me ha funcionado bien para obtener información de testigos e implicados. Es una de mis armas favoritas, siempre y cuando se maneje con cautela. Vamos a intentarlo.

Marcela lo analizó un momento. La entrevista con Rosendo la había agotado y sentía que ya se excedía en el rol de detective. Sin embargo, la curiosidad la mantuvo en la jugada.

—Pero no quiero enredarte de más en todo este embrollo. Es mejor que te retires ahora —agregó David.

—Ni se te ocurra pensar que me dejarás ahora por fuera. Ya soy parte de esto —reclamó ella.

—Está bien. No dejemos pasar más tiempo Máximo Si es cuestión de desenmascararlo, hagámoslo ya —propuso David.

Capítulo 36

UNA CONFESIÓN PARCIAL

Máximo calló unos segundos analizando el paso que Marcela y David pretendían dar. Los veía confiados en su argumento, pero él aun trataba de ensamblar la confusa información incorporada por Marcela. Luego de evaluar por unos minutos la conveniencia de enfrentar a Elías, decidió autorizar la entrevista.

—Elías: necesito que vengas por favor —le pidió a su asistente.

Elías se encontraba cerca custodiando la puerta, y de forma solícita entró a la oficina de su jefe. Mostró inquietud por encontrarse de nuevo con Marcela. Máximo hizo un breve preámbulo sobre la presencia de sus amigos, y le cedió la palabra a Marcela.

—Señor Elías: hace un rato le comenté que yo conocí a su cuñado Lisandro.

—¿Y qué con eso? —respondió intrigado.

—Que no le pregunté cuándo murió. ¿Fue hace poco? No me enteré.

Elías quedó pensativo. La pregunta le parecía extraña, y no se atrevía a ofrecer una respuesta.

—¿Quién le dijo que había muerto?

—Lo entendí de sus mismas palabras.

Elías comenzó a respirar profundo.

—¿Por qué me hace esas preguntas? No sé nada de él —respondió mirando a Máximo en busca de una razón para tal cuestionario.

—Señor Elías —continuó Marcela—. Hace rato, cuando le pregunté por Lisandro, usted me dijo que él “era” su cuñado. No entiendo por qué se refirió a él en pasado.

—Porque mi esposa y yo hemos llegado a pensar que él está muerto. Hace tanto que no sabemos de él...

—Lisandro no está muerto —informó Marcela para analizar la reacción de Elías—. Debería usted saber que está en su casa recuperándose de una golpiza y un posterior accidente.

El rostro de Elías palideció. Miraba fijamente a Marcela buscando una explicación.

—Eso no puede ser verdad —musitó.

—Y no se trata solo de eso, sino que Lisandro guarda memoria de todo lo ocurrido —se atrevió a mentir Marcela—. Al parecer sus últimos encuentros fueron muy violentos y dramáticos, Elías. No creo que pueda usted seguir haciéndose el indiferente. Deberá hacerse cargo de las consecuencias, incluso con su esposa.

—No sé de qué habla —dijo Elías con el rostro lívido.

—Claro que lo sabe —aseguró Marcela—. Quien tal vez no esté muy al tanto es su esposa Regina, pero no será muy difícil hacerle llegar la información. Y no sólo a ella: imagínese lo interesados que estarían en la policía con un caso como éste —soltó Marcela tanteando la situación.

Elías contenía la respiración.

—Ustedes quieren confundirme. No tienen nada contra mí —les retó él.

—¿Ah no? En todo caso será la policía quien se encargue de vincularlo. No es a mí a quien le corresponde hacerlo. Además: hay más personas involucradas que no tardarán en señalarle —se atrevió a conjeturar Marcela, aun a sabiendas que corría el riesgo de cometer una gran equivocación.

El terror se asomó en la cara de Elías. Sus intentos por desligarse fueron traicionados por su conciencia, y le arrancaron un llanto profundo.

—No fue mi culpa —se lamentó—. Yo quería darle una lección para que no se acercara más a nosotros. Sólo lo quería fuera de mi casa y de mi vida, pero no muerto. Ese hombre le llevaba preocupaciones a mi esposa. Era mejor tenerlo lejos...

—¿Y por eso era mejor librarse de él?—acotó Marcela ansiosa.

—Yo no quería hacerlo. Fue un accidente. Yo no lo maté. Pero era tarde para ayudarlo. Me dijeron que estaba muerto.

—¿Quién se lo dijo? —continuó preguntando Marcela.

—Vicente, el hombre que me ayudó. Fue al sitio y lo encontró muerto. Un carro se lo llevó por delante. Ya no podía hacerse más nada.

—¿Qué hombre fue ése? —indagó Marcela, recordando al sujeto de la camioneta.

—Un amigo al que llamé para auxiliar a Lisandro esa noche horrible. El trató de hacer algo, pero ya era muy tarde y lo dejó allí.

—Y entonces usted se desentendió, así de simple.... —concluyó Marcela.

—¡No! Eso me atormentó mucho, pero que más podía hacer. A final de cuentas no fui yo quien lo atropelló —dedujo Elías.

—Y con la conciencia en calma, decidió entonces chantajear a Máximo. ¡Vaya que cuenta con recursos Elías! —intervino David.

—Ahora no sé de qué habla— declaró él resuelto.

—Sí lo sabes —señaló David—. Ya no es un asunto de moral: ahora usas tu odio para obtener dinero, y tienes una víctima que puede dejarte mejores beneficios. Detén el chantaje, Elías. No

lo compliques más. Ya tienes bastante por lo cual responder.

—¡Ustedes me están volviendo loco! —gritó Elías —¿De cuál chantaje están hablando?

—Ya no sigas negándolo —confrontó David—. Ya te descubrimos: pusiste a tu propia esposa como carnada para seducir y fotografiar a Máximo.

—Usted está diciendo cosas absurdas. No he hecho nada contra mi jefe... más que servirle. Y usted está diciendo cosas indignas de mi Regina —refutó ahora indignado.

Elías se levantó de la silla y los miró con verdadero odio.

—No tienen nada contra mí, más que unas elucubraciones. ¡Déjenme tranquilo! —Y huyó de la oficina golpeando la puerta.

Máximo hizo el ademán de ir tras él.

—No vale la pena seguirlo —le detuvo David.

—¿Y ahora? —preguntó Máximo.

—No lo sé —confesó David—. Pero ya no estoy tan seguro de su culpabilidad en el fraude, aunque resulta muy clara su relación con el accidente de Lisandro.

—Esta es una maraña difícil de aclarar —dijo Marcela.

Los tres quedaron pensativos, y fue Marcela quien cortó el silencio al tomar conciencia del tiempo transcurrido.

—¡Es tarde; debo irme! —informó ella—. Su rostro mostraba consternación. La nueva información de la que disponía era de suma delicadeza. Pero responsabilidades maternas exigían su presencia en otro lugar.

—Adelántate entonces —le pidió David—. Yo también me iré en unos minutos.

—¿Y qué hago yo mientras tanto? —preguntó Máximo con aire desconcertado.

—Pensar —fue la respuesta David—. Sólo nos queda aclarar ideas.

Marcela salió con paso apurado del banco. Cuando avanzaba por la acera, escuchó un llamado con su nombre. Al mirar, reconoció a su esposo Rubén que se acercaba a ella caminando.

—Marcela, qué casualidad encontrarte aquí —le dijo él con sorpresa—. Éste no es tu banco.

—Tampoco es el tuyo —dijo ella sonriendo nerviosa, luego de recibir un rápido beso en la frente.

—Vine a depositar un cheque —explicó Rubén.

—Yo estaba más o menos en lo mismo —mintió ella—. Pero ya terminé, y justo iba por Adriana; ya estoy montada en la hora.

—Deja que yo voy. Igual ya es tarde para regresar a mi oficina —explicó él.

En ese momento Marcela vio a David abandonando el banco. Rubén siguió la mirada de su

esposa, y se topó con el rostro del periodista, quien caminó en dirección a ellos; hizo un gesto con la cabeza en señal de saludo, y siguió de largo.

—¿Lo conoces? —preguntó Rubén.

— Sí. Es un colega —afirmó—. Estuvimos conversando mientras esperaba adentro.

—Nos vemos en casa —resolvió finalmente Rubén.

Luego de repasar una y otra vez el episodio con David, Marcela y Elías, Máximo se dispuso a salir del banco. Decidió ir a un bar por un trago, con la esperanza de encontrar en el fondo de un vaso alguna solución viable. Cuando caminó hacia su carro, en el sótano de la entidad, advirtió a Regina parada junto a su vehículo. Máximo la ignoró, se subió a su auto, y encendió el motor. Regina se paró frente a él.

—No vas a salir sin antes hablar conmigo —le hizo saber ella.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó Máximo asomándose por la ventanilla.

—Tú lo sabes bien.

—Sí. Supongo que tu marido fue llorando hasta ti y te mandó de refuerzo para presionarme. ¡Qué deprimente! Aunque lo reconozco: estuvo todo muy bien armado; eres astuta Regina... muy buena actriz además —le recriminó Máximo.

Regina lo miraba altiva.

—Nadie te obligó a ir a ese hotel. Afronta ahora las consecuencias —intervino ella.

—Tengo muy claro que nadie me obligó. Me lo he reclamado más de un millón de veces... también me he preguntado otro millón, cómo carajo llegué allí con una mujer tan poco atractiva como tú —dijo, colocando énfasis en sus palabras.

—Pues ya ves... ningún hombre es inmune a mis encantos —respondió ocultando lo ofensivo que resultaban esas palabras—. Puedo conquistar al hombre que se me antoje, y conseguir lo que quiera. Encárgate del ascenso de Elías, y te dejamos tranquilo.

Máximo la miró con desconcierto.

—¿De cuál ascenso me estás hablando?

—¿De cuál va a ser? Del puesto de gerente que le vas a dar en la otra sucursal.

—¿Quién te dijo que le daremos un puesto de gerente en otro banco?

—No te hagas el idiota Máximo. Estás comprometido con todo esto. Las fotos nuestras en el hotel están allí. Con eso podemos acabar contigo.

—¿Hay unas fotos tuyas y mías en el hotel? —preguntó con sorpresa —. Eso es lo que me faltaba.

—¡Claro! O es que tú crees que te iba a chantajear con mi pura palabra. Todo estaba preparado

—reconoció Regina—. Apúrate con el ascenso, porque ya estoy harta del trabajito mediocre en el que mantienes a mi marido. No sé hasta cuándo te dieron tiempo, pero aceléralo.

Máximo no podía administrar el asombro.

—¿Quienes dices tú que me dieron tiempo?

—Coño Máximo, no te hagas el idiota. Muévete rápido, o te va a ir peor de lo que pensabas— le dijo antes de retirarse con apuro.

Máximo dedujo que Regina formaba parte de un plan distinto. Se le ocurrió entonces colocarla a su favor. Se bajó del auto y corrió tras ella.

—¿Sabes una cosa? —la detuvo él tomándole del brazo—. Tu esposo no me chantajea buscando un ascenso, lo hace para lograr una estafa millonaria que podría llevarlos a la cárcel a ti y a él.

Regina sacó el tono más sarcástico de su repertorio.

—Creo que además de idiota te estás volviendo tarado. ¿De dónde sacas que es mi esposo quien está detrás de todo esto? Yo lo quiero mucho, pero es justo reconocer que su cabeza no le da para tanto.

—Pues qué equivocada estás. Yo fui el primer sorprendido con Elías, después de todos estos años acostumbrado a su forma de ser tan predecible. Pero ya entendí, lo que tiene es una careta extraordinaria de hombre pendejo, que por lo visto tú también creíste —restregó Máximo—. Esas fotos que mencionas nunca han llegado hasta mí, ni siquiera sabía de su existencia. ¿Tú las viste acaso?

La respuesta muda de Regina funcionó como un “no” contundente.

—Tu esposo mojigato te está involucrando en una gran estafa Regina. Está clarísimo que te utilizó como carnada; eres la principal sospechosa de toda esta operación, y tú como una tonta, sigues esperando por un cargo de gerente que nunca va a llegar. Lo único a lo que puedes apostar es a un espacio en las concurridas cárceles de este país. Te la das de muy inteligente, pero eres una imbécil en manos de un delincuente escondido detrás de una personalidad anónima. ¡Deja de vanagloriarte! ¡Ayúdame tú a mí! No te ofrezco dinero, pero al menos te mantendré lejos de todo esto cuando tu esposo caiga preso.

La soberbia desapareció de Regina. En lugar de eso, mostró un rostro aterrorizado.

—¡No sabes ni lo que dices!

—Lo mismo dijo Elías hace unos minutos. Y no te he mencionado el capítulo de tu hermano. Aunque tal vez estés implicada también en ese delito. De ti se puede esperar cualquier cosa.

El parpadeo insistente de Regina dejó ver su desconocimiento.

—¿Qué tiene que ver Lisandro con todo esto? —interrogó ella con genuina expresión de sorpresa.

—No lo sé. Averígualo tú. Ese asunto no me compete. Sólo piensa hasta dónde quieres estar comprometida. ¡Ayúdame a desenmascarar a tu esposo!

Regina se retiró con apuro, pero no olvidó las palabras de Máximo. Sus irracionales declaraciones pedían ser confirmadas. Sospechaba haber sido manipulada.

Capítulo 37

DETALLE BAJO LA LUPA

Luego de su estadía en la oficina de Máximo, Marcela conducía de regreso a casa, con la percepción de figurar en películas distintas proyectadas en paralelo; los contornos de una y otra parecían confundirse, y las tramas se desvirtuaban. La conversación con Elías había renovado la angustia por el atropellamiento de Lisandro. Ya identificado Vicente como el hombre de la camioneta la noche del accidente, los enlaces entre situaciones, antes ajenas, se hacían visibles. Elías había recibido un reporte falso que lo había situado en un escenario ficticio, y cuando ya pensaba haber dejado atrás toda relación con su cuñado, hechos inesperados lo reconectaron con él. Marcela disponía ahora de una confesión grabada, la prueba contundente para realizar una denuncia formal. Sin embargo, Lisandro le había expresado su deseo de reservarse la verdad. El dilema resultaba asfixiante. Decidió dejar reposar las ideas para alcanzar más tarde a una decisión justa.

Por otro lado, el breve encuentro tangencial entre Rubén y David frente al banco, la inquietó. Su mente no había acogido nunca la imagen de ambos en simultáneo; tal incompatibilidad le dio en el pecho, y el golpeteo convocó un unísono de ruidosos pensamientos y reflexiones. No podía ser vocera de las verdades en el caso de Elías, y por el otro mantener ocultas las propias. Precisaba de su propia honestidad.

—La verdad es la única que en este momento me indica la dirección —resumió en voz baja.

Ya en el estacionamiento de su casa, se mantuvo dentro de su vehículo unos minutos, sintonizándose con el espacio y el momento. Imágenes desenfocadas se movían agitadas en su mente; estaba aturdida. Para abordar su espacio cotidiano, precisaba una actitud ecuánime, y no disponía de ella. Se relajó unos minutos con los ojos cerrados y cuando se sintió más serena, decidió abandonar su automóvil. Al tomar sus objetos del asiento contiguo, miró con extrañeza una carpeta de David. La había tomado por error. La abrió para indagar si el ameritaba su devolución inmediata. Se encontró con el sobre de las fotografías involucradas en el chantaje de Máximo. Tenía varios días sin verlas; ya había olvidado los detalles. Las guardó, y decidió revisarlas después para ver si encontraba algo de relevancia.

Cerca de las once de la noche, cuando ya Rubén y Adriana dormían, Marcela se acomodó junto a la mesa de la cocina con un té caliente. Estaba recién bañada y en bata de dormir. El cabello húmedo, la mezcla de aromas que sus productos personales dejaron en su cuerpo, y el sabor de

la infusión tibia en su boca, le dieron sensación de placidez. Ése era el primer momento de intimidad disfrutado en el día, sin ruidos, apuros ni reclamos cotidianos. Sólo se escuchaba de fondo la secadora de ropa y el tintineo de los botones y hebillas chocando con el tambor giratorio, marcando un ritmo. Saboreaba la bebida, y daba vueltas a la taza entre sus manos, dinamizando el diálogo interno. Reconocía en ése, un momento crucial de su vida; urgía la toma de decisiones importantes. Evadir era tan grave como engañar, y más aún lo era otorgar a realidades inexistentes, atributos que tal vez sólo existían en su imaginación. La compañía de David la colmaba de dicha, no dudaba de su deseo por permanecer con él. Recordó la conversación con Lisandro y los espejismos; tal vez esa emoción suprema hallada en su relación con David, tomaba la forma de uno, y temió dismantelar su matrimonio para luego encontrarse sola en el medio de la nada. Pero no era la soledad el foco de su temor, sino el reconocer más tarde el haber dejado atrás su verdadera fortuna, sin posibilidades de recuperarla. Quizás debía redescubrir su propio espacio, tal vez sus ojos desmerecían los objetos habituales. Recorrió la cocina con la mirada, y percibió detalles antes ignorados: unas baldosas en la parte alta estaban agrietadas, rendidas por los años; la planta junto a la ventana tenía flores nuevas, ni siquiera recordaba haberlas visto antes. Eran de un naranja tan intenso que se reclamó el no haber agradecido el regalo. Las cortinas de la ventana estaban opacas por el polvo, tenía tiempo sin desmontarla para lavarlas; su estampado silvestre lucía mustio y triste. ¿Qué más había opacado el polvo de la cotidianidad? ¿Qué más quedaba velado ante el cansancio o la ceguera rutinaria? En el espaldar de una de las sillas colgaba un bolso con unos libros de su madre. Calculó que llevaban allí más de tres semanas. Imaginó una conversación con ella. De seguro le recriminaría severamente por su comportamiento. Se propuso llamarla en los próximos días. Cuando Marcela decidió ir a la cama, recorrió la casa para apagar las luces. Camino a la habitación, vio el sobre de las fotos junto a su cartera. La curiosidad de horas atrás, cambió a urgencia. Regresó a la cocina, y acomodó las cinco imágenes sobre la mesa, una al lado de la otra, adivinando un orden cronológico. Buscó una lupa y la empleó para pasearse por los detalles. Algo nuevo saltó a sus ojos, y parecía latir en importancia. De impulso, pensó en llamar a David, pero lo consideró una gran imprudencia; prefirió esperar hasta la mañana siguiente.

Eran las ocho y quince de la mañana cuando Marcela tuvo oportunidad de comunicarse con David. Casi no había logrado dormir.

—Buenos días mi amor. Qué regalo escucharte temprano —saludó él.

Marcela sonrió a las palabras dulces.

—David: descubrí algo del caso—le informó de plano.

—¿Pero dónde estás? ¿Todo bien?

—Quédate tranquilo. Estoy saliendo de mi casa. Te llamo porque ayer, sin querer, me quedé con tu carpeta verde. No tenía intenciones de revisarla, pero vi que tenías allí las fotos de Máximo, y me tomé el atrevimiento de mirarlas —se disculpó.

—No te preocupes.

— Descubrí algo allí David... un detalle que pudiera ser importante.

—¿De qué se trata?

—Es Alba. Ella está metida en todo ese asunto.

—¿Alba? —repitió David con sorpresa—. ¿Cómo es que de pronto descubres tantas cosas Marcela?

—Un toque de suerte de última hora, David —respondió riendo—. Una de las fotos muestra a Alba reflejada en uno de los espejos. No hay duda, es ella —decía mientras acercaba la imagen a sus ojos.

—Pero no entiendo Marcela. ¿Cómo no me di cuenta de eso?

—Porque parece un simple retrato en la pared. Era fácil confundirse. Pero si comparas con otras fotos, te das cuenta de que es un espejo. Allí está ella con cámara en mano. Es decir: no solamente estaba en el lugar, era quien fotografiaba. Estoy pensando en ir a su casa para ver si puedo sacarle información.

—Espera Marcela. No vayas sola. Este asunto tiene muchas capas escondidas. Puede ser peligroso.

—Quédate tranquilo amor. Llegaré hasta un límite seguro. Voy a la clase de yoga, nada peligroso.

—Pero ya no queda tiempo Marcela. El medio día es el tope.

—Vale la pena hacer un último intento —resolvió Marcela—. Pero de que voy... voy.

—Yo iré al banco. Trataré de convencer a Máximo de no dar el paso. El lío moral al que tanto le teme no le llega ni a los tobillos al lío legal. Preferible humillado a encarcelado.

—Cada quien tiene sus propios temores, y en función de ellos toman sus decisiones, buenas o malas. Para mí tampoco suena lógico, pero a él le toca escoger su calvario —concluyó Marcela—. Si descubro algo te hablaré. Mantente pendiente del teléfono.

—Así lo hare mi amor. Cuídate mucho. Te amo —se despidió él, sin otorgar demasiadas esperanzas a esa visita.

Capítulo 38

UNA VENTANA INDISCRETA

En sus pocas reuniones con el grupo de yoga, la sagacidad periodística de Marcela detectó cierto misterio entre Alba y algunas asistentes. Una vez activados sus radares, supo de algunas reuniones clandestinas fuera de horarios habituales, conversaciones secretas interrumpidas de manera brusca, o la visita de hombres de actitud dudosa y que no respondían al perfil de los seudónimos. Luego de la aparición de Alba en el caso de extorsión de Máximo, Marcela regresaba con un objetivo distinto: investigarla. Ese día se celebraría una sesión matutina de yoga, y Marcela se las arregló para estar allí antes de la hora de inicio; intuía que la quietud previa a cada una de las clases, actuaría como su cómplice. Tocó el timbre a las nueve y diez minutos. La hora usual de convocatoria era 10:00 am.

—¡Llegaste temprano, Marcela! —dijo Alba sorprendida cuando abrió la puerta.

—Sí, es verdad —consintió cuando pasaba a la sala de las reuniones—. Ya estaba por aquí cerca, y aproveché de quedarme; si me pongo a hacer otra cosa antes, seguro se me pasa el tiempo y termino llegando tarde.

—No te preocupes. Lo importante es que estés aquí, además, tenías tiempo sin venir. Aunque estaba pensando en suspender la clase de hoy, pues tengo unos asuntos pendientes. Deja ver si puedo adelantar algo, y regreso contigo en un momento. Si quieres te vas cambiando y esperas en el salón de los espejos. Ponte cómoda —le pidió disfrazando su inquietud.

—No te preocupes. Esperaré aquí leyendo un poco; cargo un libro que ha dado vueltas conmigo desde hace días, y no lo he podido comenzar. Este es buen momento —le tranquilizó Marcela.

Alba entró a la habitación que fungía como oficina, y cerró la puerta con suavidad. Marcela se acercó un poco, y escuchó la voz de un hombre, pero no le era posible entender la conversación. Regresó a la sala y miró a los lados, buscando una manera de fisgonear. Su memoria la llevó hasta su primera visita, cuando sin querer, escuchó desde el baño parte de un diálogo desarrollado en la oficina de Alba; para entonces, una de las chicas narraba un altercado con su marido. Una ventanilla del baño, aun cuando pasaba desapercibida, comunicaba desde lo alto de la pared ambos espacios. Marcela entró allí, entrecerró la puerta y se subió al inodoro para escuchar mejor. Alba parecía reprender al hombre.

—Ya tienes que irte. Por eso te pedí venir temprano, pero tú como siempre, terminas haciendo todo lo contrario —reclamaba Alba.

—Pero bueno señora Alba, yo también hago lo que puedo —se defendía el hombre.

—¿Y averiguaste algo ayer? —le interrogó ella.

—Bueno, no mucho señora Alba. El tipo casi se le escapó al policía gafo ese, pero luego dio de nuevo con él cuando iba entrando al Banco. Iba con una mujer. Mucho rato después salió de allí.

—¿Salió con la mujer? ¿Quién era ella?

—No me pudo dar el reporte completo. Parece que ella salió antes, pero no está seguro.

—¿Y qué hizo él después? —siguió preguntando Alba.

—Pues el tipo se dio cuenta de que lo estaban siguiendo, y se escapó —informó el hombre.

—Hay que ver que esa gente que te buscas es tan inepta y bruta como tú. ¿Es que acaso no sabe esconderse siquiera?

—Bueno, señora Alba, mi compañero es un policía entrenado como yo, pero tampoco somos de la súper policía secreta. Además, ese David no es un tonto. Ya a estas alturas debe estar muy atento.

Marcela se sobresaltó. Sin embargo no se separó de la ventanilla.

—Ya sabe que lo persiguen. Eso me preocupa, es un hombre muy inteligente. Quisiera saber en qué anda exactamente. Seguro está ayudando a Máximo Del Frente, y puede echarnos la jugada para atrás justo en el momento decisivo —dijo Alba.

—No se preocupe, que yo me las arreglo para averiguarlo.

—¿Ah sí? ¿Y cuándo piensas hacer eso? Ya no hay tiempo, además, tú no puedes ir, te descubriría. ¡Y con lo avisado que eres! Averigua quién es la mujer —pidió Alba, movida además por la curiosidad de saber si se trataba de un romance que dificultara aún más sus intenciones amorosas con David.

Marcela estaba impactada; calculó los riesgos de su presencia en ese lugar y decidió partir de inmediato. Imaginarse en la mira de una red de extorsionadores le atemorizaba, pero no amainaba sus deseos de continuar.

—¿Y esto que hace aquí? —preguntó el hombre con alarma, tras unos minutos de silencio.

Marcela entró en alerta.

—¿Qué cosa? —escuchó decir a Alba.

—Esta foto señora Alba. ¿Cuándo la tomaron? Yo no la había visto.

—Deja eso, no te interesa —respondió ella.

—¿Pues cómo que no me interesa? Si aparezco yo... ¡y en qué papelón! Pareciera que le estoy dando un beso al estúpido ese. Señora Alba: hágame el favor y me explica —exhortó el hombre.

El tono de Alba dio un vuelco; abandonó la actitud regañona para sonar dócil y servil.

—Deja de preocuparte. Esa fue una foto de la serie, pero nadie más la ha visto —aseguró.

—¿Está usted segura? —dudó el hombre — ¿Y si mi mamá la vio? Va a creer que ando en mariconerías.

—Pero no lo ha visto. ¿Acaso me crees tan descuidada? Yo sé bien lo que hago. Además, para tu mamá tú eres un “macho varón” —respondió ella retomando la confianza —Y de paso: tú no tienes nada que andar registrando aquí, así como no tenías nada que buscar allá adentro cuando tomé esa foto. Si apareces, es por entrometido. Ocúpate de lo tuyo —y se armó con la voz mandona de antes.

—No sé señora Alba...esto está muy raro.

—Nada de raro. Vete de una vez; ya van a llegar las mujeres a la clase, y se me va a enredar el asunto. Ya no tengo ni tiempo de suspenderla.

—Bueno, deme dinero entonces para los mandados que me pidió. —le solicitó el hombre sumiso.

Marcela sacó una polvera de su cartera, y con dificultad la asomó entre los cristales alineados en la ventanilla. Esperaba capturar la escena de la otra habitación. Movi6 el pequeño espejo hasta dar al fin con un hombre uniformado de policía.

—No tengo dinero en efectivo, Rosendo —dijo Alba—. Cobra tú este cheque; me lo dieron para cubrir gastos. Agarras lo que necesites, y después me traes el resto —le indicó Alba.

—¡Éste es Rosendo el policía! —susurró Marcela. De inmediato salió del baño con apuro controlado; tomó sus cosas y caminó silenciosa hacia la salida del apartamento. Ya fuera del edificio, esperó unos diez minutos, mientras vigilaba una motocicleta de uso oficial, la cual supuso era la de Rosendo. Su grabadora estaba activada dentro del bolso. Se sentía nerviosa, e ingeniaba la manera apropiada para abordarlo. Cuando el policía salió, Marcela lo llamó.

—¡Oficial!

Rosendo giró para verla, y caminó con prepotencia en dirección suya.

—Dígame ciudadana, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo inflando el pecho y engolando la voz.

—¿Usted es el oficial Rosendo Pérez? —preguntó sonriendo.

—¿Quién necesita saberlo?

—Disculpe la molestia, pero me urge hablar unos minutos con usted.

—Cómo supo que podía encontrarme aquí.

—En verdad se trata de una gran casualidad, no lo podía creer cuando lo vi. Lo he visto en fotos y de inmediato lo reconocí. Pero ya que estamos aquí, me gustaría conversar con usted, pero

no en el medio de la calle. ¿Pudiéramos ir a otro sitio más privado?

Rosendo la miraba con desconfianza. Dio un vistazo alrededor buscándole un acompañante.

—¿Y cuál es el misterio? No estará pensando en secuestrar a un policía ¿verdad? —bromeó, con la mano sobre su arma de reglamento.

—No sería algo muy inteligente de mi parte —respondió ella—. Además, no soy delincuente, soy periodista. Tengo información sobre un asunto muy delicado de su interés.

Rosendo se mantenía alerta; la expresión cálida y sonriente de Marcela disminuyó su inquietud.

—Vamos entonces a donde usted desee, señora —le pidió Rosendo señalando su moto—. Hay una oficina del comando cerca de aquí.

—No es necesario. Tenemos un café por aquí cerca, allí podremos hablar unos minutos.

Rosendo caminó tras Marcela con paso cauteloso. Nuevamente inspeccionó a los lados, incluyendo algunos carros estacionados. Ya sentados y con un poco más de privacidad, Marcela organizaba las palabras para su exposición. El policía la miraba ansioso.

—Bueno, voy sin rodeos —inició Marcela—. Como le dije, soy periodista. Sé mucho de usted.

—¿Sí? ¿Qué tanto sabe?

—La verdad, mi carrera me ha permitido conocer sobre su gestión de policía desde hace años. Los periodistas nos enteramos de muchas cosas, desde el asunto aquel de las casas habitadas en terrenos fangosos donde murió el niño inocente. ¿Recuerda?

—¿Y a qué viene eso ahora?

—El punto es que ahora tengo información privilegiada sobre un caso muy delicado: es el de un banquero y político, víctima de un chantaje. Precisamente se trata del mismo hombre involucrado en aquel episodio: Máximo Del Frente.

Rosendo quedó pasmado.

—¿Y cómo podría yo ayudarle con eso? —preguntó luego de aclarar la voz.

—Pudiéramos ayudarnos mutuamente —dijo ella, temiendo una reacción violenta de Rosendo—. Usted sabe cómo es esto del periodismo, mientras uno está en la calle trabajando, se tropieza de pronto con situaciones difíciles de manejar, pero la necesidad de hacer relucir la verdad y la justicia siempre se impone, por eso es necesario manejarlo con discreción y acudir a las personas claves.

Para Rosendo, el discurso de Marcela tomó la forma de una amenaza. Aunque él mantuvo una apariencia resuelta e indiferente, sentía el cosquilleo de las palabras rozándole como tentáculos. Debía actuar antes de dejarse envolver, y sobre todo, esquivar la mancha que deseaba posarse sobre su autoridad.

—No me ha dicho su nombre señorita. Soy un oficial de la ley, y antes de dejarla continuar con su confesión, necesito una identificación.

—Ya vamos a llegar a ese punto, primero ponga atención por favor —dijo resuelta—. No se trata de una confesión; el tema en cuestión es muy grave... y usted bien lo sabe.

El policía acomodó su postura y sin pensarlo, colocó la mano sobre su arma. Marcela percibió el gesto.

—¡No me cambie el tema usted! Muéstreme su cédula de identidad si no quiere que la detenga en este momento por difamar a un policía —amenazó él con rudeza.

Marcela actuó con calma, sacó su identificación de la cartera y se la mostró, teniendo en cuidado de no entregársela. Rosendo la inspeccionó. Su mirada saltaba del documento a la cara de Marcela, mientras ella se esforzaba en controlar el temblor de su mano. Marcela regresó el documento a su monedero, y miró a Rosendo con expresión pensativa.

—¿Dijo usted difamar? —preguntó ella con voz muy baja—. Hasta ahora sólo le he dicho que maneje información sobre el caso. ¿Escuchó usted acaso que lo estuviese involucrando en él?

Rosendo repasó la conversación, y advirtió su error: Marcela no lo había incriminado. Su reacción había sido inapropiada. Pensó rápidamente en la manera de resarcir sus palabras, y cuando tomó aire para hablar, Marcela se le adelantó.

—Pero ya que lo menciona: sí, puedo probar que usted está involucrado en el caso —soltó ella. Rosendo se pegó del espaldar del asiento, como si las recientes palabras lo hubiesen empujado. Un instante después se puso de pie.

—¿Y quién le dijo semejante cosa? Soy policía, mi trabajo es proteger a los ciudadanos, no participar en chantajes.

Rosendo respiraba agitado. Tomó la radio encajada en su cinturón y comenzó a hablar empleando códigos numéricos. Marcela se levantó rápidamente, se colocó a su lado y le habló con voz baja.

—Si esa es su decisión, bien. Llame a quien usted quiera y pida todos los refuerzos posibles para arrestar a una periodista. Pero ya entonces no seré tan discreta como lo he sido hasta ahora: diré todo lo que sé, y el periódico donde trabajo hará una publicación extensa y detallada de todo el asunto.

Marcela dejó a Rosendo pensar unos segundos, y continuó con el mismo tono calmado de antes.

—Le pido que se siente. Créame: no vale de nada negarlo.

—A ver —dijo Rosendo ya de nuevo en la silla, pero con postura rígida—. ¡Muéstreme las

pruebas! —pidió él—. ¿No puede pretender chantajear a un policía sin nada en las manos?

—En primer lugar, no tengo la más mínima intención de chantajearlo. Ese no es mi trabajo, sólo quiero ayudar a quien está siendo manipulado injustamente. En segundo lugar, no traigo las pruebas conmigo. Están muy bien resguardadas —respondió Marcela con serenidad—. Hay mucha gente detrás de esta investigación; incluso ahora, hay personas aguardando al resultado de esta conversación. Debe saber ya, que este hombre está siendo obligado a realizar una operación fraudulenta de mucho dinero, presionado por unas fotos muy comprometedoras, capaces de acabar con la reputación de cualquier mortal, llámese como se llame.

Rosendo miró alrededor, bajo la mirada nerviosa de Marcela. Ella había abordado un terreno peligroso y no le era posible retroceder. Rosendo tomó de nuevo su radio y comenzó a hablar en clave. Esta vez la voz del otro lado era la de una mujer. Marcela sintió su corazón acelerarse; debía soltar un freno de inmediato.

—Tal vez usted no sabe que en esas fotos aparece usted —dijo ella como estocada crucial.

Rosendo perdió el color del rostro. Enseguida recordó la fotografía recién descubierta en la oficina de Alba. Se sentó de nuevo y analizó los hechos.

—No tengo ni idea de cuáles fotos son esas. Muéstremelas a ver —pidió.

—Ya le dije, no llevo ninguna de las pruebas conmigo, sería un desatino de mi parte; pero usted ya sabe de cuáles fotos le estoy hablando. Especialmente una en la que aparece usted con el señor Máximo Del Frente... muy cariñoso, por cierto —dijo Marcela con malicia, analizando la reacción de Rosendo.

La actitud del hombre dejó de ser agresiva. Regresó el radio al estuche de su cinturón, y colocó las dos manos sobre la mesa.

—Mire Rosendo —continuó ella—. Usted lleva todas las de perder. Siendo policía, no necesita muchas señas sobre la ilegalidad de un chantaje, y más, si se trata de una estafa bancaria. Eso sin mencionarle, que si Máximo se negara a ceder, las fotos estarían circulando libremente por todos los medios. Eso no aportará mucho a su masculinidad.

Rosendo sintió un mareo. La vista se le nubló. Por años había luchado para ostentar virilidad entre las mujeres, pese a sus precarias dotes físicas. La publicación de tal fotografía constituiría el corolario para la fama erigida por sus amantes resentidas.

—¡Esa desgraciada todavía me odia; sabía que no podía confiar en ella!— explotó dando un fuerte manotazo en la mesa. Su rostro combinaba rencor y miedo.

—¿A cuál desgraciada se refiere?

—Eso no es de su incumbencia. Ahora termíneme de decir para qué me trajo hasta aquí —pidió

indignado por el acorralamiento.

—Ya le digo —continuó Marcela airosa—. Como debe saberlo, en unas horas Máximo debe cerrar el trato. La única manera de sortear esa situación, es desenmascarando a su acosador. No queda mucho tiempo, y si usted piensa seriamente, no en Máximo, sino en sus propios intereses, podrá librarse de todo este escándalo. Créame: “le conviene colaborar” —terminó Marcela, empleando una típica expresión policíaca.

Rosendo se tomó unos segundos para calcular los riesgos.

—Me encuentro a salvo —resolvió, con lo que aceptaba su intervención—. Ese hombre no dudará en finiquitar la operación, está demasiado comprometido...y yo quedaré por fuera de todo —trataba de convencerse él mismo.

—No sea tonto Rosendo—reclamó Marcela—. ¿Aún no se ha percatado de que Alba quiere incriminarlo? Si no lo hace de esta manera, lo hará de otra. Según entiendo, usted tienes razones de fuerza para querer perjudicar a Máximo Del Frente, sé de sus diferencias años atrás; pero abra los ojos y vea cómo está siendo utilizado. Olvídese de las viejas rencillas, Máximo no es su enemigo en este momento. Es tan víctima como usted.

Rosendo recordó el antiguo caso de los terrenos manipulados; había sido utilizado por los dueños y luego le dieron la espalda. Pensó en su madre y en Alba; con ellas se sabía frágil y fácil de manipular, pero no estaba dispuesto a exponer su debilidad al resto del país. Debía resguardar su imagen. Ahora Marcela había encontrado su punto débil y de nuevo se mostraba como un títere. Su careta de hombre fiero yacía en el suelo. Marcela percibió la confusión del policía y consideró más beneficioso un cambio en la manera de abordarlo. Comenzó entonces a sobarle la espalda.

—Piénselo Rosendo, de seguro usted es un hombre bueno, no se preste para hacer más daño a otros.

—¡Quería vengar a mi mamá! Ese hombre la humilló hace mucho tiempo —se justificó él, con gestos infantiles.

—Esa venganza no tiene sentido...—le calmó Marcela, palmeándole el hombro—. Es usted quien está a punto de quedar humillado; debe protegerse. Su carrera y su vida están en juego Rosendo. No puede confiar más en Alba. En este caso usted no tiene garantías. Por favor ayúdenos.

Rosendo la miró con las cejas levantadas. Sus ojos azules resaltaban en el rostro enrojecido.

—Esa Alba me juró que esa foto no la había visto más nadie —repitió.

—Veo entonces que sí conoce la foto. Y los dos sabemos que no lo dejará muy bien parado a

usted. Si no es porque lo veo ahora y me doy cuenta de su indiscutible hombría, hasta yo misma habría imaginado una relación entre usted y Máximo.

—¡No...no es así! —aclaró en el acto.

—Usted y yo lo sabemos... pero piense: ¿le creerá el resto del país? Mejor nos apuramos, y resolvemos esto de una vez; no queda tiempo.

—¿Pero cómo puedo ayudar? A mí sólo me dieron la tarea de custodiar, no soy cabeza ni parte de esa misión.

—¿Y Alba? ¿No es ella acaso? — indagó Marcela entrecerrando los ojos.

—¡No! Ella sólo recibió el caso y se encargó de armar la logística, pero cumple órdenes de arriba.

Las palabras de Rosendo desarmaban la hipótesis de Marcela: Alba no timoneaba la operación.

—¿Le dicen algo estos nombres: Elías Ruiz, Regina Valecillos de Ruiz?

—No, no sé quiénes son ellos, ni siquiera me suenan conocidos. Ahora sí que me fregué la vida, ya que me dijeran “mala cama” era bastante suplicio para mí —susurró él.

—Cálmese y piense —le pidió Marcela, ocultando su curiosidad por el comentario—. Alguna información útil debe tener. Nos quedan menos de dos horas. ¡Piense! —le exhortó Marcela con voz firme.

—¡Es que no sé! —repitió él exaltado.

Marcela hizo silencio para dejarlo pensar. Bajó la mirada mientras sus dedos desordenaban su cabello, tal como lo hacían cuando escribía.

—¡El cheque! —dijo ella triunfal— a usted le acaban de dar un cheque. Déjeme verlo Rosendo.

—¿Cuál cheque? —dijo él después de saltar en su silla por el susto.

—Alba le acaba de dar un cheque. Démelo, quiero ver el titular de la cuenta —pidió Marcela extendiendo su mano.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—No importa —descartó ella—. Alba mencionó unos gastos de operación. ¿Se refería a esta operación?

—Sí —respondió Rosendo temeroso, buscando descifrar cómo Marcela disponía de tantos datos.

—¡Pero bueno pues: búsquelo! —ordenó ella—. Yo no voy a cobrar ese dinero, sólo quiero ver el titular.

Con duda, Rosendo sacó su billetera del bolsillo trasero del pantalón. La abrió para buscar lo solicitado, y en la inspección saltaron varios rostros en diminutas fotografías.

—Este es mi hijo —dijo mostrándole la pequeña imagen de un bebé vestido como Peter Pan—.

Allí tenía nueve meses, pero ya está más grandecito.

—Rosendo: vamos al punto—replicó Marcela impaciente—. Busque el cheque rápido.

El hombre obedeció, y con los dedos recorrió una ruma de papelititos doblados.

—Por aquí debe estar —decía sudando el nerviosismo. Marcela contenía el impulso de quitarle la cartera para buscar ella misma.

—¡Aquí está! —dijo Rosendo aliviado.

Marcela le arrebató el papel de las manos, y lo desplegó para ver el titular impreso. Cuando lo leyó, miró a un lado para procesar la información. Mientras, golpeteaba la mesa con los dedos.

—¿Es ésta la persona al mando? —preguntó al policía, señalando con el índice el nombre.

—¡Sí!—confirmó Rosendo, mientras agitaba su cabeza en señal de afirmación.

—Pero se lo pregunté antes y me dijo que no lo sabía —protestó ella.

—No me acordaba. Lo había escuchado como dos veces, pero yo soy muy malo para aprenderme nombres. Pero ahora lo recuerdo bien —confirmó.

—¿Está seguro Rosendo?

—Sí... sí. Estoy seguro —confirmó, asintiendo vigorosamente con la cabeza.

—Pues me voy a quedar con esto. Es la única prueba de la que dispongo ahora —dijo guardando el cheque en su monedero.

—¡No! —saltó Rosendo. Debo reponer ese dinero... doña Alba me va a matar.

—Pues invéntele cualquier cosa. Quédese tranquilo, yo no lo voy a cobrar. Luego se lo devuelvo. Y por Alba no se preocupe. Tendrá otras cosas de las cuales ocuparse el día de hoy.

Marcela apuntó el número telefónico de Rosendo; se levantó de su asiento y lo dejó perplejo, sin saber cómo actuar. Cuando él decidió levantarse, ya Marcela se había alejado. Intentó seguirla, pero la vio a lo lejos subirse a un carro, y partir con prisa. Rosendo regresó a buscar su motocicleta, pero cuando iba a iniciar la persecución, ya Marcela había desaparecido.

—¡Hay que ver que yo si soy bien idiota! Ahora este lío se me puso más grande.

UN PARÉNTESIS: “LA REVELACIÓN”

Sucedió el día de la seductora oferta que Regina hiciera a Máximo del Frente; ella debía presentarse en el banco para solicitar al jefe de su esposo, un ascenso casi caritativo. En complicidad con Alba, habían determinado la hora precisa de su arribo, luego de analizar la logística de la entidad. Regina llegó triunfal a solicitar la entrevista con el gerente del banco. La llamada de una clienta insatisfecha demandando la atención directa del gerente general, fue una tarea sencilla, y aseguró su estadía. Durante la actuación telefónica, la dama había descargado quejas y algunas débiles amenazas. Máximo se creyó en control de la situación al valerse de su usual locuacidad, y la ya sosegada clienta le cebó el ego valorando su buen trato. Así dejó la plaza abierta para Regina; entró ella con sus pies taconeando turquesa mientras un sonsonete de accesorios distribuidos de arriba a abajo la escoltaba; apenas llegaban sus faldas hasta la mitad de los delgados muslos, pavoneaba su busto bajo telas indiscretas; el flamígero peinado coronaba el pintoreteado rostro. Un alarde de colores y actitud. Le resultó más sencillo de lo pensado ubicar a Máximo, pues tras la intervención de su aliada, él salió de su oficina hacia la máquina del café, justo donde ella lo abordó sin complicaciones. Máximo mostró genuina complacencia al recibirla, agradecido aún por el especial trato recibido durante la celebración del aniversario. Ya en la oficina, el plan continuaba. Regina conocía de sobra la caballerosidad de Máximo, nada había ocurrido entre ellos que valiese una interpretación malsana o irrespetuosa, sin embargo, lo inexistente debía ser plantado. Fue difícil para Regina crear en el aplomado hombre dudas sobre sí mismo; fue ese el objetivo cuando le habló sobre las supuestas miradas incitantes.

—Me di cuenta de la manera cómo me mirabas, y eso me gustó mucho —aseguró al sorprendido hombre que se esmeraba en recordar alguna actitud o comentario subido de tono, pero su asombro no dejaba demasiado espacio para pensar.

Regina llevaba consigo todo el entrenamiento previo de Alba y sus consejeros, para analizar la vulnerabilidad de su víctima, y hacerlo caer en su redcilla. El mayor riesgo era ser rechazada de plano y abandonar la oficina con el rotulo de “fracaso” en la espalda. Pero fallar no era una opción: confiaba en el perfume “Jonan” para estimular hormonas del deseo; en su seductor labial carmín con brillo de seda; en el sujetador negro exhibiéndose bajo la sutil transparencia de su blusa; predecía el efecto del juego de manos ensayado ante sus compañeras y el

especialista en seducción. La tensión del ambiente no era casualidad, cada minuto de silencio había sido planificado para hacerlo irresistible; llevaba preparada la respuesta para docenas de frases, preguntas y reacciones; había repasado una y otra vez su juego frente al espejo; el movimiento de sus dedos por el escote, los muslos y la entrepierna, estaban trazados para no fallar. Y Máximo cayó ligero en la emboscada: no podía resistirse a los halagos, creía tener el control del juego. Se enorgulleció de su subyugante encanto, y hasta calificó a Elías de “pobre hombre”, por su incapacidad para satisfacer a su mujer. Pero él sí era capaz de lograrlo, y tomaría ventaja de su condición de jefe. De pronto lo engulló una idea: Elías debía pagar por no tener las agallas suficientes para controlar a su esposa; además, ella lucía ansiosa de genuina pasión. ¿Cuánto podía ser capaz de ofrecerle ese hombrecillo macilento y sumiso? Máximo se alimentaba con su diálogo interno; no percibió cómo era capturado ingeniosamente por Regina. La mujer vulgar y poco atractiva de antes, se armaba de atributos eróticos para embrujarlo: su cuerpo se transformaba en una villa con recodos apetecibles dignos de explorar. Su vestimenta sugería secretos deliciosos que pedían ser descubiertos. Cada palmo transitado por los dedos de Regina, dejaban un rastro ardiente en la mente de su espectador. Ella se regocijaba en el juego de insinuación, su rostro, cuerpo y voz, se deslizaban por un río magnético que atraía a Máximo. Se hizo evidente la excitación de ambos. En cuestión de minutos él fue esclavizado por el deseo; perdió la capacidad de medir la trascendencia de sus acciones; Regina no lo delataría; estaba seguro, pues ello provocaría la debacle de su matrimonio. Decidió tomar provecho de la oportunidad; pactó un intercambio de favores donde el ascenso de Elías era la ficha principal en juego. Tenía presente un puesto vacante en otra sucursal; ya vería si su empleado aplicaba como candidato. Desde hacía tiempo intentaba desprenderse de él. En todo caso, las vías para llevar a cabo su parte del acuerdo serían evaluadas más tarde, cuando el objeto del canje fuese recibido. Las ideas eran acalladas, no era el momento de pensar sino de obrar, y Regina le dio las pautas para proceder a la siguiente fase.

En el recorrido al hotel, Máximo tuvo un derroche de imágenes estimulantes; entre cada una se acuñaba la pregunta: ¿cómo se inició esto? Ya en la habitación, cedió a la embriaguez que le produjo la cercanía de Regina; vestida a medias con el felino negligé, dejaba sus carnes a la vista y tacto. Máximo respondió al efecto estimulante del perfume Jonan, reforzado con los aromas corporales; siguió la voz de Regina en un recorrido por la lascivia, y se dispuso sin más reparos a concretar la ansiada propuesta.

—Créeme... tú percibiste algo que ni yo mismo había descubierto —susurró él, ya hostigado por

el deseo.

—Sí lo habías hecho, mi fiera desbocada —aseguró ella—; debes haberlo imaginado tantas veces como yo.

El roce de los encajes anticipaba contactos más íntimos y deslumbrantes. Regina conducía la secuencia de su ya pensado preludio con desmedida lujuria. El lenguaje obsceno y rudo penetraba en los oídos de Máximo como corrientes eléctricas. Regina le ofreció vino como un elixir afrodisíaco desde la copa y de su propia boca; comenzó a recorrerle los brazos con caricias; buscaba romper la tirantez de los nervios que lo paralizaban. Lo besó hasta succionarle el aliento, le recorrió con los labios toda su ropa anunciando los placeres en gestación; lo sabía en el límite del autocontrol. Regina colocó la mano de Máximo sobre su seno, cubierto apenas por una franja transparente; el pezón turgente emergía como un botón fulgurante; Máximo sintió la abundante masa ceder ante la presión y no dudó en presionar el par con su mano libre.

—Me fascinan tus tetas —dijo sin aliento.

Regina respondió a su atrevimiento introduciéndole la mano por la abertura de la camisa; acarició los vellos ensortijados de su pecho, tomó un puñado y tiró de ellos; el dolor provocó estremecimiento y arrancó un gemido.

—¡Me estás volviendo loco, tigresa!

—Y tú a mí —susurró ella.

Regina comenzó a soltarle uno a uno los botones de la camisa. La respiración de Máximo se aceleraba, abordaba un nivel supremo de paroxismo. Buscó los labios de Regina para besarla con ansiedad y rudeza; recorrió su cuello, bajó a su busto y hundió en él su rostro. La atrajo hacia él e hizo frotar ambas pelvis, con el miembro rígido interpuesto. Regina se apartó, y condujo a Máximo hasta la cama; él consideró oportuno despojarse de toda su ropa: se arrancó la camisa, el pantalón y se arrebató las medias para arrojarlas. Luego se sentó en la orilla de la cama y cedió a las caricias propinadas por Regina desde su espalda. Ella besaba cuello y hombros; le acarició el pecho, y tomó su masculinidad aún retenida por el algodón de sus calzoncillos. Cuando Máximo se dispuso a corresponderle, incapaz ya de contener más sus impulsos, ella se levantó de plano con las manos a los ojos.

—Esto no está bien, no puedo hacerle esto a mi Elías —dijo con un ensayado drama.

Confundido, Máximo alcanzó a tomarle una mano.

—Ya no pienses en eso. Estamos aquí por deseo de ambos. Él nunca lo sabrá, ven Regina, que muero por follarte. ¡Sé mía! —le suplicó—. Estoy que reviento, no te vayas ahora.

Regina se inclinó hacia él, lo besó en la boca, y de nuevo retrocedió

—Lo siento: no puedo. Acabo de entender que mi honor es más fuerte que mi deseo.

Con un fingido llanto de arrepentimiento, Regina tomó sus prendas de vestir, se vistió apurada, y abandonó la habitación, con la mirada atónita de Máximo detrás. La excitación del hombre había sido desplazada por una indescriptible conmoción; era un tránsito simultáneo por bochorno, rabia y desconcierto. Miró el reloj, tomó aire, y se levantó de la cama, haciendo respiraciones profundas. Mientras se vestía, repasaba cada detalle del encuentro con Regina, desde su entrada a la oficina. Buscaba en vano sentido a lo acontecido: no era lógico que ella se hubiese presentado a su oficina con semejante ardid, para hacerlo dudar de su propia atracción hacia ella y lo encaminara luego a ese encuentro, para renunciar al último momento. ¡Qué idiota se sentía!

Regina abandonó veloz la habitación; sabía que dejaba a Máximo encendido y desconcertado; reía maliciosamente y casi a carcajadas por su reciente actuación. Le habría gustado llevar a término su ofrecimiento pues de veras se había entregado al momento, y el encuentro prometía elevados placeres; pero se limitó a cumplir su cometido. Caminó por el pasillo del hotel, y de allí tomó la escalera de emergencia; no disponía de tiempo para esperar el ascensor. En el mismo piso, Alba vigilaba desde una esquina, y cuando vio a Regina partiendo, se asomó por otra habitación cercana, e hizo una rápida seña con el pulgar hacia arriba.

—Listos... todos atentos —se le escuchó decir.

Doce minutos más tarde, Máximo abandonaba el cuarto 432. Eran las 6:47, según su reloj. Había recuperado el aspecto sobrio, con la asistencia de su refinado traje. Caminó rumbo al ascensor, dispuesto a retroceder u ocultarse ante la presencia de alguien. Una de las habitaciones cercanas dejaba pasar un bullicio de música y voces exaltadas; a pesar de su prisa, sintió curiosidad y se detuvo a husmear por la abertura de la puerta entreabierta. Antes de distinguir algo, la puerta se abrió completamente y advirtió a alguien plantado frente a él. Tan pronto pudo, insertó un disimulo y aceleró el paso, hasta oír pronunciar su nombre.

—Máximo. ¿Eres tú?

La voz le resultaba familiar, pero no se atrevía a darse por aludido, pues de seguro se vería obligado a ofrecer una explicación. Pero ignorar el llamado podía ser interpretado como una culposa evasiva, así que juzgo necesario atender.

—¡Máximo, qué sorpresa! —expresó el hombre, y dio unos pasos hacia él para darle un efusivo abrazo.

—¡Eugenio! —respondió con nerviosismo—. No sabía que estabas en el país.

—¿Cómo que no lo sabías? Te he dejado unos cuantos mensajes con tu secretaria —aseguró —.

Hasta pensé que te estabas negando.

—Claro que no —aclaró con una risita forzada, tratando de ubicar su nombre entre los mensajes telefónicos recibidos recientemente.

—En ese caso, ven y pasa a tomarte unos tragos con nosotros. Llevo más de dos semanas en Venezuela, y me hospedo aquí. Estoy con unos amigos, tal vez conozcas alguno de ellos.

—La verdad es que ando apurado. Vine a entregar una encomienda importante, pero tengo que regresar a la oficina —mintió Máximo.

—¿A esta hora? Caray Máximo, déjate de fanatismos laborales, ya es buen momento para tomarte un descanso... anda, entra.

Presionado, Máximo accedió. Se propuso estar apenas lo prudente para no asomar un desprecio. Un trago de whisky le venía bien luego del reciente mal rato.

El escenario estaba calculado, cada quien había sido informado sobre la víctima; los acompañantes eran personas provenientes de depravados suburbios, quienes vendieron su participación. Eugenio los había seleccionado cuidadosamente para crear el escenario perfecto donde Máximo se sintiera seguro y relajado. Las damas representaban un anclaje importante, considerando la sorpresiva deserción de Regina; habían sido informadas sobre ciertas debilidades, ocultas bajo la impecable apariencia de empresario bancario. Dos hombres de apariencia solemne, soltaban señuelos sobre una conversación de negocios. En lo que atañía a Eugenio: bien conocía a su presa; sus antiguas excentricidades no eran fáciles de vaciar en el olvido. Sentía emoción por encontrarse con Máximo, pues la vinculación emocional de otros tiempos se mantenía, pero estaba centrado en el objetivo principal: llevar a cabo el plan para el cual habían sido contratado.

Máximo fue presentado a los desconocidos; las dos mujeres, de actitud obsequiosa, lo saludaron con un beso en la mejilla; una era de cabello oscuro y rostro atractivo, con vestimenta sobria y elegante; la otra, por el contrario, exhibía más sus atributos femeninos a través de un ajustado vestido naranja; una buena porción de sus hermosos muslos y un busto prominente de piel muy blanca, quedaban al descubierto. El exaltado maquillaje de sus ojos, los accesorios llamativos y el cabello decolorado le daban aspecto sobrecargado, sin embargo sus maneras eran dulces y amables. Ella entregó a Máximo una bebida y él la aceptó gustoso, con la promesa personal de que sería la única; pero su frágil voluntad pronto cedería ante el deseo de extender la delicia del alcohol atravesando su garganta; una hora más tarde ya había olvidado su apuro, el bochorno, y había retomado la camaradería disfrutada con Eugenio en otros tiempos. La mujer rubia se instaló a su lado y le hablaba de manera alegre y sugerente. Aunque

en un principio Máximo se mostró incómodo por su proximidad, ella lo sedujo con su simpatía hasta verlo relajado. Los otros dos caballeros, sentados frente a él, lo incluyeron en una animada conversación sobre centros nocturnos de la ciudad; ambos incorporaban chistes y anécdotas que celebraban con carcajadas, y Máximo reía más por educación que por gracia.

La noche transcurría y el banquero no mostraba intenciones de retirarse. Sentado en el sofá, la distancia entre él y la rubia se había desvanecido. Ella descansaba en su pecho y él le acariciaba el hombro y los muslos. Eugenio los animaba a pasar “un buen rato juntos”, arguyendo que ella pronto partiría y no quedaría vestigio de ese encuentro. Pero la pizca de cordura restante en Máximo se sobreponía.

Pasó poco menos de una hora. El trato entre Máximo y sus nuevos amigos era tan llano, que parecían compartir años de amistad. De pronto las luces se apagaron, y se escuchó la risotada de Eugenio.

—Ahora viene la gran sorpresa: la hora de la fiesta. Esperen un momento —anunció en la penumbra.

Máximo esperaba intrigado, aunque anticipaba lo que podía pasar. A los minutos se encendieron las luces y apareció Eugenio ataviado con un traje de plumas blancas, bikini de lentejuelas y botas rojas hasta las rodillas. Una corona plateada de utilería se apoyaba sobre una peluca de largos rizos rubios; su exaltado maquillaje lucía como una máscara y realzaba la osamenta cuadrada de su rostro; de las orejas pendían unos largos zarcillos brillantes y éstos bailaban sobre los hombros desprendiendo visos de luz. El atuendo lo hacía lucir como una grotesca bailarina de cabaret, pero con la soltura de la más experta. Eugenio recorrió la habitación en una rítmica danza aderezada con exagerados ademanes afeminados. Se acercó a la dama que ya se había deshecho de su aparente sobriedad y la formal chaqueta; ahora mostraba su delgado torso vestido apenas con un sugestivo corpiño de encajes negros y rojos que dejaba escapar un sinuoso reptil tatuado. Eugenio la besó en la boca con lujuria, se hundió en sus senos apretujándolos bruscamente, y uno de los caballeros se les acercó para intercambiar besos con ambos. Eugenio continuó su paseo por la habitación, se sentó en las piernas de otro hombre, y lo acarició en el pecho mientras éste le respondía alegre con caricias y nalgadas. Máximo soltaba risotadas y aplaudía.

—Pensé sinceramente que ya te habías dejado de eso, Eugenio.

—Algunos placeres no se abandonan así como así, querido amigo. Anda ven y acompáñame

—le pidió tomándolo de la mano para levantarlo de la silla, pero Máximo se mostró renuente.

—No Eugenio, ya no cuentas conmigo para esto. La vida me ha obligado a enseriarme —declaró

recordando el juramento personal hecho años atrás, con el cual pretendía abandonar la vida desordenada, marcada por la práctica de relaciones promiscuas y tendencias homosexuales, aunque nunca pasó de besos y caricias con sus compañeros de momento, especialmente Eugenio.

—Eso está por verse —le retó Eugenio. Se sentó en las piernas de Máximo y lo besó en el cuello.

Máximo intentaba retirarlo en medio de una risa nerviosa, pero Eugenio era persistente y le colocó la mano en su pantalón, para palpar su intimidad. Máximo se levantó de la silla de un salto y se apartó de él negando con sus manos.

—Epa, epa... no pretendas aprovecharte de mí. Nunca me harás cruzar a tu lado.

—¿Cómo que no? Si has estado en el umbral, a una fracción.... Anda, pasa de una vez.

—No, no, no, no.... Ya te lo dije muchas veces, llegué hasta los disfraces y los bailes, pero no más allá.

—Entonces vamos a los disfraces, y ya veremos —aceptó Eugenio.

La rubia le tomó la palabra, y lo despojó de su chaqueta; comenzó a desabotonar la camisa de Máximo con una mano, mientras con la otra acercaba la bebida a su boca. Máximo tomó el vaso y bebió el contenido, sacudió la cabeza y comenzó a besar a la mujer en el cuello, mientras ella le colocaba un resplandeciente tope femenino de satén naranja, con mangas bombachas y nudo al frente. Entre las dos mujeres lo acostaron en la cama, le retiraron los zapatos, el pantalón, y le pusieron unas pantaletas igualmente coloridas que lucían grotescas sobre la ropa interior. Le adosaron un collar de plumas rosadas y lo ayudaron a ponerse en pie para guiarlo en una alocada danza, tomados de la cintura emulando un tren; frente a ellos, el hilarante público de género impreciso pedía más acción. Las horas transcurrieron sin tapujos, desinhibidos totalmente mostraron facetas histriónicas, pasionales y opuestas a las condiciones naturales de todos. Sus acciones se estimulaban con alcohol desbordante, y accesorios como látigos, esposas o amarras. Al fondo, los jubilosos acordes de la música se acompañaban con las piruetas desplegadas en el suelo, cama o mesas. Todos se intercambiaban para fornicar; cualquier lugar era adecuado. Las risas se mezclaban con gemidos, golpes, azotes. Máximo estaba entregado al placer convidado por sus nuevos compañeros, había descartado las reservas que en otros tiempos coartaban el sexo con su mismo género; ahora los cuerpos masculinos eran tan deseables como los femeninos. Había una confusión de carnes, bocas, bebidas, risas, música... parecía haber más personas que al principio; la bulla de la habitación golpeteaba el cerebro de Máximo, ya le era imposible pensar, sólo se dejaba llevar por la locura

desbordante y los estallidos de placer. En medio de la fiesta, Alba se introdujo sin llamar la atención; había aguardado por el mejor momento para entrar, cuando la ebriedad y la euforia la encubrieran. Llevaba una cámara fotográfica y un objetivo claro: Máximo Del Frente. No tenía duda, su lente registraría tomas valiosas, y de ellas dependía para dar continuidad a su propósito. Rosendo fue acompañando a Alba; debía aguardar discretamente desde la puerta, dispuesto a comprar el silencio de los empleados o disuadir a quienes pretendieran entorpecer la fiesta. Por suerte, la bulla de la algarabía pareció respetar la barrera impuesta por las paredes, o los ocupantes de las habitaciones vecinas prefirieron mantenerse distantes. Una curiosidad morbosa tentó a Rosendo, decidió dar una mirada al interior del recinto. El hombre que años atrás lo había enfrentado y tratado con desdén, se había transformado en un personaje burlesco que intercambiaba besos y cuerpo sin discriminar el sexo de su pareja. Rosendo se acercó a él en medio de su algarabía, y le dijo al oído: “Ahora sí estás frito”. La mirada de Máximo parecía extraviada, y no logró precisar qué le decían, ni quién lo hacía.

—¿Y tú con qué vienes, chico? —preguntó Máximo con mirada incierta—. No te escuché.

Rosendo se esmeró en ser más efectivo al transmitir su mensaje; le colocó su mano en el hombro, se acercó lo más que pudo a su oreja, y recalcó.

—¡Que de ésta no te escapas! Ahora sí estás frito.

—Anda pues: muéstrame lo que tienes —le pidió Máximo hilarante con maneras femeninas; Abrazó a Rosendo y le plantó un beso en la boca.

Rosendo se desprendió asqueado.

—¿Pero qué haces? —reclamó, y se limpió la boca con su camisa.

—¿Qué carajo es lo que haces tú aquí adentro? —le sorprendió Alba a sus espaldas.

—Nada —respondió Rosendo nervioso—. Sólo quería ver de qué iba el asunto éste.

—Ése no problema tuyo, tú trabajo es estar en la puerta cuidando de todo, y avisando si el escándalo se escucha demasiado afuera —le reclamó Alba—. ¡Sal de aquí!

—¡Esta bien pues... perdón! —se defendió Rosendo—. Seguro se va a caer el hotel éste porque yo entre un ratico.

—Vete de una vez —le ordenó Alba—, antes de que metas la pata y te reconozcan.

—¡Cómo me va a estar reconociendo nada! Con esa borrachera, el tipo ya no sabe ni quién es su mamá —bromeó Rosendo.

—¡Qué te salgas! —repitió ya furiosa.

Alba terminó su labor, y salió de la habitación.

Máximo continuó en la juerga hasta ser vencido por el éxtasis, el cansancio y la borrachera.

Quedó tendido en la cama, desposeído de voluntad. Cerca de las cuatro de la mañana, cuando todos estaban esparcidos por la habitación, se inició la “operación de limpieza”. Una cuadrilla de dos hombres y dos mujeres entró a la habitación. Los cómplices de la juerga fueron trasladados uno a uno hasta habitaciones contiguas donde terminarían de dormir sus desvaríos. Poco a poco fueron desvaneciéndose los vestigios de la fiesta, y la habitación quedó inmaculada. Sólo permaneció Máximo desnudo en la cama, cubierto por una cobija y acompañado de sus pertenencias. Se reencontró con su realidad cuando repicó su teléfono celular, colocado junto a la almohada. Con dificultad atinó al botón para responder, y como si saliera del fondo de una botella, escuchó la voz de su secretaria Mirtha.

—Buenos días Señor Máximo. Disculpe que lo moleste, pero están esperándolo en la reunión y no sé qué decirles. ¿La cancelo?

—¿La reunión? —se preguntó, tratando de ubicarse en tiempo y espacio. Entrecerró los ojos, y con dificultad reconoció la habitación; notó la luz del día entre las cortinas; un gran dolor de cabeza lo golpeó con la precisión de un cincel.

—¿A qué hora era esa reunión? Aún es temprano.

—No señor: ya son pasadas las once de la mañana. Tiene usted diez minutos de retraso, y los directores deben irse pronto. ¿Qué les digo? —insistió la mujer.

Máximo debió contener la sorpresa al escuchar cuan avanzado estaba el día.

—Mirtha: se me presentó un serio inconveniente. Hice lo posible para llegar, pero ya debo aceptar que no puedo asistir. Por favor discúlpame con el grupo. Los llamaré luego para reprogramar.

—Descuide, yo me encargo —accedió Mirtha.

Cuando soltó el teléfono, Máximo advirtió que se encontraba solo en la habitación. No había rastro alguno de la reunión, y por un instante le alegró pensar que todo había sido parte de un sueño, pero la terrible resaca lo ubicó en el contexto, y reconoció haber formado parte de una disparatada juerga, en remembranza a viejos y desmantelados tiempos. Pero en esta oportunidad había transgredido todos los límites. Sus compañeros habían abandonado el lugar. Nada delataba el supuesto hospedaje de Eugenio en ese hotel. Máximo se desplazaba con dificultad; estaba mareado y con náuseas implacables. Miró su ropa colocada cuidadosamente sobre la almohada. Recorrió la habitación; todo estaba en su sitio: las toallas del baño, los vasos en la cocina, los ganchos alineados en el closet. Pensó en su billetera, y la halló con su contenido intacto en un bolsillo de su ropa. Por último se asomó debajo de la cama.

—Recuerdo haber hecho esto mismo—dijo en voz alta, evocando los minutos en la habitación

con Regina.

Máximo tomó una ducha, se vistió y salió de la habitación. No imaginaba que muy cerca de él, Eugenio y el resto, dormirían por unas horas más. En el pasillo, caminó hacia el cuarto ocupado con Regina el día anterior; encontró el carrito de la limpieza estacionado frente a la puerta abierta.

—Disculpe la tardanza, señor, ya casi está lista —le indicó la mucama, creyéndolo su ocupante.

Máximo no se dignó a responder, retrocedió y se dirigió con premura al ascensor. Estaba confundido y aletargado. Al abrirse el elevador, no podía creer que allí estuviese la anciana de nuevo; con su mirada inquisidora, ella parecía juzgar todo su comportamiento anterior. Enseguida entendió que era él mismo quien se cuestionaba la retahíla de desaciertos previos a ese momento de vulnerabilidad emocional.

—¿Hasta cuando se hospedaré aquí joven? Le puedo presentar a mi hija —ofreció la anciana.

Máximo ignoró la pregunta y la propuesta. Salió con paso veloz repasando el recorrido de entrada. Subió a su carro, y en el asiento encontró la factura del vino. Miró de nuevo la hora y cuando estructuraba una buena excusa para su esposa, sonó de nuevo el celular. Era Zora.

—Mi amor: ya salí del médico; estoy ya en la autopista, a media tarde estaré en casa.

—¡Qué suerte! —pensó al recordar que Zora se encontraba fuera de la ciudad aplicándose un tratamiento médico. Lo perforó la culpa por no haberla acompañado, con la excusa de la importante reunión cancelada minutos atrás, pero esa sensación fue minimizada por los recuerdos que pasaron a galope sobre él. Ahora sentía una punzante resaca moral, más recia aún que el propio malestar físico.

Mientras Alba copiaba las fotos, se felicitaba por su excelente trabajo. Todo había salido aún mejor de lo planeado. Las imágenes eran hartamente elocuentes; el material recopilado podía hundir a cualquiera: no había duda del desorden sexual de Máximo. Ella elegía las mejores fotografías con burla y hasta desprecio. Apareció Rosendo en una de las tomas, justo cuando Máximo lo besó. Alba rió por lo comprometedor de la situación, pues no era posible deducir que el policía fuese ajeno a la algarabía: parecía parte de ella. Dado el ángulo de la toma, la mano de Rosendo parecía apoyada en el trasero desnudo de Máximo. La fotografía, insertada en el contexto adecuado y acompañada con otras piezas de efecto incriminatorio, hacía pensar que Máximo y Rosendo, los enemigos declarados años atrás y de quien se conocían insultos y amenazas, estaban involucrados emocionalmente. Alba saboreó la sensación de poder sobre Rosendo. Analizaba la conveniencia personal de enviar esa foto entre las evidencias, sin estimar cómo afectaría el plan. A pesar de haberse convertido en un colaborador del grupo, Rosendo era aún

mal visto por Alba: ella lo consideraba un patán, indigno de respeto. Alba eligió las imágenes, y las introdujo en un sobre. A último momento incluyó la del policía; entregó las evidencias a la joven encargada de colocarlas en manos de Máximo. Pero Alba no llegó a notar, que en una de las fotografías consignadas, aparecía ella misma reflejada en un espejo. Sólo una mirada sagaz... el ojo agudo de una periodista en la búsqueda de indicios para salvar a un inocente, sería capaz de advertir la figura femenina que manipulaba una cámara fotográfica. Ese detalle fue el ápice de la verdad.

Capítulo 40

LA HORA

“Un deseo antes de morir”. Ese era el pensamiento recurrente de Máximo cuando ya se aproximaba la hora final. Frente a él, el cursor titilante de la computadora marcaba el tiempo de descuento. Faltaban menos de veinte minutos para el medio día.

—Tengo derecho a un último deseo —le dijo a David, quien presenciaba su nerviosismo.

—En todo caso, no es una ejecución, Máximo, es un suicidio. Tu último deseo debe ser salvarte como sea —le contestó el periodista.

—No me entiendes —dijo Máximo.

—Es verdad, no logro comprenderte. Una vez que cedas, serás esclavo de ellos y de ti mismo.

El silencio se impuso; invitaba a que alguna voz emergiera desde el espacio o de sus mentes para ofrecer una solución. Máximo sentía un encierro carcelario; las puertas le tentaban a una huida, pero sus pies eran incapaces de responder a la convocatoria.

—No lo hagas —le insistió David.

—Hace años pasé por un infierno David, no tienes ni idea...; me resisto a vivir de nuevo una experiencia como esa. Y ahora Zoraida está en mi vida; no puedo obrar sólo en mi nombre. Ella es quien más me importa y debo protegerla como sea. No se lo merece. Ya lo decidí, David. Es verdad...al instante en que haga efectiva esa transferencia, estaré cediendo la voluntad de mi vida a personas sin escrúpulos, pero al menos ella no formará parte de esto. Ya buscaré las vías de revertir todo, o de escaparme... ya lo veré. Puedo organizarme y salir más tarde del país con Zora, pero en este momento se me hace imposible.

—Escapar como los ladrones. Eso no se te hará más fácil —pronosticó David.

—Ya lo veré.

—¿Y dónde está Elías?

—No lo sé. Supongo que estará con ellos, riéndose de mí.

—No estaría tan seguro — cuestionó David—. Ayer no me pareció que ese hombre estuviese conectado con todo esto. Será responsable de otros daños, pero el chantaje no me cuadra con su estilo.

Máximo lo miró de reojo.

—Te confieso que ya no me importa —declaró vencido—. Igual, no quería verlo más. No soporto a ese hombrecito.

David observaba los movimientos lentos de Máximo. Sus manos se paseaban por el vidrio de la mesa, en un ademán similar al de alisar una tela arrugada; reacomodaba los pocos papeles colocados sobre ella, y alineaba los demás enseres de su escritorio. Eran esas pequeñas acciones las que le otorgaban una mísera sensación de control. El resto de su oficina estaba en perfecto orden, incluso él mismo lucía impecable y elegante: esa era la imagen apreciada por David, en contraste con la del propio Máximo, quien se percibía en medio del caos. El toque de la puerta interrumpió el silencio.

—Pasa Mirtha —alcanzó a decir Máximo.

—No soy Mirtha: soy yo, señor Máximo —dijo Marcela asomándose por la puerta.

—¡Marcela! —exclamó David levantándose de su silla—. No esperaba verte aquí.

—Intenté llamarte David, pero tu teléfono estaba fuera de cobertura. Vine lo más pronto que pude.

—Buenos días señor Máximo —saludó ella, y sólo recibió un ademán como respuesta.

Marcela miró a David.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

—Nada que cambie el rumbo.

—Te dije que haría un último intento —recordó Marcela, y con ello obtuvo la atención de los dos acompañantes.

—Y lograste algo—indagó él.

—Al parecer sí. La mañana me condujo por hechos contundentes que pusieron al descubierto un elemento crucial.

—Por favor: dígame que realmente tiene algo que puede ayudarme —imploró Máximo,

—Creo que puede usted desenmascarar a su acosador —respondió Marcela.

Máximo saltó de su silla y caminó hacia ella.

—¿De verdad me trae usted una buena noticia?

—Ciertamente, esto va a dar un giro importante, pero no será precisamente una noticia liberadora.

—¿Y eso por qué? Nada puede ser peor a lo que estoy pasando, cualquier descubrimiento será de ayuda —aseguró él.

Marcela sacó de su cartera el cheque doblado que había obtenido de Rosendo. Antes de extenderse a Máximo, le anticipó su impacto.

—El titular de la cuenta de donde proviene este cheque, es quien ha guiado toda esta operación. Antes de venir confirmé esta información y de manera muy responsable se lo hago

saber. Aquí está el nombre.

—Por favor déjeme verlo —le pidió a Marcela, y ella extendió su mano para entregárselo.

Máximo se sentó en la silla de su escritorio, tomo una gran bocanada de aire y desdobló el cheque.

—Debe fijarse en el titular de la cuenta —le recalcó Marcela —; es ése el nombre más importante ahora.

Máximo buscó entonces la leyenda impresa en la esquina superior izquierda del documento, y clavó allí la mirada. La expresión temerosa de su rostro cambió a asombro. Las manos comenzaron a temblarle; apenas podía hablar. Soltó el papel sobre la mesa, y continuó con la mirada fija en él.

—No entiendo —fue lo único que atinó a pronunciar—. Usted debe estar equivocada.

—De verdad, lo siento mucho, señor Máximo —dijo Marcela—. Es ésa la realidad a enfrentar ahora.

David se mantuvo apartado sin hablar. No comprendía. Se acercó y tomo el cheque para inspeccionarlo. Cuando cayó en cuenta de la novedad, colocó su mano solidaria sobre el hombro del gerente.

Pasó un rato sin palabras. Máximo continuaba pasmado. Se levantó de su asiento y comenzó a caminar por la oficina; se detuvo y miró con insistencia a Marcela. Tomo aire para hablar, pero sus palabras se disiparon antes de ser pronunciadas.

—¡No puede ser! Todo esto ocurrió en mis narices —miró la hora y justo en ese momento sonó el teléfono.

—Deben ser ellos —anunció David.

Máximo miró a David, hizo un movimiento casi imperceptible con la cabeza para asentir. Tomo el auricular, y espero unos segundos antes de hablar.

—Diga —respondió Máximo con voz baja.

—Se te acabó el tiempo —le dijo la conocida voz—. Quiero ver en este mismo instante la confirmación de la transferencia. Tienes sesenta segundos.

—Ya se acabó todo. No hay transferencia. No hay Chantaje —comunicó con calma a su interlocutor.

—Si es ésa su decisión, prepárese entonces para caer en el abismo —le respondieron—. Le dije que no jugara conmigo.

—Acabo de caer. Nada puede ser peor que sentirme traicionado por ti —dijo Máximo.

—¿De qué hablas? Haz la transferencia de inmediato, o de lo contrario....

—¿De lo contrario qué... Zora? —interrumpió.

Nada se escuchó del otro lado de la línea. Máximo rió con desgano.

—¿Cómo no pude identificarte antes, si justo en este momento me pareces tan... “tú”? No podía creerlo, pero ahora que te escucho, aún disfrazada, no necesito de más verificaciones. Ya no importa lo que digas ni hagas.

Máximo cortó la comunicación, cruzó los brazos sobre su escritorio, y escondió su rostro entre ellos. David presionó su hombro y se mantuvo transmitiéndole apoyo.

—Lo siento mucho amigo —le dijo David, mientras leía de nuevo el nombre impreso: “Zoraida de Del Frente”.

—Gracias David —dijo Máximo, respondiendo al gesto solidario con un suspiro ahogado—. Se me acaba de hundir el piso que sostenía toda mi vida.

Máximo comenzó a llorar. Luego de unos minutos, se secó el rostro con un pañuelo, hizo profundas respiraciones y se acomodó frente a su computadora. La pantalla aun esperaba por un “clic” para confirmar la onerosa transferencia hacia la cuenta de “Inversiones Auyantepuy”, registrada en otro banco nacional. A Máximo le tomó unos minutos realizar el protocolo para el cierre del equipo, y esperó hasta ver las luces de la pantalla extinguirse. Se levantó de la silla y acomodó algunos objetos dentro de su maletín. Tomó el saco azul marino apoyado en espaldas de su escritorio y caminó hacia la puerta de la oficina. Salió sin despedirse.

Marcela y David permanecieron en la oficina de Máximo. Ella cavilaba en una de las sillas, con la mirada fija en la pared blanca. David la observaba, extrañado por su actitud preocupada.

—¿Por qué tan pensativa? Te involucraste de más en este caso. Aunque todavía no me has contado cómo sucedió todo, puedo adivinar que te arriesgaste mucho para conseguir esa información. Estas personas pueden ser muy peligrosas.

—Realmente llegué a un punto en que no entendí por qué me tomaba tan en serio este caso. Tuve una conversación tensa y riesgosa con Rosendo, y la verdad me sentí muy asustada. No sabía con qué me podía salir ese hombre. Sin embargo, no consideré nunca la posibilidad de abandonar. Ahora me cuestiono yo misma ¿por qué se me hizo tan importante descubrir a un culpable? Este caso no me incumbe... ni siquiera conocía a estos hombres.

—¿Por tu sentido de la justicia... tal vez?

Marcela miró a David con el cejo fruncido.

—De verdad no lo sé. ¿Curiosidad? ¿Justicia? ¿Aventura? —dilucidó consternada.

—¡Fuiste la tabla de salvación de Máximo! —le recordó David.

—¿Realmente lo crees? —retó Marcela entrecerrando los ojos—. No parece estar mejor ahora.

Descubrir la traición de tu propia esposa, no es precisamente alcanzar un salvavidas cuando te ahogas en aguas revueltas.

David percibió en la respuesta una segunda intención. Observó a Marcela, a espera de alguna declaración adicional.

—¿Por qué me miras de esa manera? —preguntó Marcela forzando una sonrisa.

—Me parece que ya no estamos hablando de Máximo —apuntó David.

—Nunca se trató sólo de Máximo. Si observas bien, este caso tomó mucho protagonismo en nuestra relación. Sin saber nada de él, me interesé en indagar y hacer contigo un equipo. Supongo que mi vena periodística hizo mucho a favor: nada como un reto para desplegar toda tu aprendida metodología de investigación. Eso encajó con nuestros deseos de aventura, y se sumó a toda nuestra carga de amor y pasión. Pasé de mi tediosa realidad, a formar parte de una película romántica, donde había víctimas y villanos. Y de una página a otra, el guionista me convirtió en la heroína. Pero... ¿realmente salvé a alguien? O mejor aún, me preguntaría: en la proeza, ¿logré salvarme a mí misma?

—¿Salvarte de qué?

—De mi propio asedio. El punto aquí es que no necesito de un chantaje, ni una llamada anónima con la amenaza de hacer públicos mis errores, pues la sentencia no es externa... es propia. Es verdad lo que dices: personalicé este desenlace. Pero antes de llegar a este final, había algo dentro de mí que pedía ser revisado. Ahora lo veo; no se trataba de Alba o Máximo, sino de mí. Hace días conversaba con Lisandro sobre la permanente necesidad humana de juzgar los comportamientos de otros, como una manera de obviar la propia conciencia. Eso distrae y hasta nos ventila un poco cuando sentimos el ardor de las culpas. Pero cuando regresa el silencio, nadie calla los reclamos íntimos. La anestesia de los errores foráneos tiene poco alcance.

—Vamos Marcela: estás asumiendo un punto de vista muy radical. Nada de esto tiene que ver con nosotros. Me equivoqué al involucrarte tanto, no debí hacerlo, lo sé. Creo que yo mismo debí mantenerme al margen. Hay mucha basura aquí. No dejes que eso te perturbe. No mezcles los acontecimientos. Me parece muy descabellada tu asociación.

—Pues para mí es obvia. Fíjate: cuando descubrí el nombre de esa señora en el cheque, casi vi escrito el mío. Era una firma de traición. Y no sólo hacía Rubén... fue una auto traición.

—Buscar cambios en tu vida no es traicionarte. Lo es mantenerte atada a lo que te hace infeliz. Me preocupa cómo te está afectando todo esto. Te repito: no guarda relación con nosotros. Salgámonos ya, dejemos este asunto hasta aquí y sigamos con lo nuestro, sin tantos ruidos y

amenazas.

—Estamos en el medio de este remolino, y sólo saldremos de él si somos capaces de interpretar nuestra conexión. Debo procesarlo y buscar la relación con mis realidades; esa es la capacidad que me da experimentar el presente y estar atenta a sus señales.

—Y en resumen ¿A dónde quieres llegar?

—A una evaluación serena y confiable.

—Pero temo que eso afecte tus aspiraciones de desear una mejor vida junto a mí.

—Entregarme a la esperanza de una mejor vida junto a ti, no indica que sea justa con mis deseos. Estoy absolutamente segura de que te amo, pero no de renunciar a otros elementos valiosos en mi vida, por darle continuidad a este amor. Tal decisión no me garantiza un encuentro real conmigo. Debo resolver eso, antes de tomar cualquier curso de acción.

—¿Y dónde quedo entonces en tu vida? ¿Dando vueltas hasta ver qué decides en tu cónclave personal?

—No. No pretendo eso. Sería egoísta y absurdo.

—Pero no entiendo. ¿Qué es lo próximo entonces?

—¡No lo sé! —sonrió Marcela con tristeza. Tomó el cheque del escritorio de Máximo, lo dobló y acuñó debajo de un lapicero —ya culminó mi participación aquí.

—¡Vamos entonces! —dijo David poniéndose de pie.

—Déjame salir primero. Quiero seguir sola.

David estaba junto a la puerta; Marcela lo besó en los labios, se buscó en sus ojos y sonrió.

—Te amo. Te agradezco mucho el haberme recordado que la vida es más que un camino yermo y seco. No podemos transitarlo con el único objetivo de llegar... a ningún lado.

David la miró con duda.

—¿Te estás despidiendo acaso?

—¡No! —se apuró en aclarar—. Sólo quiero que lo sepas.

Le acarició la mejilla y partió.

¿Qué queda cuando nos desprendemos de los artificios que modifican nuestra apariencia... cuando se desmoronan las múltiples caretas construidas en el transcurso de nuestras vidas? ¿Qué resulta de ese encuentro entre tú y tú mismo, cuando las palabras se desnudan y dejan a un lado los tonos que han sido inventados con la finalidad de hacernos lucir distintos... aceptables. La voz que resuena entonces parece ajena: en momentos nuestro niño habla temeroso de ser castigado por no responder a los mandatos tribales, o por dejar caer un valor paterno en el suelo implacable de una nueva realidad; pero otras veces, las voces son oscuras y

reclaman nuestra propia incapacidad para validar nuestros deseos e ideales.

Pero las máscaras son difíciles de identificar; no medimos cuánto y cómo nos desvirtúan; están cosidas al rostro, y nos hacen olvidar la piel oculta debajo, tal vez incólume y quebradiza; no las cuestionamos pues simplemente olvidamos su existencia. ¿A quienes engañan finalmente estos bártulos: a nuestros espectadores o a nosotros mismos? Pero no se puede mentir por siempre; en algún momento fallan los mecanismos que los mantienen en sitio, y somos los primeros asombrados ante el surgimiento de nuestra versión legítima. La primera sorpresa es descubrir cuán incapaces somos de mantener nuestro propio disfraz; luego viene la del auto reconocimiento. El miedo repentino nos hace cubrirnos de nuevo, pero por una extraña razón, las partes ya no calzan como antes... el adhesivo se ha vencido.

A veces encontramos nuestro reflejo en espejos itinerantes, acarreados por otros individuos; en un principio no somos capaces de identificarnos en la realidad foránea; criticamos y emitimos juicios sin entender quién es en realidad el juzgado. Pero esa otra persona de actitud extraña, y cuestionable, de pronto deja ver una afinidad asombrosa contigo. Su máscara parece una variación de la tuya. Su miedo describe los mismos espectros de tus pesadillas; en sus malabares ves tus propios cuchillos cortando el aire y das un paso atrás para protegerte, sin advertir otros sobre tu cabeza.

Busco el espejo más cercano, tal vez el de mi conciencia; quiero deshacerme del maquillaje, de las palabras que difunden una débil honestidad; retirar los ropajes de seda y demás subterfugios; quiero reconocer una a una las cicatrices de mi piel y analizar sus orígenes, observar los dibujos con los que me ha tatuado la vida; palpar en mis huesos las fracturas que han alterado su estructura original. Quiero escuchar mi voz desnuda antes de hacerla sonar para otros. No puedo atender el mandato primitivo de ocultar mis diferencias. Es éste el momento de apartar el camuflaje, evaluar mis batallas permanentes, y decidir cuáles de ellas pregonan mis deseos. No soy parte de una fanfarria colectiva, deseo reconocer mi lugar, llevar mi propia batuta. El ritmo verdadero es el interno; sale de mi corazón. Debo identificarlo... debo escuchar los susurros de la verdad.

Capítulo 41

¿VÍCTIMA O VICTIMARIO?

Meses atrás, cuando Zora propuso a Alba la idea de crear el escenario adecuado para atraer a Máximo, albergaba la esperanza de que su esposo se resistiera a la tentación; en lugar de ello, Máximo se mostró interesado y resuelto a saborear su carnada; así dio a su esposa

justificaciones y fuerzas para avanzar en su proyecto. Sin embargo, cuando la indignación desmayaba un poco, Zora se culpaba por haber forzado semejante secuencia de hechos bochornosos; en esos momentos se consideraba ella tan culpable como él, pero le bastaba un repaso por las evidencias, para remozar su deseo.

—¿Cómo fue capaz de faltar a la integridad familiar... de irrespetar su matrimonio con semejante comportamiento? Pudo haber rechazado a Regina; pudo haberse negado a Eugenio... pero no lo hizo —se repetía para aferrarse a sus intenciones de torturarlo, sin reparar en el tormento propio, ni en los síntomas de enfermedades en estreno. Pero Zora se equivocó al suponerse la única persona con poder para controlar o detener el proceso; desconsideró elementos externos capaces de sabotear su objetivo, y cuando se vio descubierta, sucumbió ante su incapacidad de manejar el desconcierto. A media hora de ser desenmascarada por Máximo, aún sostenía el auricular del teléfono. El aparato se mantenía conectado a la pequeña consola negra encargada de alterar su voz. El terror la inmovilizó. Respiraba con premura; los latidos del corazón explotaban en todo su cuerpo. La ecuanimidad que minutos antes había solicitado la operación final a Máximo, se había desplomado. Una avalancha de achaques la poseyó. No disponía de un plan para actuar en caso de ser descubierta. Pensar en desplazarse sin los medicamentos y aparatos de monitoreo corporal, casi representaba una propuesta de suicidio. Aún así, pensó en salir de casa para no enfrentar a su esposo, pero un ataque de debilidad frustró su deseo. Decidió esperar y exponer sus argumentos, pero anticipaba que Máximo no encontraría en ellos razones válidas para su engaño. Lo imaginó vociferando, reclamándole y descargando su ira, pero también rendido e implorando perdón. Los posibles escenarios de enfrentamiento se cruzaron en su cabeza, y avivaron su suplicio. No podía controlar ni ordenar sentimientos tan antagónicos. La tranquilizaba suponer que Máximo no regresaría esa noche. Por un momento consideró viable negar cualquier intervención, pero un repaso por las breves palabras de su esposo, mostró cuán seguro estaba él de su culpabilidad. La computadora permanecía encendida. La fotografía digital de Máximo vestido de travesti, en las piernas de Eugenio y besándolo, parecía proyectarse en todas las paredes. Zora se acercó a la pantalla, y de nuevo recorrió la galería de imágenes. A pesar de haberlas visto más de cien veces, la repulsión persistía.

—¡Se lo merecía! —gritó.

Pero en un súbito cambio de percepción, confrontó por primera vez la posibilidad de perder a su marido; pese a la retahíla de justificaciones, la idea la sobrecogió. La sensación de desprendimiento desembocó en asfixia. Inhaló con desespero su dosificador manual para el

asma, pero no halló en él aliento suficiente. Arrojó el artefacto hacia la pared y comenzó a recorrer la casa golpeándose la cabeza o frotándose las manos. Consideró la posibilidad de no verlo llegar jamás, y al imaginarse abandonada, el dolor se le entremetió en el pecho. Su venganza lucía ahora inútil, tampoco parecía tener sentido el tiempo dedicado a ella. Un llanto ahogado emergió de sus entrañas y resonó por toda la casa; en él soltó miedo, rabia y arrepentimiento. Se arrodilló en el suelo y comenzó a sollozar. Permaneció allí por más de media hora. Se identificó como la gran perdedora del día, no por haber sido descubierta, sino por haberle dado a su marido, la excusa perfecta para abandonarla. Lejos de ella, de seguro Máximo buscaría otro amor, no importaba quién, o si era hombre o mujer; lo único relevante era la posibilidad de ser reemplazada. Reinició su recorrido incierto por todos los espacios de su casa; respiraba agitada, se movía con torpeza. A su paso, cayeron muchos objetos. Un vaso roto de vidrio hirió uno de sus pies descalzos, pero no se detuvo a atenderlo. Parecía más pendiente de sus dolencias fabricadas que de las alarmas reales del cuerpo. En el suelo dejó huellas rojas invisibles a sus ojos; un rastro de sangre llegó a su brazo, y al observarlo buscó una toalla para eliminarla; su piel se resintió ante la enérgica frotadura. Con el mismo paño comenzó a limpiarse la cara, las piernas, buscando desaparecer manchas inexistentes.

—No puedes dejarme Máximo —repetía con insistencia—. ¡Tú tuviste la culpa!

Segundos más tarde se reprochaba y propinaba cachetadas. Inició una corta serie de respiraciones profundas para compensar la falta de oxígeno, y duplicó la acostumbrada dosis farmacológica de su dispensador, manual con una nueva inhalación. El efecto fue una taquicardia que confundió con un posible ataque cardíaco. Luego de batallar con tantas contradicciones y amenazas, optó por tomar pastillas para dormir, pero en la confusión tomó píldoras de acetaminofén. Decidió hundir sus males en la cama, y allí quedó con los ojos cerrados esperando sin éxito el sopor somnífero.

La imagen que Zora había cultivado de Máximo desde sus primeros tratos, se mantuvo intacta a pesar del escarnio político y blasfemias de enemigos. Se enamoró de él sin reservas en medio de su gestión de alcalde, cuando él frecuentaba una empresa asesora que manejaba asignaciones de contratos y presupuestos de obras municipales; desde su cargo de asistente financiero y mano derecha del director de la empresa, Zora identificó en Máximo al hombre indicado para reproducir en plano real, sus anhelos románticos más bucólicos. En esa época apenas intercambiaban información laboral, pero ella saboreaba cada conversación y leía de gestos, casi imperceptibles, el interés real del alcalde hacia su persona. Con la avalancha mediática y el subsecuente término de la gestión como alcalde, dejaron de verse. Años

después, Máximo fue contratado por la misma empresa, con el nuevo título de “Asesor financiero”. Zora, ahora con rango laboral más elevado, renovó su antiguo anhelo. Tomó partido de las nuevas oportunidades y decidió que Máximo no se le escaparía de nuevo. Su deseo fue determinante; sólo pasaron siete meses para obtener de él una propuesta matrimonial. Pero una nueva amenaza la inquietaba: la posibilidad de perderlo. Aunque Máximo se volcó a la tarea de amar y complacer a su esposa, ella se inventó una injustificada inestabilidad que no esperó tan siquiera culminar la luna de miel. Los avatares de su profesión le dificultaban mantenerse enfocada en la manera de retenerlo feliz a su lado, y una eterna sospecha de infidelidad se fijó en su mente como un parásito. Su inseguridad se hizo progresiva, y se manifestó en dolencias corporales imposibles de controlar. Se volvió enfermiza, frágil y dependiente de su esposo. La obsesión por vigilarlo ya comprometía su capacidad laboral; a eso se sumaron las lecturas de sus múltiples dolencias corporales, todas ellas generadas de forma inconsciente. Zora decidió abandonar su próspera carrera, y fijar un único terreno para el seguimiento estratégico: su casa. Ya desprovista de sus ademanes de ejecutiva, se elaboró una fachada de ama de casa abnegada y esposa complaciente, que Máximo aceptó sin demasiado agrado. Con más tiempo disponible, Zora hacía visitas regulares a la oficina de su esposo; con excusas débiles que él aceptaba para no herirla. Muchas veces se mezcló con los clientes, para ganar una panorámica de su esposo en el ambiente laboral, y a distancia se vanagloriaba de ser la afortunada dueña de su corazón. Pero el anonimato no siempre fue su aliado. Una tarde en el banco, se mantuvo entre la gente hasta la hora de cierre. Presenció la mengua de personas, y cuando halló un buen momento para sorprender a su marido, se acercó silenciosa hasta su oficina. Mientras caminaba, sonreía con picardía imaginándole una gran expresión de sorpresa; su mente llegó a recrear un contexto erótico capaz de equipararse a clichés fílmicos, trillados pero aún excitantes. Algunos empleados se mantenían en sus puestos de trabajo; el silencio permitía escuchar tecleos y hasta suspiros de cansancio. Pasó junto a Elías, concentrado frente a su ordenador, y se cuidó de no ser advertida por él; giró la perilla de la puerta, y abrió un poco cuidándose de no hacer rechinar las bisagras; a través de la discreta rendija buscó a su marido. Creyó verlo de costado, pero no era él. Abrió un poco más para identificar al otro hombre, y frente a él estaba Máximo en actitud confusa. Estaban muy cerca el uno del otro, mirándose a los ojos y con las manos enlazadas. El extraño acercó su rostro al de Máximo y lo besó suavemente en los labios; luego lo acarició en la mejilla. Máximo le tomó la mano y colocó su boca cariñosamente en la palma.

—Debes irte —le dijo Máximo con suavidad.

Cuando Zora advirtió la despedida, soltó la manilla de la puerta y salió con prisa de la oficina. Esperó cerca de la salida del banco hasta ver al acompañante ignoto de su marido. Lo reconoció entre la gente por su atuendo. Era Eugenio, un antiguo amigo de Máximo, con quien se habían reunido en un par de ocasiones. Para entonces, la camaradería de ambos parecía responder a muchos años de amistad. Zora había notado los modales amanerados de Eugenio, pero había dudado de su homosexualidad; lo que nunca traspaso su mente fue la posibilidad de una relación amorosa con Máximo. Ahora Eugenio representaba su más temida amenaza: ser sustituida en el corazón de su marido, aunque jamás había contemplado a un hombre como rival.

Zora ocultó su hallazgo; la anterior fascinación hacia su esposo se transformó en repulsión. La aterrorizó la posibilidad de haber sido contagiada con enfermedades de transmisión sexual, y se hizo de inmediato todos los exámenes de despistaje que consideró necesarios; incluyó una prueba de embarazo con resultado negativo, para su propia desdicha. Se vio afectada por una infección severa en la orina; el ardor parecía explayarse por sus entrañas y subirle hasta la garganta. Inventó una afección en su voz para justificar su poca disposición para conversar; tampoco se dejó tocar más por Máximo, y el servil esposo lo atribuyó a uno más de sus padecimientos. En apoyo a su ya constituida personalidad enfermiza, Zora mostró un cuerpo débil del cual no emergía iniciativa alguna para el acercamiento íntimo. La breve escena de Máximo y Eugenio en la oficina, estimuló en ella imágenes inverosímiles en las que su esposo protagonizaba situaciones absurdas y dantescas con personajes de sexos confusos y apariencias ambiguas; en el proceso, desarrolló un deseo obsesivo de descubrir más comportamientos inmorales en su marido, u otros ángulos de su secreta personalidad. La invitación al aniversario de Elías se filtró en forma oportuna; fue en esa reunión cuando conoció a Regina, su extravagante esposa. Durante toda la celebración, se divirtió con la irreverencia y modales ruidosos de la anfitriona, en contraste al comedido comportamiento de su marido. Ya en el deceso de la velada, Zora advirtió el inconformismo de Regina, y fue más perceptiva que el propio Máximo cuando ella sugirió el “justo ascenso” para Elías. El comentario ofreció a Zora la pieza de enganche para el plan de venganza, y aunque entonces no contaba con una estructura precisa, tenía ya establecidas las bases.

Los amplios conocimientos financieros, ganados por Zora en sus múltiples gestiones de créditos bancarios, le permitieron montar el aparataje del fraude. Analizaba toda la información que Máximo trasladaba hasta su casa, en forma de papeles y archivos digitales, y con ella alimentaba su data. Durante sus visitas al banco, recopiló información de la propia

computadora de Máximo, aprovechando sus ausencias. Su aire inocente y frágil borraba cualquier sospecha, incluso cuando Máximo la encontraba sentada en su escritorio “matando el tiempo con las cartas del solitario”.

—Mi amor: no puedes usar mi equipo; si te ven sentada allí pueden llamarme la atención —era todo cuanto él alcanzaba a decir.

—Así no me aburro mientras te espero.

En la celebración de aniversario, Zora advirtió en la personalidad de Regina el empuje necesario para darle continuidad a su idea; y al final de la reunión, mientras Regina hacía alarde de su vida sexual con Elías, Zora interceptó la mirada atrevida que ella arrojó a Máximo. Desprovista por un momento de sus celos maníacos, Zora la eligió como aliada. Por semanas se dedicó a afinar los detalles de la operación y luego se conectó con Regina; en un escueto resumen le solicitó su ayuda para vengar una infidelidad de Máximo. A cambio, Zora ofreció un rápido ascenso para Elías, aún cuando carecía de intenciones reales para cumplir. De Regina necesitaba todo el histrionismo y osadía necesarios para conducir a Máximo hasta una situación comprometedora de la cual obtener fotografías contundentes; puso a Regina en contacto con Alba, su atrevida prima segunda, de quien ya conocía trabajos poco éticos en complot con sus yoguis predilectas, y alianzas policíacas. Con Alba, Regina afinó sus estrategias de persuasión y se entrenó con entusiasmo desmedido para su obra actoral, convencida de ser la única protagonista del plan.

El deseo de perjudicar a Máximo, desplegó en Zora una desconocida personalidad criminal. Su imprecisa intención inicial, transmutó hasta llegar a un diseño bien elaborado y de contornos definidos; de allí obtendría dinero suficiente para lograr su independencia financiera, separarse de Máximo y ocupar un cómodo palco desde el cual presenciara su destrucción. La suma solicitada pasó por un largo proceso de análisis, y ya acostumbrada a las suntuosas cifras manejadas en su trabajo anterior, se inclinó por una cantidad que le proporcionara una sólida solvencia económica por los próximos años, sin ser demasiado escandalosa. Hizo unos rápidos cálculos, deliberó entre lo posible y lo exagerado, hasta dar con la cifra: 480.000 dólares.

Mientras avanzaba la carrera fraudulenta de Zora, nuevos recursos aparecían para dar cuerpo a su objetivo. Trabajó arduamente para completar todas las etapas y detalles. Se dedicó a construir todo el proyecto económico que sustentaba la solicitud del crédito, tal como solía hacerlo en su antiguo cargo: análisis financieros, proyecciones de ganancias o cálculos estimados de amortización de la deuda. Fue a una oficina de registro, y seleccionó al azar un terreno con fecha de negociación reciente, cuyo valor de venta se ajustara a sus

requerimientos. El pequeño soborno a un empleado, le permitió obtener las copias certificadas sin demasiadas justificaciones, y las consignó entre los recaudos. Zora nunca supo que el terreno elegido había sido empleado en una arriesgada operación de lavado de dinero, tras la cual su valor de venta se había inflado veinte veces. El documento de propiedad, fue el que hizo a David asociar la operación de chantaje, con redes organizadas de alto nivel; pero ninguna conexión real existía.

Las intensas horas de faena, ayudaron a Zora a olvidar sus manifestaciones hipocondríacas. Le sorprendió notar cuán reparador le resultaba ocupar la mente en temas distintos, aunque no medía cómo eso afectaba su juicio. La gesta de un plan en las narices de su esposo, le dio una plácida sensación de poder: aumentaba la adrenalina de su cuerpo, se creía resuelta y enérgica. Analizaba a su víctima con cuidado y apuntaba en una agenda los cambios advertidos en su comportamiento: alteración del ánimo, el insomnio que se instaló en su habitación, la sudoración persistente, la falta de apetito, e inclusive, el interés sexual, sepultado casi por completo, para alivio de Zora. Manifestar sus dolencias a Máximo, y torturarlo con señales de una salud precaria, era ya parte de un juego desenfrenado. Por otro lado, hacerse pasar por inocente le resultaba altamente divertido; ver a su marido manipular la verdad a fin de ocultar sus secretos, incluso en los días más tensos del chantaje, la animaba a concretar el objetivo. Su ya antigua debilidad era empleada ahora como un acto de dominio; se pensaba más hábil e inteligente que su esposo; el resentimiento por todas sus mentiras y traiciones eran el abono para cultivar otras formas de mortificarlo. En la noche, cuando su marido regresaba a casa, retomaba sus habituales dolencias con tal realismo, que ella misma no sabía si en verdad se sentía bien o mal.

La misma noche de la revelación, Máximo regresó a casa. Encontró a Zora en su cama con los ojos cerrados, el rostro lívido, los labios morados y las manos enlazadas sobre el pecho, en una escalofriante estampa mortecina.

—No parecías muy enferma por el teléfono —le habló Máximo.

Zora no mostró reacción, sin embargo, el ruido de su pecho latiendo con fuerza casi la delataba.

—No sé si reclamarte por todo lo que hiciste, o pedirte disculpas por lo que supongo fue el detonante de todo este embrollo; pues, según deduzco, conociste rasgos que había tratado de mantener ocultos —le habló él con pausa, de pie junto a ella—. No tengo idea de cuándo se originó todo esto, pero debo suponer que tuviste bastante tiempo a tu favor. Sea como sea, de tu parte parece haber ya más odio que otra cosa. Tus acciones no me dejan ver nada más. No dejo de darte la razón.

Máximo dudaba si ella lo escuchaba; el temor a que estuviera en verdad inconsciente era sustituido por indignación. En el medio, una gran vergüenza y reproche hacia sí mismo, debilitaban su derecho a reclamar.

—Me sorprendiste de todas las maneras posibles Zora —continuó diciéndole—. Reconozco que el asombro fue mutuo, pero dispusiste de más tiempo para digerirlo, y hasta aprovecharlo. Debo felicitarte, tu desempeño fue brillante. Por suerte no pudiste llevarlo hasta el final estipulado.

Zora continuaba inmóvil en su cama, ligeros movimientos de su cuerpo, entre ellos un tic nervioso en la mejilla, y un leve vaivén de su pie, delataban su condición de alerta. Máximo se mantuvo frente a ella, analizando cada mínima reacción, y cuando consideró preciso callar, se apartó de la cama. Caminó hacia el closet, sacó una maleta y comenzó a cargarla con sus pertenencias. Abrió la gaveta de la mesa de noche junto a ella, para sacar su pipa y el empaque con tabaco. El aroma sacudió a Zora; lo asociaba a la hora de dormir, cuando ella se entregaba a los mimos de Máximo y luego al sueño. Abría rendijas imperceptibles en sus ojos y seguía los pasos de su marido. El verlo gestionar su partida le generó un dolor intenso, inédito; dos hilos de lágrimas se le escurrieron por el rostro. Minutos más tarde, Máximo salió de la habitación. Caminó hasta su sala de trabajo para recoger unos papeles y documentos bancarios. Cuando se disponía a salir, encontró a Zora plantada en la puerta.

—¡No puedes dejarme! —declaró ella, ante la inminente partida de su esposo. Su dependencia hacia él era un factor no considerado, pero ahora dominaba sus acciones.

Máximo quedó atónito por la inesperada reacción.

—Zoraida: no te entiendo. Fuiste capaz de armar todo este engaño y hasta de cometer un delito. Pudimos haber ido presos los dos. No tengo idea de cuál fue el alcance de tu autoría, pero ahora puedo ver tu firma en todos los detalles. Fue tanta tu motivación, que hasta pudiste sobrellevar todos tus males, cuando antes apenas podías levantarte de la cama en la mañana. Mira pues, allí tienes la prueba contundente de que tus enfermedades son artificiales —recriminó Máximo.

—Me heriste mucho Máximo —gritó—. Primero me engañabas con Eugenio, y quién sabe con cuántos hombres y mujeres más. Te fuiste a un hotel con esa mujer horrible y vulgar, y un rato más tarde estabas luciéndote como una marica, en una orgía asquerosa. ¿Cómo podías venir después a tocarme como si nada? ¡Qué depravado eres!

—No estoy orgulloso de eso, pero... ¿No fuiste tú quien armó toda esa trampa? Y muy bien elaborada, por cierto. Ahora dime: ¿qué probaste? ¿Lo denigrante de mis debilidades? ¡Gran

descubrimiento! Tengo años batallando contra eso, y realmente hasta creí haberlo dejado atrás —confesó Máximo—. No me gusta cómo era mi vida antes de casarnos. Pero estando contigo cambié, obtuve una versión un poco mejor de mí mismo, aquí, en nuestro hogar. Me dediqué a ti, le di la espalda a toda la basura de mi pasado... ¡porque te tenía a ti! Y de verdad aposte a un cambio radical en mi vida, pues en definitiva, eras lo que más amaba de ella.

—¿Era... amabas?—repitió ella.

—Sí: eras. Por amor a ti me mantuve a tu lado, a pesar de tus enfermedades maníacas, de tu falta de interés por mí, de tu desgano por vivir. Pero en este instante, sólo me queda una rabia incontrolable, hacia todo... hacia ti... hacia mí. Bajo estas condiciones es imposible rescatar alguna pizca del amor que antes nos unió. No nos engañemos Zora: ya todo se acabó.

—No importa lo que haya pasado mi amor: lo superaremos, pero por favor no te vayas —suplicó ella con un llanto que jadeaba arrepentimiento.

Máximo la observaba desconcertado. ¿Cómo pretendía eso? Resultaba lógico adivinar que los residuos de todos los eventos recientes sólo supurarían rencores.

—Estás desquiciada. Claro que tengo que irme de aquí, esto es asfixiante. Ya nada queda por decir que no sea frente a un abogado.

Zora corrió llorando hacia él y lo abrazó.

—¡Perdóname! ¡Perdóname! —suplicó—. Pero por favor no me dejes mi amor. No imaginaba cuánto dolor resultaría de verte ir.

Máximo buscó apartarse, pero ella lo sujetaba con una fuerza salvaje. En el forcejeo, él se desprendió y caminó con prisa hacia la sala. Zora corrió tras él con torpeza gritándole que se detuviera, y en medio de una maniobra inesperada emitió un mandato contundente.

—¡Máximo, mírame! —gritó con tono áspero.

Máximo giró, y vio a Zora apuntándole con un arma.

—¡Zora! ¿Pero qué haces? ¿De dónde sacaste esa pistola?

Máximo recordó la desvencijada arma del difunto padre de Zora, guardada desde años atrás en una caja fuerte de la habitación.

—¿Qué crees? —respondió ella—. Retenerte conmigo. No irás con nadie. Eres sólo mío Máximo —sentenció ella caminando hacia él.

Los ojos de Zora parecían llorar sangre. El sudor y lágrimas formaban un betún brillante sobre el rostro hinchado, y exaltaban su expresión trastornada.

—Si te vas te mataré, y acabaré uno a uno con todos tus amantes.

—Estás loca. ¿Es que no ves como estás poseída? ¿Cómo llegaste a ese estado?

—Tú me hiciste llegar a esto Máximo. Pero en este momento sólo veo lo que me importa: tú...

No saldrás de aquí sin mí.

Máximo la ignoró y apresuró su caminar hacia la puerta de salida.

—¡Te dije que no saldrías!

Tras estas palabras, se escucharon tres detonaciones.

Capítulo 42

SIN CABOS SUELTOS

Para Marcela, Lisandro había pasado de ser el interlocutor silente en la cama del hospital, a su más cercano amigo. El mismo porche que antes enmarcaba largas tertulias entre él y su madre ausente, se ofrecía ahora para una cálida conversación, entre sorbos de té helado y murmullos de árboles. El rastro de las emociones y acontecimientos pasados, permitían un recuento sereno y un vistazo más diáfano a los insólitos eventos que los conectaron.

—Es difícil creer que se haya cumplido casi un año desde el día en que nos cruzamos—dijo Marcela.

—Por fortuna, podemos recordarlo compartiendo un refrescante vaso de té; eso demuestra que de alguna manera salimos airosos —concluyó Lisandro—; aunque aún nos sentimos un poco golpeados.

—Creo que es así —reconoció Marcela—. Para mí fue un gran revuelo en muchos sentidos. Ocurrieron tantas cosas en paralelo que llegué a confundir mi papel en medio de tantos escenarios. Mis investigaciones de trabajo me hacían retroceder siglos, y cuando regresaba, me encontraba con guiones distintos en mi propia vida. La ambigüedad me confundió y me perturbó, pero al final encontré una posición solvente. Puedo decirte Lisandro, tal vez a manera de conclusión, que muy a pesar de las diferencias de tiempo y espacio, las emociones humanas, en esencia, se mantienen intactas, lo que cambia es la manera de expresarlas o aceptarlas.

—No dudo que haya sido así. Sobre todo, visto desde la óptica de una periodista tan sagaz y curiosa como tú.

—Cuando completaba mi investigación, estuve tentada a iniciar un trabajo literario que me permitiera ser más complaciente con mi imaginación: tal vez una novela, o cuentos cortos. Pero al final, el rol dominante fue el de periodista.

—Un escritor, así sea de literatura, es siempre un periodista, según mi manera de ver. Y en cada caso, están inmersos sus sentimientos, aun cuando se intente ser objetivo. Es imposible desligarse de ellos o pretender dejarlos fuera de la habitación donde escribes. Pero de todas maneras, guarda toda esa experiencia para cuando te decidas a cambiar de género.

Marcela rió.

—Todo forma parte de una interesante antología de pasiones, tradiciones y prejuicios —agregó ella—, y con un acento marcado de traiciones. Puedes ser el bueno de la historia y pasar a

ocupar una posición diametralmente opuesta, en apenas un instante.

—O viceversa —acotó él—. Pero no siempre se trata de sentenciar quién es bueno o malo, Marcela, sino de entender que somos humanos, cometemos errores, y con nuestros traspies de alguna manera arrastramos a terceros, aunque no sea ésa nuestra intención. Eso no necesariamente nos convierte en malas personas. Pero, por otro lado, tampoco debemos desmerecer el impacto positivo de nuestras acciones. A eso se le debe dar su justo valor.

—Esa es una apreciación generosa... y hasta magnánima en ciertos casos. Pero aún así, no nos libera de nuestras responsabilidades —agregó Marcela.

—Ni de nuestras culpas —completó Lisandro—. Es esencial recordarlo cuando nos creamos con derechos de evaluar a otros. Queremos que sean justos y nobles con nosotros, pero somos implacables con los demás.

—Pero hay fallas más graves que otras. No siempre se puede ser igual de indulgente —opinó Marcela.

—Aún así, no nos corresponde.

—Me cuesta mucho pensar como tú, Lisandro. Hay casos de casos. Pongamos el tuyo de ejemplo: te pasaron por encima, te humillaron y dañaron, y aún perdonaste. Es una actitud admirable.

—Sólo estás viendo una cara del cubo. Yo intento ver las otras. Nunca todas son buenas...nunca todas son malas.

—¡Pero hay caras ocultas tan nocivas! Elías se las arregló para esconderlas bien, y cuando no pudo continuar haciéndolo, descargó un torrente de maldad —expuso Marcela.

—Debe haberle quemado guardar tantos secretos y creencias. Él me parecía una persona neutral. Nunca dejaba ver demasiado de lo que pensaba, parecía simplemente adaptarse al lugar y momento, sin imponer su opinión. No sé cómo pudo esconder tanto resentimiento. Aunque también es difícil ventilar ideas estridentes si tu compañera de vida es Regina. Elías estaba entre su deseo de agradar y complacer a su esposa, y la ordenanza permanente de su padre. Hasta donde supe, ese señor era de pensamientos radicales, y con formatos muy rígidos en relación al hombre, la mujer, y sus posiciones estereotipadas dentro de la sociedad. Elías puso todo eso de lado y se esforzó en amoldarse a ella porque la amaba, aunque por dentro seguían flameando los principios sembrados en él desde la niñez. No es fácil luchar con eso, y menos aún, mantenerte... peor todavía si encuentras dentro de tu propia familia a un férreo transgresor de esos preceptos.

—El amor es un buen motivador y ayuda a sortear esquemas severos, pero no siempre tiene la

última palabra. —opinó Marcela.

—Sí; su alcance no es infinito. Por mucho que la quisiera, fue incapaz de aceptarme, y vio justo aplicar en mí su apresto familiar. ¡Pero fue todo un descorche! Tengo claro en mi memoria aquel día atroz, cuando se acercó a mí con aquella gente salvaje: “no te corresponde a ti cambiar los designios de Dios”, me vociferaba una y otra vez, mientras me tomaban a la fuerza para golpearme y estamparme la rúbrica de ese odio que hervía en sus corazones. No recuerdo haberme sentido humillado, tampoco tengo conciencia de dolor físico. Lo que más me consternaba era ver a alguien tan cercano transformado en un ser distinto... maltratándome sin freno. En ese momento no entendía nada de lo que pasaba. Ni siquiera sé dónde me encontraba. Pero la expresión agresiva de Elías la tengo grabada. Era una máscara atroz montada sobre el rostro calmado de mi dócil cuñado.

—¡Qué injusto! —juzgó Marcela.

—Sí, lo sé. Pero también fue injusto el daño que yo le hice a otras personas... a mis hermanas. Llegué a golpear a Giovanna para robarle. ¿Sabías? La droga esclaviza e impone sus mandatos. Por eso pienso que no fue Elías quien me llevó a esa calle oscura donde casi pierdo la vida. Fui yo mismo.

—¿Y por eso decidiste perdonarlo?

—Ni siquiera creo que tenga nada que perdonarle. Ya bastante tiene ese pobre ser con la vida miserable que lleva.

— Fue él mismo quien tomó su decisión. No se puede andar por allí juzgando y dañando a los demás, y permanecer impune. En algún momento la justicia debía actuar. Y en verdad me alegro por ello —resumió Marcela.

—La vida no ha sido fácil para él tampoco —concluyó Lisandro con sinceridad.

—Su mayor castigo debe haber sido la denuncia de su propia esposa —supuso Marcela.

—En efecto, así fue. Esa es una parte muy pesada de su sentencia. Para Regina tampoco ha sido sencillo sobrellevarlo.

—Me llama la atención que ella aún lo visite en la cárcel, luego de conocer todo lo que hizo.

—Yo la convencí de hacerlo. Y ella entendió mi punto de vista; creo que hay un poco de caridad en ese corazón, en apariencia tan duro. A final de cuentas, es el hombre que escogió para casarse y el padre de su hija. Según me dijo, él está aterrorizado, pues alguien dejó correr entre todos los presos, que es homofóbico: no es ésa la mejor referencia en un lugar tan mísero y contaminado, sin olvidar el tormento que ya de por sí representa estar allí. Según me contó Regina, se unió a un grupo religioso con el que predica la palabra de Dios, y eso lo mantiene un

poco resguardado y distraído. Pero más de uno lo debe tener en la mira. Pobre hombre. Allá está: biblia en mano dándose golpes de pecho y cuidándose las espaldas.

—¿Hasta dónde podrá cubrirse con una biblia? —se preguntó Marcela.

—Esa misma pregunta estará haciéndosela él mismo.

—Elías logró confundirnos en el desenlace del fraude. En un momento crucial, creímos que él era la cabeza de todo.

—¡Vaya cuento tan asombroso ése del chantaje de Máximo! Muy delgada es la línea entre el papel de víctima y victimario. Allí tienes a la propia esposa de Máximo: se fabricó toda una fachada de fragilidad que la hizo absolutamente inmune a las sospechas de su esposo. ¿No dicen por allí que tu mejor amigo puede ser tu peor enemigo? Pues Máximo da fe de eso: tenía el enemigo en casa, disfrazado de mujer enfermiza y dependiente. Pero ella pensaba que sus acciones estaban justificadas porque se sentía engañada, y se concedió una licencia para actuar en contra de sus principios, incluso del amor.

—Dispuso además de todo un equipo de colaboradores: tenía detrás al policía, a Alba y sus inofensivas “yoguis rosas”. Y perdóneme la sinceridad Lisandro: pero Regina se les unió con honores.

—¡Ay Marcela! No sé si avergonzarme, molestarme o reírme. Pero debo reconocer que la personalidad de mi hermana da para lo inimaginable —resumió Lisandro agitando la cabeza—. Ella misma me contó con detalles cómo hizo para llevar a Máximo a ese hotel. Todavía le enardece saber que ella era apenas un enganche para el plan final. No soporta eso de no ser la protagonista. Se atrevió a decirme que lo más triste de todo ese cuento del chantaje, fue no haber terminado su “encargo” con Máximo en el hotel.

Marcela no podía contener la gracia que le producían las palabras de Lisandro.

—Y a todas éstas... —continuó Lisandro—. ¿Qué papel tenía el tal Eugenio en todo ese cuento?

—Según le contó Alba a David, Eugenio no estaba al tanto del plan completo; accedió a participar por dinero, y sobre todo, por la oportunidad de encontrarse con Máximo, su gran amor frustrado. El hombre apareció en el momento preciso, cumplió su encargo, y con la misma desapareció. David lo investigó por internet, el tipo es una estrella del travestismo artístico y de escenarios. En línea hay no menos de quince videos de “Eugenio de las Nieves” en plena actuación. ¡Toda una artista! —opinó Marcela.

Lisandro rió a carcajadas.

—Cada quién va descubriendo de qué manera encaja en el mundo, aunque el proceso sea un tanto bochornoso —expresó él, pensando en su propia condición—Por lo que me dices, el

hombre está disfrutando lo suyo.

—Así parece. Pero a algunos se les hace más difícil que a otros afrontarlo. El punto crucial ocurre cuando puedes reconocer y aceptar.

Luego de las risas, cada uno se estacionó en su condición particular.

—Yo me encuentro en una etapa más madura en la que puedo darme el permiso de aceptarme —señaló Lisandro—. Ya no me importa ser criticado ni señalado. Y eso me permite llenar los pulmones de aire fresco. Entre tanta agitación perdí a Félix, y lo entiendo, él debió soportar demasiado para defender nuestra relación. Pero no me niego a nuevas oportunidades de amar, cuando sea el momento adecuado. No tengo apuros.

Marcela observó el rostro sereno de su amigo, y tomó el último sorbo de su té. Tras una larga exhalación, se ubicó en su contexto.

—Cuando esto comenzó, se me hizo muy difícil asumir los hechos —manifestó Marcela—. Lo que pasó contigo me causó mucho tormento. Cuando intenté ayudarte y ubicar a tu familia, me confundí más. Eso se mezcló con mis duras controversias del momento; estaba un poco aturdida: me recriminaba de muchas maneras el haber quebrantado mis propias reglas, enamorándome de quien no debía. Manejaba entonces mis demandantes obligaciones laborales, una compleja situación sentimental y un extraño en estado de coma, por una acción no intencional de mi parte.

—Y para coronar, en caso de no tener suficientes distracciones, ¡se incorporó un caso de chantaje!

—¡Sí! ¡Un contexto surtido! Pero reconozco que inmiscuirme en el chantaje fue emocionante; me distrajo asumir el papel de investigadora, administrando hechos y verdades ajenas, cuando no sabía cómo administrar las mías. La historia de Máximo me regaló otros retratos del proceder humano. Toda una secuencia fascinante de hechos y engaños.

—Con un desenlace absolutamente inesperado —acotó Lisandro.

—¡Y que lo digas! El propio David quedó tan sorprendido, que cuando debió redactar la noticia para el periódico, no sabía siquiera cómo empezar. Nada más llegar al título, fue todo un reto; me mostró no menos de una docena de propuestas; puedo recordar algunas, entre ellas las que escribió en tono de burla: “Ex alcalde banquero huye con su esposa luego de cometer fraude millonario”; “Esposa de banquero lo convence de perpetrar juntos jugoso fraude bancario”. “Ex Alcalde Máximo Del Frente estrena escándalo y huye del país con arcas repletas”...

Lisandro cubría su risa con el dorso de la mano. Por primera vez Marcela percibía en su amigo un gesto que comprometía su masculinidad.

—Al final, David se sentía tan involucrado que consideró más ético no hablar al respecto —señaló ella—. Los otros periodistas, en cambio, aprovecharon la oportunidad para descargar todo su sensacionalismo.

—¿Ves lo que te decía? Los seres humanos somos impredecibles —opinó Lisandro.

—Pero el salto de Máximo fue descomunal. ¿Cómo saber lo que pasó por su mente en un instante? Haber tenido la frialdad de hacer efectiva la transferencia bancaria, fue una jugada arriesgada. Ya no era su esposa contra él: descubrieron que funcionaban mejor como equipo.

—¿Y cómo se enteraron ustedes de esa jugada final? —quiso saber Lisandro.

—Dentro de todo, Máximo sintió vergüenza hacia David después de haberlo involucrado de manera tan solícita; le escribió entonces confiándole la verdad. Su esposa casi lo mata la noche del descubrimiento: le disparó tres veces, pero su mala puntería dio apenas para un roce de bala en el brazo; ellos mismos se encargaron de resolverlo con su extenso botiquín de primeros auxilios. Máximo descubrió entonces que lo único valedero para él, era estar junto a Zora; así decidieron terminar lo que habían iniciado.

—¿Y cómo lo hizo?

—Según contó, fue al banco al día siguiente como si nada hubiese pasado. Solicitó un permiso para atender una emergencia médica de su esposa, así nadie extrañaría su falta por unos días. Hizo la transacción final en la tarde, y salió sin hacer bulla con casi un millón de dólares en la cuenta de Zora. Pero en el apuro, se olvidó de finiquitar un detalle con un cliente en el extranjero, algo relacionado con una cuenta inactiva con la cual él había montado el fraude. A los días el hombre llamó desde el exterior para reportar una irregularidad en sus claves, y fue eso lo que despertó la alarma en los accionistas del banco. Pero cuando se dieron cuenta, ya era tarde, Máximo estaba lejos con su esposa. Planificaron una huída rápida, contrariando todos los pronósticos. Hasta Zora se deshizo de todos sus males para poder escapar con prisa.

—¡Increíble! Al final Máximo también tenía un precio —opinó Lisandro.

—El dinero y el amor representan dos potentes detonantes. Allí actuaron ambos. Máximo se sentía tan vulnerable y expuesto, que decidió al fin salir de este país y comenzar de cero en terrenos vírgenes para él.

—Y la otra mujer con el policía... ¿qué pasó con ellos?

—¡Alba y Rosendo? Ellos salieron ilesos de todo. La policía los citó para hacer averiguaciones, pero algún contacto pesado actuó a favor de ellos, y el asunto no avanzó mucho. Al final, ellos no llevaban voz mandante de la operación. No sé nada más de ellos, pero supongo que si esto no asustó a Alba, debe continuar con sus trabajos enrevesados. Una de las chicas del yoga con

la cual me tropecé hace poco, me contó que las clases se mantienen con “normalidad”. ¡Ve tú a saber qué se está gestando allí!

—¡Cuentos sorprendentes! —concluyó Lisandro.

—Historias que ponen a pensar. Al final, todo tiende a lo mismo: nos movemos constantemente tras “el regalo prometido”, uno que por lo general no tiene forma definida, aunque termina disfrazándose con nuestras ilusiones y nos invita a seguirlo. Vamos entonces tras él, sin ver hacia donde nos dirige.

—Es una necesidad imperante de encontrar la felicidad a como dé lugar —opinó Lisandro—. Cada quien tiene en su mente una frase que comienza con un “Si yo tuviera...” , Y termina con: “... sería feliz”. El problema es que no sabemos cuál camino tomar para llegarle a esos sueños, y cometemos errores graves al escogerlos.

—O será más bien una vía para escapar de la desdicha, no lo sé: ¿Será que Elías la felicidad al mantener vivos los mandatos de su papá o necesitaba escapar de ellos? ¿Regina habría sido feliz si Elías hubiese sido ascendido en su trabajo u obtenido esa vida de lujos tan anhelada? ¿Será que un romance en mi vida tiene el poder para disolver mis desencantos? ¿No será más bien una esperanza ciega, de que ciertas cosas nos conducirán a la felicidad permanente?

—¿Y qué hacer entonces? —cuestionó Lisandro.

—Ojalá lo supiera. Seguir tanteando y caminando... supongo. Aún sobre nuestros errores... sin rendirnos —expuso Marcela.

—Ayuda el reconocer que el mejor punto de partida es exactamente el lugar donde te encuentres, hacer un inventario justo de cuanto tienes, pero mirándolo de verdad, sin juzgarlo ni justificarlo, sólo entenderlo —explicó Lisandro.

—Algo de eso intenté hacer, con mucha dificultad, y de allí salieron mis decisiones, pese al dolor que ellas generarían. Espero no haber cometido un gran error. Tal vez nunca deje de pensar en lo que dejé... a qué renuncié. Pero era necesario limpiar, aclarar. Y el primer paso era más que obligatorio. Contarle la verdad a Rubén fue el inicio de ese proceso. Fue muy duro para ambos, pero no podía ser de otra manera. Entendí que ya no podía continuar con él. Pasamos por conversaciones muy difíciles y dramáticas. ¡Soltamos tantas cosas allí! Y en su nobleza, me pidió otra oportunidad. ¿Te das cuenta? No me la ofreció... me la solicitó. ¡Eso me hizo sentir tan mal!

—¿Y qué le respondiste?

—Ya lo lastimé mucho, y no deseo seguir haciéndolo. Debo primero aclararme. Los dos debemos hacerlo. Seguir como veníamos no tiene sentido.

—¿Y para eso es tu viaje?

—Supongo que ayudará. La invitación a presentar mi trabajo en España parecía inoportuna. Pero no podía desmerecerla después de tanto dedicarle esfuerzos y tiempo. Esa investigación logró una buena proyección, y el viaje representa una gran oportunidad para mí. No pretendo escapar... pero tal vez eso es lo que estoy haciendo. Ya lo descubriré. De cualquier manera, aquí o allá, dejo mucho atrás.

—No te atormentes demasiado mirándolo. Haz lo justo para demostrarte que tu determinación valió la pena. Las ilusiones embrujan, las realidades fortalecen.

El silencio obligó a Lisandro a hacer la pregunta que había mantenido en reserva.

— ¿Y David?

Marcela mostró una sonrisa, apartó el mechón de cabello montado sobre su ceja y balanceo sus piernas cruzadas.

— Renuncié a David.

—Una determinación difícil —agregó él después de evaluar la expresión de Marcela.

—Sí. Difícil para ambos. Pero necesitaba tener claros los motivos para terminar con mi matrimonio. Solapar una relación con otra no hacía más que confundirme.

—Sin embargo, renunciar no es una acción definitiva. Puede haber oportunidad de retorno.

—Supongo que sí, ya veré cómo evoluciona mi vida. Pero en este momento me siento tranquila; eso me asusta —confesó—. Me parece que en algún momento despertaré con los dolores hostigando mi corazón.

—Eso no tiene por qué suceder. Entrégate al júbilo de encontrarte a ti misma. Nadie tiene garantías de nada. Enfrentaste muchos dilemas, y aun lo haces, pero creo que están logrando esa honestidad individual de la que hemos hablado.

Marcela asintió reforzando la apreciación de su amigo

—Es verdad; me siento distinta, como en una fase de estreno.

Hizo una corta pausa mientras sus ojos parecían leer reflexiones en el suelo. Retornó la mirada a su amigo.

—Gracias Lisandro.

—¿Por qué?

—Por todo lo que me has permitido aprender.

Lisandro sintió la reciprocidad de ese sentimiento y asintió con la cabeza.

—No fuiste sólo tu quien aprendió —aclaró él—. Fueron días rudos, pero mientras estemos con vida, cualquier cosa puede ocurrir. ¿Quieres saber mi magistral conclusión? —preguntó

divertido.

—A ver... dímelas.

—No podemos darnos el lujo de quedarnos dormidos, porque el mundo no se detiene.

—¡Es así!—confirmó ella, sonriente—. Sigamos en la búsqueda de nuestro final feliz.

—¿Sola? ¿Acompañada? ¿Cómo te imaginas?

—Ya veremos. Lo único seguro ahora, es que mi próxima aventura será conmigo misma.

FIN

¡Muchas gracias de nuevo por descargar mi libro!

Es un honor para mí que hayas dedicado tu tiempo a su lectura.

Si fue de tu agrado, por favor deja tu comentario en Amazon.

Estoy a tu disposición en:

leticiaqp24@yahoo.es

¡Hasta un nuevo encuentro!

Leticia.

Otro Título de la Autora

- “Espinass de Papel”

(Disponible en Amazon)